

823

R583cSPm

v.2



LIBRARY  
OF THE  
UNIVERSITY  
OF ILLINOIS

823  
R583c SPm  
v. 2







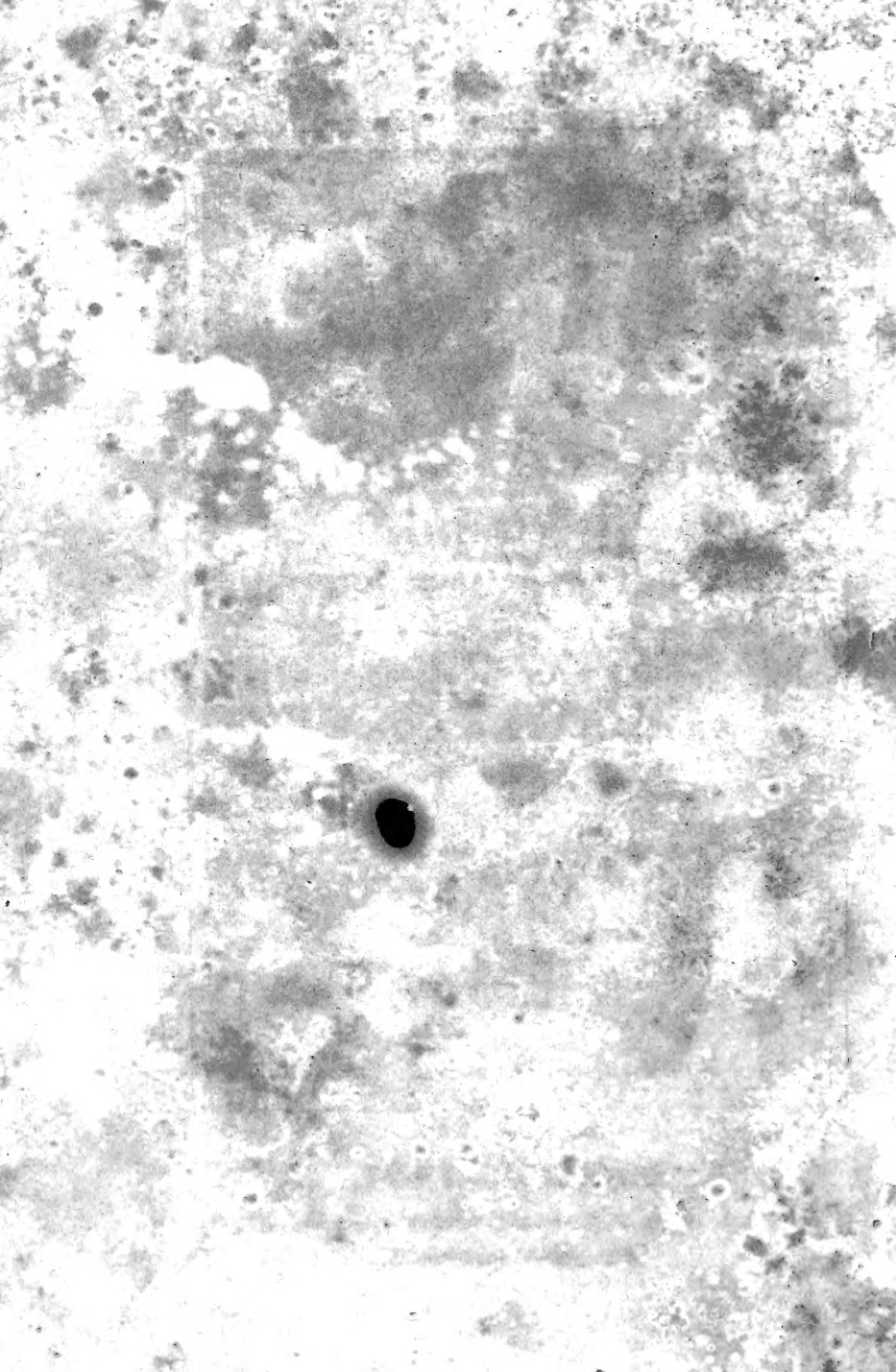
OSCAR Y AMANDA,

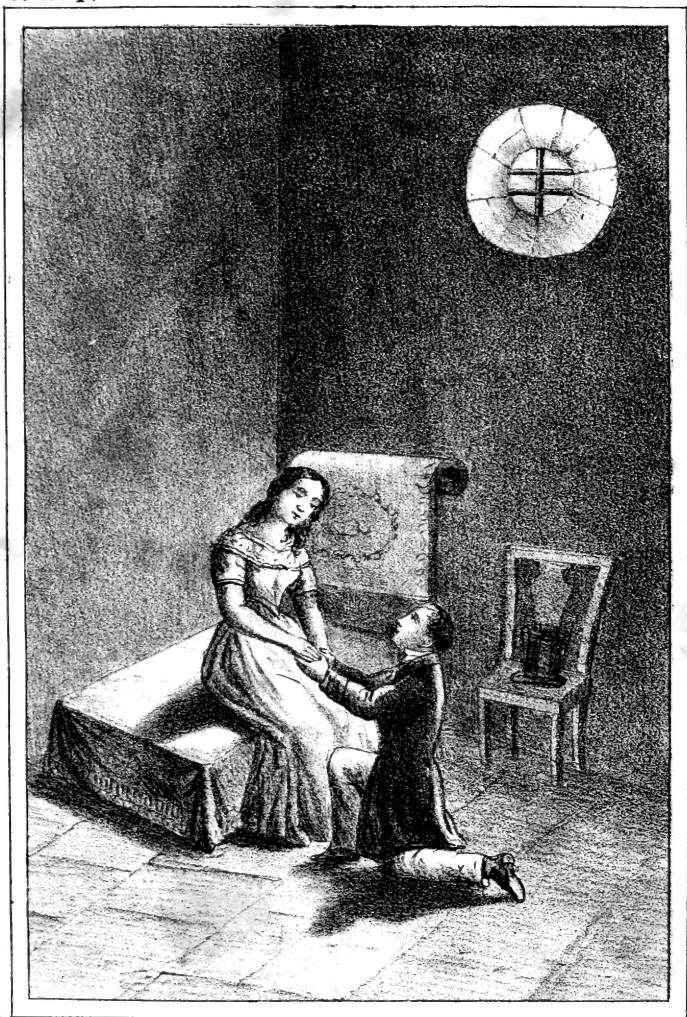
ó LOS DESCENDIENTES

**DE LA ABADIA.**

---

**TOMO IV**





Digitized by the Internet Archive  
in 2011 with funding from  
University of Illinois Urbana-Champaign

OSCAR Y AMANDA,

Ó LOS DESCENDIENTES

# DE LA ABADIA.

OBRA ESCRITA EN INGLES

POR MISS REGINA MARIA ROCHE.

PUESTA EN CASTELLANO

POR D. CARLOS JOSE MELCIOR.

ADORNADA CON SEIS  
ESTAMPAS LITOGRAFICAS, Y PUBLICADA POR

**SIMON BLANQUEL.**

TOMO IV.

**MEXICO.—1854.**

*Se vende en la librería del editor, calle del Teatro  
Principal número 1.*

---

**Imprenta de ANDRES BOIX,**  
Bajos de S. Agustin nº 6.

823

~~R 583c 5/17~~

v. 2

## OSCAR Y AMANDA,

ó LOS DESCENDIENTES

# DE LA ABADIA.

---

### CAPITULO I.

LA debilidad de Amanda junta con el mareo, del que sufría mucho, la obligaron á meterse en la cama, entrando en el paquebot, y de este modo hizo la travesía. Al segundo dia desembarcó y fué á alojarse al meson de la marina. Al momento envió un comisionado para que le tomase un asiento en la diligencia que debia pasar á algunas millas de Carberry-Castle. Vinieron á decirle con la mayor satisfaccion que podria marchar en aquel carruage, cuyo modo de viajar era el mejor para ella que no tenia criado. Despues de tomar algunos refrescos, entró

en el coche. Ella partió á las once de la noche con un caballero viejo, que se cubrió sin cumplimiento con un gran gorro de lana, abotonó su redingot, y durmió con un profundo sueño. Este era justamente el compañero de viage que necesitaba Amanda, pues no la fatigó con una insepida conversacion ó con preguntas impertinentes, y la dejó entregada á sus meditaciones durante todo el viage. El segundo dia, hácia las cuatro de la tarde, llegó á la poblacion mas vecina de Carberry-Castle, en donde dejando el coche tomó una silla para llegar la misma tarde á juntarse con su padre.

Estaba ella con una gran inquietud. Temia la impresion que haria á su padre la narracion de todo lo que habia sufrido, y que no podia ocultarle: temia que no tuviese ya algun conocimiento de ello. Sin embargo, reflexionando en el valor que habia manifestado en sus pasadas desgracias, se lisonjeaba que soportaria las nuevas con la misma constancia, y ella misma ayudaria á sostener y cerrar las heridas de su corazon. ¡Ah! se decia á sí misma, cuando vuelva á encontrarme en sus brazos, ciertamente nada me arrancará de ellos, ni me hará volver á entrar en un mundo perverso, en donde mi reposo y mi reputacion han recibido tan terribles golpes. Así fluctuando entre el temor y la esperanza, seguia Amanda el camino de Carberry-Castle; pero el primero de estos sentimientos era el dominante.

La oscuridad de la tarde ayudaba á su abatimiento. Las nubes bajas y sombrías anunciaban una tempestad, y caia una lluvia mezclada con nieve. El aspecto de la campiña era frio y triste; las chozas le parecian á Amanda mas miserables que lo que las habia visto en su juventud: sus pobres habitantes juntaban á sus animales que erraban por fuera para ponerlos á cubierto: los trabajadores se apresuraban á entrar á sus casas, mientras que el criado del arado silbando conducia su yunta. Las olas del mar se levantaban, y al acercarse á la costa Amanda, las oia reventar con furia contra las rocas.

Ella estaba en una estrema debilidad. Su calentura



no le habia dejado del todo cuando dejó la casa de Howell, y habia tomado incremento con la fatiga y falta de dormir. Solo el reposo podia restablecerla.

A corta distancia del castillo hizo parar la silla, y la despidió, á fin de poder entrar sin ruido, y hacer preparar á su padre por algun criado. Para este fin tomó en el bosque un sendero que la conducia á la casa. Ella dió un golpe á la puerta con la mano mal asegurada, y oyó que la aldaba habia difundido su ruido en el interior inhabitado, y nadie venia. En las ventanas no parecia luz alguna. La lluvia y el viento continuaban con violencia y apenas podia tenerse en pié. En fin, despues de haber esperado inútilmente, se acordó de una pequeña puerta trasera que conducia á una habitacion para los criados. Ella se fué por allí y encontró la puerta abierta. Siguió por un largo corredor hasta la cocina, donde encontró la vieja muger del conserge delante de un gran fuego de turba. Oyendo andar, ella se volvió, y viendo á Amanda, dió un grande grito, y manifestó todos los síntomas de un estremo espanto.

¡Qué! mi buena Kate, le dijo Amanda, ¿sois vos quien os espantais de verme? ¡O Vírgen santa! exclamó Kate haciendo la señal de la cruz, ¿cómo quereis que no lo esté, viendo llegar tan repentinamente á uno que no se espera? ¿Cómo se halla mi padre? dijo Amanda. ¡Ah! dijo Kate, el pobre querido capitan, despues de vuestra partida ha tenido muchos disgustos. ¿Está malo? preguntó Amanda. Malo, sí, tiene motivos para estarlo: pero mi querida Miss Fitzalan, ¿qué no sabeis lo que ha sucedido despues que nos dejásteis? No, dijo Amanda.

Dios os sea en ayuda, continuó Kate; pero mi querida Miss, sentaos en este pequeño taburete, y calentaos, pues estais pálida y abatida de frio, y os lo contaré todo. Sabréis, pues, que ha cerca de tres semanas que mi marido trajo al capitan una carta del correo; él conoció bien por el sello que venia de Inglaterra, y cuando volvió á la cocina me dijo: Kate, el capitan ha recibido cartas que le darán gusto, pues tendrá noticias de Miss, estoy seguro.

¡Ah! tanto mejor, le dije yo; pues sabréis, mi querida Miss, que él estaba muy triste algunos días hacia. Pues bien, yo tenia la costumbre, todas las veces que recibia carta de Inglaterra, de ir á su cuarto luego que la habia leido, para saber noticias vuestras. De manera que me puse un delantal blanco y fuí á verle á la sala en que se encontraba. Y bien, señor, le dije, yo espero que teneis buenas nuevas de Miss Fitzalan.

El capitán estaba sentado, y con la carta abierta encima de la mesa. Tenia el pañuelo á los ojos, que se quitó para hablarme, y le ví pálido y trastornado. Esta carta, me dijo él, mi buena Kate, no es de mi hija; pero estoy contento de que hayais venido, pues tengo algunas cosas que deciros. Es preciso que deje el castillo, y tengo necesidad de ver con vos si todo está en el mismo estado que cuando vine. Arreglaré las cuentas de todos los criados que he tomado, y los despacharé. Yo me aturdí del golpe: ¡Dios nos libre, señor, le dije, de que nos dejeis así!

El capitán se levantó de la silla, y se fué á la ventana, suspiró, y ví correr lágrimas sobre sus mejillas. El se dirigió aun á mí, y me suplicó que hiciese lo que me decia, de modo que oprimido el corazón me fuí á decir á Jonathan estas malas noticias. El se afligió tanto como yo, pues amaba al capitán con todo su corazón, no solo porque M. Fitzalan es un hombre de bien, sino porque es un militar, como mi marido lo ha sido en su juventud, y que un soldado ama á los suyos. Jonathan habia conocido al capitán en América, y decia que verdaderamente era caballero y un valiente oficial.

El capitán, pues, nos dijo que ya no era procurador de Lord Cherbury, y como entiende bien de cuentas, prontamente hubo hecho las suyas y las de los criados, dándoles buenas certificaciones con las cuales seguramente encontraron buena colocación. En seguida nos dijo que marcharia para Inglaterra al día siguiente, é hizo todos los preparativos. Pero en aquella noche le asaltó un mal de estómago de que creyó morir; tocó la campana, y por

fortuna la oyó mi marido y me hizo levantar. Yo tenia una botella de buen aguardiente que conservaba preciosamente: hice calentar una hortera y se la llevé. Con ello se alivió; pero á la mañana fué menester renunciar el ponerse en camino. lo que le disgustó mucho. Sin embargo, se levantó y escribió muchas cartas que Jonathan trajo al correo, hizo su maleta y puso su sello sobre la secretaría. En seguida nos declaró que no queria quedarse un momento mas en la casa, y habiendo Jonathan vuelto del correo, se apoyó de su brazo, y fué á tomar un alojamiento en casa de Thady-Bryne, á quien conoceis.

Consternada Amanda por esta relacion, y pronta á desmayarse, exclamó: ¡Dios de bondad, sostenedme en este momento de tan terrible prueba; dadme fuerza para socorrer á mi desgraciado padre! Las lágrimas acompañaron tan fervorosa oracion, y su voz estaba sofocada por sus suspiros.

¡Ay! dijo la buena Kate, no os aflijais tanto, mi querida Miss; no perecen todos los que están en peligro, y uno deja mas pescado que no coje; aunque hoy llueva, puede hacer buen dia mañana. Vuestra sola virtud hará un bien al capitan. Vamos, tranquilizaos, yo os daré para cenar escelentes patatas que se cuecen en esta olla, y manteca fresca batida; y mientras comeréis un bocado Jonathan podrá volver de la ciudad, á donde ha ido á buscar carne para comer el domingo, y entonces yo misma os conduciré á casa de Thady.

¡Oh! no, mi buena Kate, dijo Amanda; es preciso que vaya al instante al lado de mi padre; cada momento de tardanza es un siglo para mí. Yo le he descuidado demasiado, y demasiado tiempo le he dejado solo, y sin un amigo que pueda consolar sus penas. ¡Oh, mi Dios! dijo ella levantando sus manos juntas al cielo, ¡haced que no llegue demasiado tarde!

Inútilmente le instó Kate á que esperase la vuelta de Jonathan. Su impaciencia de ver á su padre le hacia contar por nada el inconveniente de ir sola en una noche negra y borrascosa: Kate, no pudiendo detenerla, la condu-

jo á la puerta, asegurándole que luego que Jonathan estuviera de vuelta, ella iría á casa de Thady. Amanda se lo agradeció apretándole la mano. Enferma, débil y desalentada se habia lisonjeado encontrar al lado de su padre el socorro, el apoyo y los consuelos, y ahora debia tributar á su corazon, despedido de dolor, todos sus cuidados, ó á lo menos procurárselos. Hasta entonces habia experimentado grandes desgracias; pero aun no habia conocido los horrores de la pobreza. Hasta entónces habia tenido un asilo, en el dia no solo le faltaban los medios de procurarse uno, pero ni aun podia acudir á sus primeras necesidades.

Esta situacion le era aun mas penosa por su padre que por sí misma. Si ella hubiese podido serle de algun socorro, esto solo habria endulzado su propia situacion; pero por esta parte no tenia esperanza alguna. Su padre hacia poco tiempo que estaba encargado de los negocios de Lord Cherbury, y no habia podido hacer ningun ahorro, siendo deudor á este aun antes de encargarse de la administracion de Carberry-Castle. Ella no conocia á nadie á quien pudiese su padre dirigirse en sus necesidades. Lord Cherbury le habia ayudado hasta entónces; pero era claro que Fitzalan habia perdido su amistad, pues que cesaba de ser empleado por él. La desgraciada Amanda no veia, pues, medio alguno de escapar de la miseria, de este monstruo hambriento, pronto ya á alcanzarla.

La tempestad habia llegado á ser aun mas violenta; pero era nada en comparacion de la que agitaba el seno de Amanda. Las olas se estrellaban con furor contra las rocas, y los espíritus marítimos se ponian colorados. La lluvia caia á torrentes, y traspasó luego los ligeros vestidos de Amanda. Tenia media milla que andar por un camino escabroso, teniendo á un lado una cordillera de rocas, y al otro campos despejados y desiertos. Conocia á los habitantes de la casa en que su padre se habia retirado, que eran de los mas pobres de la aldea. Les habia dado á su llegada á Carberry-Castle algunos socorros que les habian sacado de una grande miseria. Pero aunque su casa fue-

se una de las mas habitables, con todo, era aun una pobre habitacion; sin embargo, Amanda se encontró feliz de llegar á ella, pues la violencia de la tempestad y la soledad del camino la habian llenado de terror. La casa estaba muy cerca de la costa del mar, y tenia dos ventanas que daban frente á él; de un costado un monton de turba, y del otro un techo para los cerdos. Los contravientos estaban cerrados para preservar las ventanas; pero por entre las hendiduras Amanda vió luz y se convenció de que estas gentes aun no estaban acostadas. Temia comparecer demasiado repentinamente á los ojos de su padre. y se detuvo á la puerta para pensar un medio de ahorrarle una sorpresa demasiado fuerte. En fin, se determinó á golpear con poca fuerza, y en seguida se retiró algunos pasos penetrada de frio y empapada de lluvia. Abrieron, y compareció un muchacho á quien reconoció por hijo de estas pobres gentes: ella le hizo señas con el pañuelo; él titubeó un poco y temia acercarse, cuando llamándole por su nombre le aseguró, y aproximándose se admiró mucho de verla. Ella le preguntó noticias de su padre; el muchacho le dijo que estaba malo y que en este momento dormia. Le dijo ella que entrase primero, y previniese á sus padres que no hiciesen ruido cuando entrara. El ejecutó sus órdenes y ella entró.

Amanda encontró al padre de familia soplando un fuego de carbon de turba, sobre el cual habia una grande marmita de patata. Tres niños andrajosos estaban al rededor, esperando con impaciencia su cena; su madre hilaba, y la abuela hacia el pan. El aposento era pequeño y embarazado. La mitad de la familia se acostaba en el piso inferior, y la otra en un camaranchon, al que se subia por una escalera, y en el cual una numerosa volatería se recojía familiarmente y cloqueaba al menor ruido que se hacia. El aposento que habitaba Fitzalan estaba separado al piso de tierra por un ligero tabique de tablas, entapizado de crucifijos é imágenes de santos.

Seas bien venida, mi buena señora, dijo la dueña de la casa á Amanda. Brine se levantó, y le ofreció su peque-

ño taburete cerca del fuego; su muger olvidando las obligaciones que tenia á Amanda, parecia creer que no le debia los mismos repetos que cuando Mr. Fitzalan habitaba en el castillo; pues no se levantó, ni interrumpió un momento su labor.

¿Conque mi pobre padre está malo? dijo Amanda. ¡Ah! ¡ah! dijo ella dando vueltas al torno, el capitan ha tenido malos ratos: ciertamente, su fortuna ha cambiado mucho; pero las gentes de vuestra especie deben esperar esto, lo mismo que nosotros los pobres; y yo no sé por qué esto debe suceder de otra manera, supuesto que somos de la misma pasta que ellos. Nuera, le dijo Brine, yo me admiro de que hablais así á esta pobre señorita.

El corazon de Amanda estaba oprimido de dolor; ella se sentia sofocada, se levantó, abrió la puerta y encontró algun alivio en respirar el aire fresco, y en dejar correr sus lágrimas. Pidió despues un vaso de agua. El vaso no era cosa que pudiese procurársele fácilmente. Brine le dijo que le seria mejor beber un jarro de leche; pero rehusó y le trajeron el agua.

Amanda superó su repugnancia de hablar á la impolítica Mistris Brine, y le consultó sobre el mejor modo de presentarse á su padre. Mistris Brine le dijo que estaba en cama de algun tiempo á esta parte; pero no habia tenido sino un sueño interrumpido; que ella entraria en el aposento, y veria si estaba despierto. Entró en efecto, pero salió diciendo que dormia aún. Amanda deseó verle durmiendo para juzgar mejor de su estado: con este fin se adelantó poco á poco en el aposento. Este era pequeño y bajo, alumbrado por la débil luz de una vela, y por un poco de fuego medio apagado. Los muebles eran pobres; en un rincon habia una camita de madera sin cortinas, y sobre este ruin lecho, y bajo miserables abrigos, estaba echado el desgraciado Fitzalan.

Amanda se estremeció poniendo la vista al rededor del aposento y en este aparejo de miseria. ¡O padre mio! se decia á sí misma, ¿es este el solo asilo que habeis podido encontrar! Se acercó á la cama, se inclinó y examinó su

cara. El estaba pálido y flaco, su respiracion durmiendo era un gemido, como si su alma hubiera estado oprimida de sus males hasta en el sueño; en un instante hizo algunos movimientos, suspiro y dejó comprender estas palabras: Amianda, mi querida hija, ¿no te volveré á ver jamas?

Amanda se apresuró á salir del aposento para ceder á su conmocion, y evitar el sorprender á su padre. Ella sollozaba, torcia sus manos, y en la amargura de su corazon decia: ¡Ah! ¡he llegado demasiado tarde para salvarle!

Prontamente despues oyeron que Fitzalan se había despertado del todo: Mistris Brine entró y le notició con algunas precauciones, que Amanda habia llegado. Dios sea loado, dijo él de modo que lo oyese Amanda; ¡mi querida hija ha vuelto! Ya podeis entrar, dijo Mistris Brine á Amanda. Esta corrió á él. Fitzalan estaba sentado con los brazos abiertos para recibirla, y ella se arrojó á ellos. Ni uno ni otro tuvieron palabras para espresarse lo que sentian; pero las lágrimas, mas elocuentes que el lenguaje, hablaron por ellos. Fitzalan fué el primero que pudo esplicarse. Mi súplica, dijo, ha sido oida; el cielo me ha devuelto á mi hija para aliviar mis penas en la cama del dolor, y endulzar mis últimos momentos!

¡O padre mio! exclamó Amanda, si vos teneis piedad de mí, apartad esas horribles ideas. Alentaos por amor de vuestra hija, que en este mundo desierto para ella solo tiene á vos por apoyo, por consolador y por amigo. ¡Oh! sí, hija mia, por amor vuestro en efecto quisiera que estos tristes momentos fuesen mas léjos de lo que son.

El miró á su hija con atencion, observó su semblante abatido, sus facciones alteradas, su color marchito, sus rasgos postrados, y apretándola con su seno le dijo: El mundo, mi querida hija, os ha tratado bien cruelmente. ¡Oh! sí, dijo Amanda.

Bien, hija mia, el pensamiento del otro mundo, en donde la inocencia y la virtud encuentran su recompensa, os consuele de las injusticias de este. Aquí ellas muchas veces nos dan á probar la adversidad para purificarnos, como el oro con el fuego: que esta idea sostenga vuestra re-

signacion y vuestro ánimo en las pruebas á que Dios quiere someteros. Jamas olvideis que solo por su voluntad os llegan las calamidades que os hieren; sufridlas acordándoos de la seguridad que os dá, de que vuestra sumision y vuestra paciencia serán recompensadas; que enjugará vuestras lágrimas, y os hará triunfar de la muerte.

Aunque soldado desde mi juventud y viviendo en medio de la licenciosidad de los campamentos, jamas he olvidado al autor de mi sér, y me hallo bien con ello en el dia. Mis amigos me abandonan, el mundo me desdeña, la enfermedad y el disgusto me oprimen; pero la religion me sostiene y me consuela de lo que he perdido, endulza la memoria de lo pasado, abriéndome la perspectiva de un feliz porvenir.

Escuchando los religiosos discursos de Fitzalan, Amanda sintió que se le calmaban sus agitaciones. Sus vestidos estaban mojados. Su madre exigió de ella que se los mudase. En el paquete que le habia dado Eleonor, habia ropa blanca y un vestido casero de tela de algodon. Ella se vistió en un pequeño gabinete, ó mas bien en un chiribitil, contiguo al aposento de Fitzalan. Encendieron un gran fuego, se pusieron mas luces, y sacaron pan y vino de un pequeño bufete que era para el uso de Fitzalan. Su hija comió y bebió, y él mismo tomó de su mano un vaso de vino. El dijo que ya la esperaba de un dia á otro, y que ya habia mandado poner una cama y ropa para ella, y que esperaba que se contentaria con el pequeño gabinete por aposento.

¡Ah padre mio! ¡cómo podreis creer que yo no me hallaré bien á vuestro lado en cualquier parage que sea? Ella le manifestó el pesar de haber turbado su reposo. ¡Oh! no, esta interrupcion no me ha sido desagradable: y me ha hecho cesar un sueño penoso y agitado.

Lord Cherbury, dijo él á su hija, me ha escrito una carta que me ha traspasado el corazon. Me acusa de haber trabajado en casaros con Lord Mortimer, de haber trastornado sus miras, y de haber abusado en esto de su confianza y amistad. Yo me he indignado de esta injusta re-



convencion; pero como no la he merecido, me he determinado á responderle al momento, que él habia dado crédito á una calumnia, que le devolvía la plaza que tenia suya, no pudiendo en adelante tener cosa alguna de un hombre que podia creerme capaz de tal bajeza y falsedad. Mis cuentas estaban bien arregladas. Mi intencion era llevárselas yo mismo, y sacar á mi Amanda de una casa en que experimentaba tan malos tratamientos como los que yo acababa de sufrir, y que habia merecido ménos que yo. Una enfermedad violenta y repentina me ha impedido ejecutar mi proyecto. He escrito á Lord Cherbury instruyéndole de mi resolucion, haciéndole pasar mis cuentas y los atrasos que le debia. Os he escrito al mismo tiempo enviándoos una pequeña letra de cambio para los gastos de vuestra vuelta aquí, y me he retirado del castil o, creyendo que una residencia mas larga habria degradado mi carácter, haciendo creer que conservaba algun deseo de volver á tomar algun empleo que rehusaria cuando Lord Cherbury me le ofreciese de nuevo; pues me creeria culpable de una vileza, recibiendo un beneficio de quien duda de mi probidad. Prefiero mi pobreza á una comodidad que compraria perdiendo mi propia estimacion.

Amanda conoció por la relacion de su padre, que ignoraba todo lo que habia sufrido en los últimos dias, y que creia habia venido consecuente á la carta que le habia escrito al mismo tiempo que á Lord Cherbury. Ella resolvió no desengañarle, á lo menos ántes de que estuviese mejor.

La noche estaba muy adelantada. Fitzalan viendo á Amanda enferma y fatigada, la instó á que se fuese á acostar; Mistris Brine la ayudó á desnudar, y le trajo una horterera de suero, que le daria, segun dijo, un buen sueño, le sacaria la calentura, y la pondria en estado de cuidar á su padre.

Sin embargo. su sueño estuvo muy lejos de ser apacible. Fué turbado por horribles imágenes, en las cuales vió la figura pálida y flaca de su padre paciente; y cuando se despertaba, oia sus gemidos, que eran otras tantas pu-

ñaladas. Ella se levantó dos ó tres veces creyendo que tenia necesidad de algun socorro, y le encontró durmiendo, lo que la convencía de que era víctima de un dolor moral, tanto como de un mal físico. Ella misma no se hallaba buena: estaba fatigada del carruaje, y habia esperado que el reposo le volviera algunas fuerzas; pero á la mañana, cuando estaba dispuesta á tomar un poco el sueño, la gritería de los niños no le permitió cerrar los ojos. Con el temor de que su padre tuviese necesidad de su asistencia, se levantó. Tuvo mucha dificultad en vestirse por sí misma, tan débil estaba. Encontró á su padre aun en cama, pero despierto. El le dió los buenos dias con una sonrisa lánguida, y tendió su débil mano diciéndole: que la alegría era enemiga del descanso tanto como el mismo dolor, y que el placer de volverla á ver le habia despertado antes de lo acostumbrado.

Despues la hizo sentar á su lado, fijó sus ojos sobre ella con una ternura inesplicable, y le dijo: yo os puedo dirigir estas palabras de la santa escritura: dejadme ver vuestro semblante y oir vuestra voz; pues vuestra voz es dulce y vuestro semblante agradable, y cuando os miro mi alma está trasportada de placer.

La olla estaba ya al fuego. Amanda acercó á la cama la mesa del té, y le dió su desayuno. Al tomarle de las manos de su hija levantó sus ojos al cielo para darle gracias del bien inestimable que acababa de recibir. Despues del desayuno quiso levantarse, y mientras se vestia, Amanda salió y se fué al jardin, si se puede llamar con este nombre un pequeño terreno estrecho, plantado todo de berzas y patatas, cerrado de una pequeña pared de piedra seca y zarzas. La primavera principiaba, el dia era hermoso, las nubes se disipaban, y el cielo tenia un azul claro. El verde oscuro de las hojas de la zarza era realzado por el color encarnado bajo de sus flores. Los copos de primaveras crecian bajo su abrigo; la tierra que se levantaba en dulces pendientes sobre el jardin, estaba cubierta de un verdor vivo y fresco, y sembrado de margaritas; y ses pájaros volando de una mata á otra, parecia que con los alegres cantos celebraban y saludaban la primavera.

Mas estos objetos tan dulces, no podian tener ya los mismos encantos que habian tenido para Amanda: se veia solitaria y sin consuelo; la naturaleza y sus bellezas ya no la interesaban. Ella se sentó sobre una piedra al último del jardin, esperando que la frescura del viento de la mar calmara su calentura. ¡Ah! se decia á sí misma, ¡qué diferente es mi situacion actual de la del año último en esta misma época! No nadaba en la abundancia; pero tampoco pasaba en la indigencia: tenia la esperanza de ver á mi padre juntar una pequeña fortuna; estaba yo como la flor de las montañas, que crece á la aproximacion de la estacion del verano, pero que veo perecer víctima del invierno de la pobreza.

Traia á la memoria el pensamiento casi profético que le habia hecho decir en su última mansion en Tudor-Hall: “Cuando estos bosques volverán á tomar sus ricos adornos, y resonarán de nuevo cánticos melodiosos; cuando estas flores abrirán su campanilla en fuerza de los rayos del sol, ¿dónde estaré yo? Muy lejos, puede ser, de estas sombras deliciosas, y puede ser abandonada y olvidada de aquel quien pertenecen.”

Ella en efecto estaba abandonada, si no olvidada, de Mortimer, y no se presentaba á su memoria sino como culpable y digna de menosprecio. Esto causaba á Amanda una agonía insoportable. El nombre de Mortimer ya no era un atractivo que adormecia sus dolores, y pronunciándole no hacia mas que acrecentar sus penas.

Mientras se abandonaba á estas tristes reflexiones, uno de los muchachos vino á avisarle que su padre podia recibirla. Se apresuró á verle, y le encontró en una gran silla de brazos. Los estragos de la enfermedad y del disgusto le parecieron mas señalados que en la víspera: su hermosa figura estaba absolutamente destruida, y parecia tener ya un pié en la tumba. El dolor de Amanda á este espectáculo fué inmenso, y se manifestó en su semblante. El lo conoció, y procuró calmarla y consolarla: ella le habló de llamar á un médico, que al principio rehusó; pero en seguida cedió á ello para tranquilizarla, prometiendo

que al día siguiente llamaría á uno, pues que lo deseaba. Era domingo, y quiso que le leyese el rezo del día. Amanda tomó una Biblia que estaba encima de la mesa, y leyó estas palabras: “Deja á mi cuidado tus hijos huérfanos, y yo les serviré de padre.” Las lágrimas caian de los ojos de Fitzalan, y poniendo su mano sobre el libro, exclamó: —¡Qué palabras de consuelo! ¡qué dulces son para el corazón de un padre agitado de una tierna inquietud! Sí, Dios de toda bondad, con la mayor alegría dejo en vuestras manos á mi hija, pues sois un amigo que jamas la abandonaréis. Despues suplicó á Amanda que prosiguiese. La voz de esta era débil é interrumpida, y las lágrimas, que procuraba detener, corrian por sus mejillas.

Cuando hubo acabado, Fitzalan le rogó que se acercase, y le contase todo lo que le habia sucedido durante su mancion en Lóndres. Ella le instruyó de todo lo que le habia pasado, hasta la época en que fué á vivir en casa de la marquesa, y no le disimuló las esperanzas y los temores de que habia estado agitada en su amistad con Mortimer, los esfuerzos de este para convencerla á contraer con él un casamiento secreto, y su formal denegacion para acceder á semejante union.

Un rayo de alegría brilló en el semblante de Fitzalan. —Vos os habeis conducido, le dijo, como lo esperaba. Yo me honro con tener una hija tal, y estoy mas que nunca indignado contra Lord Cherbury por sus viles sospechas.

Amanda estaba convencida de que estas sospechas habian sido inspiradas á Lord Cherbury por las mismas personas que habian procurado destruir su reposo y su reputacion; però no queria comunicar á su padre esta idea, ni los tratamientos que habia sufrido despues que hubo entrado en la casa de Rosline. Cuando su padre le pidió que continuase su relacion, la voz comenzó á faltarle; su espíritu se turbó, y su semblante descubrió su grande agitacion: la memoria de las terribles escenas que habian pasado en Portman-Square, renovaban en ella sus impresiones: hubiera querido tenerlas ocultas á su padre; pero conoció, en fin, que le era imposible escusarse á sus instancias y multiplicadas preguntas.

—¡Gran Dios! dijo Fitzalan despues de haberla oido; ¡qué espantosa combinacion de crueldad y de engaño! ¡Monstruos! ¡cómo no habeis tenido lástima de una criatura jóven, inocente y sin apoyo! La mano de fierro de la desgracia ha sido mas pesada contigo, hija mia; pero despues de la conducta de la marquesa con vuestra madre nada de su frente me admira

En seguida le dió un billete de banco para reembolsar á Howell de sus gastos, y le pidió escribiese al momento á este hombre benéfico para espresarle todo su reconocimiento. Temia ella que el pago de una pequeña deuda incomodase á su padre; pero él la tranquilizó sobre este punto, asegurándole que tenia algunos ahorros, con los cuales podria subsistir aún algunos meses.

Amanda le preguntó despues si habia tenido noticia de Oscar, que no habia respondido á su última carta, cuyo silencio la inquietaba.—¡Ah! el pobre Oscar, respondió Fitzalan, no ha estado esento de las penas; leed esta carta. Ella la abrió y leyó lo que sigue:

*“Mi querido padre:*

“Circunstancias particulares me han impedido responderos á vuestra última carta tan pronto como hubiera querido, aun ahora, las cosas tristes que tengo que noticiaros, hacen que no os escriba sino con pesar. Sin embargo, como mi situacion debe tarde ó temprano llegar á vuestra noticia, creo deber instruiros yo mismo, esperando que al mismo tiempo os induciré á soportarla con paciencia, como yo mismo la sufro, asegurándoos que ella no es consecuencia de accion alguna que pueda degradar mi carácter, sea como militar, ó como paisano. Yo he tenido mucho tiempo ha un poderoso enemigo que combatir: sin duda os admirareis de saber que este enemigo es el coronel Belgrave. Me he visto espuesto á su insolencia y á su maldad, por haber defendido contra él la causa de la humanidad; no me ha sido posible sufrir la insolencia de sus palabras y sus miradas, y me he irritado

“de tal manera por ello, que le he desafiado. Si hubiera  
“reflexionado mejor las circunstancias de este paso, no lo  
“habria hecho; pero escuchando los consejos de la pasion  
“que ha cegado mi razon, he puesto la injusticia de mi  
“parte: yo le he proporcionado la ocasion de perderme,  
“que él esperaba mucho tiempo ha. He sido depuesto de  
“mi empleo por un consejo de guerra, por haber faltado á  
“un oficial superior. Todo el cuerpo creia que seria re-  
“puesto; pero yo conocia demasiado á Belgrave, para creer  
“que consintiese jamas, siendo ello necesario para mi reha-  
“bilitacion. No he querido que triunfase, gozando del es-  
“pectáculo de la desgracia que me ha causado: he tomado  
“ya mi partido sobre el camino que quiero seguir; y antes  
“que os llegue esta carta, habré ya dejado mi nativo país.  
“Perdonadme, mi querido padre, el no haberos consultado  
“sobre esta resolucion: he temido que vuestra ternura por  
“mí, no se opusiese á mi proyecto, ó que me enviáseis so-  
“corros, que serian sacados de vuestras necesidades y de  
“las de mi hermana, lo que me habria dado un pesar mor-  
“tal. Soy jóven, y tengo salud y ánimo, y no me da pena  
“hacer mis adelantos en el mundo. He evitado haceros  
“una visita de despedida, que habria sido dolorosa para  
“todos. Os escribiré luego que haya llegado al lugar de  
“mi destino. Me alegro de saber que Amanda está con  
“Lady Greystock. ¡Puedan vuestras desgracias ser repa-  
“radas, y encuentre mi hermana la felicidad que merece!  
“Os suplico que no turbe vuestro reposo una inquietud  
“desmedida sobre mi suerte. Os repito aún, que no dudo  
“que tendré fortuna en la carrera en que voy á entrar. La  
“Providencia, en quien he puesto mi confianza, me sosten-  
“drá, y me reunirá algun dia con las personas que son tan  
“queridas de mi corazon. Recibid mi adios, y las seguri-  
“dades de mi respeto y reconocimiento.

“*Oscar Fitzalan.*”

Esta carta fué un golpe terrible para el corazon de Amanda. Esta se habia lisonjeado de poderse reunir con Oscar, y que la presencia de su hermano aliviaria la tris-

teza de su padre y la suya. Al pensar en las dificultades que Oscar iba á encontrar en el camino de la vida, sin fortuna y sin amigos, derramaba lágrimas, y temia no verle jamas. Su padre le rogó por su amor que no se affligiese así: él contaba con ella como con un apoyo y un consuelo, y le suplicó que no engañase su esperanza. Amanda enjugó sus lágrimas, y sin poder sujetar su dolor, procuró manifestarle.

Jonathan y Kate vinieron en el discurso del dia, á preguntar si podian servir en algo á Miss Fitzalan. Esta le ordenó á Jonathan que fuese por un médico al dia siguiente, y dió á Kate la llave de un armario, en donde habia dejado diferentes efectos, que queria le enviasen por la tarde. Mistriss Bryne les dió un pollo para que comieran, y Fitzalan manifestó alguna serenidad, y se encontró mejor que el dia anterior.

Jonathan habia desempeñado puntualmente la comision de Amanda, y condujo á un médico al siguiente dia por la mañana. Fitzalan habia pasado mala noche, y Amanda se felicitó de haber exigido que su padre llamase á un hombre de la facultad.

Algunos momentos despues de la llegada del médico, salió del aposento para dejarle mas libertad, y no distraer su atencion, y esperó afuera con la mayor inquietud.

Cuando el médico salió, le preguntó temblando lo que pensaba del enfermo, suplicándole no la engañase. El meneó la cabeza, y le aseguró que decia siempre la verdad. —El capitán está en una situacion delicada; pero los remedios que le tengo ordenados, y los baños del mar, lo sacarán de ella: ha sido una felicidad haberme enviado á buscar á tiempo. Habló de las curas maravillosas que habia hecho; admiró la hermosa vista que tenia la casa, y se despidió de Amanda con aquel modo suelto y desembarazado que creia ser de gentes de buen tono.

Estaba ella dispuesta á esperar el restablecimiento de su padre, como un desgraciado que se anega, y se agarra de todo lo que puede. Abrazaba esta débil esperanza, y descuidaba sus propios males para dar á su padre su con-

tinua asistencia. Habria pasado las noches á su lado, si él no se hubiese absolutamente opuesto.

Fitzalan recibia de las manos de su hija los remedios que le habian ordenado; pero en sus miradas dejaba ver que no creia sacar alivio alguno de ellos. Sin embargo, hacia todo lo que ella queria. Levantaba á menudo los ojos al cielo para pedirle la prolongacion de los dias aun necesarios á la felicidad de su hija, cuyos cuidados merecian esta recompensa.

Cuatro dias se pasaron empeorándose siempre el mal, y las promesas del médico perdieron todo su crédito en el concepto de Amanda. Su padre declinaba de hora en hora, y solo podia levantarse un momento por la tarde para dejar hacer la cama. El no se quejaba de dolores vivos; pero se estinguia poco á poco. Ya no podia entretenerse sino algunos momentos con su hija. En sus discursos procuraba inspirarle el valor y la resignacion que iban á serle muy necesarios en la ceremonia de un prócsimo y triste acaecimiento. Todas las veces que él hacia alguna alusion á esta idea, Amanda sufria mas allá de toda espresion. Pero Fitzalan creia deber aprovechar todas las ocasiones de darle reglas de conducta, que pudiesen servirle cuando habria perdido en él su protector y su guia. Algunas veces le recordaba lo pasado; pero solamente para hacerla mas circunspecta en lo sucesivo.

Tambien le mando evitar en adelante toda intimidad con Lord Mortimer; medida única que podia volverle su tranquilidad, salvar su reputacion, y destruir, añadió, las injuriosas sospechas de Lord Cherbury, hacerle conocer toda su injusticia, y hacerle sentir remordimientos cuando supiera que no estaba ya en su poder el repararla.

Amanda le prometió observar religiosamente todo lo que le prescribió. El deseo que su padre le manifestaba de que evitase en adelante á Lord Mortimer, le parecia á la verdad una precaucion inútil, convencida como estaba de que Mortimer la habia del todo abandonado. Este pensamiento lo causaba un grande dolor, pero ella se lisongeaba de que conseguiria al fin superarlo si su padre



recobraba la salud, pues entonces, obligada á emplearse enteramente con él y consagrarle sus cuidados activos y sostenidos, no tendria tiempo de alimentar inútiles pesares y memorias dolorosas de lo pasado.

Una semana se pasó aún de este modo, durante la cual Amanda vió que su padre se debilitaba de dia en dia. Ella le ayudó una tarde, como de ordinario, á levantarse un momento. Cuando estaba levantado se quejó de opresion, y pidió que se le condujese cerca de una ventana para respirar el aire. Ella abrió la ventana y le hizo sentar, y poniéndose de rodillas delante de él le ciñó con sus brazos, y fijó sobre él tiernas é inquietas miradas.

La tarde era muy bella. El sol se ponía con toda su pompa, y el mar, alumbrado por sus rayos oblicuos, parecia un mantel de plata. ¡Qué bello espectáculo! exclamó Fitzalan, ¡con qué calma y magestad baja el sol sobre el horizonte! Tal debe ser, á lo que creo, el fin del hombre de bien.

Despues de un silencio de algunos minutos, levantando sus ojos al cielo, exclamó: Dios poderoso y bueno, yo habria deseado prolongar mis dias por el amor de esta criatura jóven, á quien dejo sin apoyo; pero hágase vuestra voluntad y no la mia. Ya la dejo en vuestras manos, y mi confianza en vuestros cuidados por ella me hace sopor-tar con algun valor esta cruel separacion.

Las lágrimas de Amanda corrian. Levantando Fitzalan las manos de su hija, que estaban mojadas de ellas, las besaba exclamando: ¡Lágrimas preciosas! Mi querida Amanda, no os aflijais tan amargamente por mí; pensad que soy un viagero fatigado, y que el descanso me será dulce. Ella le interrumpió, y suplicó que mudase de discurso. El sacudió tristemente la cabeza, apretó las manos de Amanda entre las suyas, y dijo:

Escuchadme, mi querida hija, aun algunos momentos. Cuando volvereis á ver vuestro hermano, que yo espero será pronto, aseguralde que moribundo le he dado mi bendicion, la sola herencia que puedo dejarle, pero que él merece, y la que estoy seguro que estimará en grande

precio. Por vos, mi querida hija, no dudo que encontraréis un protector y un amigo. Puede ser que ambos seais indemnizados algun dia de todo lo que habeis sufrido. La Providencia es justa, y hará felices á los hijos de mi querida y desgraciada Malvina.

La conversacion le habia fatigado. Amanda le ayudó á acostarse, y le instó á tomar algunas gotas de cordial. El consintió; pero mientras estaba ocupada vertiéndole vuelta de espaldas á la cama, oyó un profundo gemido. La botella cayó de sus manos, corrió á la cama y vió á su padre sin sentido. Ella imaginó que era una debilidad pasajera, y llamó socorro. Mistriss Bryne, su marido y la abuela corrieron. Pusieron á Fitzalan sentado, le frotaron las sienes y las manos con una agua espirituosa. Todo fué inútil, era muerto.

Habiendo Amanda perdido toda su esperanza, se arrojó sobre este cuerpo inanimado, le apretó contra su seno, y ella tambien cayó sin conocimiento sobre la cama.

## CAPITULO II.

Amanda permaneció mucho tiempo sin conocimiento. Cuando volvió en sí, se encontró encima de un colchon colocado en tierra en un rincon del primer aposento, sin saber efectivamente dónde estaba. Ella creia despertar de un sueño penoso; pero al fin recobró su memoria. Viendo á una persona sentada á su lado, reconoció á sor María, y alargándole la mano le dijo con una voz débil: ¡Qué caritativa sois en venir á visitarme! La buena hermana, alborozada de oirla, la abrazó tiernamente. Sus caricias conmovieron sensiblemente á Amanda; esta lloró en el seno de la religiosa, y su corazon se halló un poco aliviado.

Sor María no habia sabido nada de la vuelta de Amanda al país, hasta que Mistriss Bryne fué á Santa Catalina á buscar algunas ramas de romero para esparcirlas sobre

el cuerpo del pobre capitán. Ella había venido á casa de Bryne para saber si podría ser de alguna utilidad á Amanda, y suplicarle en nombre de la superiora y toda la comunidad que viniese á establecerse en el convento.

Amanda le dió gracias por su obsequioso ofrecimiento, al cual dijo que no podía acceder antes de haber llenado unos deberes que las circunstancias le prescribían: manifestó alguna pena por haberla desnudado, y suplicó á sor María que la ayudase á vestir. La hermana se esforzó á disuadirla, pero no pudo conseguirlo; estando resuelta Amanda á pasar el resto de la noche en el aposento de su padre. Ella la vistió (pues los brazos de Amanda le rehusaban este servicio), y le hizo beber un vaso de agua con vino antes de dejarla entrar. Al acercarse Amanda, se admiró mucho de oír un gran ruido de gentes riendo y cantando, y preguntó espantada á la hermana lo que era aquello. Son, replicó esta, vecinos y amigos del capitán que honran su memoria. Amanda abrió la puerta para tener una esplicacion de lo que oía; pero cuál fué su sorpresa y su horror viendo una multitud de paisanos groseros cercando la cama con todas las apariencias de la embriaguez, riendo, cantando y fumando. ¡Qué espectáculo salvaje para una hija, cuyo corazón se partía por la pérdida de un padre! Ella dió un grito de horror; y arrojándose en los brazos de sor María, le suplicó despidiese aquella gente.

Sor María, acostumbrada á este bárbaro uso, no experimentaba ni horror ni disgusto; sin embargo, hizo lo que Amanda deseaba, y suplicó á estas gentes que se retirasen, diciéndoles que Miss Fitzalan ignoraba sus usos, y á mas que la pobre criatura estaba del todo fuera de sí misma por la violencia de su dolor. Ellos comenzaron á murmurar á esta proposicion, y contestaron que habían hecho preparativos para pasar la noche juntos alegremente, y Mistriss Bryne añadió que si ella hubiese previsto lo que sucedería, el capitán habría podido buscar otro parage para morir, y que lo menos que él podía hacer despues de haberles causado tanta molestia, era dejarles tomar algu-

na diversion despues de su muerte con sus vecinos. Jonathan y Kate, aunque estaban entre la multitud, juntaron sus ruegos á los de sor María, y la buena Kate les determinó sobre todo á esta complacencia, diciéndoles que probablemente tendrian luego otra ocasion semejante que les proporcionaria la pobre Amanda. Al fin ellos se retiraron, y Amanda y sor María se quedaron solas en el aposento. La débil luz que les quedaba, dando una claridad sombría sobre el semblante del muerto, añadia horror á este espectáculo. Amanda se abandonó á todo su dolor, y encontró en sor María una completa simpatía, pues la buena religiosa era conocida por practicar maravillosamente el consuelo del apóstol, que quiere que uno llore con los que lloran, y se alegre con los que se alegran. Ella obtuvo de Amanda la promesa de trasladarse á Santa Catalina despues del entierro de su padre, prometiéndole por su parte quedarse con ella hasta el fin de esta triste ceremonia, para la cual ella iba con Jonathan á hacer todos los preparativos necesarios. Esto fué de gran consuelo para Amanda, la cual, en el estado miserable de su salud, estaba incapaz de accion: sin embargo, tomó la resolucion de velar cerca del cuerpo cada noche por miedo de ver renovar la indecente escena que habia interrumpido, y que miraba como un sacrilegio y una profanacion: por la mañana se acostaba. Sor María le tributaba todos sus cuidados; ella quiso tambien velar; pero en esto no manifestó sino su buena voluntad, pues dormia á todo sueño sobre el suelo, teniendo la cabeza apoyada sobre los pliegues de su hábito, que le servia de almohada. Amanda pasaba tambien la noche en tristes reflexiones, teniendo á la vista los restos de un padre querido. La tarde del dia cuarto despues de su fallecimiento era destinada para su entierro. Amanda le vió encerrar en el ataúd, con los ojos hechos dos fuentes de lágrimas, y el corazon despedazado de dolor, como si ella le hubiese perdido en este solo momento. El cuerpo fué acompañado por las gentes de la casa, Jonathan, Kate, y algunos respetables colonos de quienes Fitzalan se habia hecho estimar durante su

corta administracion; los hombres con bandas y cintas negras en sus sombreros, y las mugeres con cofias del mismo color.

Jonathan, que habia sido soldado en su juventud, quiso hacer á Fitzalan algunos honores militares, é hizo poner sobre el féretro su nombre y su espada. Amanda sufrió horriblemente viendo estos lúgubres preparativos; pero cuando le quitaron el cuerpo, ella no pudo soportar el esceso de su dolor, y se desmayó en los brazos de sor María.

### CAPITULO III.

Esta buena religiosa tuvo mucha dificultad en hacer volver en sí á Amanda de este desmayo. Conoció que seria imposible hacerla conducir de otra manera que en carruage á Santa Catalina; y cuando el carro que habia servido á la ceremonia lúgubre estuvo de vuelta, colocaron en él á Amanda medio muerta, y la condujeron al asilo que la caridad benéfica de las hermanas le habia ofrecido.

Al llegar, fué conducida á la celda de la superiora, quien la recibió con la mayor ternura, y mas patética sensibilidad. Esta acojida sacó á Amanda del estado de estupor en que se hallaba, y le hizo derramar lágrimas de reconocimiento. Procuró parecer mas tranquila, y reconocer los cuidados que tomaban por ella, manifestando que sentia alivio en ellos. Por esta razon no quiso irse á acostar, y se quedó en una pequeña cama de descanso en el aposento de la superiora. Acercaron á ella la mesa del té; esto era todo lo que hubiera querido tomar; pero la exigieron que comiese alguna cosa al mismo tiempo. De toda la comunidad, solo dejaron acercar á sor María, atencion delicada para respetar su dolor, y á la que quedó muy reconocida.

Ella habia llegado á Santa Catalina la víspera de la

fiesta de la Santa patrona del convento, que celebraban siempre con solemnidad. Despues del té, la superiora y sor María se vieron obligadas á ir al oficio en la capilla. Ellas sentian dejar á Amanda; pero esta les disminuyó su pesadumbre, diciéndoles que tenia grandes ganas de dormir. Sor María le trajo una almohada, y se entregó á un profundo sueño, hasta que la hubieron despertado unos sonidos dulces y armoniosos. En el primer momento de despertarse, estuvo creida que esta música era la que oye el alma que se deshace del cuerpo mortal, cuando es recibida en la mansion de la eterna felicidad.

La capilla de donde venian estos sonidos, estaba al extremo de la casa, y llegaban á sus oidos con mas ó menos fuerza, segun los diferentes caracteres del canto. Unas veces era el órgano, y otras las voces mas dulces de las hermanas, cantando un himno en honor de su Santa.

Mientras que Amanda gustaba este ligero consuelo en sus penas, oyó detras de sí un grande suspiro; ella volvió la cabeza, y divisó cerca una persona que le pareció asemejarse á Mortimer. Amanda se alarmó, aunque no podia creer que fuese él. La poca claridad que dejaban entrar las ventanas estrechas y circulares del edificio gótico, no permitia distinguir los objetos. Para aclarar sus dudas, se levantó, y se convenció que habria podido creer á su primera impresion.

Ella volvió á caer sobre la cama, exclamando: ¡Cielos! ¿quién puede haber conducido á Mortimer aquí? El nada respondió; pero poniendo una rodilla en tierra, *tomó las manos de Amanda entre las suyas, y las llevó á sus labios.* Amanda, agitada por la grande conmocion que dejaba ver **Mortimer**, le dijo: Milord, ¿qué venis á hacer aquí?

Yo vengo, dijo él con una voz mal asegurada, á saber si Miss Fitzalan quiere mirarme aún como á su amigo. Esto segun, le respondió ella; pero mientras permanezcáis en esta postura, no puedo responder á vuestra pregunta.

Lord Mortimer se levantó, y sentándose á su lado le pidió la esplicacion de la respuesta que acababa de darle.

Yo no puedo, dijo ella, conservar por vos un sentimiento de simple amistad, sino con algunas condiciones. La primera, Milord, es que justificareis á mi padre en la opinion de Lord Cherbury de haber favorecido nuestra amistad, y que contándole el modo con que ha nacido y sus progresos, borraréis de su imaginacion las injuriosas sospechas que ha formado contra mi desgraciado padre. Vos me direis tal vez, que esto es inútil en el dia, que estas sospechas no le pueden alcanzar; pero, Milord, es un deber sagrado para mí lavar su memoria de las reconvenciones de que ha sido objeto por mi respeto.

Os prometo solemnemente, le dijo lord Mortimer, que sereis obedecida. Es una deuda de justicia que habia resuelto pagar antes que me diéseis la orden para ello. No hace sino muy poco que he sido instruido de las calumnias que le habian denigrado en el concepto de mi padre, y no sé aún quién es el enemigo que le ha hecho tan mal servicio. El mismo puede ser, replicó Amanda, que ha tendido tantos lazos bajo mis piés, y que me ha hecho experimentar todos los tormentos, escepto los que trae consigo una conciencia culpable.

La segunda condicion que exijo de vos, Milord, es que si oís pronunciar mi nombre con menosprecio por alguno de los del corto número cuyo voto es en mi concepto de algun precio, y que en adelante me manifestarian alguna estimacion, querais defenderme diciendo solamente que no merezco el desprecio de que me cubren. Creedme inocente, y persuadireis fácilmente á los demas que lo soy. Vos podeis pensar, Milord, que yo misma no puedo mirarme como tal, despues de lo que habeis visto con vuestros propios ojos. ¡Ah, Milord! estas pretendidas pruebas han sido dirigidas por la malicia y la traicion, para perderme en el concepto de mis amigos, y con la esperanza de obligarme á cometer el crimen del que habia ya sufrido toda la vergüenza, y parecia culpable á la vista de todos.

Ciertamente, en este momento solemne, en que acabo de ver á mi desgraciado padre volver al seno de nuestra madre comun; cuando el alma oprimida de dolores, y el

cuerpo debilitado por tantas fatigas, me veo en el borde de la misma tumba, seria el mas despreciable de los seres, si me atreviese á asegurar mi inocencia, contra el testimonio de mi conciencia que me desmentiria. No, Milord: haciéndome culpable de una falsedad tal, añadiria al crimen una locura verdadera, pues que yo misma me privaria por mi obstinacion y mi dureza de la dicha que puede, en la vida futura, indemnizarme de todo cuanto he sufrido.

¡Oh Amanda! exclamó Mortimer, el cual durante el tiempo que habia hablado, iba y venia en el aposento con grande agitacion, vos me persuadireis casi contra el testimonio de todos mis sentidos.

¡Casi? replicó Amanda. Veo, Milord, que no estais aún dispuesto á creerme; pues si conservais vuestras prevencciones, ¿qué motivo os ha podido atraer aquí? ¿Es para mas aseguraros de que soy culpable? ¿Es para oirme confesar, que quedo sola en el mundo, sin un solo ser que ponga interes alguno en mí? ¿que el asilo en que estoy, se me ha dado por caridad, y que si mi vida se alarga, me será menester, para proveer á mi subsistencia, combatir una constitucion débil, disgustos inconsolables, y una reputacion manchada por infames imputaciones?

No, no, exclamó Mortimer arrojándose de nuevo á sus piés; jamas sufriré que seais víctima de la miseria. No, aun cuando fuéreis culpable, como yo he sido tentado á creer, la muger á quien habia dado mi corazon, jamas se verá espuesta á la necesidad. Yo no creo, ni puedo creer que querais engañarme. Hay en vuestras palabras una elocuencia seductora, que me persuade que habeis sido el ludibrio y la víctima de una traicion. Yo no puedo daros una prueba mas fuerte de mi confianza, que estrechándoos de nuevo á no tener conmigo sino una misma reputacion, una misma fortuna y un mismo destino.

La firmeza con que Amanda habia sostenido hasta entonces su conversacion y su conferencia con Mortimer, se desvaneció en este momento, y se deshizo en lágrimas, por ver en la conducta de Mortimer un rasgo de generosi-



dad. A pesar de las apariencias que estaban contra ella, se remitía á la seguridad que le daba de su propia inocencia. El se determinaba á correr todos los peligros á que le arrastraba su union con ella, para sacarla de la desgraciada situacion en que se hallaba; pero mientras la sensibilidad de Amanda estaba conmovida, su orgullo estaba alarmado; ella temia que Mortimer no pensase que la apología que acababa de hacerle habia tenido por objeto volverle á atraer á sí.

Para apartarle de esta idea, si hubiese podido formarla, emprendió persuadirle que en adelante ella no podia tener con él ninguna estrecha amistad. Lord Mortimer atribuyó lo que le dijo en este sentido, al resentimiento que tenia aún contra él, por las dudas que habia dejado ver, y él no quiso levantarse hasta que no le hubiese concedido su perdon.

Os perdono, dijo ella, vuestras sospechas, aunque me hayais ofendido hasta el corazon; ellas no pueden admírrame, cuando me acuerdo de las diferentes situaciones en que he sido sorprendida, y que podria explicaros, si quereis darme algunos momentos. Lord Mortimer le manifestó un gran deseo de ser instruido de las circunstancias que el solo temor de fatigarla ó agitarla le habia impedido suplicárselo hasta entonces. El se sentó á su lado, la tomó de las manos, y escuchó atentamente su relacion.

Entonces le contó en pocas palabras cómo Fitzalan, despues de la muerte de su muger, habia ido á establecerse en Devonshire: cómo habian hecho conocimiento con Belgrave, que se les habia presentado como el amigo y protector de Oscar, y cómo los habia sumergido en la miseria, cuando ella hubo no solamente resistido á sus insolentes proyectos, sino manifestado su resentimiento por ellos.

En seguida le contó la manera artificiosa con que Lady Greystock la habia sacado del lado de su padre; el frio é insolente recibimiento que habia tenido de la marquesa y de Lady Eufrasia su hija; el odio de la marquesa á Fitzalan, la repentina mudanza sucedida en la conducta de la madre é hija para con ella; el ofrecimiento súbito, inespe-

rado y sin motivo que se le habia hecho de ir á vivir en la casa del marques, circunstancias que le daban motivo á creer que la marquesa tenia desde entonces el proyecto de introducir al coronel Belgrave en la casa: en fin, ella le dijo que las sospechas injuriosas que Lord Cherbury habia formado contra Fitzalan, se las habia probablemente inspirado la marquesa.

Lord Mortimer interrumpió á Amanda en esta situacion, para participarle su conversacion con Mistriss Janes en la sala. Amanda levantó los ojos al cielo penetrada de admiracion por una tal maldad; pues, dijo ella, aunque haya sospechado siempre de la rectitud de esta muchacha, jamas la habria creido culpable de tal bajeza.

Lord Mortimer le dijo aún lo que Lady Greystock habia contado de las conversaciones de Mistriss Jennings, y lo que la ama de llaves le habia dicho á él mismo del billete de banco que habia incluido en su carta.

¡Justos cielos! exclamó Amanda, á medida que conozco el número, la rabia y artificios de mis enemigos, me admiro mas de no haber sucumbido del todo á sus golpes. Ella entonces continuó sus relaciones: esplicó la causa del odio que Mistriss Jennings le tenia, y del modo con que ella habia caido en poder del coronel Belgrave y su milagrosa libertad, la acojida llena de bondad que le habia hecho el viejo Howell, y su situacion y la de su padre, á su llegada á Carberry-Castle. Ella no pudo pasar adelante; sus suspiros y gemidos se lo impidieron. Lord Mortimer la apretaba dulcemente contra su seno, y la llamaba su amable y desgraciada Amanda, mas querida que nunca de su corazon, declarándole que no la dejaria hasta que no le diese derecho de defenderla, y ponerla al abrigo de los complots de sus enemigos. Ardientes lágrimas corrian sobre las mejillas de Amanda, y exclamó: lo que pedís es imposible; yo lo he prometido á mi padre moribundo, él ha recibido mi promesa y no la violaré, y mi resolucion, Milord, es que esta conferencia sea la ultima.

—¡Qué promesa! exclamó Mortimer: ciertamente no hay ser alguno bastante inhumano para haber hecho prome-

ter abandonarme.—No es la inhumanidad, replicó Amanda, la que ha exigido de mí esta promesa; y yo ofendería el honor, la equidad y la razon violándola: solo un suceso puede hacerme ceder á vuestros deseos; este seria que yo pudiese traer una fortuna igual á la vuestra, á fin de que Lord Cherbury no pudiese acusar mi conducta como dictada del interes personal; y como suceder esto es imposible, tambien lo es el poder jamas reunirnos. Despues de esto, vos debeis conocer, Milord, que continuando vuestras visitas, me haríais injuria: no me turbeis, pues, en mi retiro; pero antes que me dejéis, permitidme que os diga que habeis aligerado el peso que oprimia mi corazon, dando crédito á lo que os he contado de mí misma. Si sucumbo á mi enfermedad, me consolaré al morir con el pensamiento de que habeis reconocido mi inocencia; y si vivo, sacaré algun valor para superar las dificultades de la vida, con el pensamiento de que aquellos cuya opinion me importa, me conceden su estimacion.

Lord Mortimer, vivamente penetrado de lo que Amanda acababa de decirle, se le animaron mas sus ojos y le declaró de nuevo que no dejaria sacrificar su felicidad á una generosidad eserupulosa y novelesca, cuando la superiora y sor María, volviendo de la capilla, donde habian oido un sermon de su ministro, entraron con una luz en la mano cada una.

Lord Mortimer, turbado, se levantó y se retiró á la ventana, sacando el pañuelo para ocultar su conmocion. Amanda no se encontró en estado de hablar á la superiora ni á la hermana, que se miraban una á otra, inciertas de si entrarían ó se retirarian. Vuelto en sí Mortimer de su turbacion, se acercó á la superiora, y se escusó de haber entrado en su aposento, bajo el pretesto de que tenia el honor de ser amigo de Miss Fitzalan, y de no haber podido resistir al deseo de venir él mismo á saber noticias suyas á su llegada.

La superiora, á quien los usos del mundo no le eran desconocidos, recibió sus excusas con desembarazo y política. Sor María se acercó á Amanda y la encontró temblando y

toda llorosa: ella le manifestó la pena de verla en este estado, y la obligó á beber un poco de vino para reanimar sus fuerzas. La luz que habian traído dió á Mortimer la felicidad de observar en el semblante de Amanda los estragos del disgusto y de la enfermedad: la palidez de su color, sus ojos hundidos y oscurecidos, le penetraron dolorosamente.—¡Gran Dios! dijo él acercándose á ella y tomando su mano, temo que os encontréis muy mala. Ella le respondió con una triste mirada, que pareció decirle que se engañaba. Los esfuerzos que habia hecho para hablar con él tanto tiempo, y la violencia para desterrarle para siempre de su presencia, habian fatigado sus fuerzas enteramente.

Después de tantas desgracias y sufrimientos, ¡cuán dulce le habria sido recibir los cuidados de Mortimer! ¡Qué agradable y delicioso asilo hubiera encontrado en sus brazos! Pero ni el aspecto de esta dicha, ni el de las privaciones á que se entregaba, eran capaces de hacerle faltar á las promesas que habia hecho á su padre.

—En efecto está muy mala, dijo sor María; es preciso ponerla en cama lo más pronto posible.—Sin duda tiene necesidad de reposo, dijo Lord Mortimer; pero decidme, mi querida Miss Fitzalan, si estas buenas religiosas me permiten volver aquí mañana, ¿podré veros?—Eso es imposible, le respondió Amanda; os he manifestado ya que esta conferencia era la última que os permitiría, y nada me hará mudar de resolución.—Si vos insistís en rehusarlo, dijo Mortimer, olvidando las personas que estaban presentes por la violencia de su sentimiento, os podré acusar de disimulo, pues tendré motivos para creer que el interés que me habeis manifestado no le habeis jamás sentido.—Tal reconvención me conmueve poco, replicó Amanda: puede ser será feliz para vos creerla justa. — ¡Cruel! dijo Mortimer, ¡rehusar verme! ¡prolongar á vuestra voluntad los tormentos de mi corazón!

—Jóven, dijo la superiora con un tono que manifestaba su descontento; ved las lágrimas que haceis derramar, y respetad su dolor.—¡Ah señora! replicó Mortimer, respe-

tar su dolor. . . . Seguramente le respeto; pero, mi querida señora, cuando Miss Fitzalan se encuentre mejor, exigid de ella que os instruya de todas las circunstancias de nuestra amistad, y vos misma sereis mi abogada para con ella, y aun la persuadireis á que reciba mis cuidados.—Yo no puedo, contestó la superiora, desear tener mas parte en la confianza de Miss Fitzalan de la que ella quiera concederme; solo os diré que despues de lo que de ella sé, juzgo su conducta arreglada siempre á la razon y á la discrecion; que me ha obligado sobremanera eligiendo por asilo este humilde retiro, y que habiéndose puesto bajo nuestra proteccion, corresponderé á su confianza, defendiéndola de toda especie de persecucion.—Y bien, señora, dijo Mortimer, yo me lisonjeo de que Miss Fitzalan me hará la justicia de declarar que en la visita que le he hecho, he tenido motivos á los cuales no puede ceder, pero tampoco puede condenar: yo no os importunaré mas tiempo con mis instancias, y esperaré á que una y otra seais menos inflexibles.

Entonces tomó su sombrero, y se fué hácia á la puerta; pero echando una mirada á Amanda, no pudo menos de decirle una palabra, y se acercó á ella. Le suplicó que se calmase y tomase ánimo, y le pidió perdon de la violencia de que se habia dejado llevar, diciéndole que en adelante no seria feliz en la tierra sino viviendo con ella: pidióle despue la mano, como en señal de una mutua amistad, y ella se a dió; pero cuando volvió á pedirle el permiso de verla, la encontró inexorable, y se retiró muy triste.

Sor María le acompañó hasta la puerta, y él la suplicó le acompañase algunos pasos mas, porque tenia alguna cosa que decirle. Esta consintió en ello, pues acordándose que este era el mismo que le habia dado miedo una tarde en las ruinas, tuvo la idea de preguntarle el motivo que le conducia allí.

Lord Mortimer, que conocia la pobreza de la casa, temia que Amanda careciese de muchas cosas que no se le podrian proporcionar. Para subvenir las sacó su bolsillo y lo presentó á sor María, suplicándole emplease aquel dinero

en proveer las necesidades de Miss Fitzalan, sin decirle cosa alguna. Sor María sopesó el bolsillo.—¡Ay Jesus! dijo, ¡y qué pesado es! Lord Mortimer se retiraba, cuando le detuvo, diciéndole:—Esperad; tengo que deciros una palabra: ¿cuánto hay en este bolsillo? Lord Mortimer se sonrió, y dijo:—Si no hay bastante para las necesidades urgentes, prontamente le volveré á llenar de nuevo.—¡Ay Jesus! respondió ella, jamas he visto tantas guineas juntas.

Mortimer se volvió á sonreír, y se retiraba, cuando ella le detuvo otra vez, y le presentó el bolsillo diciéndole que no queria ni se atrevia á guardarle. Descontento Mortimer, nada contestó, y se alejó; pero ella corrió hasta cerca de él, arrojó el bolsillo á sus piés, y huyó.

Cuando entró, contó á la abadesa lo que le habia pasado, haciendo mérito de haberle rehusado. Amanda y la abadesa la alabaron mucho.

Prepararon para Amanda un pequeño aposento contiguo al de la abadesa, á donde fué conducida y puesta en su cama, y á donde sor María trajo la suya para verla y cuidarla con esmero.

## CAPITULO IV.

Ahora debemos esplicar la llegada repentina de Lord Mortimer á Santa Catalina. Nuestros lectores pueden acordarse que le hemos dejado en Lóndres, profundamente afligido de la perfidia de que creia culpable á Amanda. Su dolor no disminuía ni por el tiempo, ni por las pruebas de amistad que le daba su tia Lady Marta Dormer, ni por la grande consideracion que le manifestaba su padre, quien habia cesado de importunarle sobre el asunto de Lady Eufrasia: él se consumía de tristeza, y huía de la sociedad. Al último le vino el pensamiento de que aunque Amanda se hubiese dejado descaminar miserablemente, podia estar arrepentida de su falta, y haber dejado al

coronel Belgrave: le parecia que encontraria un alivio á sus penas sabiendo en qué habia parado, y si le era posible arrancarla á su seductor. Con este intento se determinó á hacer un viaje á Irlanda, é ir á ver al capitan Fitzalan, y si no habia vuelto aún, á su padre consultarle sobre los medios de conducirla á su lado.

Dijo á Lord Cherbury que creia útil á sus intereses hacer un viaje al país de Gales. Este convino, felicitándose interiormente de no tener que temer, mas de Amanda, y lisonjéandose de que Mortimer á su vuelta á Lóndres no rehusaria ya la alianza proyectada con la rica heredera que se le proponia.

Lord Mortimer se trasladó á Holyhead con tanta prontitud, como si una perfecta felicidad le esperase al fin, mientras que el solo bien que podia esperar de él era un débil alivio á sus dolores. Ocultó á su tia el verdadero objeto de su viaje, avergonzándose él mismo de la debilidad que le hacia correr hácia á Amanda.

Despues de haber pasado el mar, tomó la posta con un solo criado. A una milla de Carberry-Castle encontró el entierro de Fitzalan. Deteniéndose su coche para dejar pasar el acompañamiento, reconoció á Jonathan, y este le conoció tambien, y se acercó al estribo del coche, y despues de humildes reverencias le notició, meneando la cabeza tristemente, que era el entierro del capitan Fitzalan.

—¡El capitan Fitzalan! esclamó Mortimer poniéndose pálido, y con una voz decaida, penetrado dolorosamente de la idea de que su padre habia contribuido á este triste suceso, pues antes que saliese de Lóndres, Lord Cherbury le habia noticiado la carta escrita á Fitzalan, y no dudaba que este golpe, junto con las desgracias de Amanda, le hubiese causado la muerte.—¡El capitan Fitzalan! repitió.

—Sí, Milord, dijo Jonathan, enjugándose los ojos; no habia hombre mejor que él: ¡pobre señor! la vida le era pesada.—¡Tenia algun amigo á su lado, ó alguno de sus hijos? preguntó Lord Mortimer.—Sí, Milord; la pobre Miss Amanda.—¡Estaba á su lado! dijo Mortimer vivamente.—Sí, Milord, ella llegó aquí habrá cosa de diez dias; pero

bien mudada: yo no creo que sobreviva á su padre mucho tiempo; la pobre señorita está muy enferma, y es una lástima, pues es una persona buena y amable.

Lord Mortimer se turbó en estremo. Quiso ocultar su conmocion, é hizo señal con la mano á Jonathan para que se fuese; pero este no le entendia. Mortimer le dijo al fin, que no quiera detenerle mas.

El haber vuelto Amanda al lado de su padre, confirmó á Mortimer en el pensamiento de que habia reconocido sus errores. Se representaba en su mente la patética escena entre el padre moribundo y una hija arrepentida, tan amable y tan querida; su situacion cuando habia recibido al mismo tiempo su perdon y la bendicion paternal llorando justamente la pérdida de un padre y sus propias faltas, y procurando borrarlas con sus súplicas y lágrimas.

Oia decir tambien que estaba moribunda. Esta idea le causaba horror; sin embargo, no pudo menos de pensar que la tumba era para en adelante el solo asilo que ella podia tener contra el desprecio y la maldad de los hombres. Temia no poder ver á la bella penitente mientras que estuviese en estado de conversar con él. Era sin duda un momento terrible, el en que recibiria su último adios; pero encontraria una dulzura al horror de una eterna separacion, y puede ser que Amanda misma recibiria algun consuelo al morir, sabiendo que él le concedia de todo corazon, el perdon de que su conciencia sin duda le decia que tenia necesidad, por haberle engañado bajo las apariencias de la virtud. Mortimer sabia por Lord Cherbury, que Fitzalan habia dejado el castillo, y no sabia dónde encontraria á Amanda; pero se propuso saberlo de Jonathan cuando volviese.

Luego que estuvo fuera de la vista del entierro, bajó del coche, y despues de haber mandado á su criado conducirle á Carberry-Castle, tomó un sendero atravesando campos, que le condujo á uno de los lados del cementerio donde Fitzalan iba á ser enterrado.

Justamente llegó allí cuando bajaban el ataúd á la sepultura. Un árbol que crecia al lado de la pared le ponía



á cubierto de la observacion. Oyó á muchos aldeanos alabar el mérito y las virtudes del difunto con grande calor, y vió cómo Jonathan recibia el sombrero y la espada de Fitzalan, puestos encima del féretro, derramando un torrente de lágrimas.

Cuando todo el mundo se hubo retirado del cementerio, saltó la pared baja y arruinada que le cerraba, y se acercó á la sepultura de Fitzalan. El sitio era triste y solitario, y la declinacion del dia añadia tristeza á la escena. Lord Mortimer estaba abatido y falto de alimento. El se convenia de la inestabilidad de las cosas humanas, y de la vanidad de los proyectos, no solo por el espectáculo de que acababa de ser testigo, sino por su propia situacion. Sus mas queridas esperanzas, sus proyectos de felicidad, la alegría de su espíritu, todo estaba marchitado, y puede ser para no revivir jamas. Su rango y su fortuna, tan apreciados de los hombres, y la misma virtud, no podian consolarle, ni curar la llaga de su corazon.

Descansa en paz, desgraciado Fitzalan, exclamó él, despues de haber permanecido por algun tiempo en pié, con los brazos cruzados, arrojando la vista sobre la tumba; descansa en paz despues de una vida llena de trabajos y tormentos. ¡Qué felicidad habria yo gustado, si hubiese podido endulzar tus penas, y consolar tus últimos dias! Pero yo puedo aún ser útil á dos seres que te eran tan queridos, y este es el solo medio que me queda, para reparar la injusticia que se te ha hecho. Tu Amanda y tu amable hijo serán en lo sucesivo el objeto de mis cuidados. A lo menos estará en mi poder hacer algun servicio al hermano de Amanda, en la carrera en que ha entrado.

Despues que Lord Mortimer hubo derramado lágrimas en la tumba, volvió tristemente á Carberry-Castle. Jonathan habia llegado allí antes que él, y habia encendido ya un gran fuego en el aposento que habia ocupado Amanda. Jonathan habia escojido este, porque los otros habian quedado cerrados despues de la salida de Fitzalan, y no podian limpiarse hasta el dia siguiente; pero esta eleccion era la peor para Lord Mortimer, á quien este aposento y

todo cuanto en él habia le recordaban á Amanda. Estos dolorosos recuerdos le penetraban de tal modo, que se alarmaron por ello, no solamente su criado, sino tambien Jonathan. El se calmó un momento; pero luego despues experimentó una sensacion tan violenta como la primera. Entonces supo el lugar de la residencia de Amanda, y su impaciencia de verla fué tan grande, que temiendo que las puertas del convento fuesen cerradas si lo diferia, tan fatigado como estaba se puso en marcha sin haber tomado refresco alguno.

El hacia cuenta en llegando á Santa Catalina, llamar á una religiosa y suplicarle le introdujese en el aposento de Amanda, si se hallase en estado de recibirle; pero despues de haber llamado á la puerta solo vió venir á una criada, de quien supo que todas las religiosas estaban en la capilla, y Miss Fitzalan en el cuarto de la superiora. El preguntó si estaba tan mala que no pudiese recibirle. La muchacha contestó que no; pues como ella no habia entrado en el cuarto sino para llevar el agua para el té en un momento que Amanda estaba tranquila, se habia imaginado que estaba buena.

Lord Mortimer le dijo su nombre, y le suplicó fuese á preguntar á Miss Fitzalan si queria recibirle. La criada se turbó tanto conociendo que hablaba á un Lord, que se quedó allí como una tonta. Imputando Lord Mortimer su silencio y su inmovilidad á alguna repugnancia á desempeñar esta comision, le puso una guinea en la mano, y la rogó se apresurase; pero al salir del aposento se habia olvidado del título y nombre, y teniendo parecer estúpida en el concepto de Miss Fitzalan ó Mortimer desempeñando tan mal su encargo, volvió á decir á Mortimer que se le recibiria, y podia subir, y le enseñó la puerta. Cuando entró, atribuyó el silencio de Amanda al esceso de su dolor. El se acercó á la cama en que estaba, y no se alarmó poco al verle los ojos cerrados. Al principio creyó que estaba desmayada; pero observando que respiraba libremente, sacó la consecuencia de que la criada le habia engañado. El la observó algun tiempo hasta que hizo algun mo-

vimiento. Entonces se retiró atrás por temor de que comparciendo tan repentinamente delante de ella, no le causase demasiada conmocion.

Se ha contado ya lo que pasó en esta conferencia. Aunque las apariencias fuesen tan fuertes contra Amanda, y que ella no hubiese dado esplicacion alguna consecuente de su conducta, en el momento que afirmó solemnemente que era inocente, Mortimer ya no dudó de ello; y cediendo á un mismo tiempo á su conviccion, á su amor y á su compasion por ella, le renovó sus instancias para hacerla consentir en su union. Cuando supo por menudo los estratagemas empleados contra ella, los peligros de que habia escapado, y los males que habia sufrido, se dió mas prisa que nunca en ejecutar su plan, á fin de que bajo su proteccion estuviese en adelante al abrigo de semejantes insultos. El le volveria la salud, la paz y la felicidad, prodigándole su ternura y sus cuidados. El la haria triunfar de la perfidia y vileza de la marquesa y Lady Eufrasia, elevándola á un estado del que habian hecho tantos esfuerzos para apartarla, probándoles de este modo que la virtud, tarde ó temprano, es superior á todos los estratagemas del vicio.

Sus transportes se entibiaron en el momento en que Amanda le declaró que su union en adelante era imposible, y que no podia ya recibirle otra vez. El se habia picado de la firmeza con que le anunciaba esta resolucion; pero viendo el estado de debilidad en que estaba, no le era permitido dejar ver su descontento, y se lisonjeaba de que triunfaria de su resistencia. En efecto, no podia desesperar de ningun suceso despues de la feliz mudanza que habia vuelto toda su estimacion por Amanda, y que habia hecho revivir sus esperanzas de felicidad desvanecidas, cuando creia que Amanda estaba irrevocablemente perdida para él.

Volvió todo mudado á Carberry-Castle. Ya no experimentó penosos sentimientos al entrar en el aposento que habia ocupado Amanda, en el cual se encontraban por todas partes reliquias de su buen gusto.

Para darle la prueba menos equívoca de su entera confianza, determinó unirse con ella prontamente, no suponiendo por otra parte que pudiese sostener la resolución que le habia manifestado. Con esta idea, resolvió partir al momento á Lóndres, y no ahorrar cuidados ni gastos para obtener de los agentes subalternos del complot tramado contra ella, una entera confesion de la parte que habian tomado en él, y todo lo que supiesen de los ardidés de los otros cómplices y autores. No era por él el querer dar estos pasos; ninguna necesidad tenia de ver confirmar lo que le habia asegurado Amanda. Esta conviccion estaba probada con la oferta de su mano que habia hecho ya; pero queria cubrir de confusion á los que habian querido perderla, y añadirles esta pena á la que experimentarían viéndola salir de su oscuridad, no como Miss Fitzalan, sino como Lady Mortimer. Las pruebas que obtendria de su inocencia, impedirían á los malvados decir que habia sido juguete de los artificios de Amanda, y estaba convencido de que estas gestiones serían útiles á ambos. Entonces podría él confesar su casamiento, conducir su muger á Lóndres, é introducirla en las sociedades; y si su padre conservaba mucho tiempo su resentimiento, sabia que encontraria siempre un asilo agradable en casa de su tia ó en Tudor-Hall. Estos risueños proyectos le tuvieron despierto una parte de la noche, y cuando se durmió fué para ocuparse aun en sueños de la felicidad de Amanda y de la suya.

Al dia siguiente por la mañana, á pesar de las prohibiciones, se fué á Santa Catalina para saber noticias de Amanda y probar si podia verla. La muchacha que le habia abierto el dia anterior pareció, y le dijo que Miss Fitzalan se hallaba muy mala. El creyó que esto no era mas que un pretesto para quitarle este deséo; y para asegurarse de ello iba á aflojar algun dinero en la mano de la criada, cuando Sor María, que lo observaba desde una puerta vecina, se presentó y la detuvo. Esta le repitió lo que acababan de decirle sobre el estado de Miss Fitzalan, añadiendo que cuando estuviera mejor tampoco la veria'

que él se abstuviese de venir en adelante á Santa Catalina, porque Miss Fitzalan y la superiora se ofenderian estremadamente de esta conducta; y en fin, que si tenia necesidad de saber noticias de la enferma, podia fácilmente enviar un criado, que seria mucho mejor que venir á importunarlas á cada momento.

Lord Mortimer se agravió mucho de este discurso poco civil. ¿Quereis vosotras, dijo él, hacer de Miss Fitzalan una religiosa, pues que le privais de toda conversacion? ¿Por qué no? respondió Sor María, ella seria muy feliz entre nosotras, y en cuanto á privarle de las conversaciones de gentes de afuera, ella tendrá muy agradables sin salir de aquí. En efecto, yo creo muy bien que la pobre Miss os ama mucho; pero tanto peor para ella.

Señora, dijo Lord Mortimer, si á los demas votos juntais el de decir la verdad, observareis este voto religiosamente. Verdaderamente, añadió Sor María, yo acabo de oirle contar una larga historia á la superiora de vos y de ella, por la que he visto que la voluntad de su padre era que ella no tuviese ninguna comunicacion con vos, y confieso que el pobre señor me parece que ha tenido sus buenas razones para ello. Yo os suplico, pues, Milord, que no volvais mas. No os está bien ofrecer dinero á esta pobre muchacha, que seria bastante para trastornarle la cabeza, y hacerle cometer una tontería.

A pesar de la severidad de Sor María, no pudo menos Lord Mortimer de probar ganarla á su favor, y empeñarla en solicitar de Miss Fitzalan el permiso de verla; pero ella<sup>a</sup> estuvo inflexible. El la instó á que le dijese si Amanda estaba en efecto demasiado mala para recibirle. Ella se lo aseguró, y para endulzar el disgusto que veia que esta seguridad le daba, le dijo que podia enviar á saber noticias de Amanda cuando quisiese, y que ella misma se encargaria de dárselas.

Lord Mortimer comenzó á temer seriamente que el capitán Fitzalan hubiese exigido de su hija que renunciase á él enteramente, y este pensamiento le fué horrible, persuadido como estaba de que en este caso nada podria per-

suadir á Amanda á faltar á una promesa que habria hecho á su padre moribundo. La duda y la inquietud le ponian fuera de sí, sobre todo cuando pensaba que le era imposible disiparlas, pues que escribiendo à Miss Fitzalan no podia recibir respuesta, visto el estado en que se hallaba. Nueva razon para convencerse de la inestabilidad de las cosas humanas.

## CAPITULO V.

Amanda no pudo resistir largo tiempo á la agitacion, á las fatigas y á los disgustos; sucumbió á su violencia, y se vió obligada á guardar cama una semana entera, por habersele declarado calentura. Todas las religiosas la cuidaban á porfia, y le prodigaban las mas tiernas atenciones. Sus esfuerzos fueron ayudados por un médico hábil establecido en una ciudad vecina, y que vino sin ser llamado por la superiora. Este dijo que habia conocido al capitán Fitzalan, y que sabiendo que Miss Fitzalan estaba indispueta, habia venido con la esperanza de poder servir de utilidad á la hija de este hombre estimable. El no quiso recibir honorario alguno por sus visitas, y la superiora sospechó, como tambien Amanda, que habia sido enviado por Mortimer, lo que era verdad, pues Lord Mortimer, mortalmente inquieto, habia tomado este medio para ser instruido de la salud de Amanda y procurarle los ausilios que necesitaba. El doctor no cesó sus visitas, aun cuando Amanda ya se halló en estado de levantarse. Este la veia regularmente, y se quedaba mucho tiempo con ella; y como era amable é instruido, su conversacion contribuia á levantar á Amanda de su abatimiento. Despues de algunos dias se le dió otro aposento en el piso llano del jardin. Desde allí, apoyada sobre el brazo del buen doctor ó de alguna religiosa, hacia algunas veces su paseo. Instruido lord Mortimer de su convalescencia, creyó que po-

dia pedir el permiso de ir á verla, y le escribió la siguiente carta:

“Lord Mortimer presenta sus memorias á Miss Fitzalan, y se promete que ella le dará su permiso para ir en persona á espresarle la alegría que siente del restablecimiento de una salud que le es tan querida. El no cree que ella pueda rehusarle esta súplica tan razonable, y aun se persuade que no vacilará un momento en concedérsela, si puede formarse una idea de la inquietud que ha sentido por ella, y de la que continuará sintiendo hasta que le haya explicado algunas espresiones de su última conversacion.—Carberry-Castle, 10 de Mayo.”

Esta carta dió mucha pena á Amanda. Ella habia esperado ahorrarse en adelante el disgusto de negarse de nuevo á las visitas de Mortimer. Veia que su carta hacia alusion á lo que le habia dicho de la promesa hecha á su padre; y conociendo el carácter impetuoso y sensible de Mortimer, se figuraba las agonías que experimentarí cuando reconociera que ella miraba esta promesa como inviolable. Sentia la desgracia de Mortimer mas vivamente que la suya. Formado su corazon en la escuela de la adversidad, podia soportar sus disgustos con alguna calma; pero Mortimer no tenia este recurso, y Amanda lloraba por el destino de un amor tan tierno, tan fiel y tan destituido de esperanza.

Amanda suplicó á Sor María, que dijese al mensajero que ella no recibia visitas; que como estaba bastante aliviada, no se tomase mas la pena de enviar á saber noticias suyas, ni de escribirle, pues no podia contestarle. La superiora, que se habia hallado presente cuando recibió la carta, alabó mucho su valor y su prudencia. Amanda, despues de su conversacion con lord Mortimer, que la superiora habia oido, creyó deberla instruir de todo lo que habia pasado entre ellos; y la superiora, que dudaba aún que las miras de Lord Mortimer fuesen tan honestas como decia, creyó que Amanda se conducia sábiamente rehusando recibirle.

Al dia siguiente por la mañana, el doctor vino como

acostumbraba. Este dijo á Amanda que le habia traído un libro divertido, cosa que no se le podia proporcionar en Santa Catalina, y que como ella le habia manifestado muchas veces el sentimiento de no tenerlos, le habia traído uno de su biblioteca, que era numerosa y escogida.

El no le habló del libro, ni se lo entregó sino al partir, diciéndole que encontraria en él cosas dignas de su atencion. Luego que Amanda estuvo sola, le abrió, y se admiró muchísimo de ver caer de él una carta. Ella la recogió, y conociendo por el sobrescrito la letra de Mortimer, vaciló si la abriria. Con todo, devolverla sin abrir, era una injuria que no la merecia Mortimer. Rompió, pues, la nema con una mano trémula y el corazon palpitante, y leyó lo que sigue:

“ ¡Cruel Amanda! ¡Reducirme á usar de estratagemas para escribiros, y destruir la dulce esperanza que tenia de recibir prontamente la indemnizacion de todos mis sufrimientos! ¿Debo, pues, ser siempre víctima de la incertidumbre y de las inquietudes sobre vuestros sentimientos hácia mí? ¿Estoy destinado á ver sin cesar sucederse una dificultad á otra, y un obstáculo á una esperanza engañada?

“ No se os puede ocultar la inquietud que han debido darme algunas espresiones oscuras de vuestra última conversacion; y sin embargo, rehusais esplicármelas; luego vos no me teneis ninguna lástima. ¿No seria mas generoso permitirme una conferencia en la que obtendria de vos esta esplicacion, que tenerme en tan penosa incertidumbre? pues vale mas que uno conozca toda su desgracia. Puede ser tambien que os convenceria de que la virtud en esto, diferente del vicio, tiene sus límites, y que uno puede llevar con demasiado rigor las leyes del honor y de la generosidad, y sacrificar la verdadera felicidad á unas ideas quiméricas de virtud. Ciertamente no mereceria ser tachado de presuncion diciendo que si los sentimientos que Amanda me ha manifestado no se han debilitado, desechando mi mano, no es á él solo á quien hace desgraciado.



“ ¡Oh mi querida y demasiado escrupulosa Amanda! no  
“ perseveréis un momento mas en una resolucion tan  
“ contraria á vuestra dicha. En la situacion en que os  
“ hallais, necesitais de la proteccion de un esposo. Joven,  
“ inocente y bella, objeto ya de persecuciones insolentes,  
“ vuestros naturales protectores, vuestros parientes, son  
“ vuestros mayores enemigos, y vuestro hermano, joven  
“ aún y sin estado, no puede estar á vuestro lado para de-  
“ fenderos. En tal situacion todas las desgracias os ame-  
“ nazan. Evitadlas refugiándoos en los brazos de un ami-  
“ go, de una fiel guardia y de un esposo. En medio de  
“ tantos peligros, la obligacion de guardar una promesa  
“ de dejarme no puede sostenerse, cuando se considera  
“ que los motivos que han podido conducir á exigirlo de  
“ vos, no subsisten ya. El capitán Fitzalan, ofendido de  
“ la carta de mi padre, ha estendido su resentimiento has-  
“ ta el hijo, sin reflexionar en las consecuencias que esta  
“ medida podia tener en vos misma. Este es el solo mo-  
“ tivo que haya podido tener para exigiros tal promesa, y  
“ si yo hubiese llegado mas á tiempo para hacerme en-  
“ tender, estoy persuadido de que lejos de oponerse á  
“ nuestra union, la habria autorizado y bendecido, y ha-  
“ bria dado su hija á un hombre cuya firme resolucion ha-  
“ bria sido su vivo reconocimiento por un don tan pre-  
“ cioso.

“ Vos no podeis ni debeis ser inflexible, y espero que  
“ despues de haber leido mi carta, me permitireis venir  
“ á vuestro lado para recibir la confirmacion de mis espe-  
“ ranzas. En todo cuanto respecta á nuestra union, yo  
“ me dejaré conducir por vos, escepto en la tardanza que  
“ quisiérais. Todo cuanto ambos hemos sufrido ya, me  
“ vuelve doblemente impaciente de veros mia enteramen-  
“ te, por temor de que algun otro infame complot no ven-  
“ ga aún á separarnos.

“ ¡Oh Amanda! esta esperanza, aunque lejana, de veros  
“ llamar mi esposa, llena mi corazon de una felicidad que  
“ lengua alguna puede expresar. ¡Por qué rehusais uni-  
“ ros á mí? ¡porque no me llevais bienes? Vos sois rica

“ de todas las virtudes: obteniéndooos, adquiriré un tesoro  
“ de los mas ricos, que los hombres mas orgullosos me envi-  
“ diarán, y que las almas sensibles, honradas é ilustradas,  
“ mirarán como el mejor don que el cielo pudo hacerme.  
“ Desterrad, pues, las dudas y escrúpulos, mi querida  
“ Amanda; olvidad una promesa que no han podido exi-  
“ gir de vos sino por falta de haber reflexionado las con-  
“ secuencias que podian resultar de su cumplimiento, y  
“ que vuestro padre os habria dispensado si hubiese podi-  
“ do prever vuestra situacion. Creed que una union que  
“ la razon aprueba en el dia, este ser querido que habeis  
“ perdido la aprobaria si le fuese permitido ocuparse aún  
“ en la suerte de su hija; y que se alegraria de un suceso  
“ que debe dar á su querida Amanda un amigo fiel, y un  
“ valeroso protector en la persona de un adorador apasio-  
“ nado como

“MORTIMER.”

“ Carberry-Castle, 11 de Mayo.”

Esta carta conmovió profundamente la sensibilidad de Amanda sin alterar su resolucion. Ella no queria responder, creyendo en esto conformarse á las intenciones de su padre. Sin embargo, considerando que si Mortimer no recibia inmediatamente respuesta, vendria seguramente á Santa Catalina é insistiria en verla, se persuadió á que valia mas esplicarse por escrito, lo que ella hizo con la siguiente carta.

“Milord.

“Vos no me hareis mudar de resolucion. Despues que  
“os he declarado que la mia era inalterable, deberíais  
“ahorrarme nuevas importunidades sobre tan triste asun-  
“to. En vano me oponéis sofismas ocultos bajo las espre-  
“siones de ternura. En todos vuestros razonamientos su-  
“ponéis á mi padre otros motivos que los que ha tenido,  
“mandándome evitar en adelante toda comunicacion con  
“vos. No es el resentimiento el que le ha conducido á

“ello, no: en las cercanías de la muerte ha perdonado á  
“todos aquellos que le habian agraviado con injustas im-  
“putaciones. No ha tenido otro motivo que el legítimo  
“deseo de defender y conservar su honor, convencido co-  
“mo estaba de que si yo consentia en unirme con vos, Lo: d  
“Cherbury permanecería en la persuasion de ser verdad  
“sus injuriosas sospechas, y le creeria digno de su menos-  
“precio. Su ternura hácia mí le ha obligado tambien á  
“darme esta órden. El conocia el orgullo de Lord Cher-  
“bury, y creia que si entrara en su familia sin bienes al-  
“gunos, seria tratada en ella con poco miramiento. Yo  
“estoy tan convencida de la justicia y fuerza de estos mo-  
“tivos, que todas las ocasiones que me hallo en estado de  
“escuchar la voz de la razon, me persuado que, aun cuan-  
“do no hubiese hecho promesa, deberia rehusar vuestras  
“proposiciones; pues aunque pudiese arrostrar muchos in-  
“convenientes por vos, no soportaria jamas indignidades.  
“Es preciso, pues, separarnos, Milord. El Ser Supremo  
“nos ha trazado dos diferentes caminos en el viage de la  
“vida: la vuestra será agradable y fácil, si por inútiles  
“pesares vos no trastornais las intenciones de la Providen-  
“cia: la mia será penosa y sembrada de espinas; pero una  
“y otra nos conducirán al mismo fin, en el que nos reuni-  
“remos para nunca mas separarnos.

“No me creais, Milord, ingrata y cruel con vos: mi co-  
“razon desmentiria esta injusta acusacion; siente toda  
“vuestra ternura y toda vuestra generosidad. Sí, Milord,  
“os lo confieso; ningun dolor del alma puede ser mas vivo  
“y mas penetrante que el que experimento combatiendo  
“así mis sentimientos; pero cuanto mayor es el sacrificio,  
“mayor mérito tengo en sujetarme á él. El testimonio  
“interior de mi conciencia es el solo consuelo que me  
“puede endulzar las penas que encontraré en la vida.

“Yo espero, Milord, que no intentareis verme, pues  
“vuestras visitas me ofenderian. El santo y solitario asi-  
“lo en el que me he retirado, me defenderá de la maldad  
“de los hombres que persiguen mi honor y mi reposo.  
“¡Ah! necesito que algun poder benefactor vele al derre-

“dor de mí. Privada como me hallo de aquellos de quie-  
 “nes tenia derecho á esperar proteccion, debo poner en  
 “mi conducta la mas escrupulosa circunspeccion. Oscar,  
 “mi desgraciado hermano, que habria sido mi defensor  
 “natural, está lejos de mí sin saber dónde se halla, perse-  
 “guido por el monstruo que ha sido para mí el manantial  
 “de tantas desgracias. ¡Ah Milord! cuando pienso en la  
 “triste situacion en que tal vez se halla, mi corazon su-  
 “cumbe á esta idea. ¡Ah! ¡que no sea yo sola el blanco  
 “de la desgracia! yo la sufriria con mas animosidad; pero  
 “no quiero perder toda esperanza por mi querido Oscar.  
 “La Providencia, que ha salvado á su hermana, que le ha  
 “enviado amigos en su auxilio en los momentos en que  
 “parecia estar abandonada del mundo entero, velará igual-  
 “mente sobre él. Yo he abusado, Milord, de vuestra pa-  
 “ciencia entregándome á tantos detalles; pero he querido  
 “esplícarme sin reserva, para evitar toda ulterior corres-  
 “pondencia. Vos conoceis mis resoluciones, y conoceis  
 “tambien los sentimientos á los que estoy obligada á re-  
 “sistir. Por piedad ahorradme de tan penosos combates.  
 “Sean para siempre la paz y la dicha que mereceis vues-  
 “tro tesoro. Guardaos, Milord, por ver desconcertadas  
 “algunas de vuestras miras, de desconocer y olvidar los  
 “otros bienes que están bajo vuestro poder, y se presentan  
 “á vuestra fruicion. Llenad las esperanzas que vuestros  
 “amigos y vuestra patria han concebido de vos; manifes-  
 “tad que mereceis los favores de que la fortuna y el na-  
 “cimiento os han colmado, y desterrad de vuestro corazon  
 “los pesares inútiles. Adios, Milord; no tengais inquie-  
 “tud alguna por mí. Si el cielo prolonga mi vida, encon-  
 “traré fácilmente un asilo oscuro, en donde al abrigo de  
 “un mundo malvado y corrompido, dando testimonio de  
 “haber seguido en mi conducta las leyes del honor y de  
 “la virtud, gustaré la felicidad que da la paz de una bue-  
 “na conciencia, felicidad que las vicisitudes de la vida no  
 “la harán jamas perder, á lo que espero, á

“AMANDA.”

“Santa Catalina, 12 de Mayo.”

Envió esta carta por un viejo empleado en el jardín de las religiosas; pero después de haberla escrito se encontró tan agitada, que se vió obligada á meterse en cama. Miraba esta carta como el último adios á Mortimer, y esta idea era demasiado penosa para que la superase con valor. La pasión que le tenia Lord Mortimer, era profunda y tierna; pero él la disminuiría luego en el torbellino del mundo. Debía esperarse verle llevar su afecto á alguna otra muger igual á él en calidad y fortuna, que le haría prontamente olvidar su primera pasión. Su corazón se oprimía á este pensamiento, y derramaba abundantes lágrimas; se acusaba entonces de inconstante en sus sentimientos; ella habia pensado y aun dicho muchas veces, que si Mortimer podia recobrar la dicha, ella misma disfrutaria mas tranquilidad; y ahora que acababa de tomar los medios para volver la paz á Mortimer, no era sino mas desgraciada. Se acusaba de personalidad, deseando la prolongacion de una pasión sin esperanza por Mortimer, y de debilidad sintiendo que llevase á otra parte un afecto al que ella ya no podia corresponder.

Para desviar tan penosos sentimientos, creia deber deterrar de su memoria á Lord Mortimer; pues á menos de conseguirlo, jamas encontraria el valor necesario para entregarse al trabajo que su situacion iba á exigirle para proveer á su subsistencia; pues el pan de la pereza y el de la servidumbre no podia menos de serle amargo.

Cosa de una hora habia permanecido sobre su cama, y habia vuelto á la sala, cuando sor María entró en su cuarto y le entregó una carta. Antes que hubiese mirado el sobrescrito, su corazón agitado le anunciaba de parte de quién venia; pero titubeó un momento si la abriria. Sin embargo, se decia á sí misma, no hay inconveniente alguno, pues no puede creer, después de lo que le he declarado, que pueda alterarse mi resolución. El seguramente me escribe para decirme que se conforma. La religiosa la dejó en el momento en que estaba deliberando si abriria la carta; al fin se resolvió á abrirla y la leyó

“A Miss Fitzalan.

“Inexorable Amanda! Quiero ahorraros en adelante, y aun á mí mismo, nuevas importunidades. Solo me limito á suplicaros que no dejéis á Santa Catalina en tres meses, ó que si esta mansion os disgustase, me hagais saber al dejarla á dónde ireis: antes que haya pasado la mitad de este tiempo, espero que os podré dar las razones concluyentes de esta súplica que os hago. Voy á dejar al instante Carberry-Castle, y parto mas tranquilo de lo que os podeis imaginar despues de lo que últimamente ha pasado entre nosotros, con tal que querais obligarme concediéndome esta única y última súplica.

“MORTIMER.

Esta lacónica carta admiró á Amanda. Veia en ella evidentemente, que Lord Mortimer habia recobrado alguna tranquilidad, pero no tomado la resolucion de renunciarla, sino por el contrario con la esperanza de volverla á ver de un modo agradable á los dos. Al principio se halló feliz con esta idea; pero su alegría cesó prontamente, cuando vino á reflexionar que esta esperanza de Mortimer era imposible que se realizase jamas. Sabia que el carácter ardiente y confiado de Mortimer podia desviarle fácilmente, y resolvió no dejarle arrastrar de él. Tampoco podia formar conjetura alguna sobre lo que él habia pensado; pero sean cuales fuesen sus proyectos, creia firmemente que serian desconcertados. Rehusar todas sus súplicas le parecia cosa dura; pero creyó que sobre todo no debia ceder á la última. Sabia que estraviándose una vez de la línea que la prudencia le trazaba, podia arrojarse en unas dificultades, que seria imposible salir de ellas. Bajo este supuesto, con mano trémula, le dió la siguiente respuesta.

“Milord:

“Yo no puedo hacer lo que exigís de mí. Podeis llamarme cruel é inexorable; pero prefiero incurrir en la reconvenccion de obstinada, que de imprudente, y merecer vuestras reconvencciones, que las mias. Yo misma ignoro cuánto tiempo podré quedarme aún en Santa Catalina; pero cuando deje esta casa, no os prometo instruiros del parage donde me retiraré. No está en vuestro poder vencer los obstáculos que han hecho necesaria nuestra separacion, y hasta que fuesen superados seria estravagante é imprudente aproximarnos. Estoy muy contenta de que dejeis el castillo; me alegro tambien, sin causarme sorpresa, de ver que estais mas tranquilo. Yo espero de vuestra razon que combatireis valerosamente y con éxito contra inútiles pesares; y os suplico, en cambio del placer que recibo de saber que habeis recobrado vuestra tranquilidad, que no turbeis la de

“AMANDA FITZALAN.”

Apenas habia cerrado la carta, cuando la llamaron para ir á comer; pero no pudo pasar bocado. El esfuerzo que habia hecho para contestar, y la agitacion que le habia dado la carta de Mortimer, habian estenuado sus fuerzas. Las religiosas se retiraron despues de comer, y la dejaron sola con la superiora. Ellas se acababan de marchar, cuando compareció el viejo jardinero que volvia de Carberry-Castle, donde habia llevado la carta de Amanda. Despues de haberle dicho que él mismo la habia puesto en manos de Lord Mortimer, añadió manifestando algun temor de que lo que iba á decirle no le causase alguna pena, que Lord Mortimer no le habia dado respuesta alguna, ni de palabra ni por escrito, aunque esperó mucho tiempo; pero que sin duda iba de prisa, pues su coche estaba dispuesto para conducirle á Dublin.

Amanda se derritió en lágrimas luego que hubo salido el jardinero. Veia que habia escrito por última vez á Lord Mortimer, y no podia detener esta espresion de sus

sentimientos. El abandonaria la idea de volverla á ver jamas, cuando conociera que las esperanzas de que se li-sonjeaban era imposible de realizarse.

La superiora sentia tambien todas las penas de Amanda. Sabia, no por esperiencia propia, sino por las observaciones de los demas, cuán seductora y peligrosa criatura es un hombre para una muger, y cuán difcil es á un corazon jóven desembarazarse de los lazos de que ha sido aprisionado. Hubiera deseado curar la herida de su jóven amiga; pero no esperaba verla cicatrizada tan pronto. Solo el tiempo y el cuidado que iba á tomar de fortificar las resoluciones de Amanda, le daban alguna esperanza de conseguirlo.

Dos horas habian pasado despues que el comisionado habia vuelto de Carberry-Castle, cuando sor María entró en el aposento con un grande paquete que entregó á Amanda, diciéndole que lo acababa de recibir de un criado de Lord Mortimer, que habia vuelto á marchar á caballo en el momento mismo en que se lo habia entregado.

Sor María no hizo escrúpulo de decir que tenia curiosidad de saber lo que contenia tan grande paquete. La superiora la riñó dulcemente de su curiosidad, y se la llevó al jardin para dejar á Amanda el tiempo y la libertad de abrirle. Ella se sorprendió al romper la nema, de encontrar una hermosa cartera blanca, en la cual habia una carta sin cerrar que decia así:

“A Miss Fitzalan.

“Cuando recibreis la presente, no podreis ya devolvér-  
“mela, pues habré partido ya. Vuestra laudable grandeza  
“de ánimo debe impediros vacilar en hacer uso de lo que  
“encontrareis en la cartera; pues es el solo medio de  
“ahorraros deber obligaciones de esta especie, á unas per-  
“sonas que os son enteramente desconocidas. Aunque des-  
“pedido como amante, tengo ciertamente el derecho de ser  
“mirado como amigo, y yo me contentaré con este título,  
“hasta que tenga derecho de tomar otro, que me será mas  
“querido. Vos direis sin duda que soy visionario, novele-



“ro, conservando esperanzas que tantas veces me habeis  
“declarado imposibles de realizarse; pero para hacérmelas  
“abandonar, son necesarios otros argumentos, mi querida  
“Amanda. Yo he sentido un extremo pesar al saber por  
“la carta vuestra de esta mañana, las desgracias de vues-  
“tro hermano. La sangre hierve en mis venas de indig-  
“nacion contra el monstruo que, segun vuestra espresion,  
“ha sido para los dos el manantial de tantos males. Voy á  
“ocuparme sin intermision, en descubrir en qué ha para-  
“do Mr. Fitzalan, y cuál es su situacion, y espero conse-  
“guirlo dirijiéndome á los agentes y oficiales de su regi-  
“miento. No tengo necesidad de deciros que en seguida  
“le serviré con todo mi poder. Estad segura que sabreis  
“prontamente el suceso de mis dilijencias en este asunto,  
“lo mismo que en otra empresa que pertenece á otra per-  
“sona que me es mas querida. Adios, mi querida Aman-  
“da. Os suplico de nuevo no dejeis á Santa Catalina has-  
“ta pasadas algunas semanas. Me parece que para un  
“asilo pasajero, no podreis encontrar otro mejor; y como á  
“mi vuelta á Irlanda mi impaciencia de veros será estre-  
“ma, me pondríaís á la desesperacion, si me fuese preciso  
“buscaros. Vos me habeis negado esta súplica; pero yo  
“puedo insistir cuando os doy mi palabra de honor de  
“que no os suplicaré veros otra vez, á menos de que nues-  
“tra reunion pueda ser agradable á uno y á otro, ni pro-  
“curaré presentarme á vuestra presencia á pesar vuestro.  
“En fin, creed que suceda lo que sucediere, seré siempre  
“vuestro fiel

“MORTIMER.”

¿Qué quiere decir? exclamó Amanda. ¿Qué plan puede tener para remover todos los obstáculos que nos separan? El parece que no duda del éxito. ¡Oh Dios! favoreced sus esfuerzos. Tambien parece que habla de volver á Irlanda. Me dice que son necesarias otras pruebas, á mas de mi conviccion, para hacerle mirar sus esperanzas como quiméricas. Seguramente no tendrá la crueldad de inspirarme una esperanza que él mismo no creyese muy fundada.

No, no, mi querido Mortimer, yo no os miraré como un espíritu visionario y fabuloso, sino como el mas amable y mas generoso de los hombres; pues que por la pobre Amanda continuais en arrostrar obstáculos, y en hacer los mayores sacrificios. Tambien se penetró vivamente de verle darse tanta diligencia para buscar y servir á Oscar. Por este medio esperó ver prontamente á este hermano querido, ó saber á lo menos noticias suyas; pues estaba bien segura de que lord Mortimer no descuidaria nada para darle esta satisfaccion.

En seguida examinó la cartera, y en ella encontró en pequeños billetes de banco doscientas libras esterlinas, presente considerable, pero ofrecido con bastante delicadeza, para que ella no se hiciese eserúpulo alguno de recibirlos. Sin embargo, se decia á sí misma, incierta de qué rumbo llevarian sus cosas entre ella y Mortimer, no debia tenerle obligaciones pecuniarias; pero reflexionando en la nobleza del modo de pensar, y la delicadeza de Mortimer, conoció que lo agravariaria cruelmente, si le devolvia el presente. Y así se resolvió á guardarle, privándose en adelante de recibir cosa alguna de él.

Este socorro en efecto le era muy necesario. Despues de haber pagado los gastos de los funerales de su padre, la gente que habia alquilado y el boticario, solo le quedaban veinte guineas, de las cuales la mitad podian ser miradas, como debidas á las hermanas de Santa Catalina, á quienes su pobreza no permitia añadir cosa alguna á sus gastos ordinarios.

Ella habia resuelto obligar á las hermanas á aceptar esta pequeña suma, como una corta muestra de su agradecimiento á los cuidados que habian tenido por ella, y en seguida contaba retirarse á alguna cabaña de la vecindad, en donde sus gastos serian mas proporcionados al estado de su fortuna, hasta que su salud estuviera restablecida, para que pudiese ganar su vida; pero se estremecia al solo pensamiento de dejar á Santa Catalina, y de ir á vivir entre paisanos groseros. Era para ella esponerse á

un mar borrascoso, sin medio alguno de resistir á la tempestad.

Lord Mortimer la habia puesto en estado de diferir su salida de Santa Catalina, y se resolvió á quedarse aún allí durante el tiempo que él le pedia, y seria suficiente para terminar sus incertidumbres, que si entonces los separaban sus destinos, ella habria recobrado su salud en términos de poder entregarse al trabajo que su situacion exigia. Corrian de sus ojos lágrimas de reconocimiento y sensibilidad, cuando pensaba en aquel que aliviaba su corazon del peso de que estaba oprimido.

Al fin se acordó que la superiora se habia retirado al jardin por complacencia suya, y que sin duda esperaba que la llamasen. Enjugó, pues, sus lágrimas, y doblando la carta que estaba mojada con ellas, se fué al jardin con la resolucion de no comunicar nada de su contenido, para no dar á conocer unas esperanzas que hasta entonces ella misma habia considerado como extravagantes, y que como todos los proyectos de los hombres, estaban sujetas á ser desconcertadas.

Encontró á la superiora y sor María sentadas bajo un arco medio arruinado y cubierto de yedra. ¡Jesus! mi querida Miss, dijo esta última, yo he creido que jamas volveriais! Nuestra buena madre me ha detenido aquí á pesar mio, aunque le haya dicho veinte veces que las tortas que he hecho para el té estarian quemadas, y que durante el tiempo que leais la carta de lord Mortimer, podia muy bien íroslo á decir. El regreso de Amanda volvió la libertad á la impaciente sor María, y se fué. La superiora arrojó una mirada penetrante sobre su jóven amiga, reparó que habia llorado, y distinguió que sus lágrimas habian sido de alegría. Ella tenia demasiada delicadeza y discrecion para preguntar á Amanda cuál era el motivo; pero la tomó de la mano, y la apretó teniendo valor de decirle: veo, mi querida hija, que habeis sabido alguna cosa agradable, y mi corazon está simpático con el vuestro, tanto en vuestra alegría como en vuestro dolor.

Amanda contestó á la buena superiora con el mismo

sentimiento y la misma espresion, dejando correr algunas lágrimas. Sor María vino luego á llamarlas para comer las tortas calientes que habia hecho, para tentar á Amanda á que tomase alguna cosa sólida. Toda la comunidad estaba junta tomando el té, cuando entró el médico. Amanda se puso colorada, y afectó seriedad al verle; pero él se chanceó ligeramente sobre su gravedad; y cuando la superiora y religiosas se hubieron retirado, segun su costumbre, para sus oficios de la tarde, le dijo que temia no hubiese puesto bastante atencion en lo que contenia el libro que le habia traído el dia anterior. Amanda conoció por el tono con que le hablaba, que estaba instruido de sus relaciones con Mortimer, y por consiguiente le contestó que si él conociese los motivos que tenia para portarse así, no lo desaprobaba, y despues añadió que detestaba todo género de estratagemas, y que le sabia mal que hubiese empleado uno con ella.

El doctor contestó que no se haria jamas escrúpulo alguno de emplear un estratagema para llegar á un buen fin; que lord Mortimer era el jóven mas amable que jamas hubiese conocido; que habia ganado su corazon y le deseaba todo bien. El me ha empeñado, continuó, en imaginar un pequeño artificio á fin de hacer pasar á vuestras manos su carta. Cuando le he visto con tanta pasion é inquietud por vos, no habiendo tenido aún tiempo de conoceros por mí mismo, he creido sobre su palabra en las gracias y virtudes que os atribuia; pero despues he visto muy bien que en efecto las poseeis. Vos os sonreis, y vuestras miradas parecen decirme que yo soy un adulator. No, Miss Fitzalan, os lo juro. Os creo realmente digna de lord Mortimer, y os aseguro que hablándoos así, os hago el mayor cumplimiento que haya hecho á muger alguna. Yo le he hallado consumido de dolor: me ha confiado sus inquietudes y sus penas, y despues de haberlo oido, he orado tan devotamente como puede hacerlo el mejor cristiano por vuestro restablecimiento, y para que todas vuestras aventuras acaben, como una comedia, por un buen casamiento.

Vuestros deseos son muy corteses, le dijo Amanda sonriéndose. A fé mia, dijo él, que son sinceros, y no me acuerdo haber estado mas mortificado, por un siniestro suceso, que cuando he visto que las cosas no corrian bien entre vos y Milord; pero yo no desespero. En todas mis penas, de que el cielo me ha dado mi parte, he visto las cosas siempre por el lado halagüeño, y con el mismo aspecto las veo para mis amigos. Yo espero veros establecida en Carberry-Castle dueña de la casa, y á mí vuestro primer médico. Este recuerdo de un suceso tan lejano y tan incierto en el concepto de Amanda, la turbó mucho: ella se puso pálida y colorada alternativamente y dejó ver á su doctor, hombre de bien pero un poco hablador, que habia tocado la cuerda sensible. El mudó de conversacion; y cuando la vió mas tranquila, se levantó para despedirse. Amanda le detuvo un momento para hacerle recibir un billete de diez guineas; pero él estuvo inflexible, y le dijo con alguna dignidad, que hatsta que la enfermedad de que el corazon de Mortimer esaba afecto estuviese aliviada, no recibiria honorario alguno de sus visitas, y que él las continuaria de tanto en tanto, por encargo que tenia de cierta persona de atisbar lo que pasaba en el recinto de los muros de Santa Catalina.

A la mañana siguiente, Amanda se ocupó de sus asuntos. Dió á la comunidad treinta guineas, las cuales tuvo mucha dificultad en hacérselas aceptar; pero cuando les habló de pagarles una pension para lo sucesivo, manifestaron que no lo consentirian, despues de haber sido pagadas tan liberalmente de los gastos que les podia haber ocasionado. Ella les contestó que si no le permitian pagar su manutencion y su hospedage, las dejaria, aunque á pesar suyo; asegurándoles, por otra parte, que se hallaba en estado de hacer este gasto.

En fin, se convinieron que les pagaria una pension de cuarenta libras esterlinas cada año, suma considerable respecto á la frugalidad de su modo de vivir. Ella habia hecho trasportar al convento todo lo que habia sacado de la casa de su padre, y todo cuanto le pertenecia, é hizo poner

en una grande arca todo lo que necesitaba actualmente, á fin de hacerlo trasportar al primer momento: habia querido vender en Dublin su arpa y su guitarra; pero se determinó á guardarlas hasta mas urgente necesidad. Tenia cuanto le era necesario para pintar y para otras pequeñas labores de muger, y se proponia entregarse á estos dos trabajos, no solo para pasar el tiempo, sino para sacar recursos de esta habilidad y proveer á sus necesidades. En fin, resolvió aprovecharse de la calma que disfrutaba, con el temor de alguna nueva tempestad, contra la cual parecia estar en menos estado de combatir.

## CAPITULO VI.

El vivo dolor y la agitacion que causan la esperanza y la incertidumbre, se disminuyeron poco á poco en el corazon de Amanda, y cambiaron en una dulce melancolía, originada de la satisfaccion de haber llenado todos sus deberes, y soportado sus infortunios con tranquila resignacion. Se deleitaba pensando en su padre: al pesar que tenia de su pérdida, se mezclaba la idea deliciosa de haber podido consolarle en sus últimos momentos, y la persuasion de que, si es dable á las almas separadas de sus cuerpos mortales ver desde lo alto lo que pasa en este mundo, su padre la miraria placentero caminar sin desviarse por la senda que le habia trazado. Estos pensamientos causaban á su alma una calma que endulzaba sus disgustos, y un consuelo que nada puede dar ni destruir, y que sola la virtud conserva en medio de las mayores calamidades.

Tambien procuró impedir el ocupar su pensamiento con Lord Mortimer, pues la paz huia de su alma todas las veces que pensaba en el tiempo venidero que Lord Mortimer parecia esperar, y le habia anunciado, y la incertidumbre en que quedaba su mutuo destino.

La soledad de Santa Catalina era muy propia á entrete-

ner estas disposiciones. Ella no estaba sujeta á las obligaciones de las religiosas: dueña absoluta de su tiempo y acciones, leía, trabajaba y paseaba á su voluntad, cuando y como queria. Ella no se alejaba mas allá del recinto de Santa Catalina, para no volver á ver los lugares que le recordaban memorias que no habria tenido valor de sostener. Pero este espacio de terreno era bastante estenso para proporcionarle largos y verdaderos paseos; y en la calma de la tarde, cuando solo se oia el balido de los rebaños y el ligero susurro de los insectos, gustaba de ir errante entre las ruinas magestuosas y pintorescas de este antiguo edificio, unas veces con una religiosa, y las mas de ellas sola con sus pensamientos.

Habia pasado así unos quince dias despues de la partida de Lord Mortimer, cuando una mañana se oyó detenerse una carroza en la puerta grande del convento: sentada Amanda á su labor en la sala con la abadesa, se sobresaltó á este ruido. Se puede bien creer que su primer pensamiento se dirigió á Mortimer. Cuando abrieron la puerta, fué grande su admiracion al ver comparecer á Mistriss Kilcorban y sus dos hijas.

Amanda se quedó muda de sorpresa, sin poderles hacer el cumplimiento de costumbre. Las hijas la saludaron con un aire frio y reservado, y la madre la trató con una familiaridad grosera, que se creia en derecho de tener con una persona reducida á la situacion en que se hallaba Amanda.

—Querida mia, le dijo, no podeis creer la pena que hemos tenido con la relacion de vuestras desgracias. Nosotras hasta ayer no llegamos aquí, pues hemos pasado todo el invierno en la ciudad muy agradablemente en bailes, fiestas y sociedad; pero, como queria deciros, nosotras hemos estado de vuelta mucho antes de mi antigua costumbre, porque he adquirido nuevas de todos mis vecinos, y lo primero que he sabido ha sido la muerte del capitán. No os desconsoléis, mi querida; es un paso que todos debemos dar, es la ley comun, como dice el doctor en su sermón; de manera que sabiendo la muerte de vuestro padre y vuestra miseria, he buscado en mi imaginacion algun recurso para

vos, y al fin he encontrado uno, que he comunicado á mis hijas, y os será muy bueno, dándoos medios de ganar vuestra vida honradamente. Sabreis, pues, querida mia, que la aya que habia llevado conmigo á la ciudad no ha querido volver con nosotras; es, por decirlo de paso, una tontuela. Bajo este supuesto, he pensado que su plaza era precisamente lo que os convenia. Vos enseñareis el frances á mis cuatro pequeñas hijas; las enseñareis á trabajar, y como teneis gusto, ayudareis á mi hija mayor á hacer sus modas y componerlas; yo doy veinte guineas de salario: cuando no tenemos forasteros, la aya come en nuestra mesa, y por otra parte está bien tratada por todos respectos.

Durante este discurso, tan espresivo como elocuente, la palidez de Amanda habia hecho lugar en sus mejillas á un encarnado vivo, escitado por su indignacion.

—Vuestras intenciones, señora, le contestó, pueden ser obsequiosas; pero no puedo aceptar vuestros ofrecimientos.

—¡Ay buen Dios! replicó Miss Kilcorban, ¿por qué los rehusais? ¿Es porque no estais en estado de instruir á mis hijas, lo que en efecto puede ser, pues hay tantos que pasan por tener talentos que no poseen? pero esto no me de tiene. Yo os tomo como sois, porque habeis sido siempre una buena muchacha, y os comportais bastante bien: sin embargo, si estoy obligada á tomar maestros para mis pequeñas hijas, no podeis esperar las veinte guineas de salario, pues entonces os rebajaria alguna cosa.

La superiora, que hasta entonces habia guardado silencio, tomó la palabra, y dijo:—Miss Fitzalan, señora, jamas se ha envanecido en tener talentos que no poseyese, antes bien su modestia oculta los que tiene. Si rehusa vuestros ofrecimientos, no es porque se crea incapaz de instruir á vuestras hijas, sino porque ella no podria soportar que se le tratase con tan poco miramiento como vos le manifestais; si su situacion le obliga á emplear sus talentos para ganar su vida, espero que jamas se verá reducida á la mortificacion de vivir con unas personas que no estimarian lo que vale, ni le tendrian el respeto que se merece.

—Muy bien, señora, muy bien, replicó Mistriss Kilcor-



ban, eso es tener grande confianza; mas de una muchacha, valiendo tanto como ella, se contentaria con encontrar semejante ofrecimiento.

—Mamá, dijo Miss Kilcorban, puede ser que Miss tenga á la vista otro mejor establecimiento: nos olvidamos que Lord Mortimer ha pasado últimamente algun tiempo en Carberry-Castle, y todo el mundo sabe que tiene mucha amistad con la hija del capitán Fitzalan.—O puede ser, hermana mia, dijo Miss Alicia, que quiera ser religiosa.

—Yo creo, en efecto, continuó la madre, que ella no tiene ganas de ser nada bueno: por algo será seguramente, el haber reñido con Lady Greystock. Ay buen Dios! ved solamente todo lo que llena el aposento: música, libros, una arpa, una guitarra, como si nada tuviera que hacer sino cantar, y perder así todo el dia. Por lo demas, yo no he venido solamente para proponeros el venir conmigo, sino que queria ofrecer un buen precio por vuestra arpa, por vuestra guitarra y por vuestra música, suponiendo que en vuestra situacion no teneis necesidad de todo esto; y apostaria á que rehusais tambien el vendérmelos.

—Ciertamente, señora, dijo Amanda; solo al último apuro me desharé de estos objetos tan queridos, pues los tengo de mi padre.

—Muy bien, hija mia; yo deseo que tanto orgullo no sea humillado: y hablando así, salió del aposento con sus hijas, las cuales, bajo un aire de desprecio, ocultaban la indignacion que sentian por el recibimiento que habian tenido.

La superiora, despues de su partida, rió mucho del acceso de cólera que habia dado á Mistriss Kilcorban; y Amanda, que consideraba á esta muger y á sus hijas como seres del todo insignificantes, se repuso luego de la turbacion que le habia causado su visita.

Al anochecer recibió una carta, de la que le dijeron que esperaban respuesta. La abrió con precipitacion; pero en lugar del escrito de Mortimer que esperaba ver, leyó lo que sigue:

*“A Miss Fitzalan.”*

“Amable criatura: jamas he reido tanto, como cuando mi madre y hermanas me han dado cuenta del recibimiento que han tenido en Santa Catalina. Pardiez que ha debido ser escelente. Yo no he podido menos de admirarme de su locura, cuando han imaginado que una tan hermosa muchacha como vos se emplearia en instruir á un hato de mococillas. Para ir al hecho, mi querida, os propongo que en adelante os tengais cuidado: trasladaos á Dublin; poneos en buena habitacion, y declarad abiertamente que sois la soberana de mi corazon. En este caso, os prometo una situacion digna de envidia. Espero vuestra contestacion para levantaros de la oscuridad en que estais sepultada, sobre un teatro brillante, del que seais el ornato. Adios, mi querida; creed que os soy enteramente adicto.

“B. KILCORBAN.”

No se puede pintar la indignacion de Amanda al leer esta impertinente carta. Se pasó algun tiempo antes que fuese bastante dueña de sí misma para dar á conocer á la superiora la causa de su agitacion. Al fin convinieron entre las dos, que Amanda le enviaria la respuesta siguiente:

“El autor del billete insolente y grosero que se acaba de recibir, solo merece el desprecio; pero si repite sus insultos, le podrá suceder algo peor.”

A la verdad ella no temia que Kilcorban perseverase, pues no tenia la constancia ni los recursos de Belgrave. Este era un libertino por principios, y el otro lo era por esterioridad, y mortificando su orgullo estaba segura de desembarazarse de él.

Pero el reposo de Amanda debia ser otra vez turbado. Al dia siguiente el padre O-Gallagan, aquel gordo y pequeño ministro de quien se ha hecho mencion al principio de esta historia, vino á Santa Catalina. El no era el capellan del convento; pero iba á menudo, y era amado de

toda la comunidad. Habia estado muy inquieto por la enfermedad de Amanda. El la encontró sola en la sala; se sentó á su lado, y toda su fisonomía parecia decirle que tenia alguna cosa agradable que comunicarle.

Mi querida, le dijo él fijando en ella sus ojos con un aire risueño, ¿no estaréis muy contenta de dejar esta habitacion para encontrar propiamente una buena casa, donde pudieseis recibir vuestros amigos y tener todas las comodidades? Sin duda, respondió Amanda, pues aunque no encuentro esta mansion triste, estaria muy contenta de encontrar un establecimiento como es el de que me hablais.

¡Ah! yo os he mirado siempre como una muchacha razonable. Y bien, bribonzuela, ¿qué diriais al que os ofreciese esta buena fortuna, y os dijese que puede al momento mismo ponerla en vuestras manos? Amanda se admiró. Al principio creyó que se chanceaba; pero vió que hablaba sériamente. Sí, mi querida hija, continuó con el tono y aire de una perfecta satisfaccion, tengo un ofrecimiento que proponeros, que haria saltar de alegría á muchas de las niñas que conozco.

¿Os acordais bien de Lord O-Flannaghan, en casa de quien tomasteis el té el verano pasado? Y bien, el hijo mayor, tan buen muchacho como puede serlo, se ha prendado de vos. Pero como debiais dejar el país, ya por esto, ya por otras razones, habia creido inútil hasta ahora declarar su pasion; mas viéndoos de vuelta, á fé mia que ha tomado ánimo y ha hablado de vos á su padre. El viejo O-Flannaghan es un hombre de bien, y consiente en el casamiento de su hijo con vos. La casa es buena y bien provista. El padre lo pondrá todo en manos del hijo mayor. El pequeño vivirá con vos hasta que sea casado, y se halle en estado de llevar por cuenta suya una hacienda. La hija mayor es casada, la segunda vive con ella, y la última os será útil en vuestra casa. Solo hay una pequeña dificultad, que es la diferente creencia; pero cuando se tocó este artículo, les he dicho que sobre esto no tengan inquietud alguna, que yo os conocia por una

persona muy razonable, y que no rehusaríais ir á la capilla en lugar de ir á la iglesia, para procuraros un ventajoso establecimiento; de manera, querida, que yo espero daros sin dilacion la bendicion nupcial, y ser el director de vuestra conciencia.

Amanda habia escuchado el discurso del ministro hasta el fin, aunque con grande admiracion. Ella se levantó, y habria salídose del aposento sin responderle, si no hubiese temido que el padre ignorante, no esplicase bien su silencio y su huida. Por esta consideracion se detuvo, y le contestó, que estaba ofendida de la libertad que se habia tomado de responder por ella en materias tan importantes como las de la religion; y para probarle cuán mal instruido estaba de sus disposiciones en todo como en esto, le aseguraba que la embajada que acababa de dar, era perdida para todos aquellos que se la habian encargado, y desagradable para ella; que si Mr. O-Flannaghan buscaba su dicha en el casamiento, no la encontraria sino con una muger de su clase, y formada al mismo género de vida que él. Acabando de decir, dejó el aposento con un aire de dignidad, que confundió del todo al pobre capellan; de manera que tomó el sombrero apresuradamente, y se fué á la casa de O-Flannaghan á dar cuenta del mal éxito de su visita, muy mortificado por haber perdido los regalos de boda, y el guisote con el que su imaginacion se ocupaba deliciosamente.

Fué menester algun tiempo para reponerse Amanda de la desagradable agitacion en que la habian tenido la visita de las Kilcorban y la del capellan. Estos dos ataques la convencieron de que ella no era bastante para sostener tales combates y solo tenia un medio de ponerse á cubierto de ellos, la proteccion de Lord Mortimer, cuando adquiriendo el derecho de defenderla, la habria hecho una de las personas mas felices de su sexo.

## CAPITULO VII.

Un ataque mas recio se preparaba para Amanda. Cerca de quince dias despues de la visita de las Kilcorban y del capellan, una tarde que segun su costumbre se abandonaba á sus pensamientos melancólicos en medio de las solitarias ruinas del convento, vió de lejos á un hombre bajo un arco medio arruinado, y reconoció al horrible Belgrave. Amanda arrojó un grande grito, y con un susto inesplicable dió algunos pasos atras. ¡Cruel Amanda! le gritó Belgrave, y al mismo tiempo parecia querer aprovecharse de la situacion en que la hallaba; pero las miradas y la voz de este enemigo la sacaron de la especie de estu- por en que habia caido al verle, y le dieron fuerzas; y como él se acercaba siempre, hizo un salto, y con estrema ligereza, habiéndose enredado en las revueltas oscuras y embarazadas de las ruinas, que ella conocia mejor que él, llegó al convento. Sus ojos inquietos, y su semblante pálido, espantaron á la buena superiora, la cual le preguntó la causa del trastorno en que la veia. Amanda no estaba entonces en estado de hablar; la aparicion de Belgrave la habia aterrorizado como un presagio de todas las desgracias. Su sangre estaba helada en sus venas, y todas sus facultades estaban en suspension. Sor María vino á su socorro, y con agua y algunos espíritus le hizo volver la palabra, y se alivió con las lágrimas. La superiora renovó sus preguntas; pero viendo que no queria responder delante de sor María, despidió á esta bajo cualquier pretesto. Amanda habia confiado ya á la superiora los sucesos de su vida, de manera que sabiendo que habia encontrado á Belgrave, ya no se admiró de la agitacion que su aparicion le habia causado. Ella procuró persuadirla que sus temores no eran razonables; le recordó la proteccion del cielo que la habia arrancado de las manos de Bel-

grave, y sobre la cual su inocencia le daba derecho de contar aún. También le hizo observar la seguridad del asilo, en el cual estaba cercada de amigos cuya vigilancia no se adormecería, y cuyo celo desconcertaría todas las estratagemas que podrían emplear contra ella.

Amanda se sosegó escuchando á la respetable superiora. A la voz de la amistad y de la religion, volvió á tomar su serenidad, su firmeza y la elevacion de su alma. Entonces conoció que despues del socorro milagroso que le habia dado la Providencia contra el atentado de Belgrave, sería un crimen abandonarse á la desesperacion; pues esto sería faltar á la confianza en el poder y palabra del que ha prometido proteger la inocencia.

Sin embargo, convinieron entre ellos que Amanda no saldria mas del recinto del convento, y que limitaria sus paseos al jardin que estaba circuido de una grande muralla, en donde no habia parage alguno para poderse ocultar. Solo faltaban tres semanas de los tres meses que Lord Mortimer habia pedido que pasase en Santa Catalina. Ella se lisonjeó que antes de espirar este término Belgrave cesaria de perseguirla, y se retiraria. Entonces si no sabia cosa alguna de Mortimer, estaba determinada á renunciar á toda esperanza de volverle á ver, y adoptar algun plan de vida y de trabajo que pudiese procurarle su subsistencia.

Ella se volvió á dedicar á dibujar y bordar. Habia hecho algunas obras de esta especie, de las que estaba segura de encontrar un buen precio en caso de hallarse obligada á venderlas. Con todo, siempre que se veía obligada á detenerse en esta idea, corrian algunas lágrimas sobre sus mejillas; pero las enjugaba prontamente, esforzándose á fortificar su alma con una piadosa resignacion al destino que la Providencia le preparaba.

Tres semanas se pasaron aún sin suceso alguno que turbase su tranquilidad; pero al acercarse el término fatal de los tres meses, se acrecentó mas su agitacion; veía con espanto acercarse la crisis que iba á decidir su suerte.

En la actual situacion de su alma evitaba por la pri-

mera vez la soledad: tenia necesidad de huir de sí misma, y estaba continuamente con la superiora, la cual no tenia de triste ni de austera sino el hábito.

Una tarde estaban conversando juntas despues del té, cuando sor María entró con un grande pliego, que arrojó á Amanda antes de presentárselo, gritando: es de Lord Mortimer. Yo deseo que este jóven importuno no haya vuelto, pues íbamos á tenerle sin cesar corriendo aquí y atormentándonos.

¡De Lord Mortimer! exclamó Amanda. ¡Oh Dios....! ella no dijo mas; y tomando el pliego salió de la sala y se fué volando á su aposento. La carpeta encerraba dos cartas; el sobre de la primera era de una mano incógnita; el de la otra era de Mortimer. Ella abrió la segunda y leyó lo que sigue:

“A Miss Fitzalan.

“Ya me teneis de vuelta, mi querida Amanda, para decirnos que en adelante nada podrá separarnos; que estamos al término de la recompensa de nuestra constancia recíproca; al fin de nuestras penas y sufrimientos, y bien pronto tendremos un mismo nombre, un mismo interes y un mismo destino.”

Lágrimas de alegría corrian de los ojos de Amanda. ¿Será esto verdad? se preguntaba ella. ¿Cómo puede ser? ¿Qué! ¿Mortimer, á quien he amado tanto tiempo sin esperanza, habrá venido en efecto á mi lado para no separarse jamas? Sí, es verdad. Y jamas podrá pagarlo mi corazon con bastante reconocimiento; ¿pero cómo ha sucedido esto? Ella enjugó sus ojos y prosiguió:

“Vuestra solemne denegacion á consentir á nuestra union, me habia abismado en un profundo descousuelo; pero el verdadero amor como el verdadero valor, jamas desespera, y no cede á los obstáculos hasta haber hecho el último esfuerzo para vencerlos. En este concepto yo mismo me reanimé del abatimiento que me habia causado vuestra resolucion, entregándome enteramente á la ejecucion

“de un plan que habia formado mucho tiempo ha, y cuyo  
“éxito me parecia asegurado. Vos podeis juzgar de mi im-  
“paciencia para conseguir mi fin, cuando os recordaré mi  
“marcha de Carberry-Castle tan precipitada, que ni yo  
“mismo supliqué despedirme de vos. No os disimularé que  
“tenia por combatir muchas dificultades, para probar al  
“mundo que yo no era juguete del amor, sino el amigo y  
“el defensor de la virtud. Por lo que os digo debeis cono-  
“cer que las dificultades de que hablo eran las que en-  
“contraria en desentrañar el profundo y execrable com-  
“plot, que os ha arrojado en una tan cruel situacion, y tan  
“propia á manchar hasta vuestro carácter á la vista de  
“los hombres. Con una mezcla de orgullo y de placer me  
“he hecho vuestro campeon, he emprendido vengar vues-  
“tro honor, y probar claramente que vuestra alma es tan  
“pura, tan angélica, tan amable como lo anuncian los en-  
“cantos de vuestra persona, de los cuales pueden los ojos  
“juzgar.

“A mi llegada á Lóndres fuí bastante feliz, por encon-  
“trar aún á Lady Marta Dormer en casa de mi padre. Yo  
“le habia dicho que iba á hacer una visita á mi hermana  
“al país de Gales. Mi padre sospechó que el objeto de mi  
“viaje no habia sido este; pero conocí tambien que no que-  
“ria dejarme conocer sus sospechas, pues me hizo algunas  
“preguntas sobre mi hermana, á las cuales respondí con  
“poca destreza para que él no hubiese podido apurar mas,  
“y un autor de comedia hubiera podido encontrar motivo  
“para una escena muy buena en lo que pasó entre noso-  
“tros

“A mi vuelta, el marques de Rosline y toda su familia  
“estaban aún en la casa de campo. Su ausencia me dió  
“grande gusto, no solamente dispensándome de frecuen-  
“tar una sociedad que aborrecia, sino dándome la facili-  
“dad de interrogar á las gentes de su casa, entre las cua-  
“les estaba convencido que encontraria los agentes corrom-  
“pidos que la marquesa habia empleado contra vos. A la  
“mañana siguiente de mi llegada, me trasladé á Portman-  
“Square. El criado que me abrió la puerta no me cono-



“eja, cuya circunstancia miraba como feliz; pues como no  
“pudo decir mi nombre á la ama de llaves á quien deseaba  
“ver, esta muger no pudo estar tanto sobre sí como lo  
“habria estado sin esto. Ella se sobresaltó al verme, y man-  
“ifestó su temor y su sorpresa. Despues de este primer  
“movimiento, ella se tranquilizó; y dirigiéndose á mí con  
“un tono respetuoso, me dijo que sin duda venia á saber  
“noticias de Milord y Milady, procurando por este medio  
“penetrar el motivo de mi visita. Yo le hice luego com-  
“prender que mi objeto era todo diferente. Le dije que  
“venia á pedirle la carta que le habia entregado para Miss  
“Fitzalan, ó para saber en qué habia parado; que contenia  
“un billete de banco de una suma considerable, que esta  
“jóven jamas habia recibido. Su cara y semblante la ven-  
“dieron y denunciaron mas fuertemente de lo que habrian  
“hecho una multitud de testigos: se puso pálida, colorada,  
“trémula y balbuciente, bajó la cabeza para evitar mis mi-  
“radas. Yo le dije que en el estado en que la veia, se ha-  
“llaban confirmadas mis sospechas: que sin embargo de  
“lo horrible que era la accion que habia cometido, la que  
“al mismo tiempo era una infidelidad criminal, y una hor-  
“rible inhumanidad, no queria llevar la cosa á todo rigor,  
“con tal de que confesase franca y plenamente la parte  
“que habia tenido, y la que sabia que habian tomado otros  
“en el complot tramado contra Miss Fitzalan, conforme  
“al cual habian introducido en la casa al coronel Belgra-  
“ve sin saberlo esta jóven. Ella se tomó tiempo para res-  
“ponderme; parecia deliberar sobre el modo con que se  
“conduciria. En su fisonomía ví que estaba fluctuando; y  
“queriendo sacar partido de esta disposicion, le repetia lo  
“que ya le habia dicho: que si ella me decia todo lo que  
“sabia del complot tramado contra vos, y puesto en eje-  
“cucion en la casa del marques, arreglaria á su satisfaccion  
“todo lo concerniente á la carta y al billete de banco. Y  
“añadí que no tenia duda alguna de vuestra inocencia; pe-  
“ro que era esencial para vuestro reposo, que fuese proba-  
“da con evidencia á todos vuestros amigos; y en fin, que  
“aquellos que contribuirian á esta justificacion, serian li-  
“beralmente recompensados de su sinceridad.

“Sobre esto me respondió con un extremo descaro, que no diria una mentira por dar gusto á quien fuese. Yo os ahorraré sus impertinencias: acabó diciéndome que en cuanto á la letra, ella me apostaba lo contrario, que era verdad que habia recibido una para Miss Fitzalan, pero que podia acordarme que vos os hallábais mala; que se habian llamado otros criados; que en la turbacion y embarazo en que se hallaban, no sabia en qué habia parado la carta, de la que se podia pedir cuenta á otros muchos tanto como á ella.

“Yo no fuí mas dueño de mí mismo. Le dije que era una pícara, y que solo era propia para el diabólico empleo de que la habian encargado. El billete de banco que encerraba la carta, se me habia enviado por un agente de negocios de mi padre, con un resguardo de la posta, y yo habia conservado el número de él. Dejé, pues, á Portman-Square para ir al momento al banco, y detener el pago si no se habia hecho aún. Con este intento entré en el primer coche de alquiler, y tuve la satisfaccion de encontrar que no se habia aún presentado el billete. Yo sospeché luego que ella se apresuraria á hacérselo pagar, y dejé mi nombre en el banco, requiriendo que se arrestase á cualquier persona que lo presentase.

“A la mañana siguiente, un comisario del banco vino á informarme que una muger se habia presentado con el billete de banco del que habia dado el número, y que la habian detenido hasta que yo viniese á hacer mi reclamacion. Al instante me fuí con él, y tuve el mayor placer de ver á mi picarona cojida en el lazo. Ella se derrió en lágrimas al verme, y me dijo en voz baja que si queria tener piedad de ella, me haria una entera confesion de todo lo que sabia del asunto de que le habia hablado el dia anterior.

“Yo le dije que no merecia que se le tuviese ninguna lástima; pero que sin embargo, como le habia prometido tratarla con dulzura si me lo confesaba todo, bajo esta condicion yo tendria mi promesa. Retiré el billete de banco de sus manos, envié á buscar un coche, y me la

“llevé á Portman Square. Al entrar en la sala se arrojó  
“á mis rodillas é imploró mi clemencia. Yo le dije que  
“se levantara, y no difiriese mas tiempo una confesion  
“sincera de todo lo que supiese de los complots tramados  
“contra vos. Ella me confesó que ella y Mistriss Janes,  
“la camarera destinada para servirlos, habian sido instrui-  
“das y empleadas para la ejecucion de todos los planes  
“imaginados para perderos: que la marquesa no les habia  
“disimulado el odio inveterado que os tenia: que sus es-  
“crúpulos (pues ella pretendió que al principio les prohi-  
“biesen á ellas participar de estos proyectos) habian ce-  
“dido al temor de que la marquesa no les dañase mucho  
“si la resistian, y á las recompensas que les habia prome-  
“tido y que jamas les habia dado; pero esta relacion no me  
“satisfacia. Pedí, pues, una escribanía y papel, y le de-  
“claré que me era necesario que me hiciese un detall mas  
“esacto de todo lo que habia pasado entre ella y la mar-  
“quesa relativamente á vos. Ella titubeó aún: le dije que  
“mi indulgencia era á este precio, y que si me contentaba  
“en este punto la recompensaria largamente. Ella en fin  
“cedió; me describió toda esta escena de iniquidad, y el  
“modo con que el coronel Belgrave habia sido introducido  
“en el cuarto por ella y Mistriss Janes, y cómo ambas se  
“habian ocultado para oír, y cómo habian sabido todo lo  
“que habia pasado entre vos y el coronel Belgrave, que  
“ella me ha contado casi en los mismos términos que vos  
“cuando me hicísteis la relacion. A medida que hablaba  
“yo escribia, y la hice firmar el papel con una declaracion  
“que esta era su confesion verdadera de su parte, y de la  
“de los otros que habian contribuido á los complots tra-  
“mados contra el honor de Miss Fitzalan.

“En seguida le hablé de Mistriss Janes, cuyo testimo-  
“nio deseaba que confirmase todo lo que acababa de de-  
“clarar. Ella me aseguró que lo obtendria prometiendo á  
“esta muchacha una recompensa; tanto mas que Mistriss  
“Janes estaba muy descontenta de la marquesa y Lady  
“Eufraña, porque no habian cumplido las promesas que  
“le habian hecho de pagarle bien sus servicios. Janes

“estaba entonces en la campaña; pero la ama de llaves  
“me prometió que encontraría un medio de hacerla venir  
“á la ciudad antes del domingo, y que me avisaría de su  
“llegada. Yo le prometí que no se hablaría mas del ne-  
“gocio del billete de banco, y le dí uno de cincuenta li-  
“bras esterlinas, como la recompensa que le había prome-  
“tido, y le dije que podía prometer otro tanto á Mistriss  
“Janes.

“Esta llegó en fin á Lóndres; la ama de llaves me lo  
“hizo saber, y me apresuré á trasladarme á Portman-  
“Square para desempeñar mi papel de inquisidor general,  
“y recibir la confesion de la culpada, que coincidió per-  
“fectamente con la de la ama de llaves, y llegué al fin de  
“hacerle firmar uno y otro. Aun me quedaba vuestra  
“huéspedea Mistriss Jennings, la buena amiga de Lady  
“Greystock, á quien me faltaba confundir, y quitar la más-  
“cara á su malicia. Yo encargué á un criado de los míos,  
“que se informase cuál era su reputacion entre sus veci-  
“nos, y supo que su carácter era muy sospechoso. Llegué,  
“pues, una mañana á su casa con mi coche, sabiendo que  
“el aparato de la dignidad y de la riqueza tendría mas in-  
“fluencia que la misma voz de la conciencia. Ella pare-  
“ció muy confusa de mi visita, y esperaba con inquietud  
“conocer su objeto. Yo no la tuve en suspension mucho  
“tiempo; le dije que era el amigo de una señorita jóven, á  
“quien había falsa y bajamente calumniado. Su concienci-  
“a le decía ya el nombre de la señorita, y su semblant-  
“se puso colorado cuando articulé el de Miss Fitzalan.

“La infeliz parecía quererse ocultar bajo la tierra; yo le  
“repetí todo lo que ella había dicho de vos á Lady Greys-  
“tock; le puse á la vista las consecuencias que podía tener  
“una difamacion semejante si fuese denunciada á la justi-  
“cia, y le dije que sería perseguida con todo rigor si al mo-  
“mento no confesaba que sus conversaciones sobre vos ha-  
“bian sido otras tantas falsedades, y los motivos que la ha-  
“bian inducido á ello. Ella fué asaltada de terror, é im-  
“ploró mi perdon; yo le dije que no le obtendría sino por  
“su confesion. Confesó que os había cruel y groseramen-

“te calumniado en cuanto habia dicho de vos á Lady Greystock; que durante vuestra mansion en su casa habia tenido diferentes ocasiones de convencerse de la pureza de vuestra inocencia, y de la sinceridad de vuestra virtud; pero que habia sido inducida á hablar mal de vos por el resentimiento que tenia de que le hubiéseis hecho perder los ricos presentes que el coronel Belgrave le habia prometido, si podia induciros á entregaros á él. Me contó todos los estratagemas que juntos habian concertado para vuestra perdicion; me entregó algunas cartas de este hombre á vos, que ella le decia falsamente que habiais recibido por no perder la recompensa que le daba por cada una de las que le decia haberos entregado.

“Yo le dije, en fin, que podia tenerse por muy feliz de que el negocio hubiese recaido en amigos de Miss Fitzalan mas que en otros, que no habrian tenido la misma indulgencia. En fin, os juro que si la cuenta de los calumniadores se discutiese así, la raza se esterminaria prontamente, y no se verian tantas víctimas sacrificadas á la malicia, á la venganza y á la envidia.

“¡Oh mi querida Amanda! no puedo pintaros la alegría que sentí cuando llegué al fin de disipar todos los obstáculos que se oponian á mi felicidad; me hallé el mas feliz de los hombres cuando me hube convencido por mí mismo de vuestra inocencia, y de que tenia en mis manos los documentos con que manifestarla á todo el mundo.

“El momento de hacer pública mi resolucion habia llegado ya. A la mañana siguiente de mi visita á Mistriss Jennings, pedí una conferencia á Lady Marta, y creo que ya habia adivinado el asunto de que queria hablarle. En mi fisonomía conoció que tenia muy buenas noticias que darle. No os trasladaré aquí nuestra conversacion; bastará deciros que esta escelente muger no solamente participó de toda mi satisfaccion, sino que quiso acrecentarla, y antes que le hubiese declarado enteramente mi proyecto, me dijo que ella miraria en adelante á mi Amanda como su hija, y que le aseguraba con este título todos sus

“bienes. Sí, mi querida Amanda, los bienes que ella me  
“destinaba, me dijo que los emplearía en adquirirme el  
“mas precioso de todos los tesoros, el mas raro de todos los  
“bienes que el cielo pudiese darme, y que tiene en mi con-  
“cepto un precio inestimable, tanto mayor, cuantos mayo-  
“res riesgos he corrido de perderle. Yo me arrojé á los  
“piés de Lady Marta en los trasportes de mi reconocimien-  
“to, y le confesé que se habia anticipado á mis deseos,  
“pues estaba determinado á implorar su generosidad, des-  
“de el momento en que habia conocido que vuestra inva-  
“riable resolucion era de no uniros conmigo sin traerme  
“algún dote, para no violar la promesa que habíais hecho  
“á vuestro padre, y no justificar la conducta del mio para  
“con Mr. Fitzalan.

“En seguida nos convenimos en tener á Lord Cherbury  
“ocultos nuestros proyectos. Nosotros queríamos cojer de  
“improviso á la marquesa y á Lady Eufrasia, esperando  
“por este medio que conseguiríamos desengañar mas fácil-  
“mente á mi padre sobre el juicio de estas dos señoras.

“El me habia manifestado mas de una vez su deseo de  
“que fuese á hacer una visita al marques en su casa de  
“campo. Yo le dije que hacia cuenta de ir al dia siguien-  
“te. Lady Marta me ofreció el ir tambien; y mi padre no  
“faltó á ponerse de funcion, para suplir sin duda en sus  
“atenciones con las damas las negligencias del hijo.

“Tuvimos la felicidad de encontrar toda la familia jun-  
“ta. Las damas manifestaron mucha satisfaccion de nues-  
“tra llegada, y se alegraron, decian ellas, de verme con tan  
“buen semblante. El mismo marques, á pesar de su acos-  
“tumbrada frialdad, dijo que estaba muy alegre de verme.  
“La marquesa y Lady Eufrasia se me sonreian, y yo me de-  
“cia á mí mismo mirándolas: ¡ah mugeres viles y falsas!  
“vuestro triunfo sobre la inocencia y belleza va á acabar  
“prontamente. Despues de haber pasado casi media hora  
“riendo y oyendo reir, me aproveché de un momento de  
“silencio y de interrupcion de la conversacion para empe-  
“zar mi ataque. Seria demasiado desagradable para vos  
“y para mí entrar en los detalles: el crimen, la rabia y la

“confusion se manifestaron al descubierto en la marquesa  
“y Lady Eufrasia; el marques y Lady Greystock estaban  
“penetrados de admiracion, y mi padre consternado.

“Yo dije á la marquesa que su resentimiento contra una  
“sobrina inocente debia apaciguarse, por todo lo que habia  
“sufrido, y que me lisonjeaba de que se alegraria de ver  
“vuestra reputacion lavada de las manchas que habia que-  
“rido imputarle la calunnia; que deseaba, de cualquier  
“modo que fuese posible, sofocar este asunto, y que con tal  
“de que quisiese emplearse en defender á Miss Fitzalan  
“de todas las malicias esparcidas contra ella con motivo  
“de lo que habia pasado en su casa, ocultaria cuidadosa-  
“mente la parte que habia tomado en esta injusta perse-  
“cucion.

“Ella me respondió con una voz sofocada por la rabia y  
“con la afectacion del mayor desprecio, que me daba gra-  
“cias de la justicia que decia querer hacer á sus sentimien-  
“tos; pero que esta disposicion no era conforme á los pasos  
“que acababa de dar, corrompiendo á sus criados para jus-  
“tificar á Miss Fitzalan á espensas de su reputacion; que  
“ella se afligia de encontrarme capaz de tal maldad y de  
“semejante debilidad; que yo era vuestro juguete por se-  
“gunda vez, y que no se admiraba de ello, pues en artificios  
“érais maestra consumada; que algun dia os conoceria,  
“pero demasiado tarde, y que veria los vicios de que habia  
“procurado justificaros, desplegarse de nuevo y castigarme  
“de mi loca credulidad.

“¡Oh sí! dijo mi padre; esta muchacha le ha embrujado:  
“ella hará la desgracia de su vida, y trastornará todas mis  
“esperanzas.

“No es Miss Fitzalan, repliqué yo moderándome tanto  
“como pude, sino los enemigos de Miss Fitzalan, los que  
“me han hecho su juguete. Confieso que sus complots  
“habian conseguido engañarme; me era imposible pensar  
“que una cosa tan horrible, tan monstruosa, tan execrable  
“pudiese entrar en la imaginacion de unas personas obli-  
“gadas por los lazos del parentesco y de la hospitalidad á  
“ser sus naturales protectoras, y yo preferia creer que de

“bia á mi desgracia y á la fragilidad de la naturaleza humana el ser engañado, mas bien que á su bajeza y profunda maldad.

“Vos veis, Milord, gritó el marques dirigiéndose á mi padre, que confiesa su pasion por esta infeliz.

“Sí, repliqué; la confieso, y me glorío de ello: amando á Miss Fitzalan, amo la virtud misma; amándola, no violo ninguna promesa anterior; mi corazon jamas ha hecho alguna que no pudiese cumplir.

“¡Miserable prevencion! dijo Lord Cherbury: pues ¿por qué creyéndola culpable, como convenís en ello, la habeis seguido á Irlanda? ¿por qué no la habeis abandonado á la infamia que merecia? Ciertamente que vuestra ceguedad se manifiesta bien en esto.

“Yo la he seguido, Milord, repliqué, con la esperanza de sacarla de las manos de su seductor y volverla á su padre: queria endulzar el destino del pobre Fitzalan. ¡Ah! no es en los brazos del crimen donde he encontrado á Amanda, sino en los de la muerte. En este solemne momento, en que acababa de depositar en la tumba los tristes restos de un padre adorado, le oí afirmar su inocencia, y me habria creido culpable de impiedad rehusando creerlo, cuando ella misma se creia cerca de su fin, y que su alma parecia querer tomar su vuelo hácia el cielo. Desde este instante ha quedado justificada en mi concepto, y tomé la resolucion de descubrir hasta sus últimos escondrijos, los complots tramados contra su inocencia, que á mi mismo me habian deslumbrado. El suceso ha sobrepasado á mis esperanzas: la Providencia ha venido en socorro de la virtud paciente, y ha favorecido al que ha emprendido vengarla.

“Contra mi primera intencion, mi querida Amanda, os he dado este detall de una parte de nuestra conversacion. De lo demas bastará que os diga, que la marquesa ha insistido en pretender que yo habia corrompido á sus criados para denigrar su reputacion y defender la vuestra, en cuya tentativa, me ha repetido muchas veces, no saldria con la mia.



“El marques se defendió con la dignidad de su casa, y  
“con la imposibilidad de que la marquesa la hubiese man-  
“chado con una accion de la especie que yo la acusaba.  
“Yo le respondí, con el mismo calor, que la acusacion era  
“demasiado bien fundada, y sostenida por muchas pruebas  
“para que temiese que se refutase jamas; que me habia  
“visto obligado á intentarla, no solo por defender la ino-  
“cencia calumniada, sino por mi honor, que prontamente  
“iba á ser esencialmente interesado en todo cuanto tocaba  
“á Miss Fitzalan, y que estaria obligado á hacer públicas  
“las acusaciones y defensas si la marquesa continuaba en  
“negarse á reconocer que en todo lo que habia pasado en  
“su casa, Miss Fitzalan habia sido el objeto de una infame  
“calumnia.

“La marquesa rehusó hacer confesion alguna que os fue-  
“se favorable; y Lady Eufrasia, despues de las palabras  
“por las cuales habia manifestado mi proyecto de unirme  
“con vos, salió de la sala con ataque de nervios.

“Yo conocí que Lord Cherbury, sin embargo, sospechaba  
“á lo menos alguna infamia, por algunas palabras que de-  
“jó escapar, como por ejemplo, que pues habia alguna tra-  
“ma en la aventura acaecida en la casa del marques, de-  
“bia en toda justicia aclararse al momento; pero á pesar  
“del interes que ponía en la causa de la inocencia, me pa-  
“reció claramente que temia romper con la familia del  
“marques, y que le habia chocado la clara manifestacion  
“que acababa de hacer y me separaba para siempre de  
“Lady Eufrasia.

“Lady Marta Dormer habló á su turno, diciendo que las  
“pruebas que yo habia tenido de la inocencia de Miss Fit-  
“zalan eran incontestables, y me pondrian al abrigo de la  
“reconvencion de haber sido juguete del artificio ó del  
“amor; que la sola humanidad, independiente de todo tier-  
“no sentimiento, me habria determinado á emprender vues-  
“tra defensa; que vuestra causa era la de la inocencia y  
“de la virtud, causa que debe apasionar á toda persona  
“que detesta la calumnia y la traicion, cuyos tiros pueden  
“temer no solo los pobres y huérfanos sin defensa, sino

“tambien los grandes y los ricos en el seno de su prosperidad.

“Yo aun continué allí la relación que habia hecho de las disposiciones y confesiones de los criados, y la refutación de la historia calumniosa de Mistriss Jennings. Fortifiqué estas razones produciendo una carta aun cerrada del coronel Belgrave. En fin, continué aumentando pruebas sobre pruebas, de manera que pudiesen formar una verdadera demostracion.

“La cólera de la marquesa pasó entonces hasta el frenesí. Ella insistió en defenderse y en acusaros; pero con un semblante y un tono en que se veian tan manifiestamente el crimen y la vergüenza que se le sigue, que era imposible, viéndola, dejar de creerla culpada.

“La escena empezaba á ser demasiado penosa para mí, y demasiado chocante para Lady Marta. Yo pedí que se pusiesen los caballos en el coche de mi tia con quien habia venido, precediendo á Lord Cherbury, despues de la idea de que podia quedarse mas tiempo que nosotros en casa del marques. Mi padre en efecto se quedó con la esperanza de acomodar las cosas, y vino al dia siguiente á Lóndres.

“Me he detenido ya tanto tiempo sobre escenas desagradables, que debo ahorrar las que siguieron, y de las que no os hablaria si no fuesen la excusa de mi larga ausencia de Carberry-Castle. Nuestros estorbos (vos veis que uno ya vuestros intereses con los míos) empezaron á disminuirse, y puedo decir ya que todos los obstáculos están al fin superados. Lady Marta me ha encargado el haceros conocer sus intenciones por vos, y mi padre parece estar perfectamente atento. El me autoriza á aseguraros que desea teneros por nuera, y que vuestro ingreso en su familia será á un mismo tiempo un honor y una dicha. El os tendrá una verdadera obligacion, si apresurais este momento, y si le dais así la ocasion de reparar por las atenciones á la hija la injusticia que ha hecho á su padre.

“Yo no he hecho mas que indicaros vagamente las in-

“tenciones de Lady Marta Dormer por vos. Las encon-  
“trareis mas por estenso en la carta que os escribe y que  
“tengo el gusto de incluir en la mia: os he hecho este lar-  
“go relato por escrito, á fin de que en la primera confe-  
“rencia, nuestra conversacion no sea envenenada por me-  
“moría alguna molesta, y que podamos disfrutar tranqui-  
“los de la perspectiva de felicidad que se abre delante de  
“nosotros.

“Pero antes de cerrar mi carta, como sé que estais muy  
“lejos del egoismo que hace que uno no se ocupe sino de  
“sí mismo, debo deciros que he hecho muchas indagacio-  
“nes para saber el paradero de vuestro hermano, y que  
“un habilitado del regimiento me ha dirigido á un oficial  
“que estaba ausente con licencia. Yo le he escrito al lu-  
“gar donde reside su familia; y despues de haber esperado  
“largo tiempo inútilmente una respuesta, he despachado  
“un espreso que me ha traído una respuesta política de su  
“padre, en la que me decia que su hijo estaba ausente  
“por algunos dias, que debia volver prontamente, y que  
“luego que estuviese de vuelta contestaria á mi carta.

“Yo no dudo que despues de esto tendremos luego nue-  
“vas de Mr. Fitzalan. Entonces será toda nuestra ocupa-  
“cion mudar ó mejorar su situacion si no le es agradable.  
“Estad, pues, tranquila por lo que respecta á él; pues has-  
“ta que nos traslademos á Inglaterra, tendremos una car-  
“ta de mi amigo: ¡que al volveros á ver no encuentre en  
“vuestro semblante encantador nube alguna de inquietud!

“Por precio de la reserva que he tenido rehusándome á  
“la impaciencia de veros esta tardé, os suplico me recibais  
“mañana por la mañana temprano, y permitirme ir á de-  
“sayunarme con vos. Sin una espresa prohibicion de  
“vuestra parte, tendré por concedido el permiso.

“Dicen que el contraste aviva el placer; yo lo creo muy  
“bien. Yo pienso que sin haber experimentado las agu-  
“das penas de que tanto tiempo he sido víctima, no sen-  
“tiria un placer tan vivo como el de que está lleno mi co-  
“razon. Despues de verme obligado á renunciaros, des-  
“pues de haberos tantas veces llorado como pedida para

“mí sin remedio, pensar que sois mía para siempre, es  
“una felicidad que no puede explicar ninguna espresion.  
“Puedo decir que mi dicha verdaderamente renace, pues  
“sale de la tumba en que la habia sepultado la desespere-  
“racion. Pero yo olvido que aun teneis que leer la carta  
“de Lady Marta Dormer. Vos, supongo que por motivos  
“de nuestra antigua amistad habreis empezado por la mía,  
“pero es justo y razonable ahora que ceda el lugar á mi  
“tia. No debo olvidar deciros que mi hermana Araminta  
“participa de nuestra dicha. Ella llegaba del país de  
“Gales cuando yo salí de Lóndres, y no he podido darle  
“tiempo de escribiros. Sabreis tambien que la familia  
“del marques y Lady Greystock, que parecen en adelan-  
“te compañeras, en lugar de volver á la ciudad, han sali-  
“do para Brighthelmstone; contra lo que esperaba, no han  
“sido despedidas ni la ama de llaves, ni Mistriss Janes, y  
“han enviado á ambas á una tierra apartada que pertene-  
“ce al marques. Como conozco el espíritu de venganza  
“de la marquesa, es claro que tiene alguna razon secreta  
“para no despedirlas en castigo de la confesion que me  
“han hecho. Pero sea lo que fuere, esto es de demasiado  
“poca importancia para nosotros, pues que estamos para  
“en adelante al abrigo de sus nuevas tramas. Acabo de  
“correr algunas millas lejos de Carberry-Castle, por haber  
“visto pasar á caballo un hombre que me ha parecido ser  
“el coronel Belgrave. A esta vista he dejado el coche y  
“he montado en el caballo de mi criado, y me he puesto  
“á perseguirle. El sin duda ha evitado mi encuentro,  
“metiéndose en algun camino de travesía, pues segura-  
“mente le habria alcanzado. He hecho inútiles indaga-  
“ciones para descubrir en qué lugar de las cercanías habi-  
“taba. En quanto á la seguridad personal, nada temo de  
“este miserable en el lugar en que os hallais; pero si es él  
“á quien yo he visto, podria turbar vuestra tranquilidad,  
“sea procurando acercárseos, sea escribiéndoos. Gracias  
“al cielo, estareis en adelante al abrigo de peligros de esta  
“naturaleza. Pero yo me reprendo aún el diferiros la  
“lectura de la carta de Lady Marta. Adios. No enga-

“ñeis la esperanza que tengo de veros mañana por la ma  
“ñana temprano.

“MORTIMER ”

Amanda leyó esta carta con una conmocion que puede mas bien concebirse que describirse. La habria leido otra vez, si la carta de Lady Marta no hubiese llamado tambien su atencion. Ella la levantó de la tierra, donde la habia dejado caer, y leyó lo que sigue.

“Cuando diré á la querida y amable Miss Fitzalan que  
“la felicito de todo mi corazon de la mudanza feliz que ha  
“sucedido á su situacion, lo creerá sin duda fácilmente,  
“despues del tierno interes que tengo por un hombre que  
“amo desde su niñez, y cuya felicidad depende entera y  
“esencialmente de la de Miss Amanda.

“Con todo, no creais, mi querida Miss Fitzalan, que yo  
“me alegre de vuestra dicha, por vuestra propia conve-  
“niencia é independientemente del interes que tengo en  
“la de Lord Mortimer. Mucho tiempo ha que os estima-  
“ba y os admiraba, despues de lo que he oido decir de  
“vos, aun cuando la esperanza de ver establecerse entre  
“nosotros una relacion mas estrecha se habia estinguido,  
“yo no he podido olvidaros lo bastante para cesar de inte-  
“resarme en vuestra dicha. ¡Oh, y cuánto me he alegra-  
“do de ver revivir esta esperanza con toda la verosimili-  
“tud de que será prontamente realizada! Yo miro á Mor-  
“timer como el mas feliz de los hombres en el momento  
“mismo en que podrá decir que sois suya; y el placer que  
“siento de pensar que habré contribuido á procurarle este  
“bien inestimable, es el mayor que jamas haya sentido.

“Aunque no puedo dar á mi hija adoptiva una fortuna  
“igual á la que habria traído Lady Eufrasia Sutherlan á  
“Mortimer, Lord Cherbury está perfectamente convencido de que Miss Fitzalan está dotada de un mérito que  
“compensa ventajosamente esta diferencia. Diez mil li-  
“bras esterlinas y mil de renta anual serán su dote, y el  
“resto de mi fortuna despues de mí está asegurado á Lord  
“Mortimer. Estos arreglos se terminarán en mi casa de

“campo, en donde me propongo ir al instante con Lady  
“Araminta, y en donde los dos esperamos con una grande  
“impaciencia vuestra llegada. Así os suplicamos que o  
“apresureis tanto como lo permitirán vuestra salud y vues<sup>s</sup>  
“tros negocios. Lord Cherbury nos ha prometido seguir-  
“nos de aquí á pocos dias, de manera que se hallará, á lo  
“que creo, en Thornbury para recibiros. ¡Pluguiese al cie-  
“lo, mi querida Miss Fitzalan, que la inocencia y la virtud  
“calumniadas encontrasen siempre campeones tan celosos  
“como Lord Mortimer! Veriamos así menos víctimas de  
“la maldad y de la calumnia sucumbir á un desprecio, y  
“á unas reconvenciones injustas. Perdonadme esta ojea-  
“da arrojada atras sobre escenas ya pasadas, aunque por  
“lo demas, vos podeis alegraros con la memoria de que  
“las acerbas pruebas que habreis sufrido, han hecho re-  
“saltar muy bien vuestras estimables calidades. Adios,  
“mi querida Miss Fitzalan. He escrito mi carta breve,  
“porque hay una cierta persona que no me habria permi-  
“tido tomarme demasiada parte en vuestro tiempo. Yo  
“le he dicho que vos diríais alguna palabra de su impa-  
“ciencia é importunidad; pero me ha contestado que (sin  
“duda por impedir que no descubra á vuestra vista sus  
“defectos) vos sabíais ya alguna cosa. Yo le permito con  
“todo el desplegarlos á su gusto cuando él trate de apre-  
“surar vuestra llegada á Thornbury, para ser recibida en  
“los brazos de vuestra sincera y buena amiga

“MARTA DORMER.”

Se puede decir que la felicidad de Amanda era en este momento la mayor que puede ser dable gustar en el mundo. He dicho puede ser, porque se mezclaba en ella este triste pensamiento: que su padre, este amigo fiel y tierno que habia participado de todas sus penas, no podia participar de su alegría. Pero ella apaciguó este pesar, pensando que una felicidad entera y perfecta no es herencia del hombre; y se volvió con un piadoso reconocimiento hácia el Ser Todopoderoso, que habia cambiado su tristeza en alegría, y la perspectiva descolorida de un penoso porvenir en un cuadro rico y risueño.

Su vanidad se hallaba un poco ofendida, porque entreveía en la carta de Mortimer las dificultades que había puesto aún Lord Cherbury; pero esta impresión prontamente se borraba por los elogios lisonjeros de Lady Marta, y por la estimación y amistad de Lady Araminta, con la cual iba á tener la dicha de vivir, lo que miraba como una de las ventajas de que podía disfrutar.

En cuanto á sus sentimientos por Lord Mortimer, sería imposible explicarlos; era el amor, el reconocimiento y la admiración con toda energía quienes llenaban su corazón, y la hacían llorar de sensibilidad y de alegría á la idea de que iba á ser suya para siempre.

Con las dos cartas en la mano se fué al aposento de la superiora. La buena señora vió señales de lágrimas en los ojos y mejillas de Amanda, y exclamó con un tono de interés:—¡Oh, yo temo que mi hija tiene alguna cosa que le aflige! Amanda le entregó las dos cartas, y le suplicó que ella misma juzgase si tenía motivos de estar agitada. A medida que la superiora leía, interrumpía su lectura con repentinas exclamaciones que manifestaban su sorpresa y satisfacción. Se quitaba á menudo los anteojos para enjugar sus ojos, mojados con lágrimas de alegría. Amanda seguía con la vista todos los movimientos y las impresiones que le hacía esta lectura. Cuando la buena superiora hubo acabado, dió á Amanda un abrazo de enhorabuena.—Lord Mortimer es digno de vos, hija mía, le decía, y este es el mayor elogio que puedo hacer de él. Después de algunos comentarios sobre diferentes pasajes de la carta, preguntó á Amanda con una sonrisa un poco maligna, si quería enviar un espreso á Lord Mortimer para prohibirle venir al día siguiente por la mañana. Amanda le confesó francamente que no era esta su intención, y que tendría mucho gusto de verle. La superiora dijo que haría preparar el desayuno para los dos en el pabellón del jardín, y que impediría que nadie les incomodase: también prometió tener secreto este asunto hasta la partida de Amanda.

## CAPITULO VIII.

La alegría es tan enemiga del reposo, como la inquietud. Amanda casi no durmió; pero sus pensamientos eran demasiado agradables para que sintiese la falta del sueño. Se levantó temprano, y apenas se habia trasladado al pabellon, cuando Lord Mortimer llegó allí. Toda la alegría de su alma brillaba en sus ojos: Amanda le recibió con la mas tierna conmocion. El apretó contra su corazon en el silencio y éstasis de su felicidad el tesoro que el cielo le volvia. Uno y otro no estuvieron en estado de hablar durante algunos momentos; pero las lágrimas que despedian los ojos de ambos, espresaban sus sentimientos mejor y mas fuertemente que ningun lenguaje.

Amanda, en fin, cobró la palabra, y comenzó por dar gracias á Mortimer por el celo que habia tenido en vengar su honor: él detuvo prontamente la efusion de este reconocimiento, haciéndola convenir que habia trabajado tanto por él como por ella.

Amanda procuró reponerse de la agradable turbacion en que la habian sumergido los trasportes de Lord Mortimer, ocupándose en servirle el desayuno, para el cual las religiosas habian juntado todos los regalos que podia proporcionar el convento; pero su mano estaba trémula; derramó el té sobre la mesa, y cometió mil impropiedades sirviendo á Mortimer. Despues de haberse este sonreido de su turbacion, quiso hacer los honores de la mesa, en lo que Amanda consintió; pero el desayuno interesaba muy poco á uno y á otro.

Mortimer tenia entre sus manos una de Amanda, y ponía sus ojos constantemente en ella, como para asegurarse de que no era una ilusion su goce actual. La ternura de Amanda, que ya no tenia razon de disimular, se veia en sus ojos, que manifestaban un sentimiento vivo y profun-



do de su dicha, exaltada por el testimonio de una conciencia pura, que le decia que la habia merecido. Tan dulce y deliciosa era la satisfaccion que disfrutaba Amanda, y daba tal brillo á su color, que Mortimer declaró en la continuacion de la conversacion que se habia puesto mas hermosa despues de su entrada á Santa Catalina. El medio dia les encontró aún conversando en la mesa.—Las religiosas, dijo Mortimer sonriéndose, conocerán que nos hemos dado el tiempo del desayuno.

Amanda se levantó con precipitacion.—Yo no tengo necesidad, continuó Mortimer, de preguntar como Sterne á la naturaleza, ¿qué causa nos da la ocasion de comer tan agradablemente? yo lo pregunto á mi corazon, y este me responde que á lo menos hoy tengo el placer de estar á vuestro lado. Amanda se puso colorada, y salieron al jardin. Hubiera querido pasarse delante de la casa; pero Lord Mortimer se la llevó dulcemente á un paseo solitario: allí su conversacion fué mas seguida; se entretuvieron en las intenciones generosas de Lady Marta, y en las disposiciones que habia dado para recibirlos y para sus bodas. El casamiento debia celebrarse en Thornbury, que era una tierra de Lady Marta. Los recién casados permanecerian allí un mes, y de este sitio pasarian á una tierra de Lord Cherbury, donde estarian lo restante del verano. Debian tomarles una casa en Lóndres en un hermoso cuartel para que pasaran el invierno, y donde Lady Marta pensaba alojarse siempre que fuese á Lóndres, con condicion de que Mortimer y su esposa irian á Thornbury todos los años á pasar las fiestas de Navidad y tres meses del verano. Lord Mortimer dijo á Amanda, que él podia tomar para su residencia en la campaña una de las tierras de su padre, á su eleccion; pero que no habia querido ninguna, con el pensamiento de que ella preferiria á Tudor-Hall; y ella le aseguró que este era su modo de pensar. Le habló tambien de los presentes que Lady Marta le preparaba, de la carroza que le habia mandado hacer, y de los criados que le tenia dispuestos y que esperaba encontrar en Thornbury cuando ellos llegaran allí, preguntándole siempre si estas disposiciones le gustaban y le eran agradables.

Amanda estaba penetrada hasta verter lágrimas de gratitud por los cuidados de Mortimer, el cual, para calmar esta conmoción, mudó de conversación y le habló de su partida de Santa Catalina, suplicándole que no la difiriese sino el tiempo necesario para hacer los preparativos: ella se lo prometió, confesándole que en esto seguía también su inclinación, y no haría más que satisfacer la impaciencia que tenía de ser presentada á su generosa protectora Lady Marta, y á la amable Lady Araminta.

Lord Mortimer, lleno siempre de delicadas atenciones, le suplicó que pidiese á la superiora una muger decente que la acompañase en el viaje, en una silla que seguiría á la suya: Amanda se lo prometió.

Lord Mortimer le regaló un hermosísimo bolsillo que contenía en billetes de banco quinientas libras esterlinas. Amanda se puso colorada, y sintió alguna pena á la idea de tener una nueva obligación á Mortimer por cada una de sus necesidades. Mas este le tomó la mano, y con una dulce y tierna voz le dijo que tendría motivos de ofenderse si no miraba en adelante como comunes entre ellos su fortuna y todos sus intereses. Le dijo que las quinientas libras esterlinas eran ya suyas, pues que eran los mismos billetes que había retirado de las manos de la ama de llaves. Dejaos llevar de vuestra natural generosidad, y dad satisfacción á vuestro reconocimiento: las buenas religiosas son las primeras en la lista de aquellas personas que os han obligado, y deseo que no solo recompenseis liberalmente los servicios que os han hecho, sino que les prometáis un regalo anual de cincuenta libras esterlinas.

Esta última atención dió mucho gusto á Amanda: era para ella un esquisito placer poder contribuir al bienestar de estas buenas religiosas, á quienes debía tantos cuidados. Lord Mortimer en seguida le dió su retrato, que había mandado hacer en Lóndres para ella, y era de una semejanza prodigiosa: detras de él estaba la cifra de Mortimer en diamantes sobre una trencilla de sus cabellos. Este era el mas hermoso presente que pudo hacer á Amanda, á quien le dijo que esperaba que ella le daría el suyo en

cambio, aunque tendria menos necesidad de la copia cuando poseyese el original. Añadió al retrato un hermosísimo anillo de diamantes que Lady Marta le enviaba, como una prenda de la amistad que le profesaba, y le hizo saber al mismo tiempo que su tia, acompañada de Araminta, se proponia venir á recibirla á Holyhead, para hacer á su hija adoptiva todos los honores que le eran debidos.

Entretenidos en su conversacion oyeron la campana que anunciaba que la comunidad iba á comer. Amanda se sobresaltó, y dijo que estaba muy lejos de creer que fuese tan tarde. Esta sencilla confesion hizo sonreir á Mortimer, por el placer que habia gustado en esta conferencia.

Amanda quiso irse á toda prisa; pero Mortimer la detuvo para obtener de ella el permiso de volver en la tarde á tomar el té, en lo cual consintió, con tal que asistiesen la superiora y sor María. Lord Mortimer hizo cuanto pudo para quitar esta condicion; pero ella estuvo inflexible, por mas que le dijo que era una mala muchacha; que debia temer que cuando hubiera adquirido el derecho y el poder, se vengaria de todas las pruebas á las cuales ponía su paciencia; que pues que ella lo queria así, era preciso conformarse; pero que esperaba que las religiosas tendrian demasiada conciencia para quedarse con ellos toda la noche. Puede ser, respondió Amanda; pero volviendo á tocar la campana segunda vez, Mortimer se fué.

El primer momento que se encontró sola con la superiora, lo aprovechó para suplicarle que le buscase una muger que pudiese acompañarla en su viaje. La superiora le dijo que seguramente encontraria una persona que le convendria, y le prometió que escribiria aquella misma noche á todas las personas que conocia para conseguirla.

La superiora y sor María estuvieron muy contentas del convite que Amanda les hizo de tomar el té con Lord Mortimer. Este llegó mas temprano de lo que esperaban: la pobre Amanda estaba temiendo que sus compañeras no oyesen la pregunta que le hizo muchas veces: ¿qué, no se retirarán luego que hayan tomado el té? Pero sin oir esta pregunta la superiora, tenia demasiada penetracion para

no conocer que ella y sor María estaban allí por demas, y se retiró pronto bajo cualquier pretexto, llevándose á sor María.

Amanda y Mortimer pasaron al jardin. El le dió gracias por no haber perdido tiempo en pedir á la superiora una muger para el viage, y le dijo que al fin de la semana á lo mas tarde estuviera pronta para partir. Amanda le prometió hacer toda la diligencia posible. Ambos pasaron juntos mas de una hora deliciosamente, paseando y entreteniéndose de su próxima felicidad.

La superiora consiguió procurar á Amanda la muger que le habia pedido, y le presentó una que le agradó mucho. Ella hizo todos los preparativos de modo que pudiese partir al tiempo que Mortimer le habia indicado. Este pasaba casi todo el dia en Santa Catalina, de donde no salia sino para ir á comer á su casa. Muchos convites de sus vecinos le perseguian, y venian sin cesar á hacerle visitas, pero encontraba medio de evadirse de unos y otros.

Amanda le decia muchas veces riendo, que él mismo retardaba la partida pasando los dias enteros con ella; pero él replicaba que este era un pretexto que tomaba para alejarle, y su presencia por el contrario era el medio de apresurarla.

Una tarde, llegado segun su costumbre Mortimer á Santa Catalina, se presentó á Amanda todo turbado; su semblante estaba inflamado, y toda su persona manifestaba agitacion. Apenas miró á Amanda. El se sentó, y poniendo el codo sobre la mesa, apoyó su cabeza sobre la mano. Amanda se alarmó mucho: su corazon palpitaba de miedo de alguna desgracia; pero no tenia valor para preguntárselo. En un instante arqueando las cejas, murmuró entre dientes: ¡maldito sea el malvado!

Amanda no pudo guardar silencio por mas tiempo; ¡qué malvado! exclamó ella, ¡qué significa la turbacion en que os veo? Amanda, la dijo mirándola fijamente, decidme luego: ¡habeis visto aquí últimamente alguna persona extraña? ¡Buen Dios! respondió ella, ¡qué quereis decirme

con esta pregunta? No, os aseguro solemnemente que no he visto á nadie.

Esto es bastante, le dijo él; vuestra respuesta me tranquiliza; pero, mi querida Amanda, añadió tomándole la mano, pues que habeis visto mi agitacion, es preciso que os diga la causa de ella. Acabo de ver á Belgrave; estaba á poca distancia de mí, inmediato á la iglesia, cuando le divisé; pero el miserable, el cobarde pícaro, condenado por su propia conciencia, no se ha atrevido á esperarme, y ha escapado saltando por encima del cercado que separa la iglesia del bosque, donde sabeis que hay muchos caminos y travesías. Yo he hecho esfuerzos inútiles para reconocer por cuál de ellos se habia alejado. Ya veo, dijo Amanda pálida y temblando, que mi destino es ser desgraciada por este hombre; yo esperaba á la verdad que Lord Mortimer no se turbaria mas por las inquietudes que este miserable procura darle: pero estas inquietudes, añadió llorando, suponen dudas de que mi corazon está profundamente ofendido. Si la sospecha debe estar siempre entre los dos, mas vale separarnos; pues una union sin mútua confianza no puede ser sino un manantial de desgracias.

¡Qué infeliz soy, dijo Mortimer, causándoos tanta pena! pero os engañais enteramente, mi querida Amanda, sobre la causa de mi inquietud. Os juro por todo lo que hay de mas sagrado, que ninguna duda ni sospecha contra vos se ha levantado en mi imaginacion. Nadie puede tener una estimacion mas alta de una muger, de la que yo tengo de vos; pero estaba turbado por el temor de que este miserable no se hubiese manifestado á vos, y que por temor de mí no me hubiéseis ocultado que le habeis visto.

Esta esplicacion calmó á Amanda; pero en expiacion de la pena que él le habia causado, exigió de él que no haria tentativa alguna para descubrir á Belgrave. El no quiso hacer esta promesa, y ella no se atrevió á insistir, de miedo que la chispa de los celos que conocia en el carácter de Mortimer, no viniese á causar un incendio. Por otra parte, estaba persuadida de que Belgrave evitaria cuidadosamen-

te ver á Mortimer, y resolvió que, si algunos vestidos y ropa blanca que habia encargado á la ciudad vecina no estaban prontos, no los esperaria mas tiempo, deseando mas que nunca dejar una mansion, en donde creia que Mortimer podria estar espuesto á algun peligro.

Al dia siguiente por la mañana, Amanda, en lugar de ver llegar para el desayuno á Lord Mortimer, recibió de él el billete que sigue.

“Me es imposible ir esta mañana á Santa Catalina; pero en lo restante del dia veré á mi querida Amanda, ó recibirá nuevas de mí. Ella á lo menos no podrá acusarme hoy, de retardar los preparativos de nuestro viaje; y si al volverla á ver no encuentro que haya empleado el tiempo en apesurarlos, puede contar con ser reñida por su fiel servidor

“MORTIMER.”

Este billete dió á Amanda la mas mortal inquietud. Era evidente que Mortimer iba en persecucion de Belgrave. Corrió á la puerta para hacer algunas preguntas al conductor del billete, pero este se habia ya marchado. Se fué al cuarto de la superiora á comunicarle sus temores. La superiora se esforzó á calmarla, asegurándole que Belgrave tomaria siempre todas las precauciones posibles para no ser descubierto.

Amanda no probó el desayuno, y suspendió hacer sus paquetes. Todo el dia pasó en esta inquietud y con la esperanza de la visita ó de la carta que Mortimer le habia prometido. Nada venia. Despues de comer resolvió enviar al viejo jardinero á Carberry-Castle. Mientras que ella le hablaba para esto en el jardin, una criada vino á avisarla que uno preguntaba por ellas en el locutorio, de parte de Mortimer. Ella voló allá; pero ¡cuál fué su sorpresa, cuando el pretendido mensajero de Lord Mortimer, quitándose un grande sombrero que cubria toda su cara, se manifestó á su vista Lord Cherbury! Entonces no pudo menos de exclamar: ¡Gran Dios! ¡ha sucedido alguna cosa á Mortimer? y se dejó caer sobre una silla con una agitacion, que apenas le dejaba respirar.

## CAPITULO IX.

Lord Cherbury se apresuró á socorrerla y calmar su agitación, asegurándole que Lord Mortimer estaba en perfecta salud. Recobrada un tanto con esta seguridad, ella le preguntó, ¿cómo habia sabido el estado de su hijo? El respondió que por haberle visto una hora hace, sin que él mismo lo supiese. Amanda, mas tranquila sobre Lord Mortimer, empezó á reflexionar en la estraña é inesperada visita del padre: ella habria imaginado que venia para manifestarle él mismo su satisfaccion de recibirla en su familia, si su aire y su compostura no le hubiesen alejado del todo esta idea. Sus miradas sombrías estaban fijas sobre ella, y se veia que él temia hablar.

La misma Amanda se hallaba en una situacion demasiado turbada para romper el silencio: al fin Lord Cherbury le dijo precipitadamente: Lord Mortimer no sabe ni debe saber que yo haya venido aquí.

¡No debe saberlo! repitió Amanda con la mayor admiracion. ¡Gran Dios! exclamó Lord Cherbury levantándose de una silla en que se habia sentado, ¿por dónde empezar? ¿cómo noticiárselo...? ¡Oh Miss Fitzalan! (acercándosele) tengo muchas cosas que deciros, que os darán grande disgusto. Yo habia creido poderme explicar con vos en una conferencia, pero veo que me he engañado; he presumido demasiado de mi valor; os escribiré.

Milord, le dijo Amanda pálida y temblando, decídmelo ahora, no me dejeis en suspension. Despues de los temores que acabais de darme, esto seria una verdadera crueldad. ¡Oh! seguramente si no ha acaecido nada funesto á Lord Mortimer, si Lady Marta y Lady Araminta están buenas, ya no me queda que saber cosa alguna que sea tanta desgracia para mí.

¡Ah! dijo él sacudiendo tristemente la cabeza; vos os en-

gañais en vuestras conjeturas, aunque los amigos de que me hablais estén buenos. Yo os he dicho que os escribiré. ¿Podreis hallaros esta tarde entre las ruinas? Amanda le hizo señal con la cabeza, que consentia en ello. Pues bien, dijo él, yo os enviaré allí una carta; pero, os lo repito, nadie de este mundo sino vos debe saber este abocamiento, y de todos los hombres nadie es mas necesario que lo ignore que Lord Mortimer. Acordaos, Miss Fitzalan, dijo él tomándole la mano y apretándosela con fuerza, como para imprimir sus palabras en el corazon de Amanda, que de vuestro secreto depende todo lo que tengo de mas querido en este mundo, y aun mi misma vida.

Despues de estas terribles y misteriosas palabras, partió, dejando á Amanda llena de sorpresa y horror. Algunos minutos se pasaron antes que variase la actitud en que la habia dejado, y cuando se retiró, fué con pasos mal asegurados, sin saber dónde iba, y repitiendo las últimas palabras de Lord Cherbury. El puede ser que habia venido á separarla de Mortimer; sin embargo, ¿cómo imaginar que fuese capaz de semejante traicion despues de haber consentido en su union? Por otro lado, ¿por qué ocultar á Lord Mortimer su llegada á Irlanda, si no era por este motivo? ¿Por qué no dejarse conocer sino de ella? ¿Qué secreto terrible é importante puede tener que comunicarle?

La superiora entró, é hizo cesar las preguntas que Amanda se hacia á sí misma, y en las cuales se perdia su imaginacion. Observando su semblante pálido, y los ojos inquietos de su jóven amiga, le sorprendió y le preguntó si habia recibido algunas malas noticias de Lord Mortimer. Amanda suspiró, y respondió que no. Ella no se atrevia á violar el secreto que acababan de ordenarle, haciendo saber á su amiga quién era el hombre que acababa de hacerle la visita misteriosa que habia recibido; pero como estaba incapaz de toda conversacion, dijo que tenia necesidad de retirarse á su aposento, pretestó una indisposicion y agitacion que atribuia á su inquietud por Mortimer: dijo que le era absolutamente necesario un poco de reposo, y que si Lord Mortimer venia por la tarde, le dijesen que no estaba dispuesta para recibirle.



La superiora le instó á que se quedase á tomar el té; pero ella lo rehusó, y al retirarse suplicó que no dijese nada á Lord Mortimer de la visita que habia tenido; porque, decia ella con una afectada sonrisa, no queria inspirarle vanidad, manifestándole que ella tenia tanta inquietud por él. Despues de esto se retiró á su aposento, y procuró calmarse de la turbacion de que se hallaba agitada para poder soportar mejor el golpe que tanta razon tenia para temer. La superiora y las religiosas, respetando sus intenciones, la dejaron sola, y á la hora indicada abrió poco á poco la puerta del aposento y sin ser observada de nadie, salió de la casa.

Encontró á Lord Cherbury esperándola en las ruinas. El tenia una carta en las manos que le entregó luego que llegó. En esta carta, Miss Fitzalan, le dijo él, os he abierto mi corazon; le he aliviado del peso de un secreto que me ha oprimido mucho tiempo; os he confiado mi honor. Ya os he dicho que este secreto debe ser sagrado; si le violais, no dudeis que las consecuencias de esta violacion serán funestas. Pronunció esto con un tono que estremeció á Amanda. Miss Fitzalan, continuó con una voz profunda y grave, medita bien el contenido de esta carta, pues de ella depende vuestro destino y el mio: si vos rehusais la demanda que os hago, entonces ya no exigiré de vos un secreto, cuyo resultado hará que sea demasiado público.

¡Oh! decidme, decidme, os suplico, exclamó Amanda asiéndole por el brazo, ¿cuál es la demanda que me haceis? y de este suceso ¿qué debo yo temer? Decídmelo al instante, y libradme del tormento de la incertidumbre. Yo no os lo puedo decir; mañana en la tarde á esta misma hora esperaré vuestra respuesta.

En este momento se oyó la voz de Mortimer, que llamaba á Amanda. Lord Cherbury se retiró por las revueltas de las ruinas, y Lord Mortimer compareció, dejando apenas tiempo á Amanda para ocultar la carta fatal.

¡Ay mi Dios! dijo él, ¿qué venís á hacer aquí? ¿con quién estábais? Por fortuna de Amanda el dia estaba bastante

oscurecido para que no se pudiese ver bien su semblante, que infaliblemente la habria descubierto. Un sudor frio mojó su frente, se apoyó contra la caña de una columna y dijo: ¿con quién estaba? Sí, dijo Lord Mortimer; me parece que he oido andar á alguno que se retiraba. Vos os habeis engañado, dijo Amanda, siempre con una voz débil y turbada. Está muy bien, dijo él; pero repito, ¿qué venís á hacer á este sitio y á esta hora? He venido á tomar el aire, dijo Amanda.

¿A tomar el aire? repitió Mortimer, el jardin es mejor para esto; ¿y por qué venís aquí sola? ¿Cómo, si teneis los temores que me habeis dicho vos misma, os esponeis á que os encuentre el miserable que os persigue? Cuando he llegado al convento, me han dicho que estábais indispueta, y que queríais estar sola. Yo no me he podido resolver á partir sin tantear veros. Me he consternado cuando me han dicho que no estábais. Es malo en efecto, Amanda; es malo para vos venir aquí sola y con tanto misterio.

¡Gran Dios! dijo Amanda, levantando sus ojos y manos al cielo y derriéndose en lágrimas: ¡y qué desgraciada soy!

En efecto, en este momento se hallaba en el cúmulo de su desgracia; su corazon estaba lleno de terrores que habia derramado en él Lord Cherbury, y veia en el alma de Mortimer sospechas que no podia disipar, sin revelar el secreto que se le habia mandado guardar tan solemnemente.

¡Ah! Amanda, le dijo Lord Mortimer aflojando de una vez la severidad con que acababa de hablarle, vos conoceis demasiado el poder de vuestras lágrimas. Olvidad ó perdonad todo lo que os he dicho; yo estaba sentido de no veros como lo habia esperado, y tenia ganas de ello. Vos sabeis que soy violento, pero vos moderais mis pasiones. Yo me entrego en vuestras manos; haced de mí lo que gustéis.

Entonces la estrechó contra su seno, y sintiendo que le temblaba todo el cuerpo, imploró de nuevo su perdon, imputando la agitacion en que la veia, á la pena que le habia dado. Ella le aseguró con una voz trémula, que no

le habia ofendido, pues estaba abatida, dijo ella, por la inquietud que habia sufrido todo el dia por él. Lord Mortimer se contentó con esta explicacion; le dijo que contaria con verdad todo lo que le habia detenido, luego que hubiesen llegado al convento.

Su vuelta hizo cesar la inquietud de toda la comunidad. La superiora y Sor María la siguieron á la sala, en donde Lord Mortimer les suplicó que tuviesen lástima de él y le diesen algo de comer, porque no habia tomado casi nada en todo el dia. Sor María le dijo que iba á traerle alguna cosa; que Amanda no habia tampoco comido casi nada, y que esperaba que Lord Mortimer la instaria á tomar algun alimento. Pusieron los manteles y les sirvieron algunas viandas. Sor María se habria quedado con mucho gusto; pero la superiora, siempre discreta, juzgó que quedándose á solas encontrarían mejor la cena.

Entonces Lord Mortimer con toda la dulzura y ternura imaginables, se esforzó á alegrar á su amable compañera, y hacerle tomar alguna cosa; pero no pudo conseguir ni uno ni otro. Ella le dijo que no podia reponerse sino con el tiempo de la agitacion que habia experimentado; y para desviar su misma atencion, pidió á Mortimer que cumpliese la promesa que le habia hecho de explicarle por qué no habia venido á Santa Catalina como de ordinario.

El le confesó francamente que habia ido en busca de Belgrave; pero que sus correrías habian sido sin suceso por las precauciones que el miserable habia tomado; lo que me persuade, añadió Mortimer, que él no ha abandonado aún sus proyectos sobre vos; pero no escapará á mi venganza.

¡Ah! os suplico, le dijo Amanda, que no sea jamas castigado por vuestras manos. Dejemos este asunto, dijo Mortimer, puesto que os da pena; solo os diré que despues de haber recorrido toda la vecindad, he encontrado á algunas millas de aquí á un caballero que habia visto el verano pasado en casa del marques de Rosline. Este me ha propuesto que fuese á comer á su casa. Como creia que podia darme algun conocimiento de Belgrave, he acepta-

do su convite, pero no he podido saber nada. Yo estaba muy impaciente de volverme, mientras toda la sociedad estaba en humor de beber, y temia dejarme llevar de su ejemplo, aunque me tuve mucho cuidado; en fin me retiré.

Doy gracias al cielo, que vuestras pesquisas hayan sido infructuosas; pero os suplico que no las renoveis: no penseis mas en este miserable. Y bien, para esto, dijo Mortimer, es preciso dejar este país. Fijad el dia de nuestra partida. Hace cinco dias que estoy aquí, y estoy seguro que Lady Marta se impacienta mucho, y si tardamos mas tiempo, creerá que habeis tomado el hábito en Santa Catalina, y que yo he hecho voto de celibato. Seriamente: ¿qué motivo puede retardar vuestra partida, si no os es indiferente este viaje?

¡Ah! dijo Amanda, vos sabeis bien que no puedo tener tal indiferencia. ¿Pues por qué no fijais ahora el dia? Amanda guardó un momento de silencio. Su situacion era terrible. ¿Cómo determinar el dia de su partida, incierta si la carta que tenia en las manos ponia á su viaje obstáculos insuperables!

Y bien, dijo Mortimer despues de haberle dado algun tiempo para responder, veo que yo debo fijarle; hoy es mártes, pues que sea el juéves. Milord, dijo Amanda, no fijemos aún esta noche la cosa; yo realmente estoy mala y necesito reposo. Buenas noches.

Lord Mortimer obedeci6 con repugnancia y se retir6.

## CAPITULO X.

Amanda se entr6 en su aposento luego que march6 Mortimer. Las religiosas se habian retirado ya, de modo que el silencio de toda la casa aumentaba su terror, cuando ella se sent6 para leer la carta que iba, segun le habiau dicho, á fijar su destino.

“A Miss Fitzalan,

“Derribar el edificio de vuestra felicidad en el instante  
“en que os hallais en el punto de disfrutarla, es en efecto  
“llevar á vuestro seno la mas cruel de las penas. Sin em-  
“bargo, tal es el horror de mi destino, que no me puedo li-  
“brar de perderme sino poniéndome entre vos y Mertimer,  
“y arrancándoos así á los dos la felicidad que vuestra union  
“os prometia. Vos perdereis el color á este terrible anun-  
“cio; mi carta caerá de vuestras trémulas manos; pero ¡ah  
“mi querida Miss Fitzalan! no la arrojéis lejos de vos, sin  
“haberla leído toda entera, y sin haber fijado la suerte del  
“mas desgraciado de los hombres, desgraciado de pensar  
“que destruye no solamente vuestra dicha, sino la de un  
“hijo amable, generoso, adorado, tal como lo es Mortimer.  
“Ya es tiempo que haga cesar la cruel incertidumbre en  
“que os tengo. Estais ya bastante preparada á las cosas  
“siniestras que tengo que revelaros, y me esplicaré clara-  
“mente. El juego, este veneno de la probidad y virtud,  
“me ha perdido; pero entregándome á él, he ocultado tan  
“bien hasta ahora esta desgraciada pasion, que mis mas  
“íntimos amigos la han ignorado. Lo confieso con harta  
“vergüenza: era el primero en las sociedades en levantar-  
“me contra este vicio, al mismo tiempo que todos los dias  
“sacrificaba á él en secreto sumas que habrian sacado de  
“la miseria á familias enteras. Mis ganancias y mis pér-  
“didas balancearon largo tiempo, de modo que no causa-  
“ron en mis bienes disminucion alguna considerable. Co-  
“sa de cinco años ha, que uno de mis íntimos amigos, Mr.  
“Free-Love, murió, y me dejó tutor de su hijo, á quien  
“habreis visto en mi casa el invierno pasado. Estaba en-  
“cargado por el padre de administrar la propiedad de su  
“hijo, consistiendo en una hermosa posesion, y cincuenta  
“mil libras esterlinas de capital. Cuando el jóven Free-  
“Love quedó de mi pupilo, estaba algunos meses hacia de  
“mala suerte; la sed de ganar, diferente de otras pasiones,  
“se irrita con la adversa fortuna. Yo, pues, continué en  
“jugar y perder hasta que hube consumido toda mi pro-

“piedad. En lugar de detenerme á lo menos por entonces, “quise intentar reparar mis pérdidas poniendo al juego el “bien mas precioso que la riqueza, mi mismo honor, y “aun confié á los caprichos de la suerte los bienes de Free- “Love que tenia en mis manos. El estaba aún lejos de su “mayor edad. Antes de esta época, me lisonjeaba que ha- “bria reparado mis pérdidas, y que podria volverle, no so- “lamente el capital, sino el interes que estaba encargado “de sacar de él, empleándole útilmente. Impelido de mi “mal genio, he arrojado de suma en suma, toda la fortu- “na de mi amigo en el sumidero que se habia engullido la “mia. En fin, cuando he conocido que lo habia perdido “todo, la desesperacion se ha apoderado de mí, y aun tiem- “blo á la memoria del desórden de mi imaginacion en es- “te momento fatal.

“Ya os he dicho que todos mis bienes propios han sido “devorados por el juego. Yo no puedo llegar á lo que per- “tenece á mi hijo sin su consentimiento. Cualquiera que “fuese la pérdida que pudiese sufrir empeñándose por mí, “estoy seguro que no vacalaria un momento en socorrer- “me, si supiese mi apuro; pero me espantaria menos la “muerte, y una muerte cruel, que verme obligado á darle “á conocer mi situacion. Sus escelentes cualidades y la “nobleza de sus principios añaden al amor que le tengo, “una especie de temor. Comparecer á sus ojos con un ca- “rácter vil, dejarle ver que mi vida ha sido una hipocre- “sía malvada, ser perturbado y confundido en su presen- “cia, no poder tolerar sus penetrantes miradas, verle aver- “gonzarse de los crímenes de un padre, son horribles é in- “sufribles ideas para mí; y en el estravío en que ellas me “arrojaban, habia resuelto, si no podia evitar hacerle con- “fidente de mi bajeza, no sobrevivir á mi propia confesion. “En este crítico momento, el marques de Rosline vino de “Escocia á establecerse en Lóndres. La intimidad antigua “de nuestras familias se renovó, y ví que podria seguirse “de aquí una alianza. Esta perspectiva me dió alguna es- “peranza; pero no fué de mucha duracion, por haber ma- “nifestado Mortimer una gran repugnancia á este proyecto.

“Yo me habia lisonjeado que el tiempo debilitaria y  
“venceria su resistencia, y no he renunciado á esta espe-  
“ranza sino cuando he conocido su inclinacion por otro  
“objeto. No puedo descubrir os el sentimiento penoso  
“que esperimenté viendo por este lado perdido para mí to-  
“do medio de salud; pues aunque tierno y respetuoso por  
“su padre, no me lisonjeaba que Mortimer sacrificase  
“ciegamente su razon y su inclinacion á mi voluntad.  
“Volví, pues, á tocar mi horroroso proyecto; pero suspen-  
“dí la ejecucion viendo á Mortimer que caia en alguna  
“incertidumbre sobre vos, y cuando os creia á entreambos  
“separados para siempre, comencé á revivir; pues tal es  
“la naturaleza y el egoismo del vicio, que estingue todos  
“los sentimientos de humanidad, de manera que he lle-  
“gado hasta á alegrarme de los desórdenes supuestos de  
“la hija de mi amigo.

“Pero la perseverancia de Mortimer, ó mas bien la Pro-  
“videncia, habiéndoos hecho triunfar de los artificios y de  
“la malicia de vuestros enemigos, me ha vuelto á sumergir  
“en la desesperacion. Estoy seguro que Mortimer por deli-  
“cadeza os ha ocultado la oposicion que he puesto á vuestra  
“union con él, aun despues de conocida vuestra inocencia,  
“y despues que Lady Marta me habia manifestado sus  
“intenciones á favor vuestro. En fin, yo comprendí que  
“era necesario, ó que hiciese semblante de adherirme al  
“deseo de mi hijo, ó que hiciese conocer el verdadero mo-  
“tivo de mi oposicion, ó que riñese con mi hijo y mi her-  
“mana, y les manifestase una irritante personalidad. He  
“tomado el primero de estos partidos, y he fingido con-  
“sentir á la union de Mortimer con vos; pero determinán-  
“dome á venir á arrojar me yo mismo á vuestros piés á im-  
“plorar vuestra piedad y poner en vuestras manos mi  
“suerte. He creido que una muger de un carácter tan  
“perfecto y tan heróico como el vuestro, que se há mani-  
“festado en las aficciones en que os habeis hallado redu-  
“cida, tendria compasion de uno de sus semejantes que ha  
“caido en las mayores faltas, y en las mas grandes des-  
“gracias. Si mi situacion fuese otra de lo que es en el

“dia, y mis bienes los que se me suponen, y vos estuvié-  
“seis desposeída de todo, me alegraría veros la esposa de  
“mi hijo, y os creería bastante rica con vuestro mérito y  
“vuestras virtudes. En el estado en que me hallo, el do-  
“te que os da Lady Marta no es de importancia alguna  
“para mí, ni me recompensaría aunque ella dispusiese de  
“todos sus bienes en favor mio. El proyecto de vuestro  
“casamiento con Mortimer es aún un secreto para el pú-  
“blico, y por esta razón no se ha disuelto aún la amistad  
“entre ambas familias. Yo he sido bastante dichoso en  
“apaciguar las diferencias suscitadas entre la de Rosline y  
“mi hijo, y en hacerles olvidar su resentimiento. Estoy  
“seguro que el casamiento se hará á la primera proposi-  
“ción que yo haga. El dote de Lady Eufrosia será de  
“sesenta mil libras esterlinas de contado, y de cinco mil  
“libras esterlinas de renta cada año. Con el dinero de  
“contado satisfaré mi deuda con Free-Love, que no puedo  
“diferir de pagarla en la época de su mayor edad sin per-  
“der mi honor. Así vos veis, mi querida Miss Fitzalan,  
“que el casamiento de mi hijo con Lady Eufrosia es un  
“medio seguro, y el solo que me queda para impedirme  
“que caiga en el abismo, en cuyos bordes me hallo.

“Vos sola, como un ángel de misericordia, podeis man-  
“dar que viva y salvarme de mí mismo. Sin embargo, no  
“creais que renunciando á Lord Mortimer, si le renunciáis  
“en efecto, haceis al mismo tiempo el sacrificio de toda  
“fortuna, no; será deber y cuidado de mi reconocimiento  
“aseguraros vuestro bienestar é independencia, y por otro  
“lado, entre el grande número de hombres sensibles á  
“vuestros encantos y á vuestro mérito, encontrareis uno  
“que os hará feliz como Mortimer; mientras que este, ha-  
“biéndoos perdido, aceptará sin vacilar la mano de Lady  
“Eufrosia.

“Vos me preguntareis sin duda ¿cómo podreis romper  
“vuestra palabra con Mortimer, despues de lo que ha pa-  
“sado entre vos y él, sin darle á conocer los motivos de  
“vuestra conducta?

“En efecto, es una dificultad; pero despues de haber



“llevado la cosa tan allá, no titubearé en deciros cómo se puede superar. Vos no teneis mas que alejaros de él secretamente, y sin dejarle vestigio alguno por el cual os pueda hallar. Si, despues de haber consentido á salvarme, os detuviese este obstáculo, retiraríais de mí por lo mismo vuestra compasion y vuestras bondades; pues que la consecuencia necesaria de la menor vacilacion de vuestra parte, será dar á conocer mi situacion á mi hijo, y os repito solemnemente que no sobreviviré á esta afrenta. No existiré envilecido á los ojos de mi hijo. Si me concedeis, pues, mi súplica, concedédmela toda entera: perdonad, mi querida Miss Fitzalan, las formas de mi estilo absoluto y arbitrario: yo las habría endulzado, si hubiese podido decirlo de otra manera; pero el tiempo, el peligro y la necesidad me han obligado á esta dureza. Ahora que os he abierto mi corazon, cómo á un ser de una naturaleza superior cuya indulgencia imploro, á vos toca decidir si viviré para reparar mis faltas, ó si la colmaré con un acto de desesperacion. Si por el amor mismo del pobre Mortimer, ejerceis conmigo esta grande clemencia, que puede solo ahorrarle el dolor de ver á su padre terminar antes de tiempo una vida criminal por un crimen postrero, mi reconocimiento, mi admiracion y mis cuidados por vos mientras que viva, serán vuestra recompensa. Esperaré con ánsia vuestra respuesta, y vendrá á buscarla aquí mañana

“Vuestro sincero y desgraciado amigo

“CHERBURY.”

La carta fatal cayó de las manos de Amanda; una nube se estendió sobre sus ojos, y casi sin conocimiento se arrojó sobre una silla; pero despues de haber creído un momento que despertaba de un pesado sueño, recuperó todo el dolor de su desgracia. Un sudor frio, un temblor nervioso, y un terror profundo se apoderaron de ella. Arrojava á su alrededor miradas inquietas como para buscar la causa de su

horrible situacion, hasta que el funesto escrito caido á sus piés hirió de nuevo su vista.

¿No hay, pues, se preguntaba á sí misma, recorriéndola otra vez, no hay, pues, medio alguno para evitar el horroroso sacrificio que de mí se exige? Lady Marta y Lord Mortimer pueden unir sus esfuerzos para salvar el honor de su desgraciado padre y hermano; ellos sentirán todo el horror de su situacion, perdonarán sus faltas, harán. . . . Pero al mismo instante arrojó de sí estos pensamientos como culpables. Estas palabras de Cherbury, *no sobreviviré á esta afrenta*, volvian á su imaginacion, y le amargaba la terrible reflexion de que para salvar al padre, debia renunciar al hijo.

¿Pero merece el padre un sacrificio tan grande? y despues de los empeños que habia contraido con Mortimer, ¿tenia derecho para alejarle de ella para siempre? Duda criminal, se decia á sí misma, á la que me arrastra mi ternura, y que debe disipar la voz de la razon y de la virtud. Sí, escucharé esta voz; jamas me consolaria de haber cooperado á la muerte de Lord Cherbury; la desgracia de Mortimer será ligera perdiéndome, en comparacion de la que esperimentaria por un suicidio.

Mi destino no me deja alternativa, exclamaba con una voz sombría y con el acento de la desesperacion; yo debo sujetarme á él sin combatir mas tiempo: no puedo llamar á nadie para obtener un consejo sabio; renuncio, pues, á Lord Mortimer, sí, renuncio. Pero ¡oh mi Dios! ¡dadme fuerzas para soportar esta pérdida! ¡Oh Mortimer, mi querido Mortimer, á quien nadie puede reemplazar en mi corazon, la mano de hierro del destino se pone entre los dos, y nos separa para siempre! Ni aun permitido me será justificarme de ingratitud con vos, no: seré enteramente víctima de Lord Cherbury, cuya crueldad, disimulo y fingido consentimiento á los deseos de su hijo no me han lisonjeado con una falsa alegría sino para hacer mas vivos mis dolores.

Un pensamiento horrible vino aún á herir su imaginacion: Lord Mortimer iba á imputar su huida á una pasion

por Belgrave, y su honor y su reposo serian sacrificados tambien á Lord Cherbury. Su razon y su reflexion no pudieron durante algun tiempo resistir á este choque, y agitada su alma por un torbellino de pasiones opuestas, resolvió justificarse con Lord Mortimer; pero esta resolucion no fué de larga duracion. La reflexion la convencia de que justificándose de su supuesto crimen, cometeria uno realmente; pues que para ponerse al abrigo de una injusta calumnia, perderia el honor de Lord Cherbury, y seria acusada no solo por el mundo, sino por su propia conciencia, de haber causado el suicidio, que seria la consecuencia necesaria de su propia justificacion.

Yo lo debo, es necesario, exclamaba ella como fuera de sí; yo haré este sacrificio: Lord Mortimer es perdido para mí. Se arrojó sobre la cama, toda vestida, y pasó el resto de la noche hasta la mañana en una agonía indescribible. Sin embargo, habia caido en un estado de sopor mas que de sueño, cuando la sacaron de él algunos ligeros golpes á la puerta, y la voz de sor María, que le dijo que Lord Mortimer estaba abajo y la esperaba para el desayuno.

Amanda saltó de la cama, diciendo que iba á bajar: compuso su desaliño y procuró calmar su espíritu, y levantando los ojos y las manos al cielo, le pidió fuerzas para soportar las pruebas que se le preparaban en este dia.

Luego que entró, la alteracion que Lord Mortimer vió en su semblante y todas sus señales, le hicieron una viva impresion.—¡Oh Dios, Amanda! exclamó, ¿qué hay? ¿qué teneis? y encontrando sus manos ardientes del calor de la fiebre, añadió, ¿por qué teneis la crueldad de ocultar vuestra indisposicion? habríais tenido socorros que habrian impedido sus progresos. El la apretó en sus brazos con una ternura inesplicable, y declaró que iba á enviar á buscar al médico que la habia asistido.

—No, le dijo Amanda, cuyas lágrimas corrian; no lo enviéis á buscar, pues él ningun bien me puede hacer.—¡Ningun bien! replicó Mortimer espantado.—Comprendo, dijo ella reponiéndose, que él no me ordenaria remedio alguno, pues mi mal solo procede de la agitacion que espe-

rimenté ayer, y que me ha hecho pasar una mala noche; pero el reposo de hoy me curará.

Lord Mortimer prescindió con dificultad de su proyecto acerca de llamar al instante al médico, y esto solo con la condicion de que si Amanda no estaba mejor antes de la noche, se lo harian saber, y él lo enviaria á buscar.

Amanda no pudo ni comer, ni servir el desayuno. Cuando este fué acabado, dijo á Lord Mortimer que tenia gran necesidad de reposo, y que le era preciso retirarse; pero que de nueve á diez de la noche, tendria la satisfaccion de verle. El procuró persuadirla que estaria tan bien con comodidad sobre un canapé en la sala como en su aposento; pero ella insistió. Mortimer se retiró, en fin, con la mayor repugnancia despues que ella se lo hubo suplicado muchas veces.

Vuelta á entrar Amanda á su aposento, superó el abatimiento que le causaba su triste situacion, para ocuparse en trazar el plan de la conducta que debia tener. Desde luego era preciso que escribiese á Lord Cherbury para instruirle de su resolucion, y dispensarse de entrar con él en conversacion alguna que no estaria en estado de sostener.

Tambien debia hacer saber á la superiora la repentina mudanza que habia acontecido en sus asuntos, ocultándole solamente las causas de ella; y como el dia posterior al dia siguiente era el fijado para su partida con Mortimer, tenia necesidad de buscar con ella un lugar en donde ponerse al abrigo de las pesquisas de Mortimer.

La superiora tenia tan buena opinion de Lord Mortimer, que Amanda temia que ella imputase la resolucion que la comunicaria, á algun motivo criminal, y que en consecuencia la abandonase enteramente. Si le sucediese esta nueva desgracia, lo que era muy posible, estaba resuelta á retirarse secretamente á la ciudad vecina, desde donde podria trasladarse inmediatamente á Dublin: lo que entónces haria, ó en lo que vendria á parar, no entraba en su pensamiento, ocupada únicamente en el modo con que dejaria á Santa Catalina.

Ella, sin embargo, esperaba aún que la superiora no la

abandonaria, y que la Providencia, que hasta entonces habia velado sobre ella, la miraria con ojos de piedad y le conservaria la sola amiga que podia darle algun socorro y consejos sabios. Despues de haber combinado este plan de conducta, tomó la pluma para estender su acta de renuncia á Lord Mortimer, en estos términos:

“Al conde de Cherbury.

“Milord: por ceder á vuestros deseos, renuncio á mi dicha. Digo á mi dicha, pues debo hacer la justicia á Lord Mortimer, de declarar que yo no imagino ctra mas grande para mí que la de ser unida con un hombre de su carácter. Me la debo á mí misma, de aseguraros que no es ni su rango ni su fortuna, sino su mérito y sus virtudes las que le han conquistado mi corazón.

“Hubiera sido feliz para ambos, Milord, y sobre todo para mí, que hubiéseis continuado en oponeros á las miras de vuestro hijo: mi respeto por la autoridad paternal, me hubiera impedido consentir en una union á la que habríais rehusado vuestro consentimiento; sin el permiso fingido que habeis dado, no habria mirado los obstáculos como superados.

“Pero no quiero perder el poco mérito que mi resignacion á vuestros deseos puede darme, en concepto vuestro, insistiendo sobre las desgracias que me acarrea. ¡Pueda la pérdida de todas mis esperanzas realizar las vuestras, Milord, y pueda la fortuna aumentar mas la felicidad de Lord Mortimer!

“Estoy reconocida, Milord, á la intencion que me manifestais de proveer á mis necesidades; pero al mismo tiempo os debo prevenir que en ningun tiempo, ni ahora, aceptaré cosa alguna de vos.

“No debo disimularos una verdad: no está en vuestro poder pagar el sacrificio que os hago; y beneficios de esta naturaleza, pesan demasiado en una buena alma para que pueda resolverse á recibirlos de otra mano que de la amistad y estimacion.

“Tengo el honor de ser vuestra muy humilde y obediente  
“servidora:

“AMANDA FITZALAN.”

Las lágrimas que habia detenido escribiendo, corrieron luego en abundancia. Se levantó, y se fué á la ventana para probar si el aire fresco la aliviaba de la opresion que sentia. Desde allí divisó á Lord Mortimer y á la superiora conversando á alguna distancia. Un momento despues, habiéndose retirado Mortimer, la superiora, que no la habia visto el dia anterior, entró en su aposento. Despues de los acostumbrados cumplimientos, le dijo:—Lord Mortimer me ha noticiado que estábais mala: yo me lisonjeaba de que él habia exagerado el peligro; pero viéndoos, mi querida hija, creo que sus temores son fundados; decidme, pues, querida mia, ¿cuál es vuestra indisposicion? Ciertamente debeis hoy mas que nunca tener cuidado de vuestra salud.

—¡Oh! no, respondió Amanda con un suspiro convulsivo, vos os engañais tambien.

La superiora se alarmó, y no pudiendo sostenerse, se sentó y suplicó á Amanda con una voz que espresaba toda su sensibilidad, le esplicase las causas del estado en que la veia.

Amanda se dejó caer de rodillas delante de ella; le tomó las manos, las llevó á sus labios y las mojó en lágrimas exclamando:—¡Qué desgraciada soy!—¡Desgraciada! repitió la superiora: por amor de Dios, esplicaos; no me dejéis por mas tiempo en tan cruel incertidumbre; mi corazon no puede sostener vuestra agitacion, que me anuncia alguna cosa horrible.—Sí, dijo Amanda; os debo anunciar que Lord Mortimer y yo no seremos unidos jamas.

La superiora se sobresaltó; sus miradas parecian decir que temia que Amanda no tuviese la imaginacion desarreglada, y le suplicó difriese su explicacion hasta que se hubiese repuesto de su turbacion.

—Yo no me levantaré, le dijo Amanda, hasta que me hayais prometido que á pesar del misterio en el que mi si-

tuacion me obliga á encubrirme, continuareis siendo mi amiga: esta seguridad traerá algun alivio á las penas de mi corazon.

La superiora conoció entonces que el desórden en que veia á Amanda era efecto de un grande disgusto; pero ignoraba cuál podia ser la causa de él.—Vos debeis conocerme bastante, le dijo, para no tener necesidad de que os asegure de nuevo mi tierna amistad; pues sea el que fúere el misterio que esteis obligada á callar á los demas acerca de vuestra situacion, me lisonjeo de que no lo tendreis conmigo, y espero con impaciencia una entera espliacion.

—Este es uno de mis mayores disgustos, respondió Amanda, el no poder dároslo: en ninguna circunstancia, ni aun en la cama próxima á la muerte, podria daros á conocer el obstáculo que me separa para siempre de Lord Mortimer; pero os diré lo que pueda para haceros conocer mi situacion.

Un obstáculo imprevisto é inesperado se opone á mi union con Lord Mortimer, y este obstáculo que me detiene debo tenerle enteramente en silencio. Es preciso que me oculte de Mortimer, y me aleje de él, sin que pueda sospechar antes que tengo este proyecto, por temor de que sus inquietas y menudas preguntas, arrancándome mi secreto, nos sumerja á los dos en un abismo de males. Para evitar estas desgracias, es preciso que toda la casa, escepto vos, ignore mi plan, y que me procureis encontrar un asilo seguro y oculto donde pueda retirarme. Os suplico que no atribuyais mi renuncia de Lord Mortimer á ningun motivo indigno de mí; llamo por testigo de mi inocencia al Ser Todopoderoso y bueno, quien solo puede consolarme de esta pérdida, y ayudarme á soportarla. Creed á mis palabras, compadeced mis penas, no me condeneis, permaneced mi amiga en un momento en que vuestra amistad me es mas necesaria que nunca, pues si ella me falta, me siento incapaz de combatir por mas tiempo contra mi destino.

La superiora guardó un momento de silencio, y le res-

pondió con gravedad:—Os confesaré, Miss Fitzalan, que vuestra conducta me parece tan estraña y tan inesplicable, que me es necesaria la alta opinion que tengo de vuestro carácter para que no os disminuya mi estimacion; pero como estoy persuadida que no os podeis conducir sino por motivos honestos, podeis estar segura de que os serviré con todo mi poder. Sin embargo, antes de resolveros á pedirme un servicio de esta naturaleza, pensad bien lo que vais á hacer; considerad que á los ojos del mundo vais á aparecer culpable de una accion indecorosa, rompiendo vuestros empeños con Lord Mortimer sin dar razon alguna para ello. ¿Os remuerde la conciencia de alguna cosa en el paso que vais á dar?

—Nada me remuerde, le dijo Amanda: tened, pues, piedad de mí, y no agraveis mis penas presentándome las consecuencias pesadas que se me seguirán por el sacrificio que estoy precisada á hacer; prometedme solamente que vos me dareis pruebas de vuestra amistad en esta triste y crítica ocasion.

Sus miradas, sus palabras y su conmocion, cortaron la palabra á la superiora: vió que seria crueldad insistir sobre las consecuencias crueles de una accion, á la que Amanda estaba obligada por una necesidad fatal á callar. Le dió todos los consuelos que estaban en su poder; le prometió buscar al instante un asilo donde pudiese retirarse, y sepultar en un inviolable secreto todo lo que acababa de pasar. La hizo acostar, le trajo algunos sorbos de vino, y tirando las cortinas salió del cuarto, donde volvió dos horas despues, y la encontró mas tranquila. La buena superiora no quiso dejarla levantar, y sentándose sobre la cama, le contó lo que habia imaginado para ella.

Le dijo que tenia una parienta en Escocia, reducida por la medianía de su fortuna á tener escuela de muchachas; pero como empezaba á envejecerse, no estaba en estado de dar á sus educandas los cuidados que exigian sus padres, á menos de tener con ella una persona capaz de ayudarla. Ella me ha escrito, añadió, poco tiempo hace para suplicarme que le buscasse una jóven instruida y de bue-



nas costumbres que pudiese contentarse con un salario módico, y llenar sus intenciones. Yo no os propondría una colocacion de esta especie, sin la urgente necesidad en que me decís que os hallais de alejaros prontamente de Lord Mortimer, lo que no me deja tiempo de buscaros otra. No os imaginéis que quiero que permanezcais allí; seria lástima que talentos como los vuestros, fuesen sepultados en semejante oscuridad; pero creo que podeis permanecer allí hasta que hayais recobrado alguna tranquilidad de espíritu, y que se os pueda encontrar un establecimiento mejor.

—¡Ah! no habéis de mis talentos, dijo Amanda; mi espíritu está tan abatido por el dolor, que se pasará mucho tiempo antes que pueda hacer cosa alguna buena, y el sitio de que me habláis, por su misma oscuridad, es precisamente el que yo deseo.

Hay también alguna ventaja, dijo la superiora, de alguna consideracion en tomar el partido que os propongo, y es que la morada de mi prima está á pocas millas de Port-Patrick, á la cual un buen viento os llevará en pocas horas. Conozco al patron de un barco que va y viene continuamente haciendo este camino: este vive á corta distancia de aquí, y tanto él como su muger me deben algunas obligaciones, y tendrá mucha satisfaccion en tener esta ocasion de servirme. Yo enviaré á buscar al marido esta misma tarde; le instruiré del momento en que queréis partir, y él mismo se encargará de conducirnos á casa de Mistriss Macpherson.

Amanda dió gracias á la superiora, la cual le dijo que habia escrito ya la carta á su prima, y que deseaba saber si ella queria presentarse bajo su verdadero nombre ó con otro supuesto. Amanda le suplicó que la diese á conocer con el nombre de Francisca Donald, y la superiora añadió este nombre á la carta, concebida en estos términos.

“A Mistriss Macpherson.

“Mi querida prima: esta carta os será entregada por Francisca Donald, la jóven que os dirijo para ayudaros

“en vuestra escuela. Yo la conozco de algun tiempo á esta parte, y puedo responderos de su talento y de su buena conducta: es bien nacida, ha tenido muy buena educacion, y ha conocido tiempos mas felices; pero ha experimentado algunos reveses, y soporta su mala fortuna con paciencia y valor, que es la mejor prueba que ella os puede dar de su mérito real. Yo le he dicho que vos no dábais mas que diez libras esterlinas de salario, y ya veis que se contenta con tan módico precio, pues que consiente en venir á vuestra casa. Siento mucho saber que sufrís dolores de reumatismo, y espero que cuando tengais mas tiempo para cuidaros, os hallarés mejor. Todas nuestras hermanas os dan gracias por el interes que les manifestais. Nuestra pequeña escuela va bastante bien, y esperamos que nuestro reconocimiento hácia la Providencia nos merecerá la continuacion de sus favores.

“Soy, mi querida prima &c.

“ELISABETH DERMONT.

“En Santa Catalina.”]

Ya veis, añadió la superiora, que no he dicho de vos todo lo que habria podido decir; pero yo haré á mi carta las adiciones y mutaciones que querais, si no estais contenta de ella. Amanda le aseguró que no veia cosa alguna que mudar. La superiora le dijo que Lord Mortimer habia vuelto para saber noticias de su salud, y que le habian contestado que estaba mejor. Amanda le declaró que no queria verle hasta la hora de cenar. La superiora observó que vista la mudanza sucedida en el estado de sus cosas, Amanda haria muy bien en encontrarse con él lo menos posible, y para impedir se quedasen á solas, le hizo servir la comida y el té en su propio aposento. Se lo sirvieron, y la buena superiora no quiso salir sin haber visto á Amanda tomar alguna cosa. Sor María hubiera deseado hallarse presente, pero la superiora habia encontrado medio de apartarla.

Habiendo determinado Amanda el plan de su conducta, estuvo mas tranquila, y la compañía de la superiora, que volvió con ella inmediatamente despues de comer, la mantuvo en este estado, en el que había tenido bastante dificultad de ponerse.

Ella suplicó á la superiora que no difriese escribirle inmediatamente despues de su partida, y noticiarle fielmente todo lo que pasara á consecuencia de su huida. No era, pues, menester, le dijo, contemplar su sensibilidad por una compasion mal entendida: ella amaba mas la verdad que el menor misterio, que solo la atormentaria mas.

La superiora le prometió contentarla sobre este punto. Amanda le manifestó con lágrimas el pesar que sentia de no hallarse en estado de demostrar á la comunidad su reconocimiento por todas las bondades que habian tenido con ella, como habia tomado la resolucion junto con Lord Mortimer. La superiora se esforzó á consolarla, asegurándole que ella y todas sus hermanas se hallaban ya liberalmente recompensadas, y aun mas allá de lo que era menester para satisfacer sus humildes deseos.

Amanda le dijo que dejaria sobre la mesa del tocador una carta para Lord Mortimer con los billetes de banco que le habia dado, y que conservaria el retrato y el anillo. En cuanto á los vestidos que habia pedido á la ciudad vecina, dejaria el dinero necesario para pagarlos, y que quedarian para la muger que le habia prometido seguirla á Inglaterra, como una indemnizacion. Ella no queria llevarse á Escocia sino alguna ropa blanca y sus vestidos de luto: el resto de sus efectos, como tambien su música y sus libros, se le enviarian en seguida.

Amanda debia á la comunidad por su pension de cerca de tres meses, diez guineas. De doscientas libras esterlinas que Lord Mortimer le habia dado al dejar Carberry-Castle, le quedaban ciento veinte, de manera que aunque no pudiese satisfacer suficientemente á su gusto los deberes del reconocimiento, podia contentar los de la justicia. Ella dijo su intencion á la superiora, la cual en nombre de toda la comunidad rehusó recibir cosa alguna. Amanda

no disputó, habiendo ya tomado su resolución del modo que se portaría sobre esto. La superiora tomó el té con ella, y después la dejó sola, porque quería calmarse y componerse antes de la llegada de Lord Mortimer.

Con la ayuda de estas precauciones se halló en estado de entregar su carta á Lord Cherbury á la hora convenida. Su corazón latía al acercarse este momento. Temía ser otra vez sorprendida en las ruinas por Mortimer, ó ser seguida por algunas religiosas. Al fin el reloj le avisó, se levantó temblando, y abrió su puerta; escuchó y observó si había alguna persona en las cercanías. Los momentos eran preciosos; ella se escurrió por lo largo de la galería, y por fortuna encontró la puerta de entrar abierta, y con esto se apresuró. Lord Cherbury la esperaba. Amanda le presentó la carta sin hablarle, y él la recibió del mismo modo; pero cuando vió que volvía á tomar el camino del convento, él le agarró con fuerza una mano, y con una voz que manifestaba toda su agitación, gritó: Decidme, Miss Fitzalan, decidme, ¿vuestra respuesta es favorable?—Sí, respondió ella con una voz trémula.

¡Que el cielo os colme de bendiciones! exclamó cayendo de rodillas y abrazando las suyas con transporte. Ella se incomodó de verle en esta postura, y atemorizada de ser detenida: dejadme, Milord, dijo, por piedad, por mí, y por vos mismo. Dejadme, pues si me deteneis un momento más, podemos ser descubiertos.—¿Por qué conducto, dijo Lord Cherbury, podré saber noticias vuestras?—Por la superiora, respondió Amanda; ella sola sabrá el lugar de mi retiro.

El la agarró otra vez de la mano y se la besó con transporte. Adios, ángel del cielo, ángel consolador, gritó, y desapareció entre las ruinas. Amanda volvió apresurada á la casa, temiendo encontrar á Mortimer ó á alguna otra persona. Apenas acababa de llegar á su cuarto, cuando la superiora vino á decirle que Lord Mortimer la esperaba en la sala. Ella se transfirió allá. El aire fresco le había dado mejores colores, de modo que parecía que estaba mejor, y su conversacion fortificó á Mortimer en este pen-

samiento. Ella conversó con bastante libertad, y se esforzó á comer alguna cosa. Detenia sus lágrimas, prontas á correr, siempre que él decía algunas palabras de la felicidad que iban á gustar cuando estarian unidos, de la acogida que se les preparaba en Thornbury, y del placer que Lady Marta y Lady Araminta tendrian en recibirlos.

Amanda le suplicó que no volviese mañana al desayuno, sino solamente despues de comer, porque los preparativos de su marcha, le decia, no le permitian darle tiempo alguno. El quiso persuadirla que su presencia no le incomodaria; pero ella jamas quiso consentir.

Amanda pasó una noche muy cruel; ella se desayunó con todas las religiosas, las cuales le espresaron todas su pesar de verla partir: pesar, decian ellas, endulzado con la esperanza de volverla á ver luego, hablándoles prometido Lord Mortimer de llevarla á Carberry-Castle, luego que hubiese hecho una visita á sus amigos de Inglaterra. Era este un momento el mas doloroso para Amanda. Ella tuvo una estrema dificultad de ocultar su conmocion y en detener sus lágrimas á esta mencion de una promesa que jamas debia realizarse. Comió un poco con precipitacion, y se retiró á su aposento con el pretexto de hacer sus paquetes. Las religiosas la siguieron, ofreciéndole á competencia ayudarle. Ella les dió gracias con su dulzura y su gracia acostumbradas, diciéndoles que no tenia necesidad de su socorro. Con esta seguridad se retiraron, y Amanda, temiendo una nueva interrupcion, escribió su carta de despedida á Lord Mortimer en estos términos:

“A Lord Mortimer.

“Milord: Un destino, del cual ni vos ni yo somos dueños, se opone á nuestra union: en vano habeis combatido, y en apariencia superado todos los obstáculos: se ha levantado uno que jamas hubiéramos podido prever, al cual una invencible necesidad me obliga á ceder, y me separa de vos sin dejarme ninguna esperanza de echármelo en cara jamas, sin permitirme justificar mi conduc-

“ta ni dar escusa alguna que pueda ni aun paliar la abominable ingratitude y traicion horrible de que os pareceré culpable. Digo que os pareceré, pues á la verdad mi corazon de nada me remuerde, y por el contrario sufre mil muertes por el sacrificio que está obligado á hacer. Pero, Milord, yo no quiero affligir el vuestro deteniéndome en mis propios tormentos; os he dado ya demasiado pesar; pero no seré mas enemiga de vuestra paz, ni turbaré mas vuestra dicha. Alejada de vos, el nombre que yo amaba oír no herirá mas mis oídos, y el fantasma engañoso de una prometida felicidad no se burlará mas de mi.

“Si mis deseos se hubiesen llenado, puede ser que una felicidad tan grande y tan inesperada hubiera corrompido mi corazon, y desviado demasiado mis pensamientos del cielo hácia la tierra. Sí, he evitado este peligro: bendita sea la mano que ha retirado de mí la copa de la felicidad en el momento en que iba á gustar sus delicias.

“Yo no puedo exigir de vos vuestra compasion, aunque sé que la merezco, ni puedo pedir os que no me condenéis, aunque sé que soy inocente.

“Os devuelvo los billetes que he recibido de vos; pero me detengo el retrato y el anillo, restos solos de una felicidad que no existe. Adios, Milord, caro é inestimable amigo; adios para siempre. Puedan la paz y la felicidad que tanto mereceis, ser vuestro patrimonio, y no sean mas turbados como lo han sido demasiado á menudo por la desgraciada

“AMANDA FITZALAN.”

Esta carta, mojada con lágrimas, la encerró en una cajita hasta en la noche, y en seguida se ocupó en juntar el equipaje que queria llevarse con ella en una pequeña maleta. La superiora vino á decirle que habia visto al dueño del barco, y que lo habia convenido todo con él; que él habia prometido el secreto, y se habia obligado á partir á

las cuatro de la mañana, acompañarla él mismo hasta la casa de Mistriss Macpherson, y venirla á tomar al convento á las tres de la mañana.

Arregladas así las cosas, Amanda dijo á la superiora que para evitar dar sospecha alguna, ella dejaria sobre la mesa el dinero que habia resuelto dar á la muger que debia conducirla á Inglaterra, con un billete que indicaria su destino. Habiéndose retirado la superiora, Amanda aprovechó este momento para poner en el mismo papel diez guineas para el convento, y las cinco guineas para la camarera. Ella hubiera deseado hacer mas; pero temia dejarse llevar de la generosidad, cuando á ella le podian faltar medios para proveerse en sus mas urgentes necesidades. Al mismo tiempo escribió la siguiente carta.

“A Mistriss Dermont.

“Mi querida señora: si mi situacion hubiese sido mejor de lo que es, no os ofreceria una suma tan módica como la que encontrareis en este papel, y que es tan poco proporcionada á la deuda que he contraido con vos. Siendo amargamente no poder reconocer mejor todas vuestras bondades y las de vuestras obsequiosas compañeras; ellas no saldrán de mi memoria, y solo aquel que ha prometido mirar con bondad á los benefactores del huérfano toca recompensaros. He dejado cinco guineas para la mujer que debia acompañarme á Inglaterra.

“Adios, mi querida Mistriss Dermont. Adios, queridas y amables habitantes de Santa Catalina. No me olvidéis en vuestras oraciones, y creed que seré toda mi vida vuestra reconocida y afecta servidora

“AMANDA FITZALAN.”

La avisaron para comer. Su espíritu estaba en grande abatimiento, al pensar que dejaba las amables mujeres que tan buenas habian sido para ella, y sobre todo por la idea de la triste noche que iba á pasar con Mortimer.

Este llegó temprano, y al ver el aire abatido de Amanda, se renovaron sus temores sobre su salud: ella contes-

tó á sus preguntas diciéndole que estaba cansada. ¡Puede ser, le dijo él, que quisiérais diferir un dia vuestra partida, y descansar aún mañana.—No, no, dijo Amanda, no se retardará. Mañana, dijo con una sonrisa forzada, partiré.

Lord Mortimer le dió gracias por esta resolucion, que él atribuia al deseo que tenia de agradarle; pero manifestándole al mismo tiempo sus inquietudes de que ella no estuviese bastante buena para partir.

Amanda conoció que si no hacia algunos esfuerzos, tendria mucha dificultad para evadirse de las preguntas de Mortimer; y para desviar la atencion del Lord, propuso convidar á todas las religiosas á tomar el té con ella, porque era la última tarde que pasaba en el convento. Lord Mortimer consintió en ello; el convite se hizo, y fué aceptado.

La conversacion fué triste, como se puede bien adivinar.

Amanda era tan amada de todas las religiosas, que la idea de perderla les daba una pena, que no pudo combatir la esperanza de verla luego en Carberry-Castle. Hacia las nueve de la noche ellas se retiraron á sus oraciones de noche, y se habrian despedido de Mortimer, si este no les hubiera dicho que para no fatigar á Miss Fitzalan no se pondrian en marcha mañana hasta las diez de ella, y que tendrían el gusto de volverlas á ver.

Antes de retirarse, procuró alegrar y reanimar á Amanda, diciéndole que él consentia en retirarse temprano á fin de que pudiese descansar mas tiempo para prepararse á la fatiga del dia siguiente. Con este fin se levantó para marchar. Este momento fué terrible para Amanda: oir y ver por última vez al hombre que tan tiernamente amaba, pensar que al dia siguiente á la misma hora ella estaria lejos, y muy lejos de él, para no volverle á ver ni oir jamas; que iba á mirarla como una ingrata y falsa criatura, á despreciarla, y puede ser á detestarla, como un manantial envenenado de inquietudes, disgustos y dolores para él. El corazon de Amanda se despedazaba. Y mientras que él la apretaba contra su seno, ella involuntaria-



mente hizo lo mismo con él, y en su conmocion dejó escapar lágrimas en abundancia. Alarmado y sorprendido Lord Mortimer, y sosteniéndose apenas, la hizo sentar, y arrojándose á sus piés le dijo: mi querida Amanda; mi tierna amiga, ¿qué teneis? ¿Tiene vuestro corazon algun deseo que no esté satisfecho? Si esto es, no os conduzca á ocultarlo una falsa delicadeza. Mi dicha toda entera se funda en vos. Decidme, os suplico, ¿qué es lo que puedo hacer para volveros la tranquilidad y serenidad?

¡Oh! no, dijo Amanda, todo lo que un mortal podia hacer por mí, vos lo habeis hecho ya: yo no tengo expresion que pueda pintar mi reconocimiento, y el profundo sentimiento que guardo de las obligaciones que os debo. ¡Pueda el cielo recompensar vuestra bondad con sus mas preciosos beneficios!

Vuestro deseo, le dijo Lord Mortimer con una media sonrisa, está ya llenado, dándoos á mí. Pero decidme, ¿qué es lo que os abate de un modo tan estraño? En esto hay seguramente otra cosa que la fatiga. Amanda le aseguró que se engañaba, y temiendo ulteriores preguntas, ella le dijo que solo esperaba que partiese para acostarse, y que el reposo la restableceria. Lord Mortimer se levantó al momento.—Adios, pues, mi querida Amanda, le dijo; estad buena y alegre para mañana. Ella le tomó la mano, sobre la que apoyó sus mejillas húmedas de lágrimas.—Adios, le dijo; cuando nos volvamos á ver, estaré mejor y mas alegre; pues (acabó de decir para sí) no nos volveremos á ver hasta el cielo.

Amanda permaneció sin movimiento, clavada en el sitio en que la dejó Mortimer, hasta que hubo oido que habian cerrado la puerta. A este momento no pudo contenerse mas, y dejándose llevar de sus lágrimas y suspiros, se arrojó sobre la silla que acababa de dejar Mortimer. La buena superiora, que velaba sus movimientos, corrió, y le hizo respirar una agua espirituosa; y mezcló sus lágrimas con las de su jóven y desgraciada amiga.

Ella la calmó poco á poco, y Amanda le dijo que la prueba mas acerba habia pasado ya.—Y yo espero, dijo la su-

periora, creo que vuestro valor en sostenerla tendrá su recompensa en esta misma vida.

Fué convenido que Amanda se vestiria para el viaje. La superiora le prometió ir á buscar á su aposento luego que se hubiesen retirado las religiosas. Amanda se fué á su cuarto á ponerse el vestido de viaje. La superiora le trajo pan, vino, y un pollo frito. Amanda le suplicó le diese parte al momento de las noticias que pudiese adquirir de Oscar, y le escribiese algunos detalles tan pronto como le fuese posible.

Ella dejó sobre la mesa sus dos cartas, una para Lord Mortimer y la otra para la superiora, y esperó con impaciencia que el patron del barco que debia venirla á buscar golpease á la puerta de su ventana á la hora convenida.

Ella se levantó, abrazó á la superiora, la cual solo pudo decirle estas palabras: Dios os bendiga, hija mia, y os haga tan feliz como mereceis.

Amanda sacudió la cabeza, haciendo semblante de decirle que ya no habia felicidad para ella; y siguiendo el corredor, abrió la puerta, y entró el hombre que la esperaba. Ella le enseñó con el dedo la pequeña maleta que debia llevarse; el hombre la tomó, y partieron.

Jamas humana criatura se halló mas abandonada que Amanda en este cruel momento. Todo cuanto habia sufrido cuando habia sido despedida de casa de la marquesa, era nada en comparacion de su estado actual. En aquella desgracia tenia una proteccion, un asilo, un apoyo en un padre tierno. Ahora no tenia nadie para endulzar y aliviar sus penas. Los objetos que se presentaban á su vista hacian mas vivos sus dolores. Al ver los viejos árboles que daban sombra á la tumba de su padre, agitados

por el viento de la mañana, sintió no estar al lado de Fitzalan, descansando con él bajo un mismo abrigo.

Ella apartó de allí sus ojos con un suspiro penetrante, que hizo impresion en el hombre que marchaba delante. El volvió la cabeza, y viéndola pálida y trémula, le ofreció su brazo, el cual ella aceptó, hallándose incapaz de sostenerse. Un pequeño barco que les esperaba cerca de media milla de Carberry-Castle, les condujo al navío, cuyo dueño dijo que iba á hacerse á la vela al momento. Amanda estuvo muy contenta de encontrar allí la mujer del patron en el aposento, en donde habian preparado un desayuno para ella, servido con propiedad, y de él tomó un poco de pan y de té, oprimida como estaba de fatiga. Su compañera, atribuyendo su abatimiento al temor de pasar el mar, le aseguró que el pasage seria corto, y le dijo que observase que se veian las montañas de Escocia alumbradas con los rayos del sol que nacia; pero este espectáculo no fijaba los ojos de Amanda tan fuertemente como Carberry-Castle, que le interesaba mas. Ella preguntó á la muger del patron si creia que de la parte opuesta se podia ver Carberry-Castle. Le respondieron que no. —Lo siento mucho, dijo tristemente Amanda.

Esta permaneció en la ventana del camarote mientras pudo distinguir el castillo, y hasta que el mareo la obligó á ponerse en cama. La muger del patron la cuidó; y á las cuatro de la tarde llegaron á Port-Patrick. Amanda dijo al patron, que como no queria detenerse en posada alguna, le suplicaba le alquilase una silla que la condujese directamente á casa de Mistriss Macpherson. Todo esto fué ejecutado, y Amanda al desembarcarse montó en la silla acompañada de la dueña del barco que conocia muy bien la morada de Mistriss Macpherson. Esta vivia á unas

cinco millas de Port-Patrick, cerca de la costa. Ellas llegaron luego á una pequeña casa apartada, situada en medio de un campo casi todo cubierto de cardos, separada del camino por una pequeña pared que caía arruinada á poca distancia del mar, cuya costa en este sitio estaba llena de rocas, y el territorio de la circunferencia inculto y desierto.

El compañero de Amanda entró primero solo para preparar á Mistriss Macpherson, y volvió prontamente á decir á Amanda que era bien venida. Un paso estrecho conducía á una sala oscura, cuyo pavimento era de tierra pisoneada. Mistriss Macpherson estaba sentada en una grande y vieja silla de brazos; su cara estrecha y flaca, su estatura pequeña y como la de la vieja Beldame de Otway, doblada por la edad: su vestido era de un paño gris, y demasiado corto á pesar de la pequeñez de su talle; su delantal de tafetan negro era tambien corto, y sobre su pequeño gorro tenia un pañuelo atado al cuello. Ella solo hizo una señal con la cabeza á Amanda, y poniendo sobre su nariz un par de grandes anteojos, la miró sin hablarla. Amanda presentó la carta de la superiora, y se sentó cerca de la ventana hasta que hubo leído toda la carta. Durante este tiempo llevaron su maleta. Al fin la vieja rompió el silencio con una voz tan flaca como su cara.

Hija mia, dijo ella quitándose sus anteojos para hablar con mas comodidad, yo habia pedido á mi prima una jóven que pudiese ayudarme, pero no tan jóven como vos pareceis.

Bueno, dijo el hombre que conducía á Amanda, si este es un defecto, es de la naturaleza de aquellos que se corrijen todos los dias.

Sí, dijo la vieja; pero ella no se corregirá tan pronto pa-

ra mí. Sin embargo, hija mia, como estais tan bien recomendada, yo os experimentaré. Mi prima me dice que sois bien nacida, y que habeis tenido comodidades; pero os prevengo que no es menester pensar en lo que fuísteis, sino en lo que sois ahora. Yo espero de vos que sereis arreglada, dulce, atenta, que no sereis remilgada, andarriega ni parlera, sino sentada, sabia y modesta.

A fé mia, dijo el hombre, ¿qué teneis sino mirarla, y leeréis en su cara que tiene todo lo que pedís?

Sí, dijo la vieja, vos podeis creerlo así; pero sentiria juzgar de las personas por el semblante, pues muchas veces nos engaña. Así, decidme, hija mia, en conciencia, si creeis poder llenar mis intenciones.

Sí señora, respondió Amanda, sufriendo mucho por su penosa y desagradable situacion. Estamos, pues, de acuerdo, pues que sabeis el salario que doy. El dueño del barco entonces se despidió sin que Mistriss Macpherson le ofreciese el menor refresco.

El corazon de Amanda se angustió en el momento en que se vió precisada á vivir con un sér tan poco sociable, y en un sitio tan salvaje y tan abandonado. Una choza en la vecindad de Santa Catalina le habria parecido un palacio en comparacion de su actual habitacion; pues allí habria tenido la sociedad consoladora de las buenas religiosas. La presencia del dueño del barco que manifestaba compasion é interes por ella, la habia sostenido hasta entonces; pero luego que salió del aposento, se deshizo en lágrimas acompañándole, como si solo entonces hubiese comenzado el abandono en que habia caido. Ella salió con él, y le dijo gimiendo y tomándole la mano: presentad mi amistad, mi tierna amistad á Mistriss Dermont, y

decidle, os ruego, que me escriba en seguida dándome algún consuelo.

Vos podeis estar segura que lo haré, dijo este hombre bizarro; pero calmaos, querida jóven; pues aunque la vieja sea un poco seca, se endulzará sin duda con vos. El cielo os bendiga, y os haga tan feliz como mereceis.

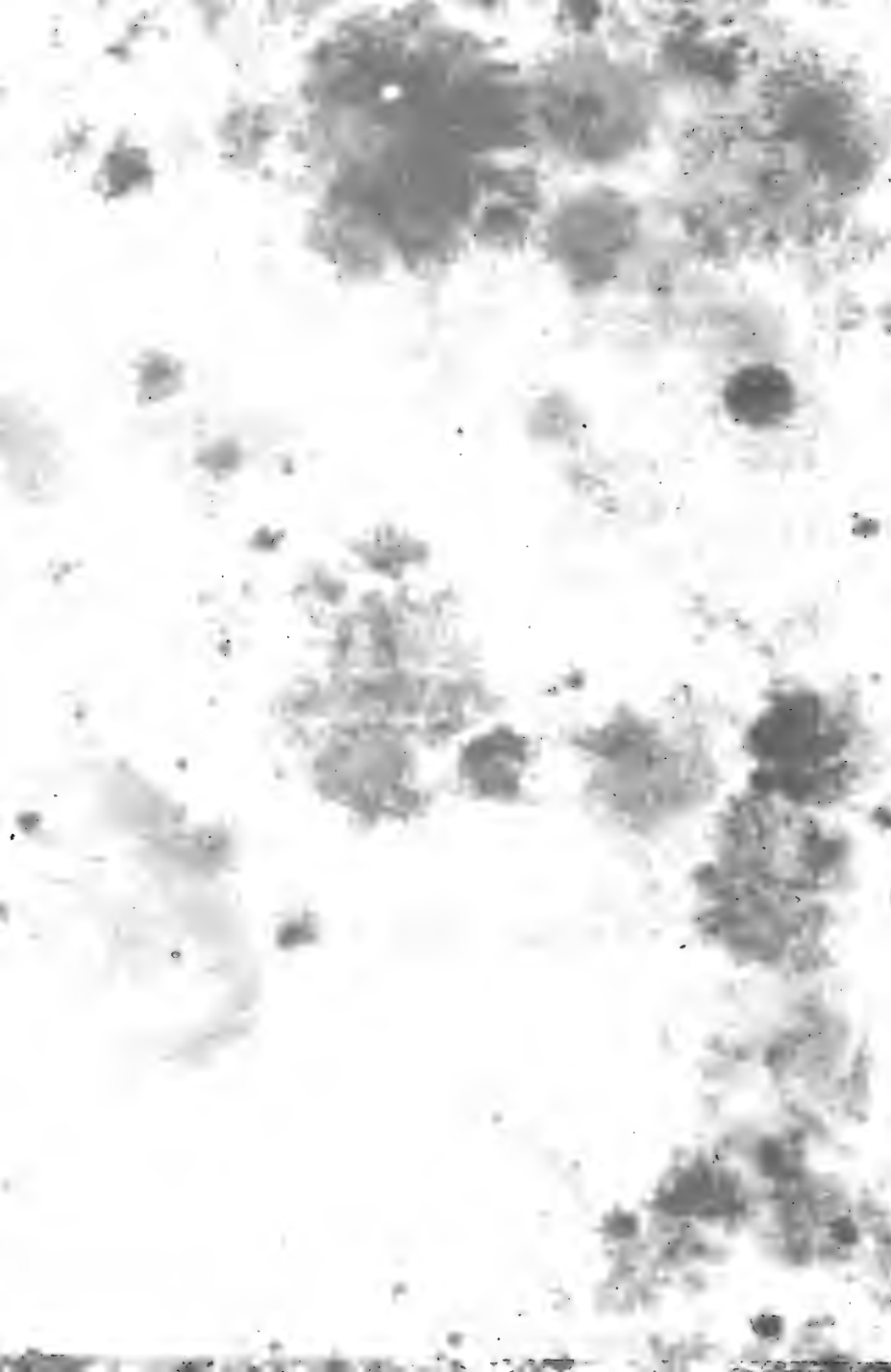
Amanda, triste y pensativa, volvió á entrar en la sala, y desde la ventana siguió aún con la vista el carruaje que la habia conducido á esta triste mansion.

FIN DEL TOMO CUARTO.

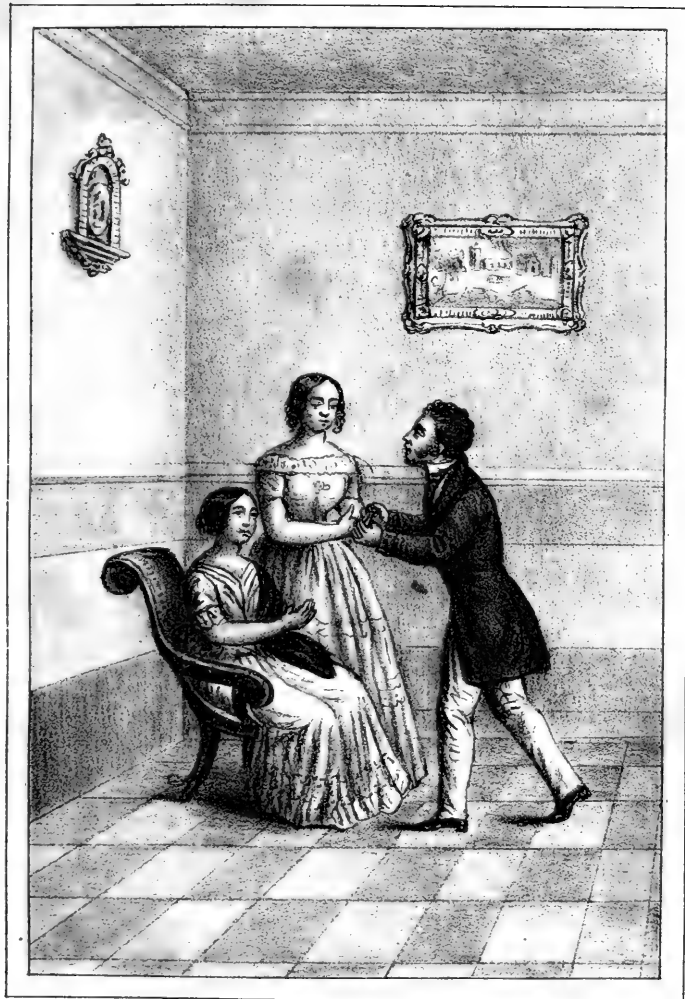
**OSCAR Y AMANDA,**  
Ó LOS DESCENDIENTES  
**DE LA ABADIA.**

---

**TOMO V.**









OSCAR Y AMANDA,

Ó LOS DESCENDIENTES

# DE LA ABADIA.

OBRA ESCRITA EN INGLES

POR MISS REGINA MARIA ROCHE.

PUESTA EN CASTELLANO

POR D. CARLOS JOSE MELCIOR.

ADORNADA CON SEIS  
ESTAMPAS LITOGRAFICAS, Y PUBLICADA POR

**SIMON BLANQUEL.**

 TOMO V. 

**MEXICO.—1854.**

*Se vende en la librería del editor, calle del Teatro  
Principal número 1.*

---

**Imprenta de ANDRES BOIX,**  
Bajos de S. Agustin n.º 6.

---

---

# OSCAR Y AMANDA,

Ó LOS DESCENDIENTES

# DE LA ABADIA.

---

## CAPITULO I.

**Y** bien, hija mia, dijo Mistriss Macpherson, ¿quereis tomar alguna cosa?—Con mucho gusto, señora, dijo Amanda, un poco de té.—¡Ah! para el té, acabo yo de tomar el mio, y las tazas están lavadas y puestas en su lugar; pero si quereis una corteza de pan con una poca de agua y rom, se os puede dar. Amanda le contestó que no.

Yo no os insto, dijo Mistriss Macpherson, porque vamos luego á cenar; y mientras lo esperaban, dijo á Amanda que tomase una silla á su lado, y comenzó á incomodarla con preguntas menudas relativas á ella, á las religiosas y á

toda la vecindad de Santa Catalina. Amanda le dijo en pocas palabras que su padre habia sido militar; que diferentes desgracias le habian arruinado, y que al tiempo de su muerte, que habia sucedido en la vecindad de Santa Catalina, las religiosas la habian recogido por compasion, hasta que pudiese encontrar una colocacion.

Y bien, yo os aseguro que habeis encontrado una buena. Si no estais bien aquí, será culpa vuestra. Quiero, añadió, enseñaros la casa y sus dependencias. En verdad que era cómoda, pues consistia toda entera en una sala y dos gabinetes contiguos, y la cocina al último del pasadizo. Las dependencias eran un pequeño jardin plantado de coles, y el resto del terreno cubierto de cardos.—Buen establecimientillo, decia la vieja apoyándose sobre su baston con pomo de marfil, echando la vista por todo el rededor, y meneando la cabeza con un aire de satisfaccion. Ella hacia admirar al mismo tiempo á Amanda la hermosa vista que tenian delante de la puerta, y llamando á una criada de pelo rojo con las piernas desnudas, le dijo que cortase algunos cardos, y los pusiese al fuego para apresurar á que hirviese la marmita. Vueltas á la sala, la vieja abrió su armario, y sacó un par de sábanas, á fin de ponerlas al aire para que se acabasen de secar: ella se acostaba en uno de los gabinetes, y la cama de Amanda estaba en el otro, sin cortinas y con un corbetor roto. El gabinete solo tenia una pequeña ventana que daba al jardin, y por muebles una silla medio rota, y un pedazo de espejo emplastrado con yeso á la pared.

La cena al fin se sirvió; consistia en algunas coles, pan de avena, un poco de agua y una redomita medio llena de una especie de aguardiente, del que Amanda no quiso probar, de lo que Mistriss Macpherson se alegró mucho: estaban alumbradas por una pequeña vela, que la vieja cortó en dos pedazos para dar la mitad á Amanda, cuando se separaron para acostarse.

Amanda encontró algun alivio en hallarse sola, y pudo entonces llorar sin restriccion, y abandonarse á sus tristes reflexiones, que la conducian á creer que ella no gustaria

jamás de ninguna satisfacción viviendo con una persona tan desagradable y de un carácter tan grosero; pero por penosa que fuese su situación, se resignaba á ella con la idea de que allí tendría más ocasiones de tener noticias de Santa Catalina que en ningún otro paraje, y saber por este conducto alguna cosa de Lord Mortimer: los detalles más indiferentes en apariencia eran para ella un manantial de placeres melancólicos, los solos que podía gustar separada de él para siempre.

Esta esperanza endulzaba y al mismo tiempo daba pábulo á su melancolía. Disminuyéndosele la violencia de su dolor, llevaba á su alma una dulce tristeza, la más agradable de las delicias que le quedaban, después de haber perdido aquellas que hubiera experimentado si sus votos se hubiesen verificado. Ella gustaba con una especie de placer de este dolor virtuoso, cuya amargura le templaba el testimonio de una conciencia pura.

Fatigada por todas las conmociones de este día, como por las reliquias del mareo que había sufrido, Amanda se acostó sobre su cama de borra, y se durmió profundamente hasta la mañana, en que la agria voz de Mistris Macpherson vino á sus oídos. “Vamos, vamos, Francisca, ya es tiempo de levantarse.”

Despertándose Amanda sobresaltada, desde luego no se acordó ni del nombre que había tomado, ni del lugar en que estaba; pero un nuevo aviso la volvió en sí. Ella se levantó y se vistió en poco tiempo. La vieja estaba ya tomando el té, y en lugar de volverle los buenos días que Amanda le deseaba, le dijo que por motivo de la fatiga del día anterior le escusaba el haberse levantado tan tarde, que eran las ocho, y que en lo sucesivo era preciso que se levantase á las seis en verano y á las siete en invierno, añadiendo que no teniendo campanilla, tocaría á la puerta todas las mañanas.

Amanda le aseguró que gustaba de levantarse temprano, que ya estaba acostumbrada á ello. Derramaron el té en los vasos, el cual era de la peor calidad. Solo había el cogucho, pan de avena, y nada de manteca. No estan-

do Amanda acostumbrada á un desayuno tan malo, despues de haber tragado algunos bocados con dificultad, dijo con alguna cortedad que ella preferiria una poca de leche. Mistriss Macpherson se puso de muy mal humor á esta proposicion, y despues de haber guardado un momento de silencio, le contestó que ella habia hecho té para dos personas, y que no era amiga de hacer desperdicios; que su casa estaba arreglada, y que no podia alterar este órden por nadie. En fin, añadió que ella no se alimentaba de vaca, ni tomaba leche todos los dias, sino la que era necesaria para su té y para su viejo gato.

Amanda contestó que pasaria con ello, sobre lo que la vieja murmuró entre dientes algunas palabras sobre las gentes que querian darse un tono que no les convenia. Antes de las nueve se abrió la escuela: se componia de cerca de treinta muchachillas de las casas de labradores de las cercanías. Habiendo Mistriss Macpherson introducido á Amanda en la sala, le dijo que empezase la instruccion delante de ella; á fin de que pudiese juzgar de su método; tarea muy desagradable para una jóven, cuyo espíritu y cuerpo sufría tanto, el uno la inquietud, y el otro la fatiga. Sin embargo, como lo habia emprendido, resolvió desempeñarlo lo mejor que pudo, y fué su desempeño á satisfaccion de Macpherson, que solo le encontró el defecto de demasiada dulzura, con la que le dijo que las niñas no la temerian. La escuela se acabó á las dos, y Amanda, tan feliz como las niñas de recobrar su libertad, corria al jardin para ver si el aire la aliviaria de un violento dolor de cabeza, cuando la llamaron para que pusiese en órden los bancos y demas muebles de la escuela. Ella se puso colorada y permaneció algun tiempo sin moverse, pero reflexionando luego que si rehusaba obedecer en esto á Mistriss Macpherson, se seguiria de aquí una querella que tendria consecuencias pesadas para sí, vistas las circunstancias en que se hallaba, se puso á ejecutar la órden que acababan de darle. Sirvieron la comida. Esta fué tan frugal como la de un bracman. Cuando fué acabada, Mistriss Macpherson se recostó en su gran silla de brazos pa-



ra tomar allí el sueño, sin hacer de ello á Amanda especie alguna de apología.

Libre Amanda habria ido á pasearse al jardin, pero llovía y tenia alrededor de sí todo el horror de la tristeza y desconsuelo. Desde la ventana veia el mar que estaba agitado, y oia el sordo y melancólico ruido de las olas que venian á deshacerse contra las rocas.

La criada que limpiaba los platos, cantaba una cancion escocesa muy triste, de modo que todo conspiraba á sumergir á Amanda en un abatimiento mayor que nunca. Toda esperanza estaba muerta para ella. Los lazos que la unian con la sociedad estaban rotos, y parecia que no se le habian de volver á unir; ya no tenia padre, amigo, ni amante que pudiese endulzar sus penas.

Como un árbol nuevo trasplantado del suelo que lo ha visto nacer, estaba espuesta al viento de la adversidad; sus lágrimas corrian sobre sus descoloridas mejillas, y suspiraba pensando en su padre. ¡Oh el mas querido y el mejor de los hombres! esclamaba; si vos viviéseis aún, no seria yo tan desgraciada; me quedaria vuestro consuelo y vuestra piedad. Una gruta bajo las rocas que veo, habria sido un asilo soportable si lo hubiese partido con vos; pero yo soy demasiado personal en mis sentimientos, pues habeis dejado esta mansion de penas por la de una paz eterna, en donde estais reunido con vuestra querida Malvina:

Ella pensaba tambien que Lord Mortimer estaba ocupado de ella en este momento; pero no podia detenerse en esta idea, convencida como estaba de que despues de las apariencias no podia menos de creerla culpable. Sacaba el retrato de su seno, lo miraba con ternura y lo apretaba contra sus lábios. En su ocupacion fué interrumpida por haberse despertado Mistriss Macpherson. Ella enjugó prontamente sus lágrimas, y ocultó el retrato. La noche se pasó con igual desagrado: Mistriss Macpherson la fatigó con conversaciones fastidiosas y preguntas indiscretas, de modo que era tan pesado escucharla como responderle. Amanda vió felizmente acercarse la hora de acostarse, y sustraerse así de esta fatigosa esclavitud,

## CAPITULO II.

Así pasó Amanda su primer día en su nueva habitación, y del mismo modo se pasó una semana entera, á escepcion del Domingo en que no habia escuela, y en el que Amanda fué á la iglesia con Mistriss Macpherson. Al fin de la semana se encontró de tal modo cansada de la fatiga y de la vida sedentaria que estaba obligada á llevar (no permitiéndole Mistriss Macpherson salir, porque decia que estas correrías no eran buenas para nada,) que ella le declaró que la dejaria, á menos que se le diese la libertad de hacer todas las tardes un poco de ejercicio necesario á su salud. Mistriss Macpherson se perturbó un poco, y murmuró entre dientes; pero como Amanda le habia hablado con un modo firme, se espantó con la amenaza, y al fin le dijo que despues de comer podia hacer tanto ejercicio como quisiese.

Amanda se aprovechó de este permiso. Ella visitó todos los sitios de las cercanías; pero sobre todo frecuentaba los caminos que conducian al mar. Gustaba de pasearse á lo largo de la ribera; cuando se hallaba fatigada, descansaba sobre una roca, y contemplaba la costa opuesta. En vano procuraba descubrir los objetos que conocia. No podia distinguirse Carberry-Castle; pero sabia su situacion, y hallaba gusto en fijar sus miradas á este lado.

En estos solitarios paseos podia ella dejar correr libremente sus lágrimas, y fijar sus ojos sobre el retrato de Lord Mortimer, pues no temia ser observada. Las rocas de la costa formaban, por decirlo así, una muralla á su alrededor, y en el camino que conducia al mar, raras veces encontraba persona humana.

Quince dias se pasaron así, y ya empezaba á estar sorprendida é inquieta de no tener noticia alguna de Mistriss Dermont. Ella estaba resuelta á escribirle, no pudiendo

sufrir mas el tormento que le causaba la ignorancia en que estaba del efecto que habia podido producir sobre Lord Mortimer su fuga. En la mañana del dia que habia resuelto escribir, vió venir á un marinero hácia la casa, é imaginando que le traeria alguna carta, olvidó toda reserva y salió del aposento con precipitacion. Ella detuvo al marinero á algunos pasos de la casa, y conociéndole por ser del bastimento que la habia conducido, le dijo: me figuro que traeis alguna carta para mí. El hombre le hizo señal que sí, y registrando su seno sacó de él un grande pliego, que Amanda cogió vivamente; y sabiendo que no podia hacerle dar en la casa refresco alguno, le dió un duro para que fuese á beber á otra parte. Entonces se volvió á la sala, é iba á retirarse á su pequeño cuarto, cuando Mistriss Macpherson la detuvo.—¿Qué hay, pues? preguntó ella, ¿qué significa ese movimiento? Se puede creer que habeis recibido alguna carta de amor; tanta es vuestra prisa en leerla.

Sin embargo, le dijo Amanda, puedo aseguraros que no es nada.—¿Y de quién es? insistió Mistriss Macpherson. Juzgando Amanda que si ella decia que era de Mistriss Dermont, la enfadaria con cien preguntas impertinentes, respondió que era de una íntima amiga.

¡De una amiga íntima! repitió Mistriss Macpherson: suponiendo que no se trata de la vida ó de la muerte de nadie, podeis diferir la lectura de la carta hasta despues de haber comido y dado leccion á las niñas. Este momento fué penoso para Amanda. Titubeó un momento si obedeceria; pero considerando despues que si empezaba esta lectura seria interrumpida, determinó diferirlo hasta despues de comer. Al fin llegó el momento del sueño de Mistriss Macpherson, y Amanda se apresuró á irse á uno de sus retretes ordinarios entre las rocas. Allí se sentó y rompió la nema. El pliego encerraba dos cartas; la primera sobre que puso los ojos era de Lord Cherbury, y contenia lo que sigue:

A Miss Fitzalan.

“En vano, señora, os resistís á recibir socorro alguno pecuniario de mí. No sois vos quien contraeria por ello una obligacion; soy yo quien os deberia un eterno reconocimiento, si cedéis á mis instancias. Acabo de llegar á Lóndres, y he encargado á mi procurador que os dirijiese un contrato de trescientas libras esterlinas cada año, y yo le enviaré sin falta á la superiora, como he hecho con esta carta. Estoy bien persuadido que no puedo jamas pagar el generoso sacrificio que habeis hecho por mí, el cual me escita unos sentimientos que no puedo describir, pues son mas allá de toda espresion; pero vos podeis concebir con qué ojos miraré al sér que me ha salvado del deshonor y de la destruccion. Sé que Lord Mortimer ha dejado la Irlanda, y lo espero aquí de un dia á otro. Tengo entre tanto la esperanza que cederá á mis deseos. Vos misma imagino que quedareis satisfecha de saber que el sacrificio que habeis hecho no ha sido en vano, y que ha tenido las felices consecuencias que yo esperaba. Yo podré gustar alguna dicha cuando esté seguro de que vos sois feliz; ¡y quién tiene mas derecho á serlo que vos, cuya virtud es tan pura, cuya alma es tan noble, y cuya generosidad es tan heróica, que sois sobre todas las mugeres que haya jamas conocido!

“¡Pueda este mundo y el otro daros vuestra recompensa! Este es el voto ardiente y sincero de aquel que tiene el honor de titularse vuestro muy reconocido y atento servidor

“CHERBURY.”

¡Hombre insensible, exclamó Amanda, cuán poco siente en su corazon todo cuanto me describe! ¡Qué poco conoce el precio del sacrificio que he hecho! ¡Con qué crueldad me presenta sus esperanzas realizadas con la destruccion de todas las mias! No, antes pediré de puerta en

puerta el pan de la limosna, que deber cosa alguna á la ostentacion de su reconocimiento, á aquel cuya vil pasion ha destruido toda mi felicidad. Volvió á cerrar la carta, la puso en la bolsa, y tomó la otra, cuyo sobrescrito era de la mano de Mistriss Dermont.

A Miss Donald.

“¡Ay mi querida hija! ¿Por qué me habeis exigido la  
“promesa de escribiros en detall todo lo que sucediese  
“consecuente á vuestra partida? En efecto, no puedo es-  
“cusarme á llenar una promesa dada tan solemnemente;  
“pero es con la mayor pena, persuadida de que lo que ten-  
“go que deciros no hará mas que agravar vuestros dolores.  
“Con todo, me parece que os oigo decir: Ciertamente, mi  
“querida Mistriss Dermont, me conoceis bastante para creer  
“que recibiré lo que me direis con valor y resignacion.  
“Pues bien, mi querida, emplead uno y otro, y empiezo  
“sin mas preparativos.

“Os podeis acordar que me dejásteis como á las tres de  
“la mañana. Yo me metí en cama: pero no pude hallar  
“reposo alguno en ella, y me levanté tan fatigada como  
“lo estaba al acostarme. Despues me trasladé á la sala,  
“en donde la atencion sostenida de Sor María lo habia  
“preparado todo para vuestro desayuno y el de Lord Mor-  
“timer. Yo envié á decir á las hermanas que no viniesen  
“hasta que se les llamase. Lord Mortimer llegó pronta-  
“mente alegre, su cara risueña y sus ojos animados. Ja-  
“mas he visto á la felicidad manifestarse de un modo mas  
“señalado que en su fisonomía. Tenia el aire de amor  
“que va á recibir el premio de su constancia. El me pre-  
“guntó si os habia visto ya. A lo que contesté que no.  
“Luego manifestó su impaciencia. Dijo que érais una  
“muchacha perezosa, y que temia que no fuéreis una ma-  
“la viajadora. El llamó, y suplicó á la criada que fuese  
“á deciros que os esperaban. ¡Oh mi querida hija! en es-  
“te momento mi corazon estuvo á pique de desfallecerse.  
“Yo volví la cabeza hácia el jardin para ocultar mi tur-

"bacion. La criada volvió un momento despues, y dijo  
 "que vos no estábais arriba.—Ella está seguramente, dijo  
 "Lord Mortimer, en algun otro aposento: os suplico que  
 "la busqueis, y le supliqueis que baje. Algunos minutos  
 "despues entró Sor María pálida, deshecha y respirando  
 "apenas, y precipitándose en el aposento, gritó: ¡Oh cie-  
 "los! no se encuentra á miss Fitzalan; pero aquí hay dos  
 "curtas que he encontrado sobre su mesa, una para vos,  
 "señora, y otra para Lord Mortimer. Yo no sé qué impre-  
 "sion se dejó ver entonces en el semblante de Lord Mor-  
 "timer, pues mi conciencia me quitó el valor de levantar  
 "los ojos hácia él. Tomé mi carta en silencio, la abrí,  
 "pero no tuve fuerzas para leerla. Sor María estaba á  
 "mi lado, torciéndose las manos y llorando.—¿Qué es esto?  
 "¿qué os dice? Yo no podia ni responderle ni hacer mo-  
 "vimiento alguno, cuando un profundo suspiro, ó mas bien  
 "un gemido doloroso de Lord Mortimer me sacó de este  
 "estado. Yo me levanté, y le ví pálido é inmóvil, tenien-  
 "do en sus manos la carta, sobre la cual tenia sus ojos fi-  
 "jos. Abrí la puerta del jardin para que recibiese el aire,  
 "y con esto volvió un poco en sí.—Reponeos, Milord, le  
 "dije. El sacudió la cabeza tristemente, y haciéndome se-  
 "ñal con la mano de que no le siguiese, pasó al jardin.  
 "¡Buen Dios! me dijo Sor María, qué os dice pues? Yo  
 "le respondí dándole vuestra carta, y rogándola que la le-  
 "yese alto; pues las lágrimas que derramaba al aspecto  
 "de la cruel situacion de Lord Mortimer, habian oscureci-  
 "do del todo mi vista. La alarma que teniamos sobre vos  
 "se hizo luego geeneral. Todas las religiosas corrieron, y  
 "el dolor y la consternacion estaban pintados en sus sem-  
 "blantes. Cerca de media hora despues, ví á Lord Mor-  
 "timer volver á entrar á la sala; yo despedí á las herma-  
 "nas. Habia él hecho sus esfuerzos para componerse,  
 "pero no lo habia conseguido. Estaba trémulo, pálido  
 "como un muerto, y su voz casi estinguida. Me dió á leer  
 "vuestra carta, y yo le entregué la que era dirigida para  
 "mí.—Y bien, Milord, le dije despues de haber leído, de-  
 "bemos tener mas lástima de ella, que condenarla.

“¡Ah! dijo Milord, tengo lástima de ella de todo mi corazón. Tengo lástima de una criatura tal como Amanda Fitzalan, hecha esclava y víctima del vicio. Pero ha sido cruel; ella me ha engañado, inhumanamente engañado, y ha destruido mi felicidad para siempre.

“¡Ah Milord! le dije yo, aunque las apariencias sean contra ella, yo no la creeré jamás culpada. La que ha llenado todos los deberes de una hija, como lo ha hecho Amanda; la que he visto resignada á una vida pobre y laboriosa, no puede ser esclava del vicio.

“No me habéis mas de ella, me dijo. Su nombre profanado es una puñalada para mi corazón. Las sospechas que tenía algunos días hace, y que me desesperaba de haber concebido, están confirmadas. Ellas se habían levantado en mi imaginación por haber visto á Belgrave errante por estos alrededores, y haberla encontrado á ella en estas ruinas al anochecer. ¡O cielos! después de haber visto su turbación, ¡con qué facilidad mi corazón prevenido en su favor hasta la ceguera ha procurado excusarla! ¡Desafortunada muchacha! vuestro destino es en efecto bien triste y bien digno de lástima! Puede ser que un pronto arrepentimiento la arranque de las manos del malvado que en el día triunfa de su ruina; pero aún entonces después de haber sido separados así, jamás podremos reunirnos. Estoy persuadido, añadió, que su pasión por Belgrave ha sido la causa de su huida, y yo no me tomaré la pena de indagar en qué ha parado. Yo quise decir algo en vuestro favor, pero me impuso silencio. Le insté á que se desayunase, pero no pudo tomar nada. Me dijo que iba á volverse al momento á Carberry-Castle, pero que volvería á verme durante el día. Yo le seguí hasta la puerta. Al aspecto de vuestras maletas que habían quedado en el vestíbulo, se estremeció con la impresión que hace la vista de un objeto que recuerda el amigo que se ha perdido. Ocultó su conmoción llevando su pañuelo á la cara, y subió á su coche que estaba á la puerta.

“Os confieso que estuve tentada muchas veces en el dis-

“curso de la conversacion de decirle todo lo que sabia de  
“vos; pero la promesa que os habia hecho se presentaba  
“á mi imaginacion, y sentia no poderla violar. Con todo,  
“mi querida hija, es cruel para mí oír levantar contra vos  
“tales imputaciones, sin poderos defender. Ni vos ni yo  
“podemos vituperar á Lord Mortimer unas sospechas inju-  
“rias, á las cuales tan naturalmente ha dado lugar vues-  
“tra conducta. Ciertamente, hija mia, aunque no podais  
“aclararme enteramente el misterio que os ha separado  
“de él, no podeis perder el derecho de justificaros: es de-  
“masiado el sacrificar á un mismo tiempo vuestra dicha y  
“vuestro honor. Pensad bien lo que os digo, y autorizad-  
“me, si es posible, á decir á Lord Mortimer que sé el lu-  
“gar de vuestro retiro; que no habeis ido á buscar un  
“amante ni amigos, sino la indigencia y oscuridad, lleva-  
“da de una fatal necesidad, de la cual vos no podeis ma-  
“nifestar los lazos, que es la circunstancia mas cruel de  
“vuestra situacion. El dará alguna confianza á mis pala-  
“bras, y él se penetrará de lástima en lugar de condena-  
“ros. Cuanto mas reflexiono sobre esta inesplicable sepa-  
“racion, mas me pierdo en mis conjeturas, mas convencido  
“estoy de la fragilidad de la humana dicha, que pasa  
“con la rapidez de una nube después de haber brillado  
“un momento. Cerca de dos horas habia que Lord Morti-  
“mer habia dejado el convento, cuando llegaron sus cria-  
“dos para despedir la silla de posta y los postillones. Yo  
“fuí á hablarles y á preguntarles noticias de su señor,—  
“Está muy malo, señora, me dijo uno de ellos, y hemos  
“pasado una mañana muy triste. Jamas, mi querida Miss  
“Fitzalan, jamas yo ni mis hermanas hemos pasado un  
“dia tan cruel. Hacia las cinco de la tarde Lord Morti-  
“mer volvió: yo estaba sola en la sala cuando entró con  
“un aire de la mas profunda tristeza. Llevaba un brazo  
“en cabestrillo. Yo me espanté, temiendo que se hubiese  
“batido con Belgrave. El adivinó mi pensamiento, y me  
“dijo que hallándose incomodado al volver á su casa, se  
“habia hecho sangrar. Me dijo que iba á partir á Du-  
“blin, donde contaba embarcarse para Inglaterra; pero



“añadió, yo no he querido dejaros, mi querida y buena se-  
“ñora, sin despedirme y sin aseguraros que todas las pro-  
“mesas que la desgraciada muchacha ha hecho en mi nom-  
“bre, me serán sagradas. Yo ví que queria hablar de las  
“cincuenta libras esterlinas que él os encargó que me no-  
“ticiáscis de su parte, como debiendo ser pagadas á nues-  
“tra casa anualmente. Yo le dije que habíamos sido re-  
“compensadas mas allá de los cuidados que habíamos he-  
“cho por Miss Fitzalan; pero no pude alterar su generosa  
“resolucion. Yo debo deciros en esta ocasion, que la suma  
“que me dejásteis sin yo saberlo, es demasiado considera-  
“ble, y que nosotras no podemos mirar sino como un prés-  
“tamo. Pero volviendo á un asunto mas importante, Lord  
“Mortimer parecia débil y fatigado. Le propuse tomar el  
“té, lo que aceptó: yo salí un momento para dar algunas  
“órdenes, y cuando volví á entrar, le encontré á la venta-  
“na que da sobre el jardin, de tal modo absorto en sus pen-  
“samientos, que no conoció que volvía á entrar, y oí que  
“decia: ¡Cruel Amanda, así pagais todo cuanto he sufrido  
“por vos! Yo me retiré por temor que no conociese que  
“lo habia oido, y no volví sino con la muchacha, que traia  
“con que hacer el té.

“Cuando se levantó para partir, me pareció agitado, in-  
“cierto, y como vacilando á decir alguna cosa que no te-  
“nia valor de proferir. Al fin, con una voz conmovida,  
“con una palidez mortal, la que dió lugar á un encarnado  
“muy vivo, me dijo: Yo os he dejado la carta de Miss Fit-  
“zalan.

“¡Ay hija mia! jamas hombre alguno ha amado á una  
“mujer como él os ha amado, y os ama aún. Saqué la  
“carta de mi bolsa, y se la dí, y él se la metió en el seno  
“con una estrema conmocion. Yo creí encontrar una oca-  
“sion favorable para decir una palabra en vuestro favor:  
“le supliqué pusiese los ojos sobre vuestra vida pasada, y  
“juzgase por ella si podríais ser culpable. El me atajó  
“sin decir mas, y me suplicó que dejase un asunto que le  
“era demasiado penoso de tratar, y añadió que si él hubie-  
“se sido menos crédulo, hubiera sido mas feliz. Y enton-

“ces apretándome la mano, me dijo adios, con un tono y  
“una mirada que me hizo saltar las lágrimas de los ojos.  
“—¡Ah! mi querida señora, me dijo, cuando comenzó el  
“día, poco preveía yo el modo con que habia de terminar.

“Yo le acompañé hasta su coche, y se vió obligado á  
“apoyarse sobre el brazo de su criado para subir á él, y  
“me dejó con el aire de ser profundamente desgraciado.  
“Yo he enviado muchas veces á Carberry-Castle para sa-  
“ber algunas noticias suyas: me han respondido que no  
“las tendria hasta que llegase el nuevo procurador de  
“Lord Cherbury, que seria antes de tres meses.

“Supe que habia hecho mucho bien en la vecindad. Ver-  
“daderamente tiene una alma benéfica y bienhechora. Ha  
“sido para nuestra comunidad un benefactor generoso, y  
“así rogamos todos los dias por él. Entre sus buenas ac-  
“ciones sabemos que hace cerca de tres meses habia man-  
“dado hacer á Dublin un monumento de mármol en me-  
“moria del capitán Fitzalan, el que ha sido colocado des-  
“pues de vuestra partida en la iglesia de la parroquia don-  
“de está enterrado. Yo envié allá á Sor María y otra re-  
“ligiosa para verle, y me han hecho la descripcion de él.  
“Es una urna adornada con un ramo de laurel, en mármol  
“blanco, puesta sobre un pedestal de mármol gris, donde  
“se halla escrito el nombre del difunto, y sobre el cual se  
“leen tambien estas palabras: AQUEL CUYA MEMORIA SE CON-  
“SERVA AQUÍ, HA CUMPLIDO LOS DEBERES DE MILITAR Y DE  
“CRISTIANO CON UN CELO QUE NOS HACE ESPERAR QUE ESTA  
“EN ELLO RECOMPENSADO.

“Yo creo que esta señal del respeto de Mortimer por la  
“memoria de vuestro padre os hará una viva impresion;  
“pero he creido deber instriros de ello, pues aunque os  
“afecte fuertemente, os dará gusto. Lo que ha pasado  
“aquí nos ha sumerjido á todas en el mayor abatimiento.  
“Sor María está mas ocupada en orar que nunca. Bien  
“puedo yo decirle que sojo es buena para esto, ella con-  
“testa que este mundo es demasiado malvado para que  
“uno no esté mas á su gusto, comunicando con él lo me-  
“nos que pueda.

“Espero con impaciencia noticias vuestras. Decidme cómo habeis hallado á Mistriss Macpherson, pues desde su juventud no la he visto. Los años mudan el carácter y el semblante. Vuestra actual situacion es demasiado oscura y desagradable para que permanezcais mucho tiempo. Cuando esté vuestra salud un poco restablecida, y vuestra alma un poco calmada, buscaremos dónde colocaros mejor. Espero que me escribireis á menudo; pero os prevengo que en cuanto á mí no podré responderos con grande esactitud, pues he perdido la costumbre de escribir, y mi vista está muy debilitada; esta carta ha sido obra de muchos dias. Por otra parte, no tendré en adelante cosas interesantes que comunicaros; si tengo algunas, no perderé un momento en noticiároslas.

“La mujer que habiamos detenido para vuestro viaje á Inglaterra, os da gracias por las cinco guineas; Lord Mortimer añadió otras cinco, de suerte que ella se encuentra muy generosamente recompensada y pagada de su trabajo. Cuando tengais necesidad de alguna parte de vuestro equipaje, no teneis mas que escribir; pues sabeis que el capitan del barco lo tenemos siempre á nuestras órdenes. El habla de vos con el mayor interes: y dice que es gran lástima ver á una persona tan jóven y tan bella, sumergida en una tal melancolía. Quiera el cielo endulzarla, ya que no quiera destruirla.

“Yo tambien desearia que me permitiéseis escribir á Lord Mortimer para alejar de su imaginacion las injurias sospechas que ha concebido. Estoy segura que me creerá, y puedo desengañarle sin escribir el lugar de vuestro retiro. Adios, mi querida hija. Os encomiendo á la proteccion del cielo, y os ruego que creais que sois y sereis siempre amada de

“ELISABETH DERMONT.”

La pobre Amanda regó con lágrimas esta carta. He destruido la felicidad de Mortimer, exclamaba, y ahora me detesta. ¡Oh Lord Cherbury cómo sufro cruelmente por

vuestros vicios! Algunas veces pensaba que habia hecho un sacrificio demasiado grande y heróico á la virtud; pero esta era una idea pasajera; y acordándose de las disposiciones en que habia visto á Lord Cherbury, estaba convencida que la publicidad de su secreto le hubiera infaliblemente conducido á darse la muerte; y por grande que fuese su desgracia presente, ella la miraba como ligera comparándola con la de haber concurrido á un suicidio. Ella á la verdad bebia hasta su fondo la copa de la desgracia, pero el testimonio de su conciencia mitigaba su amargura. Por este motivo resolvió exigir de Mistriss Dermont que en adelante no hiciese mencion alguna de ella á Lord Mortimer; estaba convencida que nada creeria de cuanto la superiora pudiese decir á su favor, y aun cuando fuese justificada en el concepto de Mortimer, ¿de qué serviria? Su union estaba impedida por un obstáculo insuperable; y si él descubria su retiro, seria para ella un manantial de nuevos disgustos, y puede ser de alguna terrible catástrofe. Estamos separados para siempre de este mundo, exclamaba juntando las manos, y no nos podemos reunir sino en el cielo.

Absorta en las reflexiones y el dolor que le habia originado esta carta, permanecia en el sitio en que se habia sentado, cuando la criada vino á decirle que Mistriss Macpherson habia hecho el té y se admiraba de que no viese

Amanda se levantó, y volvióse á casa, en donde encontró á la buena vieja de muy mal humor, murmurando mucho de haber estado Amanda tanto tiempo fuera, y observando que tenia los ojos hinchados y encarnados, dijo: creo en efecto que tenia razon de decir que era una carta de amor la que habeis recibido. Amanda nada respondió, y la noche se pasó en mal humor por una parte, y en silencio por otra.

La circunstancia que hasta entonces habia hecho soportable á Amanda su situacion, habia acabado; habiéndole Mistriss Dermont noticiado que no le escribiria sino raras veces, y no teniendo nada en efecto de interesante que es-

cribirle despues de la partida de Mortimer, ella habria dejado al momento á Mistriss Macpherson; pero no sabia dónde ir. Resolvió, pues, antes que entrase el invierno, suplicar á Mistriss Dermont le buscase otra colocacion; pues como la superiora tenia conocimiento en Escocia, podia colocarla como aya, ó para trabajar labores de mujer en casa de alguna señorita ó en alguna otra casa.

Al dia siguiente se levantó mas temprano de lo ordinario, escribió sus intenciones á la superiora, y envió la carta á la estafeta de la ciudad vecina, por un hombre pobre á quien pago generosamente su trabajo.

### CAPITULO III.

Entre las educandas de Mistriss Macpherson, se hallaban dos hermosas niñas, á las cuales Amanda se habia aficionado; su padre, de quien traian aún luto, habia muerto en el mar, y su madre padecia y era desgraciada desde este fatal momento. Las niñas estaban reconocidas á la dulzura con que las trataba Amanda, y que las penetraba tanto mas, cuanto era el contraste que hacia con la aspereza y austeridad de Mistriss Macpherson. Una mañana dijeron al oido de Amanda que su madre vendria aquel dia á ver á la buena Francisca Donald.

La madre vino en efecto; esta era una jóven de agradable figura. Su luto y su abatimiento la hacian mas interesante. Ella se sentó al lado de Amanda, y aprovechó un momento en que Mistriss Macpherson estaba ocupada con algunas niñas, para decirle que le tenia grandes obligaciones por los cuidados y bondad que manifestaba á sus pequeñas hijas. Que ella misma se habia ocupado en su instruccion hasta el momento en que el decaimiento de su salud y el abatimiento de su espíritu no le habian dejado fuerzas para llenar este deber. Amanda le aseguró que era un placer instruir á niñas tan amables y tan dó-

ciles. Mistriss Duncan la suplicó, como igualmente á Mistriss Macpherson, que viniese á tomar el té por la tarde en su casa: esta proposicion fué aceptada vivamente por Mistriss Macpherson, que amaba mucho la sociedad en cualquier otra parte que no fuese su casa. La de Mistriss Duncan no estaba lejos, y era muy propia y cómoda. Habia tambien convidado á una vieja de la vecindad para entretener á Mistriss Macpherson, mientras que ella conversase mas libremente con Amanda. Notando la delicadeza de las facciones de Amanda, le dijo que no la creia en estado de poder soportar las fatigas del empleo que ocupaba en casa de Mistriss Macpherson. Ella la confesó que llevaba tambien una vida muy solitaria y muy triste: que seria feliz en tener una compañera, y le manifestó el vivo placer que tendria de disfrutar á menudo de su sociedad. Amanda le dijo que seria difícil, porque disgustaria á Mistriss Macpherson, en lo que tambien convino Mistriss Duncan. Esta preguntó en seguida á Amanda, si ella se paseaba, y en qué paraje. Amanda contestó que sí, y que casi siempre iba por las orillas del mar.

Mistriss Duncan suspiró, sus ojos se llenaron de lágrimas y dijo: tambien en la orilla del mar es donde me paseo, y entonces ella le contó la historia de su pérdida. Mr. Duncan, decia, era el mejor y el mas dulce de los maridos. Nuestros bienes habian estado algo enredados en los primeros años de nuestro matrimonio; pero se habian bastante aumentado cuando pereció mi marido en el mar en un dia de placer con otros amigos suyos. Habiendo sido arrojado su cuerpo por las olas á la orilla, tuve el triste consuelo de hacerle las últimas exequias, y vengo á menudo al sitio que me recuerda mi pérdida.

Una mútua simpatía unia á la jóven viuda y á Amanda, y se aficionaron una á otra. Despues de este momento, se daban la cita casi todas las tardes á la orilla del mar, para conversar y llorar su pasada felicidad, que no podia volver ya. Mistriss Duncan era demasiado discreta para querer saber de Amanda cuál habia sido su primera situacion; pero veia que habia sido diferente de lo que era en

la actualidad. Amanda le contó lo mismo que habia dicho á Mistriss Macpherson. Mistriss Duncan compadece sus infortunios, bendiciendo el feliz acaso que la habia conducido á sus inmediaciones, y le habia procurado la dicha de conocerla.

De esta manera habia pasado un mes, cuando Mistriss Duncan dijo un dia á Amanda, que iba á dejar el país prontamente. Amanda se puso pálida y sobresaltada á esta triste noticia; ella no habia recibido respuesta alguna de Mistriss Dermont á su última carta, y temia hallarse obligada á pasar el invierno donde estaba, lo que le seria del todo insoportable cuando habria perdido la sociedad de Mistriss Duncan.

Querida amiga, le dijo Mistriss Duncan paseándose con ella en las orillas del mar, una tia que ha sido siempre muy buena para mí, y que me ha socorrido en el tiempo del disturbio de mis bienes, me propone ir á vivir con ella. Habita cerca de diez millas de aquí, en un lugar que se llama la abadía de Dunreath, y tiene el encargo de la administracion de todas sus tierras. ¿Habeis oido hablar de este sitio? La agitacion de Amanda fué grande al oir nombrar la casa donde habia nacido su desgraciada madre; ella se turbó, mudó de color, y contestó sin saber lo que se decia; en fin, vuelta en sí, dijo que en efecto habia oido hablar de ella.

Pues bien, querida, continuó Mistriss Duncan, mi tia, como os he dicho ya, vive allí con grandes conveniencias; ella dispone de todo, pues nadie de la familia habita allí desde la muerte del conde de Dunreath. Mi tia se fastidia de la vida solitaria que lleva, y en una carta que he recibido esta mañana me propone ir á vivir con ella, prometiéndome que si acepto su proposicion dejará á mí y á mis hijas todo cuanto posee, que no es poco; pues se trata muy bien, y debe haber hecho grandes ahorros. Este ofrecimiento tienta mucho, y os confieso que no vacilo sino por el temor de privar á mis hijas de las ventajas de la educacion que pueden tener aquí.

¿Por qué? dijo Amanda, ellas pueden aprender en todas partes todo lo que les enseñara Mistriss Macpherson.

Yo quiero hablar, dijo Mistriss Duncan, de su educacion en uno ó dos años, para cuyo fin me propongo ir á establecerme con ellas en alguna ciudad vecira; pero es preciso que abandone esta idea si acepto el ofrecimiento de mi tia, pues jamas las enviaré á pension, no teniendo ánimo de soportar esta separacion. Lo que desearia seria encontrar una persona que fuese para mí de una sociedad agradable, y que llenase con ellas las funciones de una buena aya; con esto la sociedad de la Abadía de Dunreath, lejos de espantarme, me seria agradable.

Hablando así, fijaba sus ojos sobre Amanda con grande atencion; en una palabra, querida amiga, continuó ella, para esplicarme claramente, vos sois precisamente la persona que necesito: vuestra sociedad mitigará mis disgustos, y dareis á mis hijas la instruccion que deseo que posean.

Amanda le respondió que ella estaba no solo lisongeada de la ventajosa opinion que debia á Mistriss Duncan, sino tambien se hallaba feliz por ella, y que de consiguiente iria con mucho gusto á vivir en su compañía.

Yo estoy contentísima, continuó Mistriss Duncan, de que las dos nos convengamos; pero debo deciros que mi tia tiene gran repugnancia en recibir estrangeras en su casa. En cuanto á la razon de esta conducta, yo no puedo imaginar otra que las órdenes espresas de sus amos, y ella me dice en su carta que si acepto su ofrecimiento no debo decir á nadie dónde voy. Yo, pues, no me atrevo á llevaros conmigo sin su permiso; pero le escribiré al momento para pedírselo, y tendré respuesta dentro de dos dias. Mientras esperamos, no digais nada á Mistriss Macpherson de vuestro proyecto, por temor de que no ponga obstáculo. Amanda le prometió el secreto, y se separaron.

Vuelta Amanda en sí, experimentó una grande agitaacion al pensar que iba á volver á ver la casa de sus antepasados. Esta esperanza la lisonjeaba, y temia que no le frustrase. La nueva situacion que se le ofrecia seria



infinitamente mejor que todas las que habia esperado un momento antes. Al segundo dia de esta conversacion, al llegar á las orillas del mar á su ordinario paseo, vió á Mistriss Duncan que venia con una carta abierta en la mano y la sonrisa de la satisfaccion en el semblante. Tenia el permiso de llevarse á Amanda con ella á la abadía, con la condicion de que no diria á nadie el lugar donde iba. Mistriss Duncan le dijo que tenia algunas cosas que arreglar antes de partir, lo que la ocuparia algunos dias, y que entonces tendria un carruaje que le enviaria su tia; que Amanda instruiria á Mistriss Macpherson de su cercana partida para ir á vivir con Mistriss Duncan que dejaba el país, y á ser aya de sus dos hijas.

Entonces Mistriss Duncan habló á Amanda del tratamiento pecuniario que podia hacerle. Amanda contestó que esta consideracion no tenia importancia alguna para con ella; pero la jóven viuda le dijo que aun entre amigos era preciso que estas cosas se arreglasen con esactitud. Convenidas así, se separaron. Al dia siguiente, acabada la escuela, Amanda notició á Mistriss Macpherson su cercana partida. Herida la vieja como de un rayo, permaneció mucho tiempo sin decirle cosa alguna. Al fin recobró la palabra para manifestar su indignacion contra Amanda, contra Mistriss Duncan y contra la superiora. La primera la dejaba, la segunda le quitaba un útil socorro, y la tercera le habia enviado una persona capaz de un tan mal proceder. Cuando se hubo disminuido su cólera, Amanda emprendió justificar á todas las acusaciones, diciéndole que ella habia ya resuelto dejarla antes de que Mistriss Duncan le hiciese proposicion alguna, pues que su ocupacion era demasiado penosa para ella: que Mistriss Macpherson no sufriria ningun inconveniente por su partida, y tendria lugar de proporcionarse otra en su lugar. Pero la verdad salió entonces de la boca de Mistriss Macpherson en el acceso de su cólera, pues dijo que no encontraria jamas una persona que le conviniese tanto; y comenzó á echarle en cara amargamente el que la dejase.

Amanda no se ofendió, y conservando toda su sangre

fria, procuró apaciguarla, y tomó para esto el medio mas eficaz, declarándole que no pretendia recibir salario alguno por el tiempo que habia pasado con ella, y que si le daba su permiso, escribiria al momento á Mistriss Dermont por una mujer que habia visto en Santa Catalina, y que le parecia convenir á Mistriss Macpherson. Era esta la mujer que la debia seguir á Inglaterra. Al fin Mistriss Macpherson le encargó que escribiese así, y su cólera se apaciguó poco á poco luego que Amanda le hubo manifestado que no queria salario. En efecto, Amanda escribió é instruyó á la superiora de la mudanza feliz de su situacion, del descontento de Mistriss Macpherson, y del deseo que tenia de tener otra persona que la reemplazase. Ella se proponia que enviase la mujer de que acabamos de hablar; pero exijia que si esta mujer consentia en venir, no la enviasen hasta que ella hubiese dejado la casa de Mistriss Macpherson, para que permaneciese siempre incógnito el lugar donde se retiraba. Ya no pensó mas en los penosos dias que acababa de pasar, pues la diligencia que Mistriss Duncan ponía en preparar su partida, le hacia esperar una vida mas agradable. Ella recibió contestacion de Irlanda mucho antes de lo que esperaba. Mistriss Dermont la felicitaba de haber encontrado tan buena amiga como Mistriss Duncan. La mujer que debia reemplazar á Amanda aceptaba los ofrecimientos de Mistriss Macpherson, y solo partiria despues de haber salido Amanda. La superiora acababa la carta diciendo que no tenia noticias de Lord Mortimer. Mistriss Macpherson estuvo muy satisfecha de ver que Amanda seria reemplazada luego. Dos dias despues de haber recibido esta carta, Mistriss Duncan dijo á Amanda que su partida estaba aplazada para el dia siguiente, y le rogó que aquella misma noche fuese á dormir con ella. Amanda consintió. Despues de comer se despidió de Mistriss Macpherson, que le dió su adios entre dientes, dándole á entender que ella podria muy bien arrepentirse de haberla dejado; pues estaba tan enfadada la vieja, por no haber podido saber adónde Mistriss Duncan iba con Amanda, que le volvió todo el mal

humor. Amanda dejó esta triste mansion con un placer que tuvo mucha dificultad de disimular, y acompañada de un hombre que llevaba su maleta, se trasladó con la mayor prontitud á casa de Mistriss Duncan, en donde fué recibida con las mayores muestras de alegría y amistad. La velada la pasaron muy agradablemente. Se levantaron temprano, y al acabar el desayuno llegó el carruaje que enviaban de la abadía de Dunreath. El equipaje de Mistriss Duncan habia salido el dia antes, de manera que nada las detenia.

Mistriss Duncan hizo subir á Amanda y á sus hijas en el carruaje antes que ella; y detenida por una dolorosa conmocion, permaneció algun tiempo despues de ellos en el umbral de la puerta, no pudiendo despedirse de una habitacion en que habia vivido tan feliz con un hombre á quien amaba, sin derramar un torrente de lagrimas que manifestaban el profundo dolor de su corazon. Amanda conocia demasiado los sentimientos de esta especie para querer combatirlos; pero las niñas, impacientes de ponerse en camino, llamaban á su madre con grandes gritos. Esta cedió á sus deseos; y cuando ellas manifestaron su disgusto de ver sus mejillas mojadas de lágrimas, las abrazó tiernamente, procuró recobrar su serenidad, y en poco rato estuvo en estado de conversar con Amanda. El tiempo era bueno, y viajaban lentamente, pues los caballos no eran nuevos, y así les dejaban tiempo de disfrutar de las escenas deliciosas y pintorescas que el camino presentaba por ambos lados. La mudanza de objetos, el pensamiento de que se alejaba de un sitio desagradable, el del paraje á que se trasladaba, todo contribuia á reanimar el espíritu de Amanda: y se halló mas tranquila de lo que habia estado despues de su separacion de Lord Mortimer.

## CAPITULO IV.

Mi querida Fany, dijo Mistriss Duncan, llamando á Amanda con el supuesto nombre que habia tomado, si tenéis inclinacion á la supersticion, os aviso que vais á habitar un sitio capaz de despertarla en vos. La abadía de Dunreath es un edificio gótico y sombrío que recuerda todas las historias que se han hecho de casas infestadas de espectros y apariciones. El abandono en que la han dejado los dueños ha acelerado su destruccion, no habiéndose reparado sino la parte del castillo que habitaban los criados. Con todo, esta destruccion del edificio es nada en comparacion de la revolucion acaecida en la fortuna de la que tenia la esperanza de ser algun dia su dueño. La hija mayor del primer matrimonio del conde de Dunreath (así lo he oido contar) era célebre por su belleza, y tan buena como hermosa; pero una mala madrastra se conjuró contra su dicha, y la obligó á buscar un asilo en los brazos de un hombre dotado de todas las cualidades y dones, excepto los de la fortuna, sin los cuales no podia gustar á Lord Dunreath.

Despues de haber sufrido la pobreza con él durante muchos años, habia encontrado medio para introducirse en el corazon de su padre; pero la vil madrastra impidió el efecto de este retorno feliz de sentimientos paternales. Sin embargo, ha corrido el rumor de que ha sido contra la última voluntad del conde de Dunreath, y por un detestable artificio de Lady Dunreath, el que su hija Malvina y los hijos de esta hayan sido despojados de todos los bienes á que les daba derecho su nacimiento. Este rumor se disipó insensiblemente como otros muchos. Puede ser que no haya llegado á oídos de Malvina y su marido, los solos que tenian interes en hacer investigaciones sobre este asunto. Pero si es verdad que hayan urdido una tra-

ma. tan p rfida, desgraciado del que sea culpable de tan grande cr men; pues la riqueza de que se ha apoderado en perjuicio del legítimo dueño, no puede apaciguar los remordimientos de su conciencia. Yo preferiría cien veces mas, a nadi  poniendo sus manos sobre la cabeza de sus hijas, que mis hijas mendigasen el pan de puerta en puerta, que verlas vivir en abundancia con la herencia que su nacimiento aseguraba al huérfano.

Si es cierto que Lady Dunreath haya cometido el cr men de que se le acusa, ha sido bien castigada. Despues de la muerte del conde, manifest  una grande pasion por un hombre de clase muy inferior   la suya y sin bienes, pasion que se decia haber tenido orígen durante la vida de su marido. Ella se habria casado con él, si la marquesa de Rosline su hija no se hubiese opuesto   este casamiento por medios tan violentos como extraordinarios. Llena de orgullo, de ambicion y avaricia, con la ayuda del marques, cuyas pasiones y miras convenian con las suyas, se apoderaron de la desgraciada madre, y haciéndola pasar   Francia la encerraron en un convento. Yo no s  si vive aún, y creo que nadie lo sabe, ni se toma la pena de quererlo saber, pues era aborrecida por su altiva insolencia. Yo he hecho algunas preguntas   mi tia sobre este asunto; pero ella jamas ha querido satisfacer mi curiosidad. Ha sido educada con la familia de Dunreath, y se cree con obligacion de guardar su secreto.

Ella vive en la abadía en la comodidad y abundancia, y dueña absoluta de la casa y de los pocos criados que la habitan; pero os prevengo que os tengais cuenta con estas gentes, que si las escuchais llenarán vuestra cabeza de historias espantosas, cuyos cuentos,   pesar de la razon, son capaces de hacer impresion sobre imaginations dispuestas   temores supersticiosos. Ellos pretenden que la primera mujer del conde Dunreath frecuenta la abadía dando gemidos espantosos, que atribuyen   su dolor por el infeliz destino de su hija y sus nietos, despojados de su herencia por su injusta madrastra.

Con todo, os confesar  con franqueza que hall ndome

en la abadía algunos años ha, que duraba aún el desarreglo de los bienes de mi marido, una tarde al anochecer paseándome por una galería, oí un ruido muy extraño. Yo se lo dije á mi tia, y se enfadó mucho conmigo por los terrores involuntarios que yo le manifesté, y me aseguró que lo que habia oido no era otra cosa que el ruido del viento en los corredores contiguos. Pero, mi querida Fanny, dijo continuando hablándole al oido á Amanda por motivo de sus hijas, que todo esto quede entre nosotras; pues mi tia no me perdonaria jamas el haber hablado de mis temores, y mucho menos de los de sus criados á ningun viviente.

Amanda escuchó en silencio el discurso de Mistriss Duncan, con el temor de que si hablaba no la vendiese su conmocion.

Ellas al fin entraron en la garganta de las montañas entre las cuales está situada la abadía. El aspecto es imponente y triste. El valle está cerrado por todas partes, excepto una abertura entre dos montañas que deja ver el mar. Algunas de estas montañas están matizadas y escarpadas; otras rodeadas en su base de un ribete de árboles, están revestidas de un hermoso verdor, y coronada de ginestas con flores blancas y amarillas. Unas están cubiertas de árboles, excepto alguna parte que están claros, y otras, en fin, de arbustos con sus flores de púrpura. Muchos riachuelos corren por la montaña; unos como hilos de plata dan la frescura y la vida á los terrenos que riegan; otros caen como cascadas de roca en roca con un agradable murmullo, para ir á formar al último del valle un vasto estanque sombreado por árboles tan antiguos como el edificio.

Al pié de estas montañas se conocen restos de los inmensos jardines, que parecian haber sido huertas que abastecian de todas las producciones vejetales que se consumian en la abadía; pero los edificios que habitaban los que las consumian estaban en decadencia, y los terrenos que se empleaban para ello estaban cubiertos de zarzas y espinas por el descuido de los actuales poseedores.

La misma abadía era uno de los edificios mas respetables por su antigüedad, que Amanda habia visto jamas; pero no presentaba mas que tristes restos de su pasada grandeza; los dias de su gloria ya no existian. Unas masas medio destruidas anunciaban la próxima caída de lo restante; y para emplear el hermoso lenguaje de Hutchinson: “su orgullo estaba abatido, su magnificencia sepultada en el polvo: la desolacion habia tomado el lugar de la hospitalidad, la risa estrepitosa del alegre huésped á la vista de la copa del espirituoso licor estaba reemplazada por el silencio y la soledad, y por los gritos melancólicos de la ave nocturna que habitaba las ruinas de las torres antiguas.”

El corazon de Amanda estaba en este momento lleno de un tierno recuerdo de sus antepasados. ¡Cuán propio es, se decia á sí misma, el espectáculo de la vicisitud de las cosas humanas, para curar el corazon del hombre de la vanidad que saca de un nombre ilustre, y de la antigüedad de su linaje!

Los orgullosos poseedores de esta grande habitacion, en el seno de la abundancia y de las diversiones, no pensaban que fuese posible que una de sus hijas llegase un dia á esta mansion de sus antepasados, no solo sin la pompa y el fausto que les era propio, sino humilde y abatida hasta una especie de servidumbre; no para ser acogida en ella con la sonrisa del amor ó de la amistad, y abrazar sus tiernos parientes, sino incógnita, afligida, y satisfecha de encontrar un asilo y el pan de la dependencia.

Por fortuna, Mistriss Duncan no reparó en la conmocion de Amanda á la vista de la abadía, pues estaba ocupada en responder á las preguntas de sus hijas.

Llegado el carruaje á la puerta de la abadía, encontraron en ella á Mistriss Bruce para recibirlas. Esta era una viejecita llena de vivacidad, y manifestó el mayor gusto de ver á su sobrina y á sus hijas. Cuando la presentaron á Amanda, despues de haberla mirado por algun tiempo exclamó: ¡he aquí una cosa bien estraña! aunque veo por primera vez á esta jóven, no me es nueva su cara.

El vestíbulo en que entraron, era grande y sombrío, y enlosado de mármol negro. La bóveda estaba sostenida por columnas de lo mismo, y se veían en él muchas puertas que conducían á diferentes aposentos. Los instrumentos de la caza y de la guerra del uso de los antiguos caledonios, estaban colgados y colocados á lo largo de las paredes. En seguida Mistriss Bruce las condujo á un gran recibidor, y de allí á una grande y hermosa sala, que les dijo que en otro tiempo servia de comedor. Los muebles, aunque viejos, manifestaban aún su antigua magnificencia, y las ventanas góticas, habiéndose engrandecido considerablemente mas allá de sus primitivas dimensiones, daban una vista estendida y agradable á las posesiones y heredades.

¡Sabeis, dijo Mistriss Duncan, que este aposento, aunque uno de los mas agradables por la vista, me inspira constantemente ideas melancólicas? En el momento que entro en él, pienso en las fiestas y diversiones que se han dado aquí en otro tiempo, y viéndole ahora desierto y silencioso, me acuerdo que aquellos que entonces eran partícipes de estos placeres, en el dia están sepultados todos en el polvo. Su tia se puso á reir de la reflexion, y dijo que su sobrina era verdaderamente romanescas.

El estilo antiguo y solemne del sitio que habitaba Amanda, era muy propio á exaltar la disposicion de ánimo que ella habia llevado. No se oia otro ruido que el de las sólidas puertas gruñendo sobre sus goznes, y cerrándose cuando los criados pasaban de un aposento á otro para servir. Mistriss Duncan fué llevada por su tia á un rincón del aposento, donde se entretenían en voz baja en sus asuntos domésticos, mientras que las niñas corrían por la sala haciendo preguntas sobre todo lo que veían.

Quedándose sola Amanda, cayó en una especie de languidez dulce, ocasionada por la fatiga y estenuacion. El ruido de las aguas que caían de la montaña, el susurro de los insectos alados que se agitaban con los rayos del sol, suspendían, por decirlo así, á su alma, y la entretenían en una especie de calma pensativa.



¿Estoy realmente, se decia á sí misma, en la casa que han habitado mis antepasados, donde ha nacido mi madre, y donde dió la mano á mi padre? ¡Quiera el cielo á lo menos que yo encuentre en ella un asilo contra el crimen y los peligros que me persiguen! Pueda yo calmar mi alma; y si no puedo sofocar sus afectos, consiga á lo menos reprimir sus clamores por la pérdida de los objetos que me eran tan queridos.

Sus reflexiones se suspendieron á la hora de comer. Durante la comida procuró superar su abatimiento, y en ella fué la conversacion, si no alegre, á lo menos animada. Despues de la comida Mistriss Duncan, que conocia el gusto de Amanda por edificios antiguos, pidió permiso á su tia para enseñarle la abadía. Mistriss Bruce dijo que ella misma queria acompañarla. Se veian aun en muchas de sus estancias rasgos de la manificencia con que habian sido amuebladas. Yo no entiendo, dijo Mistriss Ducan, cómo una habitacion tan magnífica está abandonada de sus dueños.

El castillo de Rosline, dijo Mistriss Bruce, está construido por un estilo mas moderno, y por esta razon lo prefieren á este. ¡Luego este, replicó Mistriss Duncan, no es mas que un monumento de familia, que solo subsiste para transmitir á la posteridad el nombre de la marquesa?

¿Cuánto dista, preguntó Amanda, esta casa de la del marques de Rosline? Cerca de doce millas, contestó Mistriss Bruce, que parecia no gustar de la conversacion de la sobrina. En seguida las condujo á una larga galería adornada con los retratos de la familia. Amanda tenia ya idea de ella por la descripcion que le habia hecho su padre, contándole que allí se habia detenido á contemplar el retrato de Malvina, y tenia grande impaciencia de verlo.

Mistriss Bruce les nombró todas las personas que estaban retratadas. Aquella, dijo, es la marquesa de Rosline, cuando no era mas que Lady Augusta Dunreath. Amanda reconoció el carácter soberbio de la marquesa, y observó que el cuadro del retrato inmediato estaba vacío.

El retrato de Lady Malvina Dunreath estaba allí, dijo

Mistriss Bruce; pero despues de su desgraciado casamiento lo quitaron. ¿Y lo destruyeron? preguntó Amanda. No, contestó Mistriss Bruce; lo han arrinconado con los muebles viejos en la antigua capilla, que hace muchos años que está cerrada. ¿Se podria ver? preguntó Amanda. Eso es imposible, respondió Mistriss Bruce. La capilla y toda la parte del Este de la Abadia se halla en tal estado de ruina, que ha sido necesario cerrar todas las entradas por temor de que sucediesen desgracias.

Allí es, dijo Mistriss Duncan al oido de Amanda, la galeria donde oí el ruido extraordinario; pero chiton.

Amanda apenas pudo ocultar su sentimiento de no poder ver el retrato de Malvina. Ella habria pedido que le abriesen la capilla, si no hubiese temido despertar algunas sospechas.

Volvieron de la galería á la sala, y en el discurso de la conversacion supo Amanda diferentes anécdotas de la historia de sus antepasados que Mistriss Bruce sabia. Esta tambien habló de Malvina con unos elogios que hicieron casi olvidar á Amanda que acababan de llamar trasto viejo al retrato de su madre. Ella se retiró á su aposento consolada y animada por lo que acababa de oir de sus virtudes; y la invocó, como igualmente á su padre, suplicándoles bendijesen á su hija, sostuviesen su valor en los senderos difíciles de la vida, y velasen sobre ella hasta que la Providencia los juntase.

## CAPITULO V.

La situacion de Amanda llevo á ser aun mejor de lo que habia esperado; Mistriss Duncan era la amiga mas atenta que podia encontrar; Mistriss Bruce obsequiosa y política, y las niñas dóciles y reconocidas. Si ella hubiese podido olvidar lo pasado, hubiera sido feliz; pero sus memorias estaban demasiado profundamente grabadas,

para borrarse con tanta facilidad. Ellas se mezclaban con los sueños de la noche, en las ocupaciones del día, en sus meditaciones solitarias, y le arrancaban incesantemente suspiros de sentimiento y ternura. Las mañanas las empleaba en sus educandas. Después de comer, unas veces se paseaba con *Mistriss Duncan*, otras leía alto delante de la tía y sobrina, cuando estas estaban ocupadas en labores de muger; pero luego que se ponían á hablar de sus negocios, ó á jugar á los cientos, que era lo mas ordinario (pues *Mistriss Bruce* no gustaba de trabajar ni pasear), ella aprovechaba este momento para retirarse á su aposento, ó recorrer las oscuras revueltas de la abadia y los paseos de las cercanías. Ella suspiraba siempre que pasaba por delante de la capilla en que se hallaba el retrato de su madre. Esa parte del edificio estaba en muy mal estado, y oculto la mayor parte por la yedra y el box que entapizaban las paredes, y manifestaban su decadencia. Las ventanas estaban rotas en muchas partes, pero á demasiada altura para poder entrar por ellas, y la puerta estaba cerrada por dentro con grandes barras de hierro.

Todas las de la parte oriental de la casa estaban tambien barreadas.

Quince dias se pasaron así en la Abadia, sin que nada turbase la tranquilidad que en ella reinaba. Nadie se acercaba allí sino algunos pobres, y todos cuantos la habitaban parecian estar contentos de llevar esta vida retirada. *Amanda* conformándose con los deseos de *Mistriss Duncan*, habia pedido á *Mistriss Dermont* que le dirigiese sus cartas á la vecina poblacion que distaba de la abadia cerca de cinco millas. Un hombre iba y venia todos los dias, y nunca llevaba carta para *Amanda*.

¿Por qué, se decia á sí misma, esta inquietud por una carta y este disgusto de no recibirla, cuando no tengo nada de interesante ni de agradable que saber? *Mistriss Dermont* me ha dicho que ya no tenia medio alguno para tener noticias de *Lord Mortimer*, y aun cuando pudiese dárme las, ¿por qué deseo tenerlas, separada como estoy de él para siempre?

Al fin de la tercera semana un incidente turbó el reposo de Amanda. Mistriss Bruce entró una mañana precipitadamente en el aposento en que estaba con Mistriss Duncan y sus hijas, y las rogó que no saliesen hasta que el conserge del castillo de Rosline, que estaba abajo, se hubiese marchado; porque, les dijo, si él supiera que vosotras residíais en la abadía, no dejaria de decirlo al marques, lo que me espondria á un disgusto. Ellas le aseguraron que no saldrian del aposento, y se retiró, dejándolas muy sorprendidas de la grande agitacion que manifestaba.

Dos horas despues volvió á libertarlas de su encierro. El agente de negocios del marques se habia vuelto, el cual le trajo una noticia que no esperaba. El marques y su familia llegaban á Rosline-Castle; la estacion estaba demasiado adelantada para que yo imaginase, les dijo ella, que viniesen antes del verano próximo, y pues me he engañado, en esto no hay otro partido que tomar sino enviaros á la cercana poblacion á pasar el tiempo que la familia permanezca en la vecindad; pues durante su mansion seguramente vendria alguno de la casa, y si sabian que vivíais aquí, tendria ese descubrimiento consecuencias funestas para mí.

Mistriss Duncan suplicó á su tia que no se espusiese por su amor á ningun inconveniente, y le propuso dejar la abadía aquel mismo dia. Mistriss Bruce le dijo que no era necesario, y que podia permanecer aun algunos dias; pues, añadió ella, la familia no llega hasta el fin de la semana próxima á Rosline-Castle para celebrar las bodas de la hija del marques, Lady Eufrasia Sutherland.

¡Las bodas de Lady Eufrasia! exclamó Amanda con una voz turbada y olvidando su situacion: ¿y con quién se casa? Con Lord Mortimer, respondió Mistriss Bruce, hijo único de Lord Cherbury, y jóven muy agradable; tiempo hace que se hablaba de este casamiento; pero..... Aquí fué interrumpida por un profundo suspiro, ó mas bien por un gemido involuntario de Amanda, la cual conmovida en extremo, y temiendo hacerse traicion, tuvo bastante fuer-

za y presencia de espíritu para pretestar un aturdimiento y retirarse á su cuarto. Ella tenia razon de temer que no se le escapase el secreto; pues Mistriss Duncan sospechaba de mucho tiempo ha que Amanda habia experimentado los disgustos del amor, y las niñas habian dicho á su madre que ellas habian visto llorar á Amanda mirando un retrato. Pero como Mistriss Duncan tenia toda la delicadeza que da la verdadera sensibilidad, no dejaba descubrir sus conjeturas, bien persuadida, por otra parte, que los disgustos no dimanaban de defecto alguno en su conducta.

Vuelta Amanda á su aposento dejó correr sus lágrimas, y aun llorando se las reprendia. ¡No sabia ya, se decia á sí misma, que el sacrificio que hacia á Lord Cherbury tendria las consecuencias de un suceso que me espanta? Es verdad que ella lo habia previsto; pero todas las ocasiones que esta idea se presentaba á su imaginacion, siempre la habia apartado cuidadosamente, de manera que cuando volvía era con la misma fuerza que la primera vez. En este instante le parecia que su desgracia habria sido menor, si Lord Mortimer se hubiera casado con cualquiera otra que Lady Eufrasia. ¡Oh Mortimer! decia ella, yo que os amo con tanta ternura, si os uniérais con una muger que conociese lo que valeis y fuese digna de vos, se templarian mis trabajos con la certeza de que érais feliz; ¡pero qué union la de dos seres tan diferentes y tan poco hechos el uno para el otro! ¡Ah! no es bastante mi desgracia; es preciso que me la aumente la vuestra.

Pero puede ser, añadió ella, que los males que temo no sucedan; puede ser que el cielo temple el corazon de Eufrasia, y dándole á Mortimer le hará conocer el precio de tan grande beneficio. Puede ser que la haga capaz no solo de inspirar, sino de sentir el amor. ¡Ah, quiera Dios que ella sea para con él lo que habria sido Amanda, una amiga, una fiel y tierna compañera! ¡Ojalá que ella sea feliz si contribuye á que lo sea Mortimer! ¡ojalá que la felicidad de él sea tan grande como sus virtudes y beneficencia! y finalmente, ¡ojalá que el conocimiento que tenga de ello mitigue las penas de mi corazon!

Este movimiento de generosidad reanimó su espíritu abatido; pero esto fué solamente por poco tiempo, pues el color encendido que se habia difundido en sus mejillas, cedió su lugar á las lágrimas que corrieron de nuevo. ¡Ah! decia, dentro de pocos dias seré criminal en pensar en Lord Mortimer, como he hecho hasta ahora, y me avergonzaré de mirar este retrato cuando el original sea esposo de Lady Eufrasia.

La campana de aviso para comer, y un golpe á la puerta, la encontraron aún absorta en sus reflexiones. Ella pensó que si se dejaba llevar de su abatimiento, como habia hecho hasta entonces, despertaria las sospechas de las mugeres que vivian con ella. Este pensamiento le hizo viva impresion: enjugó sus lágrimas, y abrió la puerta á Mistriss Duncan que venia á buscarla para comer. Ella consiguió calmarse, y permaneció en sosiego hasta despues del té; y cuando trajeron los naipes salió para irse á pasear, y se fué al lado de la capilla vieja, y sentándose contra la pared apoyó su cabeza en la tapicería de la yedra y arbustos que la cubrian. Pocos minutos habia estado en esta situacion, cuando oyó detras de sí que caian algunas piedras; y aun habria caido ella tambien si no hubiese sido sostenida por las ramas que entapizaban la pared. Ella se levantó, y vió que acababa de hacer una abertura bastante capaz para poder entrar en la capilla, y observó que la brecha estaba encubierta por los arbustos. Este descubrimiento le dió grande placer, pues concibió la esperanza de ver el retrato de su madre, que Mistriss Bruce le habia dicho que estaba retirado en este sitio. Ella separó la yedra y las matas con tiento para no maltratarlas mucho, y despues de haber saltado algunos escombros que cubrian el suelo, se encontró en medio de la capilla. El dia declinaba, pero se podian aún distinguir los objetos. Se oian ya los gritos lúgubres de los mochuelos que habitaban en las arruinadas paredes, y los graznidos de los cuervos que iban á recogerse á los árboles inmediatos para pasar allí la noche. Las banderas de los antiguos señores cubiertas de polvo, estaban colga-

das en las paredes. Se veían también palos de lanzas, corazas y cascos tomados del orin, sobre los cuales pasaba Amanda con paso tímido.

Ella solo buscaba el retrato de su madre, y en efecto vió uno apoyado contra la pared cerca del altar. Le quitó el polvo, y reconoció aún aquella misma de quien su padre le había hecho tantas veces la descripción. El día estaba demasiado oscurecido para que pudiesen distinguirse sus facciones; pero resolvió volver al día siguiente más temprano después de comer. Al verle, se apoderó de ella un respeto religioso: se acordó del modo patético con que su padre le había pintado su conmoción á la vista de esta imagen querida, y sus lágrimas corrían por el desgraciado destino de sus padres y el suyo. Sentada sobre las gradas del altar donde Fitzalan y Malvina se habían unido con los votos solemnes, una mano apoyada sobre la balaustrada y los ojos fijos sobre el retrato, parecía creer que su madre veía sus penas y tenía lástima de ellas. Entonces oyó la campana de la abadía, que le advertía que era tiempo de entrar. Antes de volver hacía la abertura por la cual había entrado, había divisado una pequeña puerta abierta al lado opuesto. Como sabía por Mistriss Bruce que el aposento de Lady Malvina estaba en esta parte del castillo, resolvió procurar verle al día siguiente antes de dejar la abadía con Mistriss Duncan, con el temor de que durante su ausencia no descubriesen la brecha y la reparasen. Volvió, pues, á entrar en la sala antes que las señoras hubiesen acabado el juego, y al día siguiente después de comer las dejó jugando, y volvió á la capilla. Un momento antes de entrar, se detuvo para asegurarse que nadie la observaba, y entró como el día anterior. El día estaba bastante claro para examinar de nuevo el retrato; y aunque estaba un poco echado á perder por la humedad, halló en él las gracias y la belleza del original, que había oído describir á su padre con tanta sensibilidad. Ella lo contempló como el día anterior, con los sentimientos de reverencia, amor y compasión; su conmoción le escitó aún sus lágrimas, y le parecían menos amargas derramadas

delante de la imágen de su madre. Pronunciaba los nombres de sus padres y se llamaba á sí misma: *Huérfana desgraciada, extraña en la casa de sus antepasados*. Articuló el nombre de Mortimer con el acento apasionado de la ternura y del dolor. Mientras se abandonaba así á las lágrimas y quejas, oyó un ligero ruido como de pasos de una persona á poca distancia de ella. Entonces se levantó de la posición en que estaba, pues se hallaba de rodillas delante del retrato de su madre, por temor de que se hubiese descubierto que habia penetrado á la capilla, lo que daría mucho disgusto á Mistriss Bruce, aunque Amanda no imaginaba el por qué. Ella escuchó temblando algunos minutos, y estando todo tranquilo, creyó haberse engañado, y volvió en compañía de las damas, determinada á volver al día siguiente y visitar el aposento que habia ocupado su madre, á pesar del miedo que acababa de tener.

## CAPITULO VI.

Al día siguiente despues de comer, considerando que le quedaba poco tiempo antes de su partida para satisfacer su curiosidad, dijo que tenia deseos de dar un paseo mas largo de lo acostumbrado. Mistriss Bruce le advirtió que tuviese cuidado de no resfriarse, y Mistriss Duncan la reprendió por gustar demasiado de la soledad. Ella, pues, tomó su camino hácia la capilla, y se fué derecho á la pequeña puerta que habia observado en su última visita. Despues de abierta, se encontró con un vestíbulo elevado al pié de una grande escalera, á quien daba luz por arriba una ventana gótica. Subió las gradas, amedrentándose ella misma del ruido de sus pisadas, las cuales, repetidas por los ecos en este grande espacio, añadian temor á la impresion que produce la soledad. Al último de la escalera encontró dos puertas de dos hojas, ambas cerradas.



Abrió la de la izquierda, y divisó una larga galería que imaginaba, despues de lo que habia oido decir á su padre, que conducia al aposento que buscaba.

El dia iba declinando, y su resolucion titubeó un poco; pero avergonzada de ceder á un temor supersticioso, y de retroceder sin satisfacer su curiosidad despues de haber adelantado tanto, prosiguió su camino por la galería. La puerta que ella abandonó, se cerró por sí misma con tanto ruido, que hizo temblar todo lo del rededor. La galería tenia á un lado una porcion de puertas cimbradas, y al otro lado otras tantas ventanas, pero pequeñas y colocadas tan altas, que solo daban una luz sombría. Latia fuertemente el corazon de Amanda, y encontraba la galería de una interminable longitud. En fin, llegó á una puerta que hacia frente á la otra por la cual habia entrado. Estaba ésta entreabierta, é impeliéndola poco á poco, se encontró en un grande aposento, que segun todas las conjeturas habia sido el de su madre. Yendo adelante, vió á la otra estremidad alguna cosa blanca, cuya forma no podia distinguir bien; pero su terror llegó á lo sumo cuando conoció que era una mujer. Ella creyó ver un espectro, y dando un terrible grito, de un brinco se puso fuera del aposento hasta la galería. Corria con tanta violencia, que llegando á la puerta por donde habia entrado y que se habia cerrado, dió un violento golpe, y cayó. Ella estuvo algun tiempo sin poderse levantar; pero mientras se hallaba en este estado, oyó que alguno se le acercaba. El terror la reanimó un momento, y procuró abrir la puerta; pero sus esfuerzos fueron vanos.—¡Dios mio! dijo, protejedme; y en este momento sintió una mano fria sobre la suya, y una voz dolorosa que le decia: no huyais de mí, alejad de vos terrores supersticiosos: no creais ver en mí un sér fantástico que habita el otro mundo. Soy una mujer desgraciada, culpable y arrepentida.

A estas palabras, se disminuyó el terror de Amanda; pero su sorpresa fué tan grande como lo habia sido su temor. Ella pudo entonces mirar á la persona que le hablaba, de la que no apartaba los ojos, y escucharla en silencio.

Si mi vista, dijo la mujer blanca, y lo que he oído de vuestra misma boca no me engaña, sois descendiente de la familia Dunreath. Yo os oí ayer tarde llamaros una desgraciada huérfana, hija de Lady Malvina Fitzalan.— Yo soy en efecto su hija, contestó Amanda.

Decidme, pues, continuó la mujer, ¿cómo os hallais aquí, como vos misma decís, estraña y dependiente en la casa de vuestros antepasados?

Yo soy uno y otro, dijo Amanda. Aquí no me conocen bajo mi verdadero nombre, pues circunstancias particulares me han obligado á ocultarlo, y he sido conducida á la abadía como aya de dos niñas, parientes de la persona que gobierna la casa.

En fin, exclamó la mujer blanca levantando al cielo sus ojos hundidos y sus secas manos, en fin, mis oraciones han llegado hasta el trono de Dios de las misericordias, y ya no puedo dudar de que ha aceptado mi arrepentimiento, pues que me da el medio de reparar la injusticia de que me he hecho culpable.

¡Oh vos, continuó, cuya presencia me recuerda la juventud y belleza de Lady Malvina, que yo he marchitado antes de tiempo! si vuestra alma es semejante á la de vuestra desgraciada madre, como vuestras facciones se parecen á las suyas, por piedad y por mis largos sufrimientos no me echeis en cara mi crimen. Vos veis en mí la culpable y arrepentida viuda del conde de Dunreath.

¡Oh Dios! exclamó Amanda, ¿es posible?—¿No os han enseñado desde pequeña á pronunciar mi nombre sino con horror? preguntó la infeliz mujer.—¿Oh! no, respondió Amanda.—¿No? repitió Lady Dunreath con admiración. ¡Ah! es porque vuestra madre era un ángel. Pero ¿no ha dejado un hijo?—Sí, dijo Amanda.—¿Y vive aún?—¿Ah! no lo sé, respondió Amanda. La desgracia nos ha separado, y él ignora mi destino como yo el suyo.

Yo soy, exclamó Lady Dunreath, yo soy, pobre y dulce Malvina, quien ha sido la causa de las desgracias de vuestros hijos; pero bendita sea la mano de la Providencia, que por medios solo de ella conocidos me pone en estado de

reparar los males causados por mi crueldad y mi injusticia. Veo, continuó ella, que el acaso os ha conducido aquí, y temo deteneros mas tiempo por temor de que seais descubierta. Si supiesen que me habíais visto, no podria ejecutar mis intenciones. Guardad el mas profundo secreto, os ruego, no tanto por vos como por mí, y que *Mistriss Bruce* no pueda tener el menor indicio de lo que ha pasado entre nosotras. Volved mañana en la tarde, y recibireis de mí un depósito sagrado, con el cual entrareis en posesion de los bienes de vuestros antepasados, y recobrareis á lo menos toda la felicidad que puede dar la riqueza. Os suplico que pongais en un papel una relacion abreviada de vuestra vida, y de las aventuras que os han conducido á la abadía, para llenar de un modo tan extraordinario las miras de la Providencia.

Amanda le prometió ejecutar todo cuanto deseaba, y la infeliz señora se retiró por la galería, mientras que Amanda bajó la escalera, y salió por la brecha llena de admiracion, de compasion y de esperanzas. Entró en la sala, donde *Mistriss Bruce* y *Mistriss Duncan* acababan de dejar el juego. La palidez de Amanda y la turbacion que manifestaba en sus ojos, hicieron viva impresion á las dos señoras. Acordándose Amanda de lo peligroso que le era ser el objeto de una sospecha, les dijo que habia hecho un paseo demasiado largo, que estaba cansada, y pedia permiso para retirarse á su aposento. *Mistriss Duncan* la acompañó, y se habria quedado con ella hasta que se hubiese puesto en cama, si Amanda no se hubiera opuesto á ello. Pero no era la intencion de Amanda acostarse tan pronto. El descubrimiento que acababa de hacer tan extraño y tan interesante, la agitaba tan fuertemente, que tuvo mucha dificultad en calmarse lo suficiente para poner por escrito la relacion que le habia pedido *Lady Dunreath*. Ella la hizo en bosquejo, pero de un modo bastante fuerte para interesar á toda alma sensible. No habló en ella de su amor, sino solo de los infortunios de su padre y de los suyos, y de los acaecimientos que la habian conducido á la abadía. Despues de algunas horas

de descanso, continuó por la mañana la relacion que apenas habia comenzado: cuando la hubo acabado, *Mistriss Duncan* la llamó para hacer sus paquetes para el viaje. La tarde estaba ya adelantada cuando pudo ir á la capilla, donde encontró á *Lady Dunreath* en la actitud de una profunda melancolía, apoyada contra la barandilla del altar.

Su palidez, su fisonomía abatida por la desgracia, su falta de carnes, su situacion abandonada, todo inspiraba á *Amanda* una tierna lástima. Ella mojó con sus lágrimas la descarnada mano que la señora le presentó al acercarse.—Yo no merezco, dijo *Lady Dunreath*, las lágrimas de vuestra compasion. No obstante, es un grande consuelo para mí encontrar un ser que siente mis penas; pero los momentos son preciosos. Entonces condujo á *Amanda* al altar, y le suplicó que le ayudase á levantar una pequeña losa de mármol semejante á las del pavimento del pié del altar. Levantada la piedra con alguna dificultad, vió *Amanda* un pequeño cofre de hierro que ayudó tambien á *Lady Dunreath* á levantarlo. Entonces esta sacó una llave de su seno, abrió el cofre, y sacó de él un pergamino sellado.—Recibid, dijo á *Amanda*, el testamento de vuestro abuelo, depósito sagrado que os confio para entregar á vuestro hermano, legítimo heredero del conde de *Dunreath*. ¡Quiera el cielo que la restitution que os hago de él, junto con mi arrepentimiento sincero, expie el crimen que he cometido deteniéndolo y ocultándolo tanto tiempo! ¡Pueda la fortuna, que se os vüelve á los dos, traeros la felicidad!

*Amanda*, trémula, recibió el pergamino. ¡Gran Dios! dijo ella, ¿es posible, es verdad que tengo en las manos el testamento de mi abuelo, y con él los bienes de fortuna restituidos á mi hermano? ¡Oh Providencia! qué ocultos y misteriosos son tus caminos! ¡Oh *Oscar*, querido hermano (pues ella en este momento se olvidaba de sí misma,) si tu hermana hubiera podido creer que los disgustos que ha sufrido la habian de conducir á tal descubrimiento, no habrian tenido para ella la mitad de su amargura! Sí, padre mio, á lo menos uno de tus hijos podrá ser feliz, y el

espectáculo de su dicha mitigará y endulzará la miseria del otro. Mientras hablaba así, sus lágrimas corrian en abundancia, y aliviaban su corazon agitado por tan fuertes conmociones.

¡Oh, no me habéis, dijo Lady Dunreath con un profundo gemido, no me habéis de vuestras desgracias, si no queréis arrojarme á la última desesperacion, pues yo sola debo acusarme de haber causado todos los infortunios de Lady Malvina y de sus hijos!

Escusadme, exclamó Amanda enjugándose sus lágrimas; escusadme estos dolorosos recuerdos; yo seria ingrata con el cielo y con vos misma si me detuviese mas sobre mis pasadas desgracias; pero permitidme no dejar escapar esta ocasion para preguntaros si puedo servir en alguna cosa; si teneis algun amigo á quien pueda dirigirme en vuestro nombre, para hacer os libre de la cruel é injusta prision á que os veo reducida.

No, dijo Lady Dunreath; yo no tengo amigo alguno; no me los he grangeado cuando me hallaba en estado de adquirirlos, y si alguno en el mundo se acuerda de mí, solo es con desprecio y con horror. Las leyes de mi país me darian pronto la libertad, ya lo sé; pero si las cosas giran como yo espero, ninguna necesidad tendré de invocar las leyes; y una gestion de esta naturaleza podria tener para mí y mis opresores consecuencias que quiero evitar. Vuestra felicidad y mi seguridad exigen aún durante algun tiempo un profundo secreto. En este papel encontrareis las razones que tengo para pedíroslo; y al mismo tiempo le entregó un <sup>er</sup> papel que sacó de su seno, en cambio del cual Amanda le dió la relacion que le habia prometido. En seguida volvieron á colocar el cofrecillo de hierro y el mármol en su respectivo puesto, y se sentaron sobre las gradas del altar. Amanda notició á Lady Dunreath que ella partia al dia siguiente, y el por qué. Lady Dunreath manifestó la mayor impaciencia de que todo se pusiese en obra prontamente para hacer reconocer la autenticidad del testamento. Que yo vea, decia ella, al heredero legitimo en posesion de la abadía, mi alma recobrará alguna cal-

ma hasta que abandone su cuerpo mortal, momento que yo espero no estará lejos. Lágrimas de compasion cayeron de nuevo de los ojos de Amanda, y se horrorizó pensando que la desgraciada podia morir abandonada y privada de todo consuelo y socorro. Ella la volvió á instar que le indicase algun medio para procurarle al instante su libertad, y Lady Dunreath le repitió que esto era imposible antes que Amanda hubiese hecho del testamento el uso que debia.

Llevadas por la dulce y melancólica simpatía que une á los desgraciados, una y otra olvidaban el peligro de ser descubiertas, cuando la campana del castillo les advirtió la hora que era.—Idos, gritó Lady Dunreath con el mayor espanto; si no, somos ambas perdidas. Amanda le apretó la mano en silencio, y salió de la capilla. Ella se detuvo afuera para escuchar, pues siendo ya de noche, el oido solo podia advertirle el peligro de ser sorprendida. Solo se oia el ruido de los vientos en las cimas de los árboles del valle, y el murmullo de las aguas que caian de la montaña. Ella buscaba á tientas por el largo de las paredes de la capilla un sendero que conducia á la puerta de la abadía, cuando oyó la voz de Mistriss Duncan que la llamaba, y que le dijo que ya comenzaba á estar inquieta de no verla volver, y que iba en su busca con un criado.

Este incidente hizo temer á Amanda que la hubiesen descubierto, y esta idea la turbó cruelmente; pero prontamente se convenció por el tono y modo de Mistriss Duncan que habia escapado de este peligro.

Ella tenia muchas ganas de retirarse á su aposento y no cenar; mas temiendo hacerse sospechosa, se quedó en la sala, tan ocupava su imaginacion del acaecimiento de la tarde, que no sabia lo que decia ni lo que hacia. Al fin la sacó de esta meditacion un nombre querido de su corazon, qué tenia el poder de alejarle toda otra idea. Mistriss Bruce hablaba de las próximas bodas de Lord Mortimer Amanda la miraba tristemente, y á su pesar dejaba escapar algunas lágrimas. Ella se ponía alternativamente ya colorada, ya pálida.—¡Ah! decia, ¡qué me importan la sir-

quezas mientras he perdido la felicidad! Con todo, en seguida desechaba este pensamiento, y se preguntaba: ¿Qué, es despreciable la independendia y el poder de hacer bien? ¿Qué, no merecen estas ventajas el mas vivo y tierno reconocimiento de los que las poseen hácia la Providencia que las ha concedido? Sin duda, se decia á sí misma, y en este momento pagó en silencio este tributo al Autor y dispensador de todos los bienes.

Era yá tarde cuando las damas se separaron, y Amanda, habiendo cerrado su aposento por dentro, sacó del seno los papeles que tenia allí ocultos, y se puso á leer la relacion de Lady Dunreath.

## CAPITULO VII.

“Adorando el poder que me ha dado los medios de reparar la injusticia que he cometido, voy á haceros patente, hija amable de la desgraciada Malvina, un corazon que la memoria de sus faltas y sus dolores pasados y actuales atormentan desde mucho tiempo ha. Yo estoy convencida, de que dotada de la bondad de vuestra madre como os le pareceis en la belleza, condenando al culpable tendreis piedad del penitente, y obtendreis del cielo mi perdon, pues las plegarias de la inocencia son muy poderosas para con él. Mi prision dura hace algunos años, y mi esperanza de reparar mi injusticia con Lady Malvina comenzaba á disminuirse, aunque el deseo que de ello tenia no me dejaba desesperar enteramente de conseguirlo.

“¡Ah, buena Malvina! la suerte me habia condenado á no oir mas mi perdon pronunciado por vuestra boca; pero esperaba obtenerlo algun dia de vuestros hijos, y si desde la alta mansion dichosa en que disfrutais de la felicidad prometida á los buenos, es permitido á las almas saber lo que pasa en la tierra, esto y segura que mirareis con ojos benignos y compasivos á la desgraciada, que ella misma

se cubre de oprobio y vergüenza, confesando su crimen, para expiar aquel de que se ha hecho culpable con vos.

“Pero yo debo detener las efusiones de mi corazón para no perder el tiempo que tengo para hacer lo que llamo mi confesión, é instruiros de algunas circunstancias que debéis saber.

“Mi crueldad y mi insolencia con Lady Malvina no os deben ser desconocidas. Yo habia olvidado los beneficios que habia recibido de vuestra madre, cuya protección y amistad habian echado los cimientos de mi fortuna. Me alegraba mucho de su casamiento con el capitán Fitzalan, como de un paso que le atraeria el perder la gracia de su padre, y que reduciéndola á la pobreza, eclipsaria sus atractivos que yo detestaba, porque oscurecian los de mi hija. El resentimiento del conde al principio fué violento, pero ví con sorpresa y disgusto que se mitigaba poco á poco. Las consecuencias irreparables de un testamento en que su hija quedaba desheredada, la consideración de que no tenia necesidad de un marido que tuviese bienes de fortuna, la nobleza de Fitzalan, las gracias y virtudes de que estaba dotado, y que le hacian digno de los mejores y mas ricos partidos, volvian á menudo á la consideración del conde, y abogaban fuertemente en favor de su hija. Con el temor de que mis proyectos contra ella no se frustrasen enteramente, me ocupé como el espíritu maligno, en atizar el resentimiento de su padre. Personas ganadas por mí le representaban sin cesar el atrevido desprecio que Lady Malvina habia hecho de la amistad de su padre, y que perdonándola tan fácilmente, habria que temer en su hija una conducta semejante, y algun casamiento con una persona mas pobre, si era posible, y teniendo aún menos mérito que Fitzalan. Esta última consideración tuvo todo el efecto que habia esperado, y Lady Malvina fué declarada enteramente estraña de su familia.

“Entonces esperé que las miras ambiciosas que tenia por mi hija, se realizarian. Mucho tiempo hace que deseaba casarla con el marqués de Rosline; pero habia sido al-



gunos años antes el adorador de Malvina, y estaba tan fuertemente apasionado de ella, que á la nueva de su casamiento se habia ido á viajar. Entonces probé todos los medios de inducir al conde á hacer un testamento en favor de Lady Augusta; pero no pude conseguirlo; y vivia en una cruel aprension de que si moria intestado, entrase Malvina en la posesion de la parte de los bienes de su padre, de los cuales yo la habia querido despojar. Queriendo procurar á todo precio un grande establecimiento para mi hija, hacia correr por todas partes, que no se dudaba que Augusta seria la única heredera del conde. Tres años despues volvió el marques á su patria. Su pasion desgraciada por Malvina estaba estinguida. La opinion que habia hecho esparcir de la disposicion que el conde haria de sus bienes, le fué insinuada, y él tomó parte. Llevado de la avaricia pidió la mano de mi hija, que le fué concedida. El conde le dió en dote una grande suma de dinero de contado; pero á pesar de mis esfuerzos, no quiso darle tierra alguna viviendo él. Yo siempre esperaba, como igualmente el marques, que muriendo le dejaria todos los bienes. El casamiento de mi hija acrecentó mi altanería natural, y se hizo mas vivo en mí el amor á los placeres, proporcionándome en casa del marques las ocasiones de entregarme á ellos. La vida disipada que llevaba me hizo olvidar del conde, cuyas enfermedades le confinaban á la abadía, y fué abandonado á la soledad y á los cuidados de sus criados. Vos, sin duda os admirareis de un descuido impolítico con un marido con quien tenia tanto interes en contemporizar; pero la Providencia ha dispuesto sabiamente que el vicio sea enemigo de sí mismo. Si yo hubiese continuado en manifestar al conde la misma ternura, y teniendo por él los mismos cuidados, no puedo dudar que le habria determinado al fin á hacer lo que deseaba; pero embriagada con el placer y la vanidad, mi prudencia (si no es prostituir esta palabra sirviéndome de ella) me abandonó. En un cuerpo víctima de las enfermedades y de la edad, conservaba toda la fuerza de su espíritu. El conoció muy bien mi negligencia, y se resintió

vivamente de ella. Esta le fué tanto mas sensible, cuanto mas contrastaba con las tiernas y respetuosas atenciones que habia tenido por él la infeliz Malvina que habia desterrado de su presencia, y el resentimiento que habia atizado cuidadosamente se apaciguó de nuevo; de manera que estaba muy favorablemente dispuesto á oír á la inocencia del niño abogar por la causa de la madre. Mi terror y mi sorpresa fueron extremos cuando encontré al pequeño Oscar en las rodillas de su abuelo. Las lágrimas que el viejo derramaba sobre las mejillas del amable niño, manifestaban el afecto que conservaba á la madre, y el pesar de haberla tratado con tanto rigor. Yo distinguí aun en las miradas que arrojaba sobre el niño, un sentimiento de satisfaccion y de alegría, y creí ver que se decía á sí mismo: este niño será aún el apoyo, el adorno y engrandecimiento de mi antigua casa; y diferentes circunstancias que se siguieron, me dieron pruebas que habia interpretado bien sus miradas. Yo retiré al niño de su presencia con un movimiento de rabia. El conde se conmovió mucho. Conocia la violencia de mi carácter; y débil para sostener una querrela conmigo, juntó todo lo que le quedaba de fuerza y cabeza para arreglar sus negocios, y pareció ceder callando á mi voluntad, pero sin mudar de resolucion. Vos, seguramente, estareis instruida del modo con que impedí á vuestro jóven hermano que se presentase de nuevo á su abuelo, y cómo despedí á vuestra madre, cuando vino á presentarse ella misma para hacer el último esfuerzo. ¡Justo Dios! Los remordimientos me despedazan aún despues de tantos años, cuando me acuerdo de la noche en que la arrojé de la casa paternal, de esta mansion en que su benéfica madre me habia acogido en mis primeros años, poniéndome á cubierto de la tormenta de la adversidad. ¡Oh negra y baja ingratitud! ¡cruel correspondencia á los beneficios que habia recibido! Pero apenas fué cometido el crimen, cuando ella fué vengada. Ninguna lengua puede expresar los tormentos que me hicieron sufrir mis remordimientos en el momento mismo en que acababa de cometer esta bar-

barie. Terrores involuntarios se apoderaron de mí, y los mas ligeros ruidos me espantaban. Cada ráfaga de viento en aquella noche de horrorosa tempestad me hacía estremecer, y parecia anunciarme el divino castigo que venia á herir á mi culpable cabeza. Temblaba al pensar en mi oculto crimen, que la justicia de los hombres no podia alcanzar. Yo sabia que el conde esperaba volver á ver á vuestra madre, ó recibir de ella alguna nueva solicitud. El ignoraba el modo con que yo la habia recibido y tratado, y tomé todas las precauciones posibles para mantenerle en esta ignorancia. Luego que estuve asegurada de que Lady Malvina habia dejado las inmediaciones de la abadía, hice escribir en nombre del capitán Fitzalan una carta al conde, donde le hacia las mas insolentes y amargas reconvencciones por su conducta hácia su hija. Yo esperaba que esta carta irritaria á mi marido, y le volveria á conducir á las disposiciones en que queria verlo; pero se engañó mi esperanza. Sea el que él conociese que la carta era supuesta, sea que estuviese determinado á no castigar á los hijos por la falta del padre, envió á buscar un abogado muy hábil á la vecina poblacion, que le aconsejaba sus negocios. Este hombre acababa de morir; pero su hijo, educado en la misma profesion, vino á la abadía en lugar de su padre. Yo habia temido su llegada; pero al verle esperimenté una conmocion muy diferente. Una ardiente pasion se apoderó de mi corazon al ver á este jóven en la flor de la edad, dotado de todas las gracias y talentos. Yo misma, casada, jóven, habiendo oido decir siempre que era hermosa, y creyéndome tal, estaba segura de que haria sobre su corazon la misma impresion que él habia hecho sobre el mio. Si yo lo conseguia, podria fácilmente con su ayuda impedir los efectos de las favorables disposiciones que el conde volvia á tomar cada dia por Malvina, y creí que el amor le llevaria á hacerme todos los sacrificios que exijiese de él. Habia á la verdad un testamento hecho; pero despues del nuevo proyecto, ya no me daba cuidado. Melross continuaba viniendo á la abadía mas frecuentemente que lo pedian los negocios, y

sus ausencias eran cortas. Las dependencias y asuntos del conde eran el pretexto de sus largas y frecuentes visitas; pero prontamente me declaró su verdadero motivo, animado con la inclinacion que le manifestaba. Yo no me detendré sobre esta parte de mi historia. En fin, colmé mi crimen violando la fé conyugal, y prometiéndonos mutuamente, Melross y yo, unirnos luego que estuviese libre por la muerte de mi marido, que no podia tardar mucho tiempo, visto el estado de enfermedad en que se hallaba. A consecuencia de esta promesa, Melross consintió en poner en mis manos el testamento del conde que le habia sido confiado. Este era en favor de Lady Malvina y sus hijos. Los testigos que lo habian firmado eran amigos de Melross, y estaba seguro de poder comprar su silencio. Vos os admirareis de que teniendo el testamento en mis manos, no lo quemase en seguida; pero esto no quise hacerlo jamas, pues tenia mis motivos para ello. Conservándole, me daba un poder sobre mi hija que no pude obtener ni de su afecto. Yo no dudaba que violenta, imperiosa y altanera como era, así como el marques, que en esto se parecian, se opondrian con todas sus fuerzàs á mi casamiento con Melross, que ofendia al mismo tiempo su orgullo y sus intereses; pero que si sabian que estaba en mi poder el castigarles severamente su oposicion, obtendria fácilmente su consentimiento, y los que mi orgullo y tranquilidad pedian por Melross. El conde habia encargado á Melross supiese el paradero de Malvina, y este habia prometido hacer las indagaciones; pero no es necesario decir que no llenó jamas su promesa. Mi marido murió cerca de un año despues del principio de mi pasion por Melross, y la marquesa heredó sus bienes en virtud de otro testamento que Melross habia fabricado, ignorando ella misma que este era supuesto, aunque por su conducta posterior tengo motivos de creer que no habria hecho escrúpulo alguno de aprovecharse de un tal fraude. Despues de la muerte del conde, yo dejé la abadía para irme á establecer en una hacienda que el conde me habia dejado cerca de quince millas de aquí, y allí, mucho antes

de lo que la decencia prescribía, confesé al marques y á la marquesa de Rosline mi proyecto de casarme con Melross. Las consecuencias de esta confesion fueron tales como yo me las habia figurado. El descontento del marques se manifestó mas en su aire que en sus palabras; pero la marquesa espresó toda su repugnancia de verme unir con un hombre tan inferior á mí por el nacimiento y por la fortuna. Esto era un insulto, decia, á la memoria de su padre, y una degradacion á su ilustre casa: que mi casamiento confirmaria tambien los rumores escandalosos que se habian esparcido sobre mi trato con Melross antes de la muerte de mi marido. Sus palabras irritaron toda mi violencia. Yo le eché en cara su ingratitud con una madre que por enriquecerla habia sofocado la voz de su conciencia. Mis reconvenciones alarmaron á mi hija y su marido, y me pidieron la esplicacion de ello. Yo no vacilé á dársela, declarándoles al mismo tiempo, que no pretendia sujetar mas tiempo mis sentimientos para complacerlos, y que como no veía en ellos ninguna deferencia por mí, declararia que Lady Malvina Fitzalan era la sola heredera legítima del conde de Dunreath. El marques y la marquesa mudaron de color. Ví que temblaban que no pusiese en ejecucion mi amenaza, aunque hiciesen semblante de no creer la existencia del instrumento con que les amenazaba; artificio que ellos emplearon con mucha habilidad para hacerme explicar aun mas.

“Tened cuidado, les dije levantándome de mi asiento para dejar el aposento, que no os dé una prueba demasiado convincente de su realidad. Si yo no experimento de vuestra parte la complacencia y las atenciones que tengo derecho á esperar, no continuaré resistiendo los remordimientos de mi conciencia, teniendo oculto el verdadero testamento de mi marido. Dueña de mis acciones, ¿qué otro motivo que el amor de mi hija ha podido conducirme á daros parte de mis intenciones? Vuestra resistencia y vuestra desaprobacion no pueden tener otro objeto que vuestro interes personal. Melross, ni por su estado ni por su mérito puede hacer deshonor á una casa ilustre. Yo

me retiré á mi aposento, convencida de que habia triunfado de su oposicion, y satisfecha de esta idea, pues creí ver claramente que mi hija y mi yerno estaban persuadidos de que podia privarles de los bienes que acababan de adquirir por la muerte del conde, y que para conservarlos no vacilarian en sacrificar su orgullo á mis deseos. Yo me prometia celebrar mi casamiento con toda la pompa de que siempre habia gustado; y estando satisfechas mi passion y mi vanidad, me embriagaba en mi felicidad. Algunas horas despues de esta escena, la marquesa me envió á suplicar le concediese una conferencia. Yo la ví entrar en mi aposento con un aire respetuoso que no le era ordinario, y en seguida me dió humildes excusas por su conducta. Convino conmigo en que tenia razon de estar ofendida; pero la reflexion la habia convencido de su falta, y ella me daba las gracias, como igualmente su marido, de haberles consultado sobre el paso que queria dar. Me prometieron tener todos los respetos que podia exigir por un hombre que habia honrado con mi eleccion. Yo no creí que mi hija fuese sincera en todo cuanto yo exigia. Yo la acompañé al cuarto del marques, y se hizo entre nosotros una reconciliacion; les presenté á Melross, que acogieron como yo deseaba.

“Algunos dias despues, la marquesa vino una mañana á mi aposento, y me dijo que tenia una proposicion que hacerme, que esperaba me seria agradable. Este era un proyecto de hacer un viage al continente, y que ella y su marido habian pensado que si Melross y yo queriamos darles el gusto de ser del viage, podia diferir mi casamiento hasta que estuviésemos en Paris, donde contaban ir en derechura; que les parecia que esto les era conveniente aun para mí misma, pues celebrado el matrimonio en Escocia tan pronto despues de la muerte de mi marido, podia chocar mucho á los amigos del conde de que estábamos cercados; en lugar de que una vez hecha la ceremonia en país estrangero, presentarian á Melross á toda su familia y conocidos como un hombre digno por todos respectos de ser admitido en su sociedad.

“Despues de haber deliberado algun tiempo, adopté el plan que me proponian, y que no contrariaba al mio. Mi pasion no impedía tener ganas de no chocar las conveniencias, y no se me podia ocultar que un casamiento celebrado tan cerca de la muerte de mi marido, atraeria sobre mí la censura del público que yo evitaba viajando, quedando desde entonces oculta é incierta la época de nuestra union. Melross consintió en todo. Fué, pues, convenido que él marcharia primero á Paris. Yo le dí todo el dinero necesario para comparecer con grandes conveniencias, y partió muy alegre de ver abrirse delante de él una carrera brillante.

“Contaba Melross con impaciencia los dias, esperando que me juntase con él; y como lo habiamos arreglado, partimos quince dias despues. Estábamos en mitad del invierno, y despues de algunas horas la noche era profunda. Cuando nos detuvimos, estaba cansada, fatigada y muerta de frio; y creyendo que tomábamos posada en un albergue, seguí al marques en un largo pasadizo alumbrado por una escasa luz que nos condujo á una sala bien iluminada, calentada con un buen fuego. Yo me admiré mucho encontrándome en un aposento que creí conocer; y manifesté mi sorpresa al marques. Vuestros ojos, señora, no os engañan, me dijo con un cruel énfasis; pues os hallais en la abadía de Dunreath.

“¡En la abadía de Dunreath! exclamé. ¡Oh cielos! ¿y por qué me conducís aquí? Para ocultar á todo el mundo, me respondió, vuestra locura, vuestra imprudencia y vuestras traiciones; para impediros ejecutar el proyecto indigno de un corazon depravado, y de una imaginacion desarreglada, contrayendo un casamiento vil y criminal; y para olvidar á aquellos cuya alianza con vos os da toda la importancia que teneis, los disgustos que vuestra locura les atraeria.

“Yo no puedo pintar los efectos que me causó este curso. Mi furor fué tal, que no hubo violencia á la que no me hubiera dejado conducir, si no hubiese estado des-

tituida de todos los medios de venganza; mis lábios trémulos no pudieron en mucho tiempo espresar mi rabia.

“¡Qué! dije al fin, ¿en una tierra de libertad os atreveis á atentar contra la mia? Sí, contestó con una frialdad insultante, porque está visto que no os hallais capaz de usar razonablemente de ella; vos deberíais darme gracias por la indulgencia que me hace atribuir vuestra conducta al desórden de vuestra imaginacion mas bien que á la depravacion; y es menester que en efecto seais muy loca para asegurar que existe un testamento del conde de Dunreht en favor de Lady Malvina Fitzalan. Estas palabras me descubrieron el motivo de su conducta conmigo, y me probaron al mismo tiempo que no hay fé entre los malvados. El marques estaba convencido, despues del conocimiento que tenia de mi carácter, de que no dejaria de quererle dominar, caso que tuviese en mis manos el testamento. Temia tambien que la pasion ó el capricho no me llevasen algun dia á vender este importante secreto, y á despojarle de su posesion ilegítima: así el orgullo y la avaricia le determinaron á desembarazarse de sus temores, apoderándose de mi persona, teniéndome en encierro privado.

“¡Ah! exclamé yo, ¿por qué no he reparado ya mi injusticia? Así no habria caido en los lazos de aquellos que se han aprovechado de sus despojos.

“Presentad, pues, ese testamento, dijo él, y disfrutareis de las ventajas que os prometeis de esta bella accion. Yo le respondí con la rabia y menosprecio en el corazon y en los ojos: No, no; está en manos seguras, y será presentado en el momento que vosotros menos lo espereis, para expiar y reparar mi injusticia, y manifestar la vuestra públicamente, haciendo entrar en sus derechos al legítimo propietario. Yo pedí mi libertad, amenacé, supliqué; pero en vano. El marques me aseguró que haria mejor en calmarme, pues mi suerte estaba decidida.

“Vos sabeis, me dijo con una mirada maligna, que no teneis amigo alguno que se informe de vos, ó que quiera tomar por su cuenta vuestros intereses; y aun cuando los tuviéseis, cuando les aseguraré lo que yo mismo creo, que



estais loca, nadie pedirá que os saquen de la prision. Yo pedí ver á mi hija.—Vos no la vereis jamas, me dijo; ella no quiere ser mas testigo de la criminal pasion que la hace avergonzarse de vos.

“¡Ah! dije; esto mas bien es que ella no se atreve á encarsarse con una madre ultrajada. Pero que no espere escapar de un justo castigo la desgraciada, que ha roto así los lazos de la naturaleza! Sí, mis sufrimientos amontonarán sobre su cabeza un peso enorme, y en el momento que menos lo esperará, su corazon será víctima de insoportables agonías, y le alcanzará la pena de su crimen.

“Convencida de que estaba enteramente en poder del marques, y que no tenia nada que esperar ni de él ni de mi hija, sus injustos y crueles tratamientos llevaron mi rabia é indignacion hasta un verdadero frenesí, que se terminó por fuertes convulsiones. Al volver en mí, me encontré en un aposento que conocí ser el que habia ocupado la difunta Lady Dunreath, á quien habia reemplazado tan indignamente. Mistriss Bruce, que era la conserge aun antes de casarme, estaba sentada al lado de mi cama. Yo vacilé algun tiempo si me dirigiria á ella como suplicante ó como señora; y siendo esto último mas conforme á mi carácter, le dije con altanería que me ayudase á levantarme, y me procurase un carruage para salir sin tardanza de la abadía. Así como daba estas órdenes, el marques entró en mi cuarto. Vuestro destino, me dijo, os lo repito, está fijado. Esta abadía será en adelante vuestra residencia, y no saldreis de ella. Bendecid á aquellos que os han procurado este asilo en vuestra locura. Tanto la marquesa como yo, no podemos dispensarnos de separar del mundo á una muger que difundiria contra nosotros imputaciones calumniosas, que podrian creerlas aquellos que no nos conocen. Yo me levanté de la cama furiosa y con solos los vestidos que me habian dejado al acostarme. Corrí á la puerta pidiendo mi libertad; pero él me cerró el paso; y escuchando mi demanda con un desprecio insultante, un momento despues salió. Yo quise seguirle; pero él me impelió brutalmente y cerró la puerta. Las

convulsiones me repitieron, y en su consecuencia me atacó una violenta calentura con delirio. En esta situación, el marques y la marquesa me abandonaron no dudando que mi enfermedad me arrojaría luego en una prision mas segura aún de la que ellos me habian puesto. Muchas semanas estuve en peligro, y al recobrar mis sentidos creí despertar de un pesado sueño, durante el cual habia sido atormentada de espantosas ideas. El primer objeto que distinguí fué Mistriss Bruce á la cabeza de mi cama, mirándome con inquietud y pareciendo desear mi restablecimiento sin esperarlo.

“Decidme, le pregunté, ¿estoy yo realmente en la abadía de Dunreath aprisionada por orden de mi hija? Mistriss Bruce suspiró. No os atormenteis vos misma, me dijo, con preguntas inútiles, ni empleeis la razon que acabais de recobrar felizmente, en vanas quejas:

“¿En vanas quejas? repetí dando un suspiro de desesperacion. Despues de haber guardado silencio por largo tiempo, supliqué que me diesen un poco de claridad abriendo las cortinas de mi cama. Ella consintió en ello, y los rayos del sol brillante, penetrando en mi aposento, me manifestaron un objeto que no pude ver sin estremecerme. Este era el retrato de Lady Dunreath, mi benefactora, colocado esactamente enfrente de mí. Mi carácter se habia domado con la enfermedad, y mi alma se habia hecho sensible. Yo creí ver á esta respetuosa muger delante de mí, escitando los remordimientos en mi conciencia, y el arrepentimiento en mi corazon. El aire bondadoso y benéfico que hacia el carácter principal de su fisonomía, estaba perfectamente imitado en el retrato, y me recordó con mucha fuerza el momento en que esta escelente persona me habia recibido en sus brazos y me habia dado su casa por asilo contra los vaivenes de la vida. Mi corazon se despedazaba pensando cómo habia pagado sus beneficios, causando la ruina y la desgracia de sus hijos. ¡Oh qué suplicio tan cruel fueron para mí estos recuerdos! Con todo, luego dejé de quejarme de mis sufrimientos. Yo los miraba como una expiacion de mi crimen, y la re-

signacion ocupá en mi alma el lugar de la desesperacion. Yo me decia á mí misma gimiendo; justo es que en el mismo sitio en que he desplegado mi injusticia y mi crueldad y urdido una horrible traicion, reciba la pena debida á mi maldad.

“La mudanza en las disposiciones de mi espíritu produjo otra de la misma naturaleza en mi carácter. Mistriss Bruce me encontró menos difícil de guardar, de lo que al principio habia imaginado. En vano procuré seducirla para obtener mi libertad; fué inflexible é inalterable en su fidelidad con los que la empleaban. Procurando recobrar mi libertad, no tenia intencion alguna de volver á parecer en el mundo; habria ocultado mi vergüenza en un retiro oscuro; pero tenia un deseo ardiente de reparar el mal que habia hecho á los hijos de Lady Dunreaht, y este deseo no me ha abandonado un solo momento. Jamas ha amanecido, ni jamas la noche ha tendido su manto, que no haya suplicado al cielo que me diese los medios de volver su herencia á los huérfanos á quienes despojé de ella. Mistriss Bruce, aunque firme, no ha sido cruel conmigo. Ella me ha manifestado las mayores atenciones hasta que estuvo restablecida mi salud. Ha cesado de verme en el discurso del dia, y solo me ha visitado por la noche; pero no ha dejado faltarme cosa alguna. Ella me ha proveido de libros de religion y de moral, como igualmente de papel, pluma y lacre, de lo que me he servido para compilar los pensamientos que la lectura me sugeria. A estos libros y á estos pequeños trabajos debo el haber soportado con alguna calma mi largo y triste cautiverio. Ellos han elevado mi alma; y engrandeciendo mis ideas del Ser Supremo, me han penetrado de sumision y respeto á su voluntad: ellos me han hecho conocer la grandeza de mis faltas sin arrojarme á la desesperacion, pues que haciéndome sentir el horror del crimen, me han instruido tambien de la eficacia del arrepentimiento. Sin embargo, privada como me hallaba de los goces comunes de la vida, del aire, del ejercicio y de la sociedad, por mas que me dijese á mí misma que mi castigo era menos que

mis crímenes, la naturaleza se quejaba y sufría, y mi salud se menoscababa. Mistriss Bruce me dijo en fin, que ella me permitiría pasearme en toda la parte del edificio contigua al aposento único en que hasta entonces habia sido confinada, y en donde tendria ventanas que daban al jardin, si yo le prometia no hacer tentativa alguna para recobrar mi libertad; tentativa que ella me aseguró no podia tener éxito, pues no habia ni en la abadía ni en sus cercanías sino gentes adictas al marques, que me entregarían inmediatamente en sus manos, y que si me sorprendían queriendo huir, tenia ya tomada la resolución de enviarme á Francia para hacerme encerrar como loca en alguna galera.

“Convencida de que el marques era capaz de toda suerte de violencias conmigo, penetrada de la suavizacion que Mistriss Bruce me procuraba en mi cautiverio, y solícita en facilitarme algun desahogo, le dí las seguridades mas solemnes de no intentar escaparme. En consecuencia, me ha abierto muchos aposentos que comunicaban con el mio, y ha quitado las barras de hierro que tenían cerrados mis postigos. ¡Con qué mezcla de placer y de pena he visto el espectáculo que la naturaleza ofrece á mi vista. Viéndome aún privada de disfrutarlo con entera libertad, me he admirado de haberla podido contemplar con ojos indiferentes. Algunas veces me desesperaba de pensar que este bien, comun á todos los hombres, yo solo lo disfrutaba á hurtadillas. No obstante, me decia á mí misma, ¡á quién debo quejarme con justicia de esta privacion, sino á mí misma? Estos bellos presentes del cielo eran míos; yo he perdido por mi culpa el libre uso de ellos. ¡Desgraciada! He cedido á la tentacion que me ha asaltado, me he separado del camino de la justicia, y he sido castigada con la pérdida de todos los bienes. Estas escenas de la naturaleza que hasta entonces habia mirado con indiferencia, las veia con gusto y con una especie de entusiasmo, como si mis sentidos las hubiesen visto por la primera vez. La mudanza de estaciones llevaba una grande diferencia en mi situacion con respecto á esto, pues

todas las ventanas estaban cerradas en invierno, excepto las del aposento que yo ocupaba, que daban sobre un corral pequeño y sombrío. Era un gran bien para mí la vuelta de la primavera, que me volvía la libertad de las ventanas, desde donde tendía la vista á la campiña. ¡Qué goce tan delicioso para mí, el verdor, las primeras hojas, las primeras flores, el murmullo de las aguas que caían de la montaña, y el canto de las aves! ¡Qué frescura en el aire de la primavera! ¡Qué dulzura en el olor de las flores, que un céfiro benéfico me traía para endulzar mi cautiverio! La oscuridad de las noches me daba también sus placeres; y cuando miraba esta bóveda azul sembrada de estrellas, este escaso y ligero velo que nos separa de los habitantes de la mansion celeste, un agradable y dulce sentimiento de piedad me hacía olvidar mis desgracias. Pero haciéndoos la historia de mis sentimientos, me separo del objeto que me he propuesto, y olvido que la persona á quien he hecho tanto mal no puede tomar grande interés en semejantes detalles.

“Yo entregaré esta tarde el testamento en vuestras manos. Os aconsejo, si no descubris á vuestro hermano luego, que lo confieis á una persona hábil, y con cuya probidad podais contar; pues hasta que hayais encontrado un hombre de esta especie, guardaos que se sepa que estais en posesion de él, por temor de que el marques, á quien creo capaz de todo, no os quite mi persona, testimonio principal de la validez del auto, cuyo testimonio os es tan necesario, y se os dará con tanto gusto: guardad, repito, el mas profundo secreto, hasta que todo esté dispuesto para hacer constar vuestros derechos. ¡Pueda su restablecimiento ser para vos y para vuestro hermano un manantial de felicidad! ¡Pueda la riqueza ser en vuestras manos el socorro y consuelo de los desgraciados, y que vuestros corazones gusten, derramándola así, la satisfaccion pura y duradera que no da cuando se emplea en gastos de un vano lujo y de una miserable vanidad! Yo deseo tanto como sea posible salvar el honor de mi hija; ella no merece de mí este deseo; pero ¡ah! yo misma soy en parte

culpable de su mala conducta. La Providencia la habia confiado á mis cuidados: he olvidado este sagrado deber; jamas he combatido sus nacientes pasiones, ni he cimentado en ella los fundamentos de una sola virtud. ¡Ah! puedan las oraciones de su desgraciada madre obtener perdon para ella! ¡Pueda un sincero arrepentimiento, aunque tardío, entrar en su corazon, y hacerle llorar y expiar sus faltas! Si ella no se hubiese unido á un hombre tan depravado, creo que jamas se habria apartado tan lejos del camino que le trazaban la naturaleza y su deber; pero la criminal personalidad del marques la ha corrompido, y no le ha dejado ver ni seguir mas que al vil interes.

“Poco tiempo despues de mi detencion, Mistriss Bruce me notició que el marques habia escrito á Melross diciéndole que habia mudado de pensamiento, y que ya no pensaba mas en él, y añadió que creía que se le habia procurado un buen establecimiento en Francia, pues no habia oido hablar mas de él. Ella hizo diferentes tentativas para sacar de mí á quién habia entregado el testamento, pues yo le habia persuadido que estaba en manos seguras, y he llegado á ocultarlo tan bien, que le ha sido imposible descubrirlo. He aquí todo cuanto tengo que decir. **Espero** con una inquieta impaciencia la visita vuestra de esta tarde. Espero este momento, en que podré reparar mi injusticia con vuestra madre, este momento en que recibiré la historia de vuestra vida, que vuestras lágrimas, vuestras palabras y vuestro abatimiento me anuncian que será la de vuestras desgracias; pero espero que son unas desgracias que no os ha traído ninguna falta, cuya memoria se borra con el tiempo, y que endulzan la amistad y el testimonio de una conciencia pura.

“Yo no puedo menos de decir los sentimientos que esperimenté al oír vuestra voz; esta voz tan semejante á la que yo conocia tan bien, y que mis crueldades han reducido mucho tiempo ha al silencio del sepulcro, me penetré de temor. Yo estaba á lo alto de la escalera, y bajaba á la capilla como era mi costumbre, á la caída de la tarde. Trémula de espanto permanecí algunos minutos sin poder

dar un paso; pero cuando yo me aventuré á acercarme á la puerta, y os ví de rodillas delante de la imágen de aquella que habia perseguido; cuando oí nombraros la desgraciada huérfana de la infeliz Malvina, mi conmocion fué profunda y terrible. Una imponente voz parecia gritar á mis oídos: He aquí llegado el tiempo de la restitution; he aquí la criatura que la mano de la Providencia ha conducido aquí para recibir la reparacion de la injusticia que has cometido contra su madre. Adora la mano poderosa que te da un medio de expiar tu crimen. Obedecí: levanté al cielo mis ojos húmedos de lágrimas y mis manos trémulas, y bendecí al Ser poderoso y bueno que habia acogido mi humilde oracion. El camino por el cual os ví salir de la capilla, me dió pruebas de que se ignoraba que viniéseis á ella. Yo os esperé al dia siguiente con una impaciencia que fué un verdadero suplicio: cuando me creí engañada en mi esperanza, volví á mi aposento, donde entrásteis poco tiempo despues, y donde experimentásteis tan grande terror; pero el mio no fué menor, pues á la ayuda del dia débil de que el aposento estaba alumbrado, creí ver á la misma Malvina, tanto os le pareceis por el talle, el porte y las facciones. ¡Ah! ¡que sea vuestro destino muy diferente al suyo! Prontamente se os volverá vuestro hermano: si se estremece cuando pronunciáreis mi nombre, obtened de él el perdon que vos me concedereis.

“Deseendientes y legítimos herederos de una ilustre casa, indemnizaos por una constante felicidad de las desgracias que hasta ahora habeis experimentado. ¡Ojalá se borren estas desgracias, ó no permanezcan en vuestra memoria sino para enseñaros la moderacion en la prosperidad, y la compasion por los males de vuestros semejantes! ¡Ojalá se aumenten las virtudes en vosotros al resplandor célebre de vuestros antepasados, y os aseguren en la otra vida una eterna felicidad! ¡Pueda vuestro linaje perpetuarse, y con él la felicidad en su seno! ¡Sean llevados vuestros nombres á la posteridad por la voz del reconocimiento, y esciten en otros una noble emulacion de imitaros!

¡Ah! ¿por qué no puedo formar deseos semejantes por mi desgraciada hija? Pero los haria en vano. Las nobles inclinaciones se han borrado de su alma; los placeres que da la virtud son nada para ella, pues no busca sino lo que da el fausto y la vanidad.

“Amables hijos de Malvina: si vosotros pudiéseis imaginar y sentir las agonías de que mi hija ha sido la causa para mí, os encontraríais mas vengados que todo cuanto os he hecho sufrir.

“¡Oh Dios! antes que mi alma deje mi cuerpo mortal, haced que yo sepa el arrepentimiento de mi hija.

“¡Oh vosotros, jóvenes interesante pareja, que vais á entrar en la posesion peligrosa de una grande riqueza! aprended con mi ejemplo, que su mal uso y el olvido de los deberes que la Providencia impone á aquellos que la concede, encuentran aún en este mundo su justo castigo.

“Determinada á reparar mi injusticia con todo mi poder y por todos los medios que se me proporcionen, estoy pronta, luego que sea requerida para ello, á atestiguar con mi testimonio la legitimidad de mi testamento que os entrego. ¡Quiera el cielo que podais disfrutar luego de las ventajas que os debe llevar! Este es el deseo ardiente y sincero de la que firma este escrito.

“ARABELLA DUNREATH.”

## CAPITULO VIII.

Las conmociones que sintió Amanda á esta lectura, fueron muy vivas, pero se apaciguaron poco á poco, é hicieron lugar á una grande compasion por la desgraciada y arrepentida Lady Dunreath, y al gusto de imaginar que iba á volver á su hermano una grande fortuna. En seguida pensó en los medios de hacer valer el testamento que tenia en sus manos, y sobre todo de encontrar, segun el consejo de Lady Dunreath, un amigo inteligente y seguro, á quien pudiese confiar este importante instrumento.

Pero ¿dónde podia encontrar un tal amigo en el estado



de abandono en que se hallaba? Despues de haber reflexionado largo tiempo, se presentó á su imaginacion la idea de Rusbrook: pues aunque le fuese casi del todo desconocido, él no miraria como indiscreta una demanda que era un homenaje tributado á su probidad, en la cual tenia ella sin duda una grande confianza. Revelándole un secreto de esta naturaleza, lo creia no solamente capaz de resentir vivamente una injusticia, sino tambien propio para dar sabios consejos y tomar la defensa del oprimido. El se le presentó en su imaginacion como su amigo, su abogado y consejero, y esperaba que tambien le ayudaria á encontrar á Oscar. Tambien se le presentaba el delicioso momento en que despues de haber descubierto á su hermano, lo pondria en posesion de una grande fortuna; ó aquel en que estrecharia aún contra su corazon otro corazon interesado en verla á ella feliz. Despues de haber caminado solitaria y triste en los senderos difíciles de la vida, y haberse visto obligada á quedar sola en la tempestad de la adversidad, cuán dulce le seria volver á encontrar unos ojos llenos de ternura fijos sobre los suyos, un oido atento á los acentos de su voz, y un ser sensible endulzando sus penas, siendo partícipe de ellas. Solo á aquellos que han conocido todas las dulzuras de la vida social, y que han llorado como ella su pérdida con todas las agonías del dolor, es dable formarse, si es posible, la idea de todos los sentimientos que agitaban su corazon.— ¡Oh Oscar! ¡Oh hermano mio! esclamaba, mojadadas sus mejillas de lágrimas, ¡qué momento tan delicioso aquel en que os veré! ¡Qué dulce me es desde ahora pensar que no sufrireis mas las penas de la pobreza; y gustareis las dulzuras que la beneficencia da á todos los que la ejercen! Entonces será cuando se manifestarán con todo su brillo vuestras virtudes; cuando hareis honor á los antepasados de que descendéis, sirviendo dignamente á vuestra patria, y difundiendo la felicidad al rededor vuestro.

La mañana sorprendió á Amanda en estas reflexiones. Ella abrió los postigos y vió al sol brillante con toda su gloria que disipaba la niebla que cubria el valle, desple-

gando poco á poco los tapices del hermoso verdor que contrastaba con la sombra fuerte que trazaban las elevadas montañas. Un viento fresco agitaba las copas de los árboles, pobladas de un número infinito de aves que celebraban con sus conciertos la vuelta del día, y parecían dar gracias al grande Autor de la luz y de la vida.

La espresion de estos mismos sentimientos se escapaba involuntariamente de los labios de Amanda, y ella experimentaba la calma y el dulce placer que gusta una alma religiosa y sensible al aspecto de las bellezas de la naturaleza campestre. Entonces probó tomar algún descanso, pero sin desnudarse. En efecto, tuvo un sueño bastante dulce, y despertó un poco refrigerada y descansada á la hora del desayuno.

Mistriss Bruce les manifestó el mas grande pesar de separarse de ellas. Esperaba, les dijo, que su ausencia no seria larga, pues estaba segura de que el marques dejaria la Escocia inmediatamente despues de las bodas de Lady Eufrasia. Por mas que Amanda procuró sostener esta mencion del casamiento de Eufrasia, su corazon se despedazaba á esta idea. El ánimo que se daba pensando en la necesidad que tenia de todas sus fuerzas para el importante negocio que iba á entablar, la abandonaba.

Ellas no dejaron la abadía hasta despues de haber comido y tomado el té. La idea de que pronto veria á su hermano dueño de esta habitacion, dió á Amanda un momento de placer; pero este placer pasaba luego que pensaba que antes de esta época Lord Mortimer seria esposo de Eufrasia. Entonces caia en una profunda melancolía, olvidaba su situacion, no pensaba que estaba en camino, ni notaba objeto alguno. La confusion la sacó de sus meditaciones, y se avergonzó al pensar que su modo de estar debia dar muchas sospechas á Mistriss Duncan, cuyas miradas le manifestaban que en efecto habia adivinado mas de la mitad de los sentimientos que ocupaban á su jóven compañera. Entonces buscó, aunque con algun embarazo, cómo entrar en conversacion, y Mistriss Duncan se prestó á ella con la mayor complacencia y alegría. El carruage

habia llegado á la estremidad del valle, y Amanda sacó la cabeza á la portezuela para arrojar la última mirada sobre la abadía. El sol estaba ya á su ocaso, pero aun inflamaba con sus rayos, que iluminando la parte superior del edificio, hacian contraste con la oscuridad difundida en el fondo del valle por las estendidas sombras de las montañas. Estos objetos y las cercanías de la noche condujeron á nuestros viajantes á la meditacion, y á ideas análogas á la escena melancólica que tenian á la vista: lo restante del viaje lo hicieron en silencio. Su posada estaba á la entrada de la poblacion, en donde Mistriss Bruce habia tenido cuidado de hacer encontrar todo cuanto pudiesen necesitar. La dueña de la posada les habia tenido dispuesta una buena cena que se les sirvió á su llegada. Despues de la cena Mistriss Duncan, asistida de Amanda, acostó á sus hijas, las que acostumbradas á una y otra, no habrian querido recibir los servicios de la criada. Amanda y Mistriss Duncan no teniendo ganas de dormir, se fueron á pasear sobre un terrado contiguo á su aposento. La luna estaba clara. El terrado dominaba un valle que se estendia á lo largo del mar, y la cadena de rocas que le servia de límites estaba coronada de las ruinas de un antiguo castillo, cuyas almenas estaban alumbradas por la claridad de la luna. Desde allí veian las olas esparcidas, formando una especie de mantel de plata, y las oian estrellarse contra las rocas.

Amanda y Mistriss Duncan unas veces disfrutaban en silencio de esta apacible escena, y otras alababan sus atractivos. Mientras se paseaban por este terrado, oyeron á lo lejos una caja de guerra que tocaba la retreta; y Mistriss Duncan, que conocia el país, dijo á Amanda que este ruido venia de una fortaleza inmediata á la poblacion. Algunos momentos despues oyeron una música militar tocando una marcha compuesta por Fitzalan y admirada de los profesores

Una multitud de memorias vinieron á asaltar á Amanda. Ella se acordó del tiempo en que ella tocaba esta marcha para su padre, mientras que él sentado á su lado

la miraba con unos ojos que respiraban ternura y placer. Lloraba por estos tristes recuerdos, y lloraba oyendo estos mismos sonos que tan á menudo habian escitado en ella sentimientos de alegría y placer.

Al fin cuando estuvieron convencidas de que la música se habia acabado por toda la noche, se retiraron.

Habiendo Amanda formado su plan relativo al testamento, estaba determinada á ponerlo en ejecucion sin tardanza. Ella habia hablado muchas veces á Mistriss Duncan de sus inquietudes por su hermano, que, decia, era la causa de toda su melancolía, y resolvió decirle que este mismo motivo la llevaba á hacer un viage á Londres, á donde buscaria medios de saber dónde se hallaba. A la mañana siguiente instruyó de su proyecto á Mistriss Duncan, la cual no solamente se sorprendió, sino que se afligió y se esforzó á apartarla de él, representándole del modo mas fuerte los peligros de un viage tan largo para una jóven sin esperiencia y sin proteccion.

Amanda convino en todo; pero le dijo que el temor de los peligros y de los inconvenientes de un tal viage, era menos penoso para ella que los tormentos que le causaba la incertidumbre sobre su hermano.

Mistriss Duncan, que en su interior no podia vituperar la resolucion de Amanda, la instó á que no hiciese en Lóndres mas larga mansion de lo que le fuese necesario, y le manifestó todo el pesar que tendria de perderla.

Amanda le dio gracias por estas señales de amistad, y le dijo que esperaba poder pasar con ella aún algunos dias felices. Ella se proponia viajar en una silla de alquiler hasta la frontera de Inglaterra, y desde allí tomar la diligencia. La dueña de la posada fué á alquilar una para el dia siguiente por la mañana, y Mistriss Duncan pasó el resto del dia en llorar la pérdida que temia, y en suplicar á Amanda que volviese lo mas pronto posible. Hasta este momento no habian conocido estas dos mugeres la fuerza de su mútua inclinacion. Mistriss Duncan le ofreció su bolsillo con las instancias mas eficaces, suplicándole usase de él como haria con una hermana, tomase

todo cuanto podia serle necesario para un viage tan largo, y para una ausencia cuya duracion era incierta.

Amanda, que no era amiga de contraer obligaciones de esta naturaleza siempre que podia evitarlas, no quiso aceptar este ofrecimiento, pero le manifestó todo su reconocimiento por ello, asegurándola por otra parte, como era verdad, que tenia suficiente dinero para hacer su camino, y que todo cuanto podia aceptar era lo que Mistriss Duncan le habia ofrecido del salario en que habian convenido.

Mistriss Duncan le suplicó que tomase una carta para una familia cuya casa estaba inmediata al lugar que debia terminar la primera jornada de su viage. Eran, le dijo, parientes de su difunto marido, que constantemente habian usado muchas bondades con él, y aun con ella, y habia tenido una correspondencia seguida con ellos hasta el momento en que se habia trasladado á la abadía de Dunreath, desde donde habia cesado de escribirles por temor de descubrir el lugar de su retiro; pero que ella no podia despreciar una ocasion que se le habia proporcionado por una persona segura que podia satisfacer á todas sus preguntas; y añadió que era la casa mas agradable y de mas hospitalidad del mundo; que ellos seguramente no sufririan que Amanda se acostase en la posada, y que sin duda querrian tenerla algunos dias, y acompañarla una gran parte de su camino.

Amanda, á quien el estado de su alma le producía indiferencia por una sociedad no conocida, dijo que ella se encargaba de la carta, pero que no prometia entregarla por sí misma. Dió gracias á Mistriss Duncan por sus tiernos cuidados, y añadió que por una noche era pequeño inconveniente para ella acostarse en una posada; y que en cuanto á retardar su viage por una mansion en casa de las personas á quienes Mistriss Duncan le dirigia, que no podia consentir en ello. Mistriss Duncan la rió por el gusto que tenia á la soledad; pero no la instó mas sobre este punto, y escribió su carta.

Como la silla debia venir muy temprano, se despidie-

ron y separaron muy tarde. Al estrechar Mistriss Duncan en sus brazos á Amanda, le rogó de nuevo que volviese prontamente, declarándole que ni ella ni sus hijas serian felices hasta su vuelta.

Amanda partió muy de mañana, y antes de subir al carruage no pudo menos de arrojar una mirada á un punto de vista lejos, donde le habian enseñado un grande bosque de abetos, en medio del cual estaba situado el castillo de Rosline. Su corazon estaba oprimido al pensar en el suceso que habia habido ó habria en este castillo. Estaba atemorizada con la idea de un largo y penoso viage, y con las dificultades que emprendia vencer. Viendo á los habitantes del campo volver alegremente á sus labores diarias, comparando su situacion con la suya, se encontraba solitaria y abandonada. ¡Qué dulces me serian, se decia á sí misma, sus ocupaciones mas penosas, si pudiera entregarme á ellas en medio de una familia y de los consue- los de la vida doméstica! Nuevos temores se levantaban en su imaginacion. Rusbrook podia estar auseute de Lón- dres ó no llenar sus esperanzas; pero luego se reprendia su inquieta prevision, que le hacia nacer así fantasmas de inciertas desgracias, mientras que experimentaba ya de- masiado reales. Ella procuró distraerse de estos pensa- mientos con la vista de los objetos que se le presentaban, y en parte lo consiguió. Eran cerca de las cinco de la tar- de cuando el conductor de la silla se detuvo en la posada donde debia pasar la noche; pues la cortedad de los dias en otoño no le habria permitido hacer mas larga jornada, aun cuando sus caballos la hubiesen podido conducir mas lejos. Ellos se detuvieron en la posada que Mistriss Dun- can le habia dicho que bajase. Esta era una casa pequeña pero cómoda y propia, y en una situacion verdaderamen- te pintoresca, al pié de una ladera plantada de viejos abetos, á lo alto de la cual se veian restos de un antiguo edificio religioso. Un riachuelo descendia de lo alto, cu- yo murmullo se dejaba oir sin que se viese, pues estaba oculto por el bosque bajo del cual corria, hasta que, des- pues de haber rodeado la casa, iba serpenteando á regar

un largo valle. Al centro de este valle y en medio de las habitaciones de que estaba sembrado, se elevaba una casa, cuya grandeza y alrededores manifestaban ser habitacion de un rico propietario. Habiendo Amanda rogado al huésped que hiciese poner en manos de Mr. Macqueen la carta que Mistriss Duncan le habia entregado, le dijeron que su habitacion era aquella, y la mas principal de toda aquella tierra. En la posada solo habia Amanda de viajeros, y la tranquilidad de la casa, como igualmente la buena acogida de los huéspedes ya ancianos, calmaban su agitacion. Su pequeña comida se la sirvieron luego. Cuando hubo acabado, y que la dejaron sola, todas las ideas tristes que habia conseguido desviar en parte por la mañana observando los objetos que se le ofrecian en el camino, volvieron á asaltarla en grupo y con mucha mayor fuerza. Los libros, este remedio de la alma afligida, le faltaban; ella ninguno se habia llevado consigo, ni los que se encontraban en una mesita de su aposento parecia que le pudiesen fijar su atencion y disipar su melancolía. Aunque el tiempo era malo, prefirió dar un paseo á quedar sola entregada á sus tristes pensamientos; y despues de haber ordenado que le tuviesen dispuesto el té para cuando volviese, y convidado á la huéspeda á tomarlo con ella, se hizo acompañar al jardin de la posada, desde donde subió la ladera por unos senderos y revueltas difíciles, pues estaban embarazadas de malas yerbas y zarzas. El viento era frio, y la oscuridad de la tarde se aumentaba con las nubes negras y espesas.

Sabia que en las montañas que se veian á lo lejos estaba el castillo de Rosline, y de lo alto de la colina en donde se hallaba los miraba con los mismos ojos que el amigo ó amante, solitarios despues de la pérdida del objeto querido de su corazon, miran el sepulcro que encierra sus tristes respetos. Olvidando que en su paseo habia tenido por objeto distraerse, se sentó sobre una piedra entregándose á su melancolía de tal manera, que no oyó los pasos de algunas personas que se acercaban, ni observó que la buscaban, sino la voz de su huésped que llegó á sus oidos.

Ella se levantó y reconoció al dueño de la posada acompañado de dos señoras que le dijo eran Mistriss y Miss Macqueen. Ellas saludaron á Amanda, y despues de los cumplimientos de estilo, Mistriss Macqueen la tomó de la mano, y con una mirada llena de bondad y cordialidad la convidó á pasar la noche en su casa, asegurándola que el placer que habia tenido de recibir una carta de Mistriss Duncan se habia aumentado con el de hacer conocimiento con una persona que Mistriss le decia que era su amiga. Miss Macqueen se juntó con su madre para instar á Amanda, y le dijo que luego de leida la carta habian salido para empeñarla á venir con ellas á su casa.

¡Qué! dijo el huesped riendo, ¿es así, señoras, como me robais los parroquianos? será menester que me desaloje y aleje de vosotras si no quiero ser arruinado. Amanda estaba convencida de que en el abatimiento en que se hallaba, no estaria en estado de disfrutar los placeres de la conversacion y de la sociedad, y así se escusó algun tiempo, alegando su resolucion de ponerse en camino al dia siguiente al amanecer.

Mistriss Macqueen le dijo que seria dueña de partir al dia siguiente á la hora que quisiese, y tanto ella como su hija renovaron sus instancias con tanto calor, que Amanda no pudo resistir mas. Ellas la acompañaron á la posada, en donde Amanda solo se detuvo el tiempo necesario para pagar al huesped, y dar órden al postillon de que viniese á tomarla al dia siguiente, luego que se hubiera levantado alguno de la casa. Entonces volvió con ellas á su casa, que se podia llamar el templo de la hospitalidad. La familia Macqueen consistia en cuatro hijos y seis hijas, que todos tenian casi la edad de la infancia, y estaban unidos con los lazos de la amistad, tanto como con los del parentesco.

Mr. y Madama Macqueen despues de haber pasado muchos años en Edimbourg para instruir á sus hijos habian vuelto á su tierra, donde empleaban sus grandes bienes en disfrutar de los halagos de la sociedad, y hacer bien á todos los que los cercaban. Mistriss Macqueen informó á Amanda



de que tenían al presente junta toda su familia, pues sus hijos que tenían empleos y profesiones en diferentes partes del reino, se habían hecho una ley de visitarles todos los otoños. Cuando llegaron á casa era ya la noche cerrada, y el viento era frio y penetrante, de modo que Amanda se halló feliz de encontrarse en un salon bien iluminado y caliente; buenas cortinas, espesos tapices y un buen fuego desafiaban al viento que soplaba de la montaña con violencia por afuera, y hacian el goce del interior mas dulce por el contraste. En el salon se juntaron Mr. Macqueen, dos de sus hijas, cinco ó seis hombres y mugeres, á quienes Amanda fué presentada. Ella encontró en Mr. Macqueen este aire benéfico y bueno que habia hallado en su esposa. Ambos eran iguales en edad; pero la declinacion era mas perceptible en él. De algun tiempo á esta parte habia caído tan enfermo, que no podia caminar sin la ayuda de alguno; pero su gusto por la sociedad era siempre el mismo, y en su silla de brazos y sus piernas envueltas con flanela tenia como siempre alegre toda la casa, y veia con el mismo placer las danzas de los hijos á las que él no se podia mezclar. Mistriss Macqueen parecia ser la hermana mayor de todas sus nijas, las cuales tenían todas un mismo y admirable aire de familia. Eran grandes y bien hechas, aunque eran poco fuertes; mas hermosas por una fisonomía animada y vivos colores, que por sus regulares facciones, y sobre todo, adornadas de gran cantidad de cabellos castaños abandonados á sí mismos, cayendo en largos anillos sobre sus espaldas, y rizados sobre una blanca y pulida frente con una elegante simplicidad.

¡Y bien! dijo Mistriss Macqueen dirigiéndose á una de sus hijas, los jóvenes y vuestras hermanas no han venido aun: yo temo que se hayan aventurado á ir demasiado lejos para el tiempo que hace. Apenas habia acabado de hablar, cuando se oyó bajo las ventanas una numerosa compañía riendo y conversando, y subiendo luego con una alegría tumultuosa, abriendo la puerta del salon, y se vió entrar á una muger con un aire noble é imponente, y de

una cierta edad, seguida de muchas jóvenes y muchos hombres.

¿Pero qué fué de Amanda, qué sentimientos experimentó, cuando en esta concurrencia distinguió á Lord Mortimer y á su hermana Araminta Dormer? Esto es lo que yo no me lisonjeo poder describir. Turbada y confundida llevó sobre ellos una mirada incierta, como si con ella hubiera podido descubrir que lo que veía era solo una ilusión, y se volvió como para no ser vista, aunque ella no pudo persuadirse que pudiese escapar á su observacion. Jamas se habia hallado en situacion tan terrible. Volver á ver á Lord Mortimer cuando sabia que habia perdido toda su estimacion; volverle á ver cuando iba á unirse con otra muger, era un momento terrible, una verdadera agonía. Inútilmente pensaba que no habia merecido la pérdida de su estimacion; este testimonio de su conciencia no era suficiente para reanimar su valor. Su corazon parecia quererse despedazar; su seno estaba agitado; todo su cuerpo temblaba, y ella se ponía alternativamente, ya encarnada de vergüenza, y ya helada de espanto, previendo que iba á sufrir las reconvenciones mudas y expresivas de los ojos de Mortimer, por los agravios de que él falsamente la creia culpable, y todo el desprecio de su tia (que era la muger que habia entrado la primera en el salon), y de su hermana.

## CAPITULO IX.

Amanda sintió amargamente haberse dejado sacar de su posada, y hubiera perdonado de muy buena gana al destino la mirada de sus infortunios, por poder escapar del salon sin ser vista. La compañía que acababa de entrar, ocupada al principio en hablar á las primeras personas que se presentaban á sus ojos en el salon, riendo y haciendo la relacion de su paseo, y de los pequeños accidentes que les sucedieron, estuvo algun tiempo sin obser-

var á Amanda; pero pronto y demasiado pronto para ella, Mistriss Macqueen se acercó para presentarle aquellos hijos que acababan de entrar.

Amanda vió que el momento fatal habia llegado, y no quiso que su misma confusion la hiciese parecer culpable á los ojos de aquellos que la podian creer tal. Ella procuró animarse á sí misma, y se acercó á dos de las mas jóvenes, ocultándose detras de ellas de las miradas que temia mas encontrar. De consiguiente nada respondió á sus cumplimientos sino con una sonrisa; é iba á volverse á sentar, cuando Mistriss Macqueen, tomándola por la mano, la presentó á Lady Marta y á Lady Araminta Dormer. El lector se podrá bien acordar que la primera jamas habia visto á Amanda. Ella acogió con una sonrisa obsequiosa á la pretendida Miss Donald, á quien solo habria manifestado un frio desden, si hubiera creido que aquella era Miss Fitzalan. En efecto, era difícil ver una figura mas interesante. Su vestido de luto hacia resaltar toda la alegría de su figura, la belleza de su color y la delicadeza de sus rasgos, mientras que la tristeza grabada en todas sus facciones, indicaba un dolor profundo oculto en el fondo de su corazon. Sus grandes ojos azules estaban medio cerrados por sus largos párpados; pero las miradas que se le escapaban estaban llenas de dulzura y sensibilidad. Sus hermosos cabellos desordenados por el movimiento del carruage, y por el viento que habia sufrido en el paseo, caian en bucles naturales acompañando á su cara y su cuello, y resaltaban los encantos de su figura por una amable negligencia. La mirada que recibió de Lady Araminta fué muy diferente de la de Lady Marta. Los ojos de aquella jóven espresaron la cólera, la sorpresa y el desprecio. Sus miradas animadas y penetrantes traspasaban el corazon de Amanda, la cual la oyó repetir con desden el nombre de Miss Donald. Con este nombre prestado le era horrible darse á entender, pues que justificaba las sospechas de que era el objeto. ¡Ah! ¿por qué, se decia á sí misma, me he dejado llevar de este disimulo? ¿Por qué no he guardado mi nombre á pesar de los peligros

que me hacia correr, antes que tomar uno fingido, que me acusa de engaño á los ojos de aquellos que me conocen bajo el verdadero? Por fortuna de Amanda, el tumulto que reinaba en la compañía y la ocupacion particular de cada uno, impedian que se notasen las miradas y las palabras que se le escapaban á Lady Araminta.

Amanda retiró sus manos de las de Mistriss Macqueen para volverse á sentar; pero esta señora con una política obsequiosa en su intencion, y molesta para la pobre Amanda, la detuvo interpelando á Lord Mortimer y nombrándola Miss Donald. Amanda levantó la cabeza pero no los ojos, y no vió ni oyó á Lord Mortimer. El momento que ella habia temido habia ya pasado, y esta idea le trajo algun alivio; pero la mirada desdeñosa de Lady Araminta le quedaba aún en el corazon. Despues que estuvo un poco calmada, ella la buscó con la vista, y vió á Mistriss Macqueen sentada entre ella y Lady Marta hablando en voz baja. El aire y el semblante de estas damas, y sus miradas dirigidas algunas veces sobre ella, le hicieron creer que era el objeto de la conversacion, y que contaban á Mistriss Macqueen su verdadera historia.

Ella desvió sus ojos de este espectáculo para entretenerse con uno de los jóvenes Macqueen, quien estando sentado á su lado empezó una conversacion llena del espíritu y vivacidad que caracterizaban á esta familia; pero Amanda estaba demasiado ocupada en sus disgustos para entregarse á ideas estrañas y alegres. Ella apenas sabia lo que decia, y solo respondia por monosílabos. Al fin una pregunta mas precisa la sacó de su distraccion. Ella se avergonzó, y viendo que el jóven la miraba con una especie de admiracion, le vino á la memoria por la primera vez la figura tan estraña que iba á hacer en esta sociedad, si no tomaba alguna seguridad y alguna firmeza de espíritu. La familia con que habia sido introducida, merecia por su hospitalidad toda especie de atenciones y respetos de su parte. Despues de haberse escusado no sin razon, por un gran dolor de cabeza, resolvió tomar algun imperio sobre sí misma.

El jóven Macqueen con un celo obsequioso dijo que iba á avisar á su madre ó á alguna de sus hermanas de su indisposicion, y le ofreció procurarle algun socorro que la aliviase; pero ella le suplicó encarecidamente que no hiciese cosa alguna, que esta indisposicion no era nada, y que se disiparia por sí misma. Entonces se esforzó á sostener la conversacion, y lo conseguia, escepto cuando la voz dulce é insinuante de Mortimer, esplicándose con su gracia é ingenio acostumbrados, venia á sus oidos, y la detenia en medio de su frase; pero su conversacion con el jóven Macqueen fué prontamente interrumpida por el padre, el cual manifestó á su hijo que no queria verle mas tiempo apoderarse solo de Mistriss Donald, y él desearia que tuviese la bondad de acercársele.

El jóven Macqueen obedeció, y tomando á Amanda por la mano, la condujo á su padre, y la hizo sentar á su lado. Al otro lado estaba Lady Marta Dormer. El jóven Macqueen dijo con gracia que esta era la primera vez que habia obedecido á su padre con repugnancia, y que esperaba que su pronta sumision seria recompensada con el permiso de renovar prontamente su conversacion con Miss Donald. Amanda hasta entonces habia privado á sus miradas de recorrer el salon, y aunque no pudo impedirles que viesen la persona de Lord Mortimer, ella no habia visto aún su cara ni sus ojos, y continuaba en evitar uno y otro. Macqueen hizo muchas preguntas á Amanda relativas á Mistriss Duncan, y Amada contestó bastante bien, porque estaba preparada para ello; pero dejando del todo esta materia, preguntó á Amanda de qué rama de los Donalds descendia. A esta inesperada pregunta quedó turbada y confusa. Ella nada respondió, hasta que Mr. Macqueen se lo hubo repetido. Entonces con una voz trémula y débil, poniéndose colorada hasta los ojos, y bajando la cabeza hasta el pecho, contestó que no sabia nada.

Macqueen la miró algunos momentos con alguna admiracion, y mudando de discurso le dijo: Yo he conocido muchas hermosas; pero jamas he visto alguna que teniendo ojos tan hermosos, tomase tanto cuidado como vós en

esconderlos. Es preciso que sepais el mal que pueden hacer, y que sea por piedad á los hombres el que no los manifesteis.

Amanda se puso aun mas colorada, viendo que se notaba el cuidado que tenia de conservar los ojos bajos: ella los levantó y puso sobre Mr. Macqueen, el cual, habiendo respondido á una pregunta de Lady Marta, continuó así: ¡Vos no sabeis de qué rama de los Donalds descendeis? Puede ser que esto solamente sea olvido de vuestra parte; pero permitidme preguntaros el renombre de vuestro padre, y con qué mujer del condado se casó, pues los Donalds se casan generalmente entre sí.

Entonces conoció Amanda cruel y vivamente cuán penoso y embarazoso es sostener todo engaño, sea cual fuere el motivo que nos lo haga usar, aunque su alma pura no tuviese necesidad de una nueva prueba de esta verdad. Ella apartó los ojos de Mr. Macqueen, y se encontró con los de Lord Mortimer, que sentado en frente de ella, la miraba con la mayor atencion, como si hubiese querido observar cómo saldria del embarazo en que la habia puesto este nombre supuesto.

Mistriss Macqueen atribuyó su embarazo, al fastidio que le causaban las preguntas de Mr. Macqueen, de quien sabia que su parte flaca era ocuparse mucho de investigar genealogías. Para sacar á Amanda de esta situacion, propuso una partida de whist, de que Mr. Macqueen gustaba, y para el cual estaban ya dispuestas la mesa y cartas delante de él. Al tomar los naipes, dijo ella al oido de Amanda que fuese á la mesa del té.

Amanda no se hizo de rogar, y dando gracias en su razon á Mistriss Macqueen de haber venido tan á tiempo á su socorro, se colocó en la mesa del té, en donde se habian ya juntado todos los jóvenes. La alegría entre ellos era tan grande, que Miss Macqueen la mayor, personaje el mas grave del concurso, llamaba inútilmente á sus hermanas á que la ayudasen á servir. Ella hizo lugar á Amanda á su lado, y buscando esta alguna ocupacion que pudiese ayudarla á ocultar su embarazo y á evitar las mi-

radas que temia encontrar, se ofreció á servir el café. Estando ocupada en esta funcion, Miss Macqueen le dijo al oido: ¿Sabeis que todas cuantas nos hallamos aquí estamos locas por Lord Mortimer? Es un jóven amable, y sus modales son tan amables como su figura. El no tiene ni la afectacion ni la vanidad tan comun á los jóvenes que disfrutan de las ventajas que él tiene: solo el conocimiento que tenemos de sus empeños nos impide arrancarnos los ojos unas á otras por él. Vos seguramente habreis oido hablar de Lady Eufrasia Sutherland, hija del marques de Rosline, con quien va á casarse. Ella y el marques su padre estuvieron aquí hace algunos dias: la hija no puede compararse en manera alguna á Lord Mortimer; pero tiene grandes bienes, que es lo que puede hacer pasar por hermosa á cualquiera. Solo se detuvieron aquí para desayunarse, y esperábamos el resto de la sociedad que ha llegado esta mañana, y han consentido quedarse hasta mañana para dejar descansar á Lady Marta, fatigada del viaje. Yo me alegro de que os háyais encontrado aquí con ellos. Las dos mujeres son amables, y Lady Araminta es tan agradable como su hermano; pero aquí viene, añadió apretando la mano de Amanda, nuestro vencedor. Lord Mortimer se hizo con algun trabajo un poco de lugar en la mesa. Fué menester que Miss Macqueen se acercase á Amanda para hacer tomar un asiento á su lado á Mortimer. Entonces Amanda se volvió al otro lado, donde habia una hermosa muchacha, con la cual entró en conversacion; pero Miss Macqueen la quitó este recurso, suplicándole que sirviese café á Lord Mortimer. Amanda obedeció, y él se levantó para recibir la taza, que ella le presentó con una mano trémula; y aunque no le miró la cara, vió que su mano no estaba bien asegurada, y observó que ponía la taza sobre la mesa, y que tenia los ojos bajos. Oyó que Miss Macqueen le dirigia dos veces la palabra sin recibir respuesta; y cuando respondió, fué tan precipitadamente, que parecia despertarse sobresaltado. Miss Macqueen entonces se olvidó como sus hermanas de servir en la mesa. Acabado el té, oyeron en el aposento vecino un

violin tocando una contradanza inglesa. La música puso en movimiento á todo el mundo, y los jóvenes escogieron sus parejas. El joven Macqueen, que habia tributado tan asiduos cuidados á Amanda, vino á buscarla, y la conducia á la sala del baile, como si el bailar fuese una accion comun de la vida, de la que no puede uno dispensarse. Con todo, ella se excusó, y le declaró que no bailaria. El se quedó algun tiempo incierto de si la instaria, y al fin le suplicó que no lo mortificase con tal negativa. Mistriss Macqueen juntó sus instancias á las de su hijo; pero Amanda se excusó con su dolor de cabeza.

Mi querida Miss, le dijo Mistriss Macqueen, probad una sola contradanza: mis hijas pretenden que es el remedio de todos los males. Era penoso para Amanda negarse; pero no pudiendo apenas tenerse en pié, no estaba en estado de bailar: aun cuando hubiese tenido fuerzas para ello, no podia soportar el pensamiento de que bailando se acercaria á Lord Mortimer, cuyas miradas no podia encontrar sin una violenta conmocion. Como ella se resistiese siempre, una de las Miss Macqueen vino corriendo al aposento.—¿Qué haceis ahí, hermano mio? gritó; venid, pues, y se marchó.

No os detengais mas tiempo, dijo Amanda al joven Macqueen. Este, encontrándola inflexible, fué á buscar otra pareja. Mistriss Macqueen propuso entonces á Amanda ir á la sala del baile, donde se divertiria con el espectáculo sin fatigarse. Amanda hubiera querido dispensarse, pero se creyó obligada á ceder. Lord Mortimer acababa de bailar una contradanza, y estaba en pié cerca de la puerta en actitud reflexiva. En el momento en que vió entrar á Amanda, se acercó á su bailadora, y continuó con ella una conversacion muy animada. Amanda se sentó al lado de Mistriss Macqueen, cuya conversacion le quitó insensiblemente sus tristes pensamientos. Manifestaba á Amanda el placer que una alma sensible experimenta al espectáculo de la felicidad doméstica, tal como la disfrutaba ella, diciéndole: Tengo que dar muchas gracias al cielo por la felicidad de que os hablo. Vos nos veis ahora en un mo-



mento de la mayor satisfaccion, porque mis hijos están en nuestra compañía; pero jamas estamos tristes. El verano es delicioso para nosotros; pero ni aun en invierno conocemos el tedio. Gustamos de la diversion, pero no de la disipacion. Por la mañana nos entregamos á ocupaciones útiles, y por la tarde á nuestros placeres. Todo el manejo y conducta de la casa está en manos de mis hijas, y ellas se trabajan todas sus modas. Con la ayuda de nuestros corteses vecinos, con quienes nos reunimos, nos hallamos en estado de variar mucho nuestras diversiones. El baile, el concierto y la comedia se suceden unos á otros. Dos años hace que mis hijos representaron el *Winter's tale*: su pobre padre no estaba entonces en el estado de enfermedad en que le veis: aquí ella suspiró, y se detuvo un momento, y en seguida prosiguió: la edad lleva consigo las enfermedades; pero debo un grande reconocimiento á la Providencia, que de los males á que está sujeta la naturaleza humana, solo me ha hecho sentir aquellos que el tiempo trae consigo. Mr. Macqueen tenia entonces toda su vivacidad. Representaba el papel de Amanda y yo el de Paulina, y mezclándose así en las diversiones de nuestros hijos, hemos añadido á su amor y respeto por nosotros, la confianza y la estimacion. Ellos no encuentran completos sus placeres, si nosotros no somos partícipes de ellos. Ahora están ocupados en preparar *the Gentle Shepherd* (el amable pastor). En estas ocasiones, mi hijo mayor es el director de la comparsa, otro hace las decoraciones, y el que os ha pedido para bailar es el apuntador. Esta conversacion que interesaba á Amanda, fué interrumpida: vinieron á decir á Mistriss Macqueen que el último *robber* se habia acabado, y que se necesitaban cartas:

Yo volveré lo mas presto que pueda, dijo Mistriss Macqueen dejando el aposento. Si Amanda no hubiera temido las miradas de Lady Marta, tanto como las de Lord Mortimer ó de Lady Araminta, habria seguido á Mistriss Macqueen al salon. Ella, pues, permaneció donde estaba, y se pasó algun tiempo sin que se percibiese que estaba sola. Miss Macqueen se le acercó, y le dijo: Vos estais so-

la y triste: probad el bailar una contradanza: la que ahora tocan es muy hermosa.

Amanda rehusó estas nuevas instancias, y llamada Miss Macqueen á ocupar su puesto, la dejó otra vez sola. Con todo, venia de cuando en cuando, todas las ocasiones que podia dejar el baile, á decir una palabra á Amanda. Al fin, Lord Mortimer la siguió. Amanda baj los ojos cuando se acercó. Mortimer dijo á Miss Macqueen: Vos nos dejais sin cesar, ¿y creéis que pueda perdonaros vuestras frecuentes deserciones? ¡Oh, dijo Miss Macqueen, está tan abandonada Miss Donald! Ved, replicó él vivamente, que vuestra hermana os hace señal de volver; permitidme que os acompañe.

Amanda los miró cuando se alejaban de ella, y conoció que Mortimer volvió la cara; pero al instante que vió que ella lo observaba, cesó de mirarla. Cuando se hubo acabado la contradanza, Miss Macqueen volvió al lado de Amanda con algunos de sus hermanos y hermanas. Se sirvieron con profusion vinos, pastas y limonada caliente, y el violin fué reemplazado con una gaita de las montañas de Escocia, tocada por un criado antiguo de la casa, vestido á lo montañés. El ejecutaba una sonata de baile escocés, con gran satisfaccion suya y de sus compatriotas. La gaita hizo entrar en danza á dos Miss Macqueen y dos jóvenes de la sociedad, que la continuaron hasta que la política les obligó á hacer tocar otra tocata, en cuyo baile pudiese mezclarse el resto de la sociedad. El baile continuó así por largo tiempo, y en los intervalos los jóvenes Macqueen manifestaron á Amanda toda suerte de atenciones; y sobre la admiracion que mostraba por la música escocesa, le preguntaron qué tocatas le gustaban mas, y las hicieron tocar; pero ni todas estas complacencias, ni el baile ni la música, ni la vivacidad de la conversacion pudieron levantarla de su abatimiento, ni endulzar las penas de su corazon.

La vuelta de Mistriss Macqueen, hizo cesar el baile; y quiso que los jóvenes descansasen un poco antes de ir á cenar. Ella se escusó con Amanda de no haber vuelto, di-

ciéndole que Lady Marta Dormer la habia empeñado en una conversacion que no habia podido interrumpir. Al fin, avisaron para la cena. Mr. Macqueen fué conducido á la mesa en su misma silla; Lady Marta colocada á su derecha, y Amanda se encontró entre Lord Mortimer y el jóven Macqueen, que le habia hecho la corte mas continuamente, y al otro lado de Mortimer, Miss Macqueen. Amanda conversaba con el hermano de esta, para evitar así entretenerse con Lord Mortimer, el cual por su parte se ocupó con Miss Macqueen por un motivo del todo semejante. La caza de la montaña habia proveido la mesa de sus resultados. La abundancia y el buen gusto se mostraban en servirla, la alegría reinaba en todos, y apenas habia un convidado á quien no se le escapase alguna agudeza. En el discurso de la cena, Lord Mortimer se vió obligado por su turno á ejemplo de todos, á beber á la salud de Amanda. Obligada á volver los ojos hácia él, su corazon se oprimió, cuando cogió una espresiva mirada, en el momento que pronunció el nombre de Miss Donald. Incierta de si habia contestado segun costumbre á su cumplimiento, se volvió al jóven Macqueen, y le hizo algunas preguntas, que apenas él pudo entender. Al fin, llegaron á las cancioues y á los brindis; Mr. Macqueen el padre dió ejemplo con una cancion escocesa, y convidó á su mas próximo vecino á hacer otro tanto despues de él. Entre las canciones llegaron los bríndis; y al fin llegó el turno de Lord Mortimer. Amanda cesó de entretenerse con el jóven Macqueen, y vió el vaso de Mortimer todo lleno, y al mismo tiempo le oyó pronunciar el nombre de Lady Eufrasia Sutherland. El sentimiento del orgullo ofendido se apoderó de Amanda, y aunque se puso colorada, no bajó los ojos ni la cabeza, como habia hecho antes tantas veces; ella conoció que las miradas de Lady Marta y Lady Araminta estaban fijas sobre ella con una grande atencion. Puede ser que ellas quieran, se decia á si misma, ver en mis ojos la humillacion y el dolor de una esperanza engañada; pero ellas no disfrutaran de este triunfo, si en efecto son capaces de disfrutarlo.

Cuando llegó su turno le rogaron que cantase. Ella se escusó algún tiempo; pero Mr. Macqueen dijo, que á menos que no asegurase que no sabia cantar, no se podia admitir su escusa, seguridad que ella no podia dar sin agraviar á la verdad. Ella no queria ser ingrata con unos huéspedes tan obsequiosos, ni manifestarse insociable en medio de la general alegría, rehusando hacer una cosa que le decian debia ser agradable á toda la sociedad. Un secreto sentimiento de vanidad, la conducia tambien á mostrar alguna serenidad delante de unas personas que la observaban atentamente. Así, despues de haber vacilado un poco, comenzó una aria simple y patética de que su padre gustaba mucho, y que muchas veces habia cantado á Lord Mortimer. Esta aria convenia particularmente á su voz, cuyos caracteres eran la dulzura y sensibilidad. Ella estaba solo á media copla, cuando su voz se debilitó y volvió trémula. La compañía redobló su atencion, pero fué sin fruto; pues la voz de la cantora se estinguió del todo. Mistriss Macqueen, con su delicada atencion, temiendo aumentar la turbacion de Amanda, observándola demasiado, hizo señal á la compañía para obtener un profundo silencio. Amanda bajó los ojos; una mano mal asegurada le presentó un vaso de agua, y era la de Lord Mortimer misma. Ella hizo señal de que no lo necesitaba: el jóven Macqueen, hablándole al oido, la instó á que acabase su cancion. Ella creyó que tendria algo de afectacion si esperaba á que la solicitasen de nuevo; y sonriéndose ella misma de su embarazo, continuó su aria, y cantó con tanto gusto y acentos tan penetrantes, que su voz parecia llevar al oido atento una impresion semejante á la que hace al olfato, el aire oloroso que ha pasado sobre un campo de violetas.

Los aplausos que recibió, dieron á sus mejillas un color de rosa pálida. A ella tocaba requerir á otro convidado á que cantase, y por el turno era Lord Mortimer. Tres veces le dijeron que instase á Lord Mortimer antes que se determinase á ello; al fin, ella lo avisó levantando sus ojos hácia él, y vió en su semblante el mismo embarazo que

ella acababa de sufrir. Poniéndose pálido, y luego encarnado, parecia buscar y llamar su voz sin poder encontrar el tono. Sus labios se movian sin poder articular palabra; y pareciendo suponer que se habia admitido su escusa, se puso á conversar con su vecina Miss Macqueen.

Vamos, Milord. dijo Mr. Macqueen, no os podemos dispensar de pagar el tributo. Lord Mortimer probó al principio á escusarsechanceándose; pero instado fuertemente por el viejo señor, tomó de repente un aire muy serio, y declaró que verdaderamente le era imposible cantar en este momento. Desde entonces cesaron de instarle. En el discurso de los brándis no se olvidó de hacer dar el suyo á Amanda. Como ella habia escuchado con grande atencion el nombre dado por Mortimer, este á su turno esperaba con inquietud el que ella propondria. Ella titubeó un momento, y nombró á Sir Cárlos Bingley. Despues de los brándis, Miss Macqueen, dirigiéndose á Amanda: ¡Sir Cárlos Bingley? ¡Oh! me acuerdo muy bien de él. Su regimiento estaba de cuartel en la vecindad, habrá cosa de dos años, y me acuerdo que en una partida de caza con algunos de sus camaradas, vino aquí á pasar la noche: bailamos toda la velada, y lo hallamos todas muy amable. ¿Le conoceis mucho? Sí, y no, respondió Amanda. ¡Ah! exclamó Miss Macqueen, creo que vos sois muy astuta. Os suplico me digais, Milord, ¿su rubor no la vende?

No es menester juzgar siempre por la fisonomía, respondió Mortimer arrojando sobre Amanda una ojeada penetrante que desvió en seguida. La esperiencia prueba que este medio no es siempre seguro. Amanda se puso á hablar con el jóven Macqueen, para dar á entender que no habia oido las palabras de Mortimer, que eran dirigidas únicamente contra ella, y que no era sino una escepcion de lo que él le habia dicho muchas veces, que se leian en las facciones de la cara del hombre, los movimientos de sus pasiones.

Miss Macqueen pretendió que la regla era infalible, y el medio seguro, y que ella se decidió siempre sobre el carácter de las gentes á la primera ojeada.

La sociedad se separó poco tiempo despues de haber cenado, mas que por costumbre, en consideracion á los que viajaban. Habiendo salido del salon todos los forasteros, comparecieron algunas criadas para acompañar á las damas á sus aposentos. Mistriss Macqueen detuvo á Amanda para procurar empeñarla á que pasase dos ó tres dias con ella, y sus hijas se lo instaron tambien; pero Amanda, dándoles gracias con la mayor sensibibilidad de su cortes ofrecimiento, les dijo que era verdaderamente imposible ceder á sus instancias. ¡Y bien! dijo Macqueen el padre tomando la mano, si vos no quereis quedaros con nosotros mañana, á vuestra vuelta á lo menos nos indemnizareis, sin lo cual os haré detener á vuestro paso. Pero mientras lo espero, no quiero perder el privilegio que la ed ad concede á un casado viejo; y hablándola de este modo, la atrajo á sí poco á poco, y la besó en una mejilla; ella se sonrió de esta inocente libertad, y procuró retirar su mano. Ahora con toda la gota, soy un objeto de envidia para todos estos jóvenes. Sus hijos añadieron muchas chanzas á las de su padre. Lord Mortimer solo guardó silencio apoyada la cabeza sobre su mano, y el codo sobre una mesita de la chimenea. Sus desordenados cabellos hacian mas notable su palidez y abatimiento. Uno de los jóvenes Macqueen, le dirigió una vez la palabra inútilmente, pues no respondió, y á la repeticion de la pregunta salió sobresaltado de su meditacion, y dió algunas excusas de su distraccion.

Milord, le dijo Macqueen el padre riendo, nosotros adivinamos todos los países donde se transporta vuestra imaginacion. ¡No es mas allá de estas montañas? Sabemos dónde está vuestro tesoro, y de consiguiente dónde está vuestro corazon. Vos lo sabeis, dijo Lord Mortimer con un profundo suspiro, un aire y un tono que podian hacer creer que no sabia lo que se decia. Al fin, se repuso un poco, y él mismo se chancó para salvarse de los chistes que le dirigian. La escena era penosa para Amanda; al fin retiró su mano de las de Mr. Macqueen, y deseando á todos una buena noche, siguió á la criada que la esperaba,

en el corredor, y la condujo á su aposento. A la puerta de él despidió á la criada, y arrojándose en una silla de brazos, iba á aprovechar la soledad para dar curso libre á sus lágrimas, cuando oyó golpear á la puerta poco á poco, y creyendo que era una de las Miss Macqueen, enjugó sus ojos y se fué á abrir. En lugar de la que habia creído, encontró á una camarera, que hablándole con un modo muy respetuoso, le dijo que su señora Lady Marta Dormer deseaba verla un momento. ¡Verme! dijo Amanda con extrema sorpresa. ¡Es posible? Pero luego detuvo sus expresiones de admiracion, y dijo que iba á trasladarse al cuarto de Milady. Siguió á la camarera, asaltada por una multitud de ideas estrañas. Hiciéronla entrar en un aposento, en donde encontró á Lord Mortimer que caminaba con largos pa-os, pareciendo agitado fuertemente. Estaba este de espaldas á la puerta, y cuando entró se volvió, la miró un momento, y llevando la mano á su frente, fué á sentarse en un rincon del aposento.

Lady Marta estaba sentada en otra parte del aposento, y se contentó con saludar á Amanda con la cabeza, y la convidó á sentarse. Amanda obedeció gustosa, pues apenas podia tenerse en pié.

Despues de un pequeño rato de silencio, Lady Marta le dijo con mucha gravedad: Señorita, yo no me habria tomado la libertad de suplicaros que viniéseis á mi aposento á estas horas, si no hubiera creído que este momento me ofrecia una ocasion favorable que me seria difícil volver á encontrar, para hablaros de un asunto que me interesa vivamente.

El verano pasado, continuó Lady Marta despues de una pausa, habeis recibido de Lord Mortimer algunos presentes. Los acaecimientos sucedidos despues de esta época, dan motivo á creer que no son de estima ni valor, y aquellos para quienes se disponen, los harán útiles. Ella calló, y Amanda no respondió cosa alguna.

Vos, sin duda no ignorais, añadió Lady Marta con un tono mas severo, como ofendida del silencio de Amanda, que quiero hablar del anillo y retrato que habeis tenido de

Lord Mortimer. Siendo el anillo una joya que he destinado en todo tiempo á la esposa de Mortimer, os la pido en mi nombre. En cuanto al retrato, estoy autorizada tambien por Mortimer para recobrarlo; el cual, para convenceros de que esta es su intencion, ha tomado el partido de hallarse á nuestra conversacion, por si su presencia era en efecto necesaria para persuadiros.

No señora; este medio de ningun modo era necesario, dijo Amanda, y yo habria . . . . No pudo ella acabar la frase, asaltada por una multitud de sentimientos extraordinarios.

Si vos no podeis volvérmelo ahora, dijo Lady Marta, os daré un conducto por donde podais dirigirlo á Lóndres, puesto que vais allá, segun me ha dicho Mistriss Macqueen.

Nada se opone á que os lo vuelva aquí al momento, contestó Amanda, que habia recobrado alguna serenidad, animada con el testimonio de una conciencia pura, y con el sentimiento de su ofendida vanidad. Voy á mi aposento, dijo ella adelantándose hácia la puerta, y os lo traeré.

El retrato lo tenia pendiente de su cuello y oculto en su seno, y el anillo estaba en su bolsa dentro de un estuche. El modo con que le habian pedido uno y otro, causándole crueles agonías, le hacia encontrar algun placer en poderlo devolver al instante. Con todo, llegada á su aposento, cuando desprendió el retrato de su cuello para ponerlo en su caja, el dolor tuvo ascendiente sobre todos los otros sentimientos, y corrió de sus ojos un torrente de lágrimas.

¡Oh Mortimer! decia, ¡querido Mortimer! ¡yo debo, pues, separarme aún de vuestra imágen! no puedo conservar vestigio alguno de los felices momentos que hemos pasado juntos. ¡Pero, ¡por qué esta pasion á un retrato, cuando la realidad no está mas en posesion mia, y cuando si vuelvo jamas á ver á Lord Mortimer, solo le veré esposo de Eufrasia?

Ella, sin embargo, pensó que el tiempo se pasaba, enjugó sus lágrimas y procuró calmar su agitacion. Llamó á



su orgullo en su socorro, que le dió en efecto algun ánimo, y volvió á Lady Marta, determinada á no dejar ver, si era posible, flaqueza alguna.

Puede ser que jamas hubiera parecido mas interesante que en el momento en que volvió á entrar en el aposento de Lady Marta. Sus mejillas estaban coloradas, y los vestigios de las lágrimas que acababan de mojarlas, se mostraban como gotas de rocío sobre las hojas de la rosa, antes que el sol las haya secado. Sus ojos húmedos tenian un brillo mas dulce, sus cabellos abandonados á sí mismos (pues se habia quitado el sombrero al entrar en su aposento), y esparciéndose con toda abundancia á su alrededor, realzaban la belleza de su fisonomía y la alegría de su aire.

Aquí está, Milady, dijo al entrar, el anillo, y no pudo añadir el retrato, aunque lo presentó al mismo tiempo; pues la voz le faltó, y saltó una lágrima de sus ojos. Determinada á ocultar, si le era posible, los sentimientos de que estaba agitada, se apresuraba á alejar de sí esta prenda tan querida, y Lady Marta estendia la mano para recibirla, cuando levantándose de repente Lord Mortimer de donde estaba sentado, lo quitó de la mano trémula de Amanda, lo sacó del cajoncito, y arrojándolo en tierra lo holló con sus piés esclamando: ¡Oh desgraciada muchacha! y añadió tomándole la mano con afecto y retirándola en seguida; vos misma os habeis perdido para mí! Al mismo tiempo se salió del aposento. Espantada Amanda de este movimiento y de las palabras que lo habian acompañado, so'o tuvo tiempo de dejarse caer sobre una silla, pues no podia sostenerse. Lady Marta, herida como de un rayo, permaneció inmóvil, cuando le llamaron la atencion los gemidos convulsivos de Amanda. Ella se le acercó, le frotó las sienes con agua de alucema, y le dió un vaso de agua. Estas atenciones reanimaron á Amanda, y sus lágrimas contribuyeron tambien á aliviarla. Ella quiso volverse á levantar del asiento en que estaba, pero no se halló aún en estado de tenerse en pié.

¡Pobre muchacha! dijo Lady Marta, vos me inspirais la mayor compasion. ¡Ah! si vuestra alma se hubiese parecido á vuestra figura. ¡qué criatura tan perfecta seriais, y cuán feliz hubiera sido mi pobre Mortimer con vos!

Este era el momento de la mas dura prueba para la virtud de Amanda, desesperada con el penamiento de que iba á quedar perdida su opinion en el concepto de unas personas que amaba con tanta pasion, y estimaba tan profundamente. Sabia que podia en un momento y en muy pocas palabras explicar en su favor las apariencias que le habian hecho perder su estimacion, y ganar otra vez plenamente el afecto de Mortimer, y la proteccion y amistad de su respetable tia y de su amable hermana. Tenia la cabeza apoyada en la mano, y habiéndose disminuido su opresion, exclamó: Yo puedo dar tales pruebas de mi inocencia. . . . Aquí se detuvo sin decir otra palabra mas; sus labios se cerraron, y su semblante se cubrió de una palidez mortal. La idea de un suicidio se le presentó con todo su horror. Ella creyó de nuevo la terrible y solemne amenaza que le habia hecho Lord Cherbury, de no sobrevivir á la vergüenza de ver descubierto su secreto, y la promesa que le habia hecho de guardárselo inviolable. Ella se veia en el bordé de un abismo donde estaba dispuesta á caer arrastrando en su caida á una criatura humana, cuya muerte habria apresurado, y cuyo crimen podia serle reconvenido en el tribunal de Dios. En nn, se preguntaba á sí misma: ¡Es por una violacion de mi promesa por la que pretendo volver á ganar la estimacion de Lord Mortimer y de sus parientes? ¡Ah! es una falsa mira. Y suponiendo que por una falta semejante á la promesa pudiese restablecerme en su concepto, ¡qué es su estimacion, si pierdo la de mi propio corazon? ¡Oh! no, se decia á sí misma levantando los ojos al cielo; no, jamas añadiré los remordimientos de mi conciencia á los demas sufrimientos mios. Lo he prometido al cielo, jamas mereceré mis desgracias por una accion vituperable y voluntaria. Perdonad, mi Dios, á vuestra débil criatura asaltada por tan fuerte tentacion, el haber balanceado un momento en

permanecer en el camino de la justicia y de la fidelidad á sus promesas, el solo que puede conducir á la mansion donde la paz y la felicidad eterna serán la recompensa de la virtud.

Amanda, en medio de estas grandes conmociones, olvidaba que era observada, y solo pensaba que estaba á los ojos del Ser Todopoderoso, á quien ella pedia perdon de su debilidad, y al mismo tiempo la fuerza de seguir la voz de la virtud. Lady Marta habia observado en silencio todos sus movimientos; pero prevenida como estaba contra Amanda, solo creyó ver la espresion de sus remordimientos por su conducta pasada, renacidos por las privaciones y sacrificios que acababan de escigir de ella.

Cuando vió á Amanda en estado de oirla, le dijo: estoy muy afligida por vuestras penas; yo no os repetiré que veo con satisfaccion que son el objeto de vuestro arrepentimiento por vuestras pasadas faltas: un tal arrepentimiento las expia, y seria menester tener un corazon muy duro para no estar penetrado de compasion y dispuesto á la indulgencia á la vista de los remordimientos que manifestais. A estas palabras, Amanda fijó la vista en Lady Marta, y sus mejillas volvieron á tomar sus colores animados.

Puede ser, dijo Lady Marta notando el color de Amanda é imputándolo á resentimiento, que os haya hablado con demasiada franqueza; pero yo no sé disimular. Yo habia sabido con gusto que os habíais colocado con Mistriss Duncan; pero esta satisfaccion ha sido destruida, cuando me han dicho que íbais á Lóndres para descubrir el paradero de vuestro hermano. Si este es en efecto el motivo de vuestro viaje, teníais medios de hacer esta averiguacion sin dar un paso tan imprudente.

¡Imprudente! repitió Amanda. Sí, dijo Lady Marta, un viaje tal tiene muchos peligros, de que una jóven con delicadeza, y debo añadir hermosa, debe amedrentarse. Si realmente vais á buscar á vuestro hermano, y este tiene por vos todos los respetos de amistad que os debe, seguramente preferirá que lo olvideis, á veros espuesta, cor-

riendo tras él, á toda especie de insultos. No hay circunstancia alguna en la vida que deba hacernos violar las leyes de la decencia y de la prudencia. Es una impiedad pretender producir el bien haciendo mal; y es una locura buscar el placer por la imprudencia: estas son acciones que algunas veces prometen sucesos lisonjeros, pero que siempre tienen desgraciados y funestos resultados.

Si quereis huir en adelante de la censura de que ya habeis sido el objeto, volveos con Mistriss Duncan, y vos sin duda no vacilareis, cuando yo os noticio, si es que vos lo ignorais, que el coronel Belgrave ha pasado por aquí cosa de un mes hace, volviendo de Escocia á Lóndres, donde ahora se halla.

Yo no puedo impedir, dijo Amanda, que se den malas interpretaciones á mis acciones las mas inocentes; pero yo me consuelo con el testimonio de mi conciencia. En efecto, tengo motivos de estar ofendida por las sospechas de que soy el objeto por un miserable que he aborrecido de toda mi alma, desde el momento en que conocí su carácter y sus principios.

Si vuestro viaje, dijo Lady Marta, no tiene realmente por motivo la necesidad de ver á vuestro he mano, añadís á vuestras faltas una doblez muy despreciable.

Vos sois muy severa, señora, exclamó Amanda con el orgullo de la inocencia injustamente condenada.

Si pongo el dedo en la llaga, dijo Lady Marta, es solo para curarla. Yo no tengo otro deseo que desviaros de cometer otras faltas y salvar de su ruina á una persona que ha sido tan querida de Lord Mortimer, en cuyo nombre os hablo, y á quien yo amo con la mayor ternura. Volved con Mistriss Duncan; probadnos á lo menos en esta circunstancia, que no mereceis las sospechas de que sois el objeto. Ella es vuestra amiga, y en una situacion como la vuestra, una verdadera amiga os es demasiado necesaria y muy preciosa para que podais aventurar el perderla. Como ella vive retirada, correis menos peligro de que vuestra historia y vuestro verdadero nombre sean co-

nocidos en el lugar que habitareis con ella. Cualquiera que sea el motivo que os ha hecho tomar un nombre supuesto, es mas sensible para vos que hayais usado de este artificio, pues un engaño hace sospechar otros. Volved, os repito, con Mistriss Duncan; y si necesitais que se hagan indagaciones para descubrir á vuestro hermano, decid lo que quereis que hagamos; yo misma me tomaré el cuidado de la ejecucion, y os haré saber el éxito de mis pasos.

Si Amanda no hubiese tenido otro motivo para hacer su viaje á Lóndres, que el deseo de encontrar y ver á su hermano, habria aceptado los ofrecimientos y seguido los consejos de Lady Marta con diligencia, feliz en alejar de ella las imputaciones de correr tras de Belgrave, del peligro de encontrarlo en Lóndres, y los riesgos de tan grande viaje; pero el asunto del testamento escigia celeridad y su presencia. Ella no podia confiarlo á otra persona que á aquella que debia seguirlo ante los tribunales, y este secreto era aun mas necesario con Lady Marta, de la cual podia bien temerse alguna prevencion en favor de la familia de Rosline, con la cual iba á unir su sobrino, á quien el testamento despojaba.

Esperaba Amanda que en una ciudad tan grande como Lóndres, y bajo un nombre supuesto, que se determinaba á conservar para su mayor seguridad, escaparia de Belgrave. En cuanto á encontrarlo por el camino, ella no tenia temor alguno, pues creia que no habria hecho un tan largo viaje; como del interior de la Escocia á Lóndres, para hacer tan corta mansion en la capital. El tiempo probará, pensaba, la falsedad de las consecuencias que se sacaban contra ella de su perseverancia en la resolucion de ir á Lóndres. Ella, pues, contestó á Lady Marta que le daba gracias por sus obsequiosos ofrecimientos; que la conducta que ella misma se habia trazado, y que creia inocente, se justificaria algun dia, y que esta se los hacia inútiles.—Siento mucho, dijo Lady Marta, vuestra determinacion; pero aunque no puedo menos de vituperarla, no os puedo dejar partir sin deciros que en cualquier tiempo

en que tengais necesidad de algunos servicios que no que-rais pedir á los extranjeros, ó que no os podais lisonjear de obtener, podeis noticiármelo, y contad conmigo. Yo os manifiesto aquí no solo mis intenciones sino tambien las de Lord Mortimer, y en su nombre tanto como en el mio, os hablo así. Aunque lo que ha pasado entre vosotros y la nueva situacion en que va á entrar no le permite intervenir mas en lo que respecta á vos, él no podria sostener el prescindir de que la hija del capitan Fitzalan estuviese en un estado penoso sin hacer todos los esfuerzos para sacarla de él.

¡Oh señora! exclamó Amanda, conozco los nobles sentimientos de Lord Mortimer, y he sido colmada de sus beneficios. Lady Marta se conmovió de la expresion que Amanda habia dado á estas pocas palabras. Su voz tomó mas dulzura. Las faltas, le dijo, mi querida hija, serian mas reprehensibles en vos que en cualquiera otra, pues que no podeis excusaros como otras desgraciadas, con que están abandonadas de todo el mundo. El arrepentimiento de vuestras faltas pasadas, cualesquiera que ellas hayan podido ser, es suficiente para aseguraros mis socorros y mis cuidados en todas las circunstancias en que tengais necesidad de ellos, y despues de mí delegaré á otro este cuidado que lo desempeñará en mi lugar, y en esto no haré mas que satisfacer á las intenciones y sentimientos de Lord Mortimer.

Yo os agradezco, Milady, dijo Amanda levantándose y llamando a su valor, el interes que me manifestais. Tiempo vendrá, puede ser, en que probaré que jamas he sido indigna de él, y que los buenos oficios que me haceis por compasion á mi situacion, quisiérais hacérmelos tambien por mi estimacion: entonces la compasion de Lady Marta no me humillará, y yo aún me honraré con ella, porque será el sentimiento generoso de una alma virtuosa que participa de los dolores de la inocencia desgraciada. Y adelantandose hácia la puerta, oyó que Lady Marta decia: ¡Que triste es ver tanto talento echado á perder por el defecto de su conducta!

¡Ah Milady! exclamó Amanda deteniéndose y volviéndose tristemente hácia ella, yo os hallo inflexible. Lady Marta hizo un movimiento de cabeza, y así como Amanda abría la puerta, Lady Marta le dijo: Vos tambien teneis cartas de Mortimer. Amanda hizo señal que sí.—Yo creo que es mejor, dijo Lady Marta, que ellas se devuelvan reciprocamente. Enviad las suyas en un paquete cerrado á casa de Lord Cherbury en Lóndres, y yo me encargo hacerlos remitir las vuestras.—Sereis obedecida, dijo Amanda con una voz baja. Lady Marta le dijo que no queria detenerla mas tiempo, y se separaron.

Cuando Amanda estuvo sola, sus sentimientos, que habia contenido tanto tiempo, estallaron con violencia. Su grandeza de ánimo, que la habia sostenido en algunos momentos, le llegó á ser de un debil socorro, pues que acordándose de todas las circunstancias en que se habia encontrado, no podia menos de conocer que habia habido mas de una que podia autorizar las sospechas de que era el objeto. Ella se veia obligada á perdonar la severidad de Lady Marta; pero las lágrimas que derramaba no eran por ella sola. Lloraba el destino de Mortimer, á quien creia tan desgraciado como ella misma. Habia conocido en los acentos y en las miradas del Lord, que su pasion hácia ella era aún toda entera, y tan fuerte y verdadera como siempre. Veia tambien que Lady Eufrasia no era suficiente para disipar su tristeza, y borrar de aquel corazon una imágen que escluiria de él para siempre la paz y la dicha. Agitada por todos los acaecimientos de la noche, no creia poder tomar reposo alguno; pero la naturaleza fatigada lo pedia, y cayó en un profundo sueño.

Ella despertó tarde. Como no habia hecho mas que tirarse sobre su cama vestida, habia tenido frio, y no habia del todo descansado: compuso su vestido y peinado delante de su espejo, y se sorprendió de su palidez. Ella deseaba mucho evitar la sociedad antes de partir, y miraba con inquietud por la ventana si su silla habia llegado; pero conoció despues que el apartamento que ocupaba caia á la parte de atras, y no podia verla. No oia ruido alguno, y

sacó por consecuencia que no se habrían aún levantado los de casa. La ventana de su aposento daba á un jardín espacioso rodeado por alturas pintorescas que abrigaban de los vientos frios á los nuevos y hermosos plantíos que circuián el jardín; pero ni estas alturas, cubiertas aún de niebla, ni los varios colores que el otoño esparce sobre las campiñas, ni el buen gusto y propiedad del jardín pudieron distraer á Amanda. Su presencia al fin se cansó, y abrió la puerta para ver si oiria algun movimiento en la casa, y en efecto oyó voces y pasos en el patio: con esto bajó y encontró al jóven Macqueen, que despues de haberle dado un político y afectuoso buen dia, la condujo á una sala, donde halló no solamente la familia y todos los forasteros que habian pasado la noche en la casa, sino tambien otros caballeros de la vecindad. El doctor Johnson ha celebrado los desayunos escoceses: aquel en que presidia Mistriss Macqueen y sus hermosas hijas no era menos notable que los que él habia visto. A mas del chocolate, del té, del café y demas anexo, las tortas, las confituras y pastas de toda especie cubrian la mesa, el jamon y los pollos. Los manteles estaban sembrados de yerbas odoríferas y de flores campes- tres cogidas al pié de las montañas, y cada convidado tenia un ramillete de flores con pequeños lemas franceses de amor y amistad que se abrian y se leian con grande alegría de toda la sociedad.

Cuando Amanda llegó, Mistriss Macqueen la dijo que en aquel mismo punto iba á enviar una de sus hijas para hacerla bajar; lo que ya habria hecho antes, si no hubiese temido no dejarla tiempo suficiente para descansar de las fatigas del dia anterior.

Amanda le dijo que ya hacia rato que se habia levantado esperando el carruage que debia conducirla: yo tuve cuidado ayer de hacer venir vuestro carruage, dijo Mistris Macqueen; pero no he querido que nos dejáseis antes de haberos desayunado con nosotros. Amanda se halló entre el jóven Macqueen, que la habia obsequiado el dia anterior, y su hermana mayor: ella procuró conversando con el primero, hurtarse de los ojos de Mortimer; pero estaba



conmovida tan fuertemente por su voz como por sus miradas.

Os suplico, Lady Marta, dijo una de las Miss Macqueen, que salgais garante de la promesa que acabo de conseguir de Lord Mortimer. Querida mia, respondió Lady Marta, es preciso que primero sepa cuál es esa promesa.

Milady puede bien dudar de ello, respondió la joven Miss; son unos guantes y los pequeños regalos de boda, que me ha prometido, y os juro que contra toda su voluntad. Amanda se vió obligada á dejar sobre la mesa la taza que llevaba á sus labios, y arrojó involuntariamente una mirada á Lord Mortimer, que apartó luego que se encontró con sus ojos. Y protesto, continuó Miss Macqueen, que los recibiré con mucho gusto y reconocimiento.

A mí solo toca, dijo Lord Mortimer afectando alegría, liçonjearme de ofrecéroslo. Vos podeis estar seguro, Milord, dijo una de las jóvenes Macqueen, que por el favor que le hareis, ella no descuidará de haceros otro igual.

En esto, dijo uno de los convidados, ella se parece á todas las muchachas. ¿Qué pensais de esto? dijo á Amanda el joven Macqueen que estaba á su lado. Amanda muy turbada ocultaba muy mal su agitacion y tartamudeó algunas palabras. Las muchachas respondieron á la pregunta alegremente, y aliviaron á Amanda.

Acabado el desayuno, Amanda estaba impaciente por partir, y sin embargo, no tenia valor para levantarse la primera; ella parecia atada por un encanto al lugar en que veia á Lord Mortimer por la última vez, ó á lo menos lo veia por última vez antes que fuese esposo de otra.

Su temor de hallarse tarde en el camino, pues tenia que hacer mucho antes de llegar donde debia pernoctar, triunfó al fin de su repugnancia al levantarse, y dijo al joven Macqueen que era tiempo de que ella partiese. Al mismo tiempo Lord Mortimer se levantó y propuso á los hijos Macqueen ir á ver con ellos los nuevos plantíos que habian hecho detras de la casa, sobre los cuales queria su padre saber su opinion.

Todos los hombres excepto el jóven Macqueen acompañaron á Lord Mortimer, y antes de salir desearon un buen viaje á Amanda.

Esta permaneció taciturna y triste sobre la silla algunos minutos despues de haberse marchado todos; y cuando se levantó para salir, Mistris Macqueen se la llevó á una ventana, y la suplicó de nuevo que pasase aún algunos dins con ellos. Amanda se escusó como habia heeho hasta eatonces, manifestándole todo su reconocimiento por la acogida que habia recibido. Mistriss Macqueen le dijo que esperaba tener mas fortuna cuando Amanda volveria á Escocia. Algunos de sus hijos la habrian acompañado algunas millas, si antes de su llegada no hubiesen prometido acompañar á Lord Mortimer, hasta la posada donde iba á detenerse para comer, y tambien ellos querian comer con él. Ella se iba á escribir aquél mismo dia á Mr. Duncan, para darle gracias de haberle hecho conocer una persona tan amable: conocimiento que era una verdadera adquisicion para su familia. Habiendo Amanda recibido un tierno adios de esta amable muger y de sus hijas, les hizo su reverencia, é igualmente á Lady Marta y Lady Araminta, las cuales se la devolvieron con mucha frialdad.

Ella se apresuró á bajar al vestíbulo seguida de dos de las Miss Macqueen; pero tuvo mucha pena viendo á Lord Mortimer detenido á la puerta con el jóven Macqueen, que habia ido á ver si estaba dispuesta la silla de posta, y con otro de sus hermanos. Ella se habria metido prontamente en el carruaje, si no la hubiesen detenido los obsequios de los jóvenes.

Milord, preguntaron las Miss Macqueen á Lord Mortimer ¿qué habeis hecho de todos los hombres que os han acompañado? Preguntadlo, respondió Mortimer, á vuestro hermano que los ha encerrado en el invernadero. Esta era una travesura de los jóvenes Macqueen, que se complacian en jugar estas chanzas. Las dos Miss, para disfrutar del embarazo de los prisioneros, partieron con sus hermanos suplicando á Amanda que no se fuese hasta que hubiesen vuelto. Sus súplicas no habrian detenido á

Amanda, que tenia necesidad de salir de la penosa situacion en que se hallaba, y ella habria montado en la silla, si el postillon no hubiese estado tan lejos ó hubiese podido llamarle. Entonces oyó una voz que tenia gran poder sobre ella, esclamar: ¡Amanda! y Mortimer á su lado, que juntando sus manos con espresion repetia: ¡Amanda! ¡en qué situacion os veo! ¡qué escena tan dolorosa la que sufristeis ayer! Yo estoy ahora á la desesperacion, pues á pesar de todo lo que ha pasado no puedo quereros mal alguno. Yo siento todas vuestras penas: os perdono de todo mi corazon la que me habeis causado, y la desgracia á que me habeis precipitado. Yo derramo sobre vos, lágrimas de indulgencia y de compasion.

Conmovida Amanda mas allá de toda espresion, cubria su cara para ocultar las lágrimas que la inundaban.—Dadme el consuelo de oir, continuó Mortimer, que vos me perdonais la pena que os ha causado la escena de ayer noche.—¡Que yo os perdono! repitió Amanda. ¡Ah Milord! y su voz se estinguió en sus labios.—¡Ah! ¡quiera el cielo, añadió Lord Mortimer, quiera el cielo que seais feliz!—¡Feliz! replicó Amanda. ¡Oh! jamas, jamas en este mundo; y levantó al cielo sus ojos inundados de lágrimas.

En este momento las Macqueen, volvieron con los prisioneros que habian librado. Amanda hubiera querido partir luego, para esconderse de sus miradas; pero el postillon estaba lejos, y su voz era muy débil para hacerse oir de él. Lord Mortimer, teniendo lástima de su situacion, abrió la puerta, y tomando con una mano mal asegurada la trémula de Amanda, la condujo hasta el carruage. Allí, habiendo abierto la puerta, apretó la mano de Amanda entre las suyas, la ayudó á subir, llamó al postillon, que al fin llegó, y estaba ya en la silla, cuando llegó toda la comitiva. ¡Qué contraste entre la juventud alegre, brillante de salud y regocijo, y en la mas feliz situacion, con el abandono, la soledad y abatimiento de Amanda! Así como iban llegando, queriendo Mortimer ahorrar á su querida y desgraciada Amanda, la pena de ser aún observada

en la grande agitacion en que se hallaba, hizo señal al posillon de que partiese, y partió.

Así dejó Amanda la morada de Macqueen, donde raras veces antes de ella habia entrado el dolor, sin encontrar algun alivio; donde el estrangero, el pasagero y el pobre estaban seguros de la acogida, benevolencia y hospitalidad; y cuyos dueños ofrecian el espectáculo de la felicidad tal como se puede hallar sobre la tierra. Amanda, a salir, vió los suntuosos equipages de Lord Mortimer y Lady Marta; pero apartó luego los ojos, al pensar que iba á contribuir á la pompa del casamiento de Lady Eufrasia. Ella prosiguió su viage, sin que le sucediese cosa notable. Llegó á Lóndres por la tarde, y se fué á apearse en casa de Mistriss Connel en Bond-Street.

## CAPITULO X.

Habiéndose detenido el carruage á la puerta, Amanda bajó de él, y entró en la botica, donde con inesplicable satisfaccion, el primer objeto que se le presentó á la vista, fué Miss Rusbrock sentada á un tablero en actitud pensativa. Esta se acordó al momento de Amanda, y levantándose con diligencia, y tomándola por la mano, exclamó: ¡Ah, mi querida señora, qué agradable sorpresa! ¡cuánto he deseado volveros á encontrar para manifestaros todo mi reconocimiento! Esta obsequiosa acogida, y el inesperado encuentro de Miss Rusbrock prometian á Amanda que sus proyectos sobre Rusbrock no encontrarían obstáculos, que él mismo haria conseguir el negocio de que se proponia encargarle. Ella volvió á Miss Rusbrock los testimonios de afecto que recibia, y le preguntó noticias de su padre. Sus preguntas parecieron dar alguna pena á Emilia, que manifestó en su respuesta una turbacion que Amanda no se atrevió á repetir. Mistriss Connel no estaba allí, y Amanda pidió permiso para verla si estaba en casa. Miss Rusbrock fué al momento á buscarla á una sala detras de la botica y vino con ella. Era esta una

irlandesa pequeña, pero con muchas carnes, que no era muy jóven, pero gustaba de todos los regocijos de la vida. Mi querida señora, dijo á Amanda saludándola, que seais bien venida. Yo estoy muy contenta de volveros á ver despues de haber tenido antes una sola vez este gusto; pero desde entonces he oido alabaros sin cesar por la boca de esta jóven; Amanda le dió gracias, pero estaba demasiado ocupada en el objeto de su visita, para hablar de ninguna otra cosa. Ella dijo á Mr. Connel, que venia de un condado lejano, donde habia dejado sus amigos, y que no queriendo ir á vivir en casa de gentes que le fuesen absolutamente estrañas, habia desmontado en su casa con la esperanza de encontrar en ella posada.

Mi querida señora, dijo Mistriss Connel, yo seria feliz en recibiros; pero mi casa está toda llena. La pena que causó á Amanda una denegacion tal, la volvió muda por algunos momentos, é iba á pedir á Mistriss Connel que le indicase alguna casa en donde pudiese ir á alojar recomendada por ella, cuando Miss Rusbrock, habiendo dicho una palabra al oido de Mistriss Connel, aprobando esta con una señal con la cabeza lo que acababa de oir, añadió: Puesto que vos temeis tanto ir á alojaros en casa de gentes que no os conozcan, lo que prueba vuestra prudencia á todos los que saben cuán malvados son los hombres, Miss Emilia dice, que si os dignais aceptar la mitad de su pequeña cama hasta que os podais procurar un alojamiento mas cómodo, os recibirá en ella con el mayor placer, y yo haré por vos cuanto dependa de mí para haceros agradable la casa.

¡Oh sí! yo acepto este ofrecimiento con mucha alegría y reconocimiento, exclamó Amanda. Un pequeño rincon en una casa tan agradable será para mí un asilo mas cómodo que un palacio, donde solo encontraria personas que me serian estrañas. En seguida retiraron su maleta del carruage. Veo, señora, dijo Mistriss Connel, leyendo en el sobre el nombre supuesto de Miss Donald, que vos sois escocesa, aunque no tengais el acento de tal; ¡Ah! dijo Emilia, hasta ahora yo habia ighorado vuestro nombre.

Amanda estaba muy contenta de lo que oía, resuelta como estaba á no darse á conocer bajo su verdadero nombre, hasta que estuviese asegurada de que Rusbrock quisiese encargarse de sus negocios. La hicieron pasar á una sala amueblada con propiedad, y que comunicaba con la botica por una puerta con cristales; Mistriss Connel atizó el fuego, y preguntó á Amanda lo que queria para comer. Si hubiéseis llegado, la dijo ella, dos horas antes, os habria dado un escelente pedazo de ternera. Amanda protestó que no tomaria nada, hasta la hora del té.

Muy bien, dijo Mistriss Connel, vos tendreis luego una buena taza de té, y una torta bien caliente. Yo tambien gusto mucho del té, aunque el pobre de Mr. Connel, que Dios tenga en el cielo, me repetia sin cesar que, vaporosa como era, no debias jamas tomarlo; pero, añadia riéndose el pobre hombre, mi querida Brigitte, vos y todo vuestro sexo os pareceis á vuestra madre Eva, que no podeis resistir á la tentacion de comer del fruto vedado.

Emilia se retiró, y un momento despues volvió con su sombrero y mantilla, diciendo á Amanda que debia salir para ir á ver á su padre y madre, y sola una razon semejante podia determinarla á privarse del gusto de estar con ella. Amanda la dió gracias, y la dijo que no gustaba de incomodarla en nada.

Despues que hubo salido, Mistriss Connel dijo á Amanda: Yo os aseguro que esta muchacha os ama tiernamente. Yo estoy muy contenta de ello, respondió Amanda, pues la encuentro muy amable.

Lo es en efecto, dijo Mistriss Connel; su solo defecto es ser demasiado seria para su edad. Es verdad que uno no debe admirarse de ello, atendida la situacion de su padre. Yo espero, contestó Amanda, que no es tan mala como estaba. ¡No tan mala! repitió Mistriss Connel, ella no puede ser peor. El pobre capitán está preso mas de un año ha.

Yo lo siento mucho, dijo Amanda. ¡Se ha hecho algun paso en su favor con Lady Greystock, desde que está preso? Con Lady Greystock! ¡Buen Dios! exclamó Mistriss Connel. Uno podria dirigirse con tanta esperanza de éxi-

to á alguna de estas feroces bestias que se guardan en la torre. ¡Pobre señor! si no hubiese tenido otro socorro que el de ella, tiempo ha que no seria de carga á nadie. Hace cerca de catorce años que le ví por la primera vez. Mi pobre marido difunto y yo teniamos una botica en Dublin, donde se hallaba su regimiento de guarnicion. El se habia alojado en nuestra casa, en la que Mistriss Rusbrock parió. Durante su mansion se trabó amistad entre nosotros; y despues nos dejaron para ir á América. Poco tiempo despues, un pariente de mi marido propietario de esta casa y tienda, habiendo perdido su muger, reducido á sí mismo y sin hijos, nos propuso venir á vivir con él, prometiéndonos, si aceptábamos su proposicion, de asociarnos en su comercio, y dejarnos sus bienes despues de su muerte. No se presentan todos los dias ofrecimientos semejantes, de manera que nosotros le tomamos la palabra. Poco tiempo despues de que estábamos juntos el pobre hombre murió, y luego le siguió mi marido; al principio estuve muy triste y desconsolada; pero pensando que la religion nos prohíbe dejarnos abatir demasiado del dolor, tomé ánimo y procuré vivir. En fin, para abreviar, os diré que ha cosa de seis años que Mistriss Rusbrock y Miss Emilia vinieron à comprar alguna cosa en mi tienda, no pensando encontrar en ella una antigua amiga. Este encuentro fué mezclado de alegría y de penas. Nos contamos mutuamente nuestros infortunios. Encontré los asuntos del pobre capitan en un triste estado. Yo tengo mucho cuidado de él y su familia: cuando le prendieron tomé á Emilia en mi casa para ayudarme en mi comercio. El dinero que gana sirve para mantener la vida á sus padres, y yo me he convenido en vestirla de balde. Pero no siendo suficiente este socorro para una familia numerosa, he procurado buscar trabajo á Mistriss Rusbrook y á sus hijas. Emilia es muy buena muchacha. Ahora ha salido para ir á ver á su padre. Pero mientras yo charlo me olvido de que el agua hierve. Acabado su discurso se levantò, y llamando á la criada sacó del armario las tazas y todos los utensilios para servir el té. Hecho esto, preparadas las

tortas y servidas calientes, Mistriss Connel hizo con toda conveniencia una pequeña comida.

Os aseguro, señora, dijo á Amanda, que Miss Emilia ha sido muy feliz en colocarse conmigo. No lo dudo, contestó Amanda. Sabreis, pues, continuó Mistriss Connel, que vino á alojarse en mi casa cosa de un mes ha, un caballero que pronto conocí que obsequiaba á Emilia. Sobre esto le hablé un dia. Mr. Siphthorpe, le dije, veo que mirais con buenos ojos á una de mis muchachas; pero debo decir que esta es una jóven honesta y bien nacida, de manera que si no teneis miras muy honradas sobre ella, solo teneis que elejir sobre estos dos partidos, ó tomar las de Villadiego, ó no hablarle mas. Sobre esto él me hizo un hermoso discurso, tan largo como el de un miembro del parlamento sobre un nuevo proyecto. Dios mio, Mr. Siphthorpe, le dije, entre nosotros no se necesitan tantas palabras. Solo una sirve, vamos al hecho. Instado así, me respondió que él habia hecho ánimo de comportarse honradamente siempre con Miss Emilia. Al mismo tiempo me dijo el estado de su fortuna que era considerable, y yo suponía lo mismo visto su modo de estar y de vivir. El me aseguró que se proponia no solo casarse con Emilia, sino sacar á su padre de la prision, y hacer bien á toda su familia. Ahora voy á la parte mas sensible de la historia. Un jóven ministro que ha ayudado con algunos socorros á Rusbrook y á su familia al principio de sus apuros, se ha enamorado de Emilia y ella tambien le tiene pasion. Sus padres habian consentido en su union, lo que era una locura vista la imposibilidad del jóven de servirles. Con todo, les prometió mucho, y mas de lo que puede un pobre ministro, y sobre todo cuando una vez ha cargado con una muger y sus propios hijos. Despues de esto, yo pensé que Rusbrook y su muger estarian muy contentos de haberse desembarazado del ministro y de dar su hija á Mr. Siphthorpe. Nada de esto; cuando les propuse este partido, uno me habló del honor y el otro del reconocimiento, y en cuanto á Emilia se desviaba de él. Yo me determiné á servirles á pesar suyo, y conociendo el modo



de pensar un poco romanesco del jóven, le escribí para representarle cuán cruel seria para Emilia si por motivo de la promesa que le habia hecho, la hacia perder así un establecimiento que debia salvar y hacer feliz á toda su familia; en fin, supe tomarle tan bien por los buenos sentimientos, que ha escrito, como yo lo esperaba, una carta declarando á Emilia que renuncia su mano. Esta carta ha desconsolado á Emilia; pero el capitan y su muger creo que han estado muy contentos en el fondo de su corazon, de modo que todo está arreglado con Mr. Siphthorpe, el cual ha hecho ya á su futura esposa muy hermosos regalos. Ellos deben casarse dentro de pocos dias. Mr. Siphthorpe solo espera algun dinero de sus arrendatarios para sacar al capitan de la prision. El mal es que Miss Emilia, en lugar de estar alegre y contenta, está triste y melancólica, como si fuese á casarse con un hombre viejo y feo.

¡Ah! dijo Amanda, acordaos de lo que me habeis dicho, que su corazon está prendado.—¡Bueno! una muchacha jóven debe mudar de amor como de gorro.—Yo espero que Emilia no es capaz de tal ligereza.

Señora, dijo Mistriss Connel con una mirada, en la que parecia esperar de Amanda la misma confianza que la huéspedea acababa de hacerle: ¿puedo preguntaros de qué parage venís?

De una parte de Escocia muy lejos de aquí, respondió Amanda.—¡Ay Dios, y qué viaje! Dicen que es muy mal país, donde no se ven ni árboles ni matas.—Os aseguro, dijo Amanda, que no faltan ni verduras ni sombra.—¿Realmente? exclamó Mistriss Connel. Ved qué mentiras se esparcen. ¿Y de qué país sois?—Del país de Gales, respondió Amanda.—Vos debeis haber trepado mas de una vez, dijo Mistriss Connel, las montañas para correr tras de las cabras, que dicen hay muchas en aquella parte del mundo.—No ciertamente, contestó Amanda.—¿Permanecereis mucho tiempo en Lóndres, señora?—Yo no lo sé aún.—¿Habeis venido para algunos negocios?—Sí.—No serán de mucha consecuencia, pues una persona tan jóven no emprenderia dirigirlos.

Amanda se sonrió sin replicarle, y al fin se desembarazó de las pesadas preguntas de Mistriss Connel, cuando esta llamó á las muchachas de la tienda para el té. Después de esto ella lavó las tazas, las puso en el armario, y fué á ocuparse en disponer la cena.

Quedándose Amanda sola, consideró en el estado en que se hallaban los asuntos de Rusbrook, cuando estaba ocupado en el establecimiento de su hija, no podia sin indiscrecion dirigirse á él para encargarle sus propios negocios. Ella se determinó, pues, á esperar que la agitacion que podia causar un tal suceso se calmase un poco, para dar parte á Rusbrook de sus proyectos, deseando por otra parte con todo su corazon que el nuevo establecimiento de Emilia hiciese la felicidad de toda su familia. Mistriss Connel no estuvo mucho tiempo ausente, y casi al mismo tiempo que ella entró mis Emilia.—Miss, dijo Mistriss Connel sin darle tiempo de decir cosa alguna á Amanda, he dicho á vuestra buena amiga todo lo que era menester decirle de vuestro asunto.

¿Vos se lo habeis dicho todo? repuso Emilia con una sonrisa forzada y una voz apagada. Amanda la miraba con atencion, y veia en su mirar una profunda tristeza. Juzgaba por su propio corazon los sentimientos dolorosos que debia sufrir Emilia, obligada á renunciar al objeto de su pasion, y á mas sentia por ella una tierna compasion. La charla de Mistriss Connel fatigaba mucho á las dos jóvenes. Por fortuna se terminó luego con el aviso de ir á cenar. Amanda alegó su cansancio para acostarse temprano, y se retiró con Emilia. El aposento era pequeño; pero aseado y alegre, con un buen fuego, delante del cual se sentaron para desnudarse. Emilia aprovechó este primer momento en que se encontraba sola con su benafactora, para manifestarle todo su reconocimiento. Amanda se esforzó en hacerla mudar de conversacion.—Tiempo ha, señora, le dijo Emilia, que nos habeis hecho bien con tanta delicadeza, y mis padres han tenido una tarde feliz cuando les he dicho que podia espresaros mi reconocimiento y el suyo.

Haciendo Amandá un nuevo esfuerzo para hacer mudar de discurso á Emilia, le dijo: Vos habeis podido creer, por lo que os ha dicho Mistriss Connel, que yo le he preguntado detalles sobre vuestra situacion y vuestros asuntos; pero no me creais capaz de esta indiscrecion á pesar de todo el interes que me habeis inspirado.

¡Oh señora! replicó Emilia, yo no he tenido tal pensamiento, y por otra parte, vuestra curiosidad sobre este asunto no podia menos de serme agradable, porque ella os conducirá, puede ser, á oír la relacion de mis penas, y á obtener de vos los consuelos de la piedad que me faltan mucho tiempo ha, y estoy segura que no me rehusareis.

Yo me contaré por feliz, si puedo aliviar efectivamente vuestras penas, le dijo afectuosamente Amanda.

¡Oh señora! continuó Emilia, vuestra sola compasion las aliviará, y derramará el bálsamo sobre las llagas de mi corazon. Vos me fortalecereis en la observancia de mis deberes; vos me enseñareis la resignacion. Solo temo merecer la reconvencion de personalidad, ocupándoos así de mis asuntos.

No, no, le dijo Amanda tomándole la mano, vos haréis una cosa que me será estremadamente agradable.

Pues bien, señora, mientras os desnudais os contaré mi triste y corta historia; y principió así.

## CAPITULO XI.

El mas dulce consuelo que puede recibir un corazon afligido, es descubrirse á otro compasivo, tal como estoy segura que lo es el vuestro. En el tiempo en que yo tuve la dicha de veros por la primera vez, el crédito de mi padre agotado, y siendo conocida su insolvencia, fué arrestado una noche y sacado de la cama del lado de mi madre casi moribunda. No quiero destrozar vuestro sensible corazon pintándoos los horrores de este momento; la deses-

peracion de un padre y de un esposo arrancado del seno de su familia á la cual dejaba sin socorro; él mismo enfermo y débil, cubierto de unos vestidos insuficientes contra el rigor de la estacion. Arrojando una mirada de despedida á mi madre, á quien no esperaba ver mas, se conmovió tan vivamente que se vió obligado á apoyarse en el brazo de uno de los sargentos que lo conducian. Mi madre se hallaba mala en el momento en que mi padre salia del aposento, y la fuerza me faltó durante algunos minutos para acercarme á ella; pero volviendo en mí no tenia socorro alguno que darle; mi hermano mayor habia seguido á mi padre, y los mas jóvenes espantados de la escena que acababan de ver, lloraban y estaban agazapados en un rincon del aposento. Al fin me acordé de una señora que vivia en la vecindad y de quien esperaba tener algun alivio; solo una necesidad la mas urgente podia resolverme á tal tentativa, pues la beneficencia que nos habia mostrado al principio, viniendo algunas veces á nuestra casa, habia cesado desde la muerte de Mr. Heathfield, dueño de la casa. Mi orgullo cedió á la necesidad y corrí á su casa. El criado me introdujo á una sala baja, donde la encontré tomando el té con sus hijas y un jóven ministro á quien jamas habia visto. Yo no podia determinarme á esponer nuestra situacion en presencia de un estrangero, y pedí á la señora que quisiese oirme á solas; pero ella contestó con dureza, que podia hablar delante de las personas que estaban presentes. Yo le conté á media voz, y ésta interrumpida muchas veces por mis suspiros y lágrimas, la desgracia que acababa de sucedernos, y la situacion de mi madre, y le pedí algun cordial para ella. Mi admiracion fué extrema cuando declaró altamente lo que acababa de decirle con algun misterio, y que dijo á su hija que me diese una media botella de vino, añadiendo: yo he dicho siempre que las cosas acabarian así, y que era una locura de Mr. Heathfield teneros en su casa, y haceros gastar tanto. Yo no insistí, y me retiré llevándome el vino, pero mi corazon traspasado.

Apenas habia vuelto, y estaba de rodillas al lado de la cama de mi madre, que comenzaba á dar señales de vida, cuando oí golpear á la puerta. Yo creí que era mi hermano que volvia, y dije á uno de los niños que fuese á abrir. ¡Cuál fué mi sorpresa cuando ví entrar al jóven ministro que acababa de encontrar en casa de aquella señora! Yo me levanté apresurada y mis miradas le manifestaron mi admiracion. El se acercó, y con el tono de la beneficencia se escusó de haberse introducido tan precipitadamente, por el deseo y esperànza que tenia de sernos útil.

¡Oh qué consoladoras fueron estas palabras! ¡Qué dulce es á los oidos de la desgracia la voz de la sensibilidad, que participa de sus penas! Mis lágrimas, que la altivez é indignacion habian detenido, empezaron á correr.

Pero yo no quiero deteneros demasiado tiempo sobre el cuadro de lo que he sufrido; bastará deciros que este benéfico jóven nos tributó todos los cuidados que pudo para aliviar nuestra miseria, y con sus esfuerzos y los mios se recobraron prontamente los sentidos de mi madre. Sus miradas, sus palabras, sus modales, su ministerio, todo contribuyó á calmarla y á animarla. Ella bendijo á la Providencia que nos habia enviado un tan buen amigo. Mi hermano vino de la prision únicamente para saber el estado en que estábamos, y se volvió con su padre. El estrangero pidió que lo acompañasen allá, y esta demanda nos dió mucho gusto, pues esperábamos que su visita llevaria al corazon de mi pobre padre los mismos consuelos que nosotros habiamos recibido de él. Apenas habia marchado, cuando vimos llegar un canasto lleno de botellas de vino y toda especie de provisiones. Seria abusar de vuestra paciencia citaros todos los rasgos de bondad de este escelente jóven: en fin, á beneficio de sus cuidados mi madre estuvo en estado de trasladarse á la prision de mi padre. Mistriss Connel, que á la primera noticia de nuestra desgracia vino á vernos, me tomó en su casa, y me dió un salario que se paga á mis padres, y sirve para mantenerlos con el resto de su familia. Nuestro amigo nos

acompañó: y en el camino me notició que iba á verse obligado á dejar la ciudad, que él solo era vicario de un pueblo, y que la licencia que le habia dado el cura iba á espirar. Habia cerca de un mes que le conocia, y sus atenciones sostenidas habian sido para nosotros un manantial de consuelos. Mi corazon se heló á esta noticia, y desde este momento me parecieron mis penas mas crueles. Al entrar en los jardines me senté sobre un pequeño cerro, pues mis piernas estaban trémulas, y él se sentó á mi lado. Jamas habia sentido tal opresion, y mis lágrimas corrian á pesar de los esfuerzos que hacia para detenerlas. Yo procuré hacerle entender que eran causadas por el recuerdo de los momentos en que habia disfrutado con mis padres del espectáculo de este hermoso sitio. ¡Quiera el cielo, exclamó él, que yo pueda volverles el poder disfrutarlo aún!

¡Ah! le dije yo, ellos os tienen ya obligaciones que no podrán jamas reconocer bastante, y perdiéndoos, añadí involuntariamente, van á perder su único apoyo.

Si es verdad, como me lisonjeais de ello, que yo pueda serles de algun socorro, permitidme que tenga á este socorro un derecho constante y adquirido. ¡Oh Emilia! que vuestros padres fuesen los míos como son vuestros; entonces su escrupulosa delicadeza no les detendria mas, y recibirian de mí como pago de una deuda, lo que miran como un beneficio de mi parte. Yo sentí que los colores me salian á la cara. Mi fortuna, continuó él, es muy módica; si hubiese sido mas considerable, tiempo ha que os hubiera propuesto partirla conmigo; si consentís en esta particion, hareis la felicidad de mi vida. El se detuvo esperando mi respuesta; pero yo no estaba en estado de dársela.

¡Ah! señora, ella no le era necesaria; mis miradas y mi turbacion hacian traicion á mi reserva. El me instó de nuevo, y en fin, le confesé que no vacilaria un momento en unir mi destino con el suyo, si no fuese necesaria á mis padres en la triste situacion en que se hallan. ¡Ah! no penseis; me dijo él, que yo queira haceros descuidar un deber tan sagrado; aunque al presente no esté en estado

de hacer recobrar la libertad á vuestro padre, puedo aseguraros que si consentís en nuestra union, nuestra economía nos proporcionará los medios de conseguírsela que no tengo ahora.

Su peticion y ofrecimientos fueron comunicados á mis padres, los cuales los recibieron y aprobaron con una estrema satisfaccion, menos por la ventaja que encontraban para sí, que por ternura hácia mí, y por el placer de estar en adelante tranquilos sobre mi suerte, viéndome así colocada. Nosotros debiamos tomar una de mis hermanas con nosotros. Yo podia emplear el tiempo en hacer obras de moda que Mistriss Connel venderia para dar el producto á mis padres, y yo podria venir á visitarlos de tiempo en tiempo, hasta que estuviese en estado de recibirlos en nuestro humilde retrete. Tales eran los proyectos é intenciones del jóven ministro. El se vió precisado á partir; pero se dispuso que volveria pronto, y que á su vuelta se acabaria de arreglar todo.

Cerca de una semana despues de su marcha, una mañana, viniendo de hacer una comision á una dama de parte de Mistriss Connel, se me acercó en la calle un hombre bien puesto, el cual con una libertad algo grosera, quiso entrar en conversacion conmigo. Yo hice cuanto pude para desembarazarme de él, sin poder conseguirlo, y así apresuré el paso para volverme á casa, donde ví que me seguia. Ya no pensaba mas en este encuentro, cuando dos dias despues le ví entrar en la tienda, y pedir á Mistriss Connel un cuarto en su casa que le alquilara: al momento se lo dió con gran disgusto mio, y luego tomó posesion de él. Yo no pude menos de sospechar que tenia algunas miras sobre mí, y así resolví, si este era en efecto el motivo, de desconcertar su proyecto, evitando con cuidado encontrarme al paso con él; pero por mas que hice, su vigilancia era tan sostenida, que no podia subir ni bajar la escalera sin encontrarlo. Al fin, instruí á Mistriss Connel de la conducta de su inquilino, y la supliqué que correspondiese á la confianza que le habian manifestado mis padres confiándome á su cuidado, haciéndome cesar los insultos

de Mr. Siphthorpe. ¡Ay! si yo hubiese podido prever las consecuencias de este paso, habria preferido soportar sus insultos en silencio: estas consecuencias os las ha contado ya Mistriss Connel. ¡Oh señora! á la llegada de esta carta, que rompía una promesa contraída con todo el celo y ternura, todas mis esperanzas se desvanecieron. Yo resistí mucho tiempo á las instancias que me hacian de casarme con Siphthorpe; pero cuando mi madre me dijo que estaba desconsolada de ver que mis sentimientos fuesen menos nobles y menos delicados que los del hombre que yo sentia, y que habia tan generosamente renunciado mi mano para salvar á mi padre del estado horrible en que gemia, esta reconvencion me despedazó el corazon: yo me admiré, y me indigné contra mí misma de haber podido titular tanto tiempo en tomar un partido que abria á mi padre las puertas de la prision, y me determiné á sacrificarme, pues ¡oh Miss Donald! el sacrificio es para mí el mas penoso y el mas horrible. Siphthorpe es un hombre á quien no podré amar jamas, aun cuando mi corazon no hubiese contraído ningun otro empeño.

Amanda se penetró de una verdadera lástima por los disgustos de su jóven amiga, que habia acabado su relacion con lágrimas; pero ella no hizo como la mayor parte de las jóvenes de corazon sensible y de razon débil, que hacen aun mas vivos los dolores que se les confian, abandonándose ellas tambien á la sensibilidad sin medida. Dió á Emilia pruebas de una amistad más real y de una compasion mas grande, procurando reconciliarla con su destino, que parecia fijado para en adelante. Ella le habló de los derechos de un padre sobre sus hijos, y de la dulce satisfaccion que sentiria en llenar tan sagrados deberes. Le pintó la alegría que seguia al triunfo de la razon y de la humanidad sobre el egoismo y la pasion, y la aprobacion consoladora de la conciencia, tan superior á todos los otros placeres y ventajas exteriores.

Ella hablaba así conforme á la conviccion de sus propios sentimientos: se acordaba del momento en que á la voz de su padre ella habia renunciado al hombre que ama-



ba y de quien era amada, y era de parecer que colocarla en la situacion de Emilia, haria sin vacilar el sacrificio á que exhortaba á su joven compañera. Ella practicaba las lecciones que daba, bien diferente en esto de aquellos mal humorados moralistas, que pretenden llevarnos al cielo por caminos dificiles y espinosos, y siembran de flores los que toman para sí. La persuasion que corria de sus labios; daba á su lenguaje una energía y elocuencia poco comun, pero miéntras que ella procuraba animar á su joven amiga, su sensibilidad y la situacion penosa de su propio corazon le hacian participar vivamente las penas de Emilia, que veia huir sus esperanzas y acercarse el momento de una union que temia. Amanda no podia dejar de llorar sobre un destino tan triste, que ella casi miraba tan cruel como el suyo; pero la reflexion la volvía á mirarse como mas miserable, pues que ella no tenia ninguno de los alivios que Emilia encontraba en sus penas, y que podian ayuirla á soportarlas. Amanda no tenia el consuelo como Emilia de pensar que sus dolores contribuian á llevar algun alivio á los males de las personas que le eran tan queridas.

Vuestras palabras, mi querida señora, le dijo Emilia, han calmado mi alma. Estoy resuelta á desterrar en adelante inútiles pesares: os suplico me perdoneis la indiscreccion que me ha conducido á entreteneros tanto tiempo en mis asuntos, y al fin de una jornada que debe haberos fatigado mucho. Amanda en efecto parecia cansada, y se apresuró á meterse en cama. Un sueño interrumpido muchas veces la dió poco descanso; sus disgustos pesaban en su corazon como en la víspera. Lord Mortimer entraba en sus sueños, y este fué su primer pensamiento al despertarse. Ella encontró su almohada mojada de lágrimas. Emilia estaba ya levantada; pero habiendo Amanda abierto sus cortinas, dejó el libro que leia, y corrió hácia la cama. La encontró muy débil, y achacando esta debilidad á la fatiga del viaje, la exhortó á desayunarse y quedarse en la cama; pero Amanda, que sabia bien que su indisposicion era efecto de causas diferentes, á las cuales

el reposo no podia aprovechar nada se levantó y se puso al tocador. Estando en esta ocupacion, Emilia gritó: Si quereis ver á Siphthorpe, os lo voy á enseñar, pues ahora sale de casa. Amanda se fué á la ventana, que Emilia le abrió poco á poco; pero ¡quién representará su admiracion cuando en este Siphthorpe conoce al artificioso é infame Belgrave! La sangre se le heló en las venas, y retirándose algunos pasos, cayó media desmayada en una silla. Emilia espantada iba á llamar para socorrer á Amanda: cuando esta le hizo señal con la cabeza que no lo hiciese.—Esto no será nada, dijo ella; voy á ponerme encima de la cama un momento, y os suplico que os vayais á desayunar sin mí. Emilia lo rehusaba, y queria hacer llevar el desayuno de las dos al aposento. Amanda dijo que no tomaria nada en este momento, y que solo necesitaba reposo. Emilia al fin la dejó con el mayor disgusto.

Habiéndose quedado Amanda sola, procuró calmar su agitacion, á fin de poder formar un plan que la sacase de la situacion en que se encontraba. El libertinage de Belgrave no permitia á Amanda pensar que el nuevo objeto que tenia á la mira le desviase de perseguirla tambien cuando la encontraria arrojada á su camino de un modo tan inesperado, y falta de toda proteccion. Ella no podia decir que conocia á Belgrave ni toda su maldad, pues debia temer mucho que salvando á Emilia no se perdiese á sí misma. Una declaracion semejante la venderia, y aunque ella pudiese hacerlo despedir de la casa de Mistriss Connel, sin amigos, sin parientes, no pudiendo encontrar proteccion en Rusbrock, temblaba al pensar en los peligros que corria si se descubria á Belgrave, cuya desvergüenza y profundas traiciones la enredarian en los lazos, de donde le seria, puede ser, imposible librarse. En consecuencia, creyó que la medida mas sabia que podia tomar era dejar la casa el mismo dia, pero sin decir que no se proponia volver. Ella se acordó de un parage, donde creyó que podria encontrar un alojamiento, que le seria al mismo tiempo un retiro seguro y oculto, y resolvió instruir al capitán Rusbrock, con una carta anónima, del peligro

que corria su hija, remitiendo al capitán para asegurarse de la verdad al testimonio de Sir Carlos Bingley. Formado así su plan, se tranquilizó y cuando Emilia volvió, ella le preguntó con el semblante de que le hacia una pregunta indiferente, á qué hora comunmente volvia á casa Mr. Siphthorpe.

Esto es incierto, respondió Emilia.—Yo necesito salir hoy, continuó Amanda, para un asunto que me corre prisa, y al momento quiero vestirme para todo el dia. En seguida pidió papel, pluma y lacre, y Emilia se lo trajo. Cuando esta salió, escribió la carta que se verá, abrió su maletita, y sacó alguna ropa blanca, el testamento de Lord, Dunreath y el escrito de Lady Dunreath: he aquí su carta al capitán Rusbrock.

“Una persona que estima al capitán Rusbrock y á la amable sencillez de su hija, avisa al padre que guarde la inocencia de Emilia, de un gran peligro que la amenaza de la parte de un miserable, que bajo la apariencia de hombría de bien se propone penetrar unos corazones afligidos con un golpe mas agudo que aquel con que la adversidad les ha herido. El corazón de Siphthorpe es tan falso como su nombre. El pretendido Siphthorpe es el coronel Belgrave, cuyo carácter se ha señalado desde muchos años con otros hechos de engaño y traicion no ménos horribles que el que prepara para perder á la amable muchacha que se ocupa en perseguir. La persona que da este aviso al capitán Rusbrock lo remite para asegurarse de la verdad de los hechos á Sir Carlos Bingley, oficial del regimiento 15, donde tendrá la direccion en la estafeta de . . . y el cual dará seguramente todas las noticias y todos los pasos necesarios para salvar á la virtud y á la inocencia del peligro de una próxima destruccion ”

Amanda tan inquieta por su propia situacion como por la de Emilia, resolvió llevar ella misma la carta á la prision de Rusbrock, por miedo de algun accidente si la hacia entregar por cualquier otra mano. Tenia muchas ganas de dejar la casa en seguida; pero creyó que valia mas esperar hasta la tarde, en que corria menos riesgo de ser

encontrada y reconocida por Belgrave, quien en dicha ocasion se hallaria verosímilmente en algun parage donde pasaria el resto del dia. Emilia vino despues de una hora de estar ausente, y encontrando libre Amanda, le pidió el permiso de estar con ella. Amanda en la situacion de su alma hubiera deseado mas quedarse sola; pero no podia rehusar la compañía de esta muchacha que la amaba, y que conversando con ella procuraba disipar la triteza que le daba su próxima union con Siphthorpe. Amanda escuchaba con atencion inquieta si Belgrave entraba; pero no oyó cosa que pudiese hacerle creer que habia vuelto. A fin les avisaron para comer; pero Amanda no creyó deber ir por temor de ser vista de él; para evitar este riesgo y no ser tratada de singularidad por su denegacion, se determinó á salir, y habiendo hecho saber su intencion á Emilia, esta le instó fuertemente á quedarse á comer; pero ella lo rehusó, y salió de casa con inquietud sin haber respondido á las preguntas de Emilia, que queria saber si volveria pronto. Así amenazada de nuevos peligros, estaba como una ave espantada, que busca un abrigo contra la tempestad. Ella caminó con mucha presteza hasta Oxford-Street, donde tomó un coche. El cochero se vió casi obligado á meterla dentro, tanta era su debilidad. Ella se fué á la prision, donde hizo llamar á un criado del carcelero, y le entregó la carta destinada á Rusbrock, quien se encargó de darla en sus manos. De allí se hizo conducir á Pall Mall, donde pueden acordarse que habia estado alojada con Lady Greistock. Esta era la sola casa de tal naturaleza que conocia en Lóndres: es verdad que alojándose en ella, no contaba encontrar seguridad, pues la posadera era una muger de un carácter muy desagradable. Ella habia sido rica en otro tiempo, y esta memoria agriaba su humor, y la hacia incapaz de disfrutar de la comodidad que habia recobrado, ó á lo menos convenirse con ella. Descargaba su mal humor sobre todo lo que tuviese dependencia suya. Su gran pasion era una insaciable curiosidad, y su mayor placer era volver á contar todo lo que habia sabido de bien ó de mal. Sabiendo Amanda en la puer-

ta, que la dueña de la casa estaba en ella, despachó el coche, y fué introducida por una criada en una sala, donde encontró á Mistriss Hansard, la cual al verla, sin levantarse de la silla ni volverle el saludo, le preguntó con una sonrisa altanera desde cuándo estaba en Lóndres, y lo que venia á hacer la ciudad.

Por este modo impertinente de recibirla, Amanda conoció que era preciso que Mistriss Hansard estuviese instruida de la situacion en que se hallaba, pues esta muger otras veces habia sido humilde con ella hasta tocar en bajeza. Ella suspiró viéndose obligada á tener alguna relacion con una criatura que tenia la vileza de tratarla mal por este abandono. Temblaba pensando en su triste posicion: enferma, débil, cansada, cayó mas bien que no se sentó sobre una silla, que ni le habian propuesto tomar.

Y bien, Miss, repitió Mistriss Hansard con un tono aun mas impertinente, ¿qué negocio os conduce á la ciudad?

Mis negocios, señora, respondió Amanda, no pueden interesar á las personas que no tienen conexion alguna conmigo. Mi negocio con vos, es únicamente saber si podeis darme posada en vuestra casa.

¡Realmente! le dijo Mistriss Hansard; pero vos hubiérais podido darme el gusto de preguntarme como me va. No podeis imaginar cuánto me habria lisonjeado una atencion semejante de parte de una tan amable jóven.

Estas palabras pronunciadas con el tono de la ironía, despertaron el orgullo de Amanda y la reanimaron.—Yo estaria may contenta, señora, dijo ella con un tono mas calmado y mas asegurado, de saber si podiais ó si queriais darme alojamiento en vuestra casa.

¡Dios mio! querida, no os atormenteis tanto, tomad una taza de té conmigo, y en seguida hablaremos de vuestro asunto. Estas palabras parecian llevar un consentimiento á la cosa que Amanda deseaba, y por mas desagradable que fuese el asilo que encontraba, se creia feliz en tenerlo. El té se hizo pronto, y Amanda, que no habia comido desde el desayuno, lo habria tomado con gusto, si no hubiese sido perseguida por las preguntas de Mistriss Han-

sard, que le tendió veinte lazos diferentes para hacerle decir el fin de su viage á Lóndres. Amanda, aunque ignoraba todo artificio, una triste experiencia le habia advertido de tenerse cuenta contra el de otros, y no descubrió el secreto. Mistriss Hansard, que gustaba de lo que ella llamaba conversacion del té, prolongó su duracion sin medida. Amanda al fin mortificada por algunas espresiones que se escaparon á esta muger, le suplicó la hiciese conducir á un aposento:

¿Vuestra demanda es séria? le preguntó Mistriss Hansard. Habia en las palabras y facciones de la huésped tal espresion de desprecio, que Amanda, herida á lo vivo, no estuvo en estado de responder al momento, y continuando Mistriss Hansard, añadió: si pretendéis sériamente alojaros en mi casa, es preciso, querida, que tengais un grado de seguridad que no creo en vos, aunque sé que estais abundantemente provista de ella. ¿Pensais que yo quiero perder la reputacion de mi casa recibiendoos, yo que no alojo sino personas decentes y de reputacion? ¿Os parece que no sabemos que Lady Greistock, despues de haberos concedido su proteccion por caridad, os la ha quitado por vuestra mala conducta? ¡Pobre señora! He sabido toda vuestra historia de su propia boca. Ella estaba muy embarazada con vos. Yo veia bien lo que era; y no obstante vuestra reserva hipócrita, descubria á maravilla que os comportábais muy mal. Os aseguro que si os recibiera en mi casa, vos no estaríais bien en ella, pues mis aposentos no tienen gabinete, donde una jóven de vuestro porte puede ocultar á un jóven avisado. Si habeis tenido alguna querella con alguno de vuestros amigos que os obligue á buscar un nuevo alojamiento, os aconsejo que os reconcilieis con él, aunque á decir verdad si no os reconciliais con él, en una ciudad como Lóndres encontrareis facilmente otro. Por lo demas, puede ser que esteis en camino de arrepentiros de vuestra conducta pasada; pero esto no es un motivo para que os reciba en mi casa, persuadida como estoy, de que mi complacencia dañaria á mi bolsillo tanto como á mi reputacion.

El terror y las inquietas miradas de Amanda al oír este discurso, habrían cerrado la boca á cualquiera persona que hubiese tenido en el corazón una chispa de humanidad, aun suponiéndolas dirigidas contra uno verdaderamente culpable. Pero esta muger, incapaz de ningún sentimiento humano y generoso, triunfaba en su malicia, y se alegraba de penetrar el corazón palpitante de la inocente víctima con los tiros del insulto y de la reconvención injusta. Entre las pruebas á que Amanda había estado sujeta en una vida corta, pero fecunda en tristes acaecimientos; esta era una de las más duras. Pasmada del discurso de Mistriss Hansard, estuvo algún tiempo sin poder proferir ni una palabra: al fin ella exclamó: ¡Justo Dios á quien me dirijo y que sois mi solo refugio, á qué prueba me sometéis! ¡Hasta cuándo seré perseguida, insultada y ultrajada? ¡Ah! ¡Qué dulce sería para mí un asilo en el cielo, en donde la malicia y la traición de los hombres no podrían alcanzarme. Yo soy afortunada, continuó ella levantándose y arrojando una mirada noble y fiera á Mistriss Hansard, de que no me hayais recibido en vuestra casa, pues estoy convencida por las disposiciones que veo en vos, de que no habría encontrado en vuestra casa la seguridad que busco. Al mismo tiempo salió del aposento; pero cuando estuvo en el vestíbulo todo su valor la abandonó, por la idea terrible de que saliendo de esta casa, no tenía donde poder encontrar un refugio. Horrorizada de este pensamiento, se había dejado caer sobre una silla, cuando una criada, que probablemente habría oído la conversación que se acababa de tener, y que no temía ser oída de su ama, pues Mistriss Hansard había cerrado la puerta de la sala donde se había quedado, le dijo: Miss, ¿por qué os afligís tanto? ¡Ay buen Dios! ¡Qué os importa lo que os ha dicho esta malvada vieja? Yo os aseguro, que si nosotras hiciéramos el menor caso, tendríamos los ojos encarnados toda la semana. Pero decidme, Miss, si puedo hacer os algún servicio.

Amanda le dió gracias con una voz débil, y se puso á considerar que el buscar un alojamiento á esta hora, era

esponerse á los peligros que habia querido evitar. La casa de Mistriss Connel vino á su imaginacion, por causa de la imposibilidad de encontrar otra en aquel momento. Verosimilmente seria ya Belgrave despedido de la casa cuando volvieron allá, pues la carta tenia ya tiempo de haber producido su efecto. Si él estuviese aún, podia tener la fortuna de no ser descubierta, y si la descubria, Mistriss Connel la pondria al abrigo de los insultos manifiestos, mientras se lisonjeaba que sus precauciones, junto con la ayuda del cielo, la salvarian de los ocultos lazos. Ella se determinó, pues, ó mas bien fué forzada por la necesidad á volver á casa de Mistris Connel. En consecuencia de esta determinacion, suplicó á la buena criada que fuese á buscar un coche, y la pagó de su trabajo. Al volver á casa de Mistriss Connel, se esforzó en calmar su agitacion y alegar sus temores. Cuando el coche se hubo detenido á la puerta y que habia bajado, estuvo fuertemente tentada á preguntar á la muchacha que le abrió si habia algun extraño en la casa. Sin embargo, pensando que esta pregunta podia escitar sospechas, y que estas sospechas podian dar lugar á investigaciones, contuvo su curiosidad, y volvió á entrar, temblando aún, en una casa de la que habia huido pocas horas antes con tan grande terror.



**OSCAR Y AMANDA,**

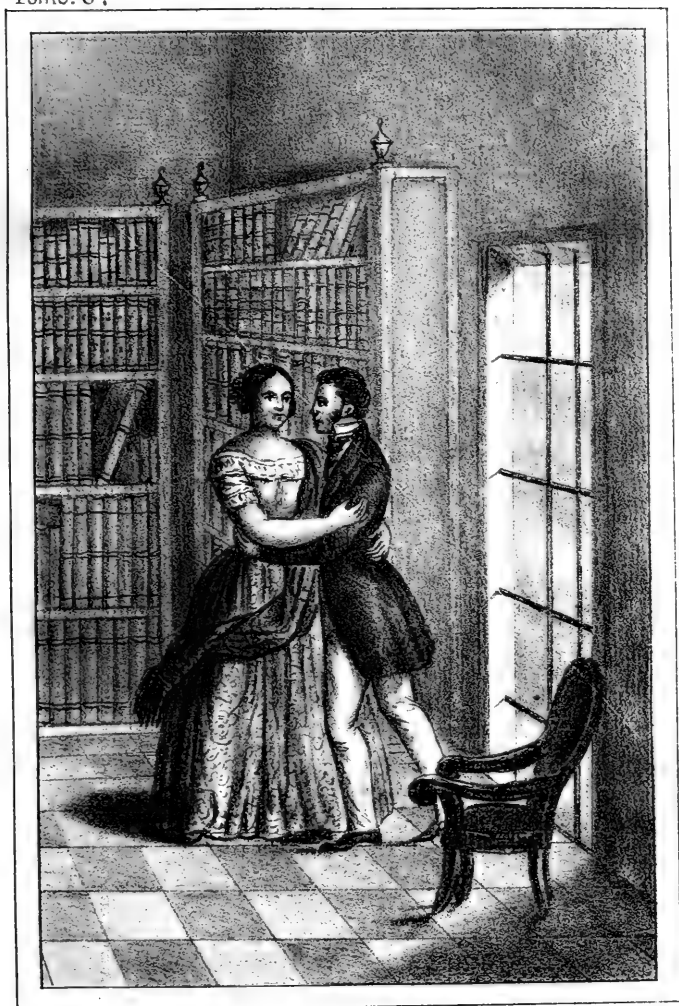
Ó LOS DESCENDIENTES

**DE LA ABADIA.**

---

**TOMO VI.**







OSCAR Y AMANDA,  
Ó LOS DESCENDIENTES  
**DE LA ABADIA.**

OBRA ESCRITA EN INGLES  
POR MISS REGINA MARIA ROCHE.

PUESTA EN CASTELLANO  
POR D. CARLOS JOSE MELCIOR.

ADORNADA CON SEIS  
ESTAMPAS LITOGRAFICAS, Y PUBLICADA POR  
**SIMON BLANQUEL.**

— 3 TOMO VI. —

**MEXICO.—1854.**

*Se vende en la libreria del editor, calle del Teatro  
Principal número 1.*

---

Imprenta de ANDRES BOIX  
Bajos de S. Agustin nº 6.

---

# OSCAR Y AMANDA,

Ó LOS DESCENDIENTES

## DE LA ABA D I A .

---

### CAPITULO I.

**A**PENAS Amanda estaba en la tienda, cuando se abrió la puerta de la sala y se le presentó delante Mistriss Connell. ¡Oh, Miss! le dijo esta, ¿ya estais de vuelta? ya principiaba á creer que nos habiais dejado para siempre. Dijo estas palabras con un tono tan brutal y grosero, que confundió á Amanda, y dióla que pensar que su huésped no estaba toda en sí. Entrad, Miss, entrad, continuó Mistriss Connel; yo estaba en la mayor impaciencia por veros volver. Los temores de Amanda se aumentaron; siguió en silencio á Mistriss Connel, y encontró en la sala una muger de alguna edad de bastante buen parecer, que parecia muy agitada. No conjeturaba ella que tuviese que tener diferencias con esta muger, y sin embargo la temia: sentóse temblando toda ella, y éesperando con impaciencia una esplicacion.

Despues de un silencio general de pocos minutos, mirando la estrangera á Amanda, le dijo: Hija mia, esta señora me ha informado de todo cuanto habeis hecho por nosotros, yo me encuentro por felicidad en estado de pagar mi deuda. Por estas palabras conoció Amanda á Mistriss Rusbrock; pero le sorprendió mucho su tono y sus maneras, cuya frialdad y política afectada espresaban mas bien el descontento y la aversion que la gratitud y el reconocimiento. Mistriss Rusbrock se levantó al mismo tiempo y presentó á Amanda un billete de banco. La admiracion le quitó la palabra, y no la dejó la fuerza de rehusar ni aceptar el billete y este quedó sobre la mesa.

Permitidme, dijo entónces Mistriss Rusbrock, que se habia vuelto á sentar, que os pregunte si vuestro verdadero nombre es Donald. El presentimiento de Amanda de que se levantaba alguna tempestad sobre su cabeza se verificó desde entonces. Era claro que esto era obra de Belgrave, quien demasiado bien habia salido con sus proyectos.

Amanda pareció estar entonces en la crisis de su destino. En los diferentes sufrimientos que hasta entonces habia experimentado, siempre le habia quedado alguna esperanza, algun apoyo en su debilidad, algun lenitivo en sus dolores. Cuando habia sucumbido al execrable complot de Belgrave, que habia denigrado su honor en la opinion de las personas cuya estimacion apreciaba infinito, habia podido sacar algun consuelo pensando que tendria un asilo y un refugio en los brazos de un padre que la adoraba. Cuando se vió privada de su padre habia encontrado amigos tiernos que habian mezclado sus lágrimas con las suyas, y habian derramado sobre su corazon herido el bálsamo de la compasion. Cuando arrancado del objeto de su mas tierna pasion la existencia le habia llegado á ser pesada, la voz de la amistad habia penetrado aun en su retiro y en su alma; y sin poder curar sus males los habia á lo menos aliviado. En el dia sola, abandonada, sin socorro de ningun ser viviente, veia una tempestad espantosa dispuesta á descargar sobre su cabeza, sin abrigo alguno que pudiese defenderla de ella, sin esperanza algu-



na á que poderse agarrar. Cercada de estrangeros prevenidos contra ella, no podia esperar que la esposicion sencilla que les haria de su conducta encontrase crédito en ellos, y pudiese empeñarles en protegerla contra el miserable, cuyas maquinaciones la habian perdido en su estimacion. El horror de su situacion presentándose á ella le turbó de tal modo el espíritu, que cayó en una especie de estupidez; apoyó con las manos su cabeza, y salió de su agonizante corazon un profundo gemido.

Veis, dijo Mistriss Connel despues de un largo silencio, que ella nada tiene que responder. A estas palabras Amanda levantó la cabeza y recobró algun tanto sus sentidos. El Sér Todopoderoso y toda bondad, en quien tengo confianza, y á quien jamas he ofendido voluntariamente, vendrá sin duda á mi socorro como lo ha hecho ya. Esto se decia á sí misma por no tener fuerza para hablar; pero la pregunta de Mistriss Rusbrock resonaba todavía en sus oidos. Permitidme, señora, que os pregunte, le dijo al fin, ¿qué razon teneis para querer saber si mi verdadero nombre es Donald?

Válgame Dios, querida, dijo Mistriss Connel, no es necesario atormentaros mas en hacerle preguntas, pues la que ella os hace es respuesta suficiente á la vuestra. Soy de vuestro parecer, dijo Mistriss Rusbrock, toda averiguacion seria por demas.

Convengo, dijo Amanda con voz asegurada por el testimonio de su conciencia, que mi nombre no es Donald. Debo tambien hacerme la justicia de declarar, á peligro de no ser creida, que no he ocultado mi verdadero nombre por ningun motivo de que tenga que avergonzarme ni pueda merecer vituperio. Mi situacion es muy angustiada, y mi solo consuelo es poderme decir á sí misma, que no me la he atraido por imprudencia alguna.

No tengo necesidad, señora, dijo Mistriss Rusbrock, de saber vuestra situacion. Habeis sido franca en una cosa y espero que lo sereis igualmente en otra pregunta. Esta carta, le dijo ella, presentándole la escrita de Rusbrock ¿es de vuestra mano? Sí señora, respondió Amanda, cuyo

orgullo se esforzaba para rechazar el desprecio que le mostraban, es de mi mano. Os suplico me digais, continuó Mistriss Rusbrock mirándola y tomando un tono más severo, ¿qué motivo habeis tenido para escribir una carta semejante? Creo, señora, respondió Amanda, que el motivo está bastante claramente explicado en la carta misma.

Bonita esplicacion, exclamó Mistriss Connel: ¿y es de este modo como creéis poder difamar el carácter de un hombre de bien? Pero Miss, nosotros hemos recibido tambien otra esplicacion diferente de la vuestra, y que vos no habeis previsto que nos darian. Os hemos descubierto no obstante vuestra destreza en hacer cartas anónimas como se hallan en las novelas. Mr. Siphthorpe ha conocido al momento vuestra letra. ¡Pobre caballero! Dice que no os falta talento, pero teneis muy malas intenciones, y es lástima: él os conoce muy bien á costa suya.

Sí, dijo Amanda, sabe que yo soy una criatura cuya felicidad ha destruido, pero sin haber triunfado de mi inocencia. Sabe que semejante á un mal genio, ha acumulado sobre mi cabeza desgracias sobre desgracias y sobre mi corazon dolores sobre dolores; pero sabe tambien que no he sucumbido á sus infames complots, y que de mí solo ha conseguido el desprecio y el horror que merece, y que han sido mi sola respuesta á sus ofrecimientos.

¡Ah señora! exclamó Mistriss Connel mirando á Mistriss Rusbrock; no lo dudeis, ella ha representado en algun teatro. Si señora, contestó Amanda, cuya voz apagada manifestaba la agonía de su corazon, y en escenas bien tristes y crueles. Vamos, vamos, exclamó Mistriss Connel, confesad todo lo que ha habido entre vos y Mr. Siphthorpe, y todo se olvidará.

En efecto, dijo Amanda, debo esplicarme enteramente; mi honor lo exige é igualmente el deseo que tengo de salvar á vuestra hija y á vos de la desgraciada que os amenaza. Entonces las contó todo cuanto sabia de Belgrave, pero tuvo la mortificacion de ver que su narracion tan sencilla como era, se recibia con todas las señales de la más entera incredulidad. Desconnad, señora, dijo á Mistriss

Rusbrock, de tan ciega prevencion; temed sus consecuencias; os suplico no obligueis á vuestra inocente hija á dar un paso, al que ella se resiste, y que la conduciria á su perdicion; no os prepareis los terribles remordimientos que serán la consecuencia si la obligais á un tal sacrificio. ¿Por que no se presenta vuestro Mr. Siphthorpe á sostener sus alegatos en mi presencia?

Yo le he suplicado que asistiese á vuestra esplicacion, dijo Mistriss Rusbrok; pero es sensible, y no ha querido ser testigo de vuestra confusion y apuro, por mas que lo merezáis.

No señora, dijo Amanda; se ha negado á hallarse presente, porque sabia bien que no podria sostener la vista de la inocencia que ha ultrajado, porque sabe que su semblante haria traicion de su alma culpable. Os lo repito, no es quien os ha dicho que era. En testimonio de la verdad he invocado el de Sir Carlos Bingley. Tengo un tierno interes en vos, aunque vos no lo tengais por mí. Sé que creyendo á la calumnia me mirareis como una pobre criatura estraviada en los caminos del vicio; pero aun cuando fuese culpable, el estado angustiado en que me veis deberia escitar vuestra compasion. Perdonad, señora, si os digo que vuestra conducta conmigo ha sido cruel. Las virtudes dulces son seguramente las que sientan mejor en el corazon de una mujer. La que muestra alguna indulgencia por su semejante abatida, cumple con el precepto divino. Las lágrimas que derrama sobre las faltas de los otros son preciosas á los ojos de Dios, y su compasion atrae sus bendiciones sobre ella misma. ¡Oh señora! en algun tiempo esperaba una acogida bien diferente de la que me habeis hecho. Me habia lisonjeado de hallar algun apoyo y consuelo con la amistad de Mr. y Mistriss Rusbrock; pero esta esperanza como otras muchas se ha desvanecido para mí. A estas últimas palabras la voz faltó á Amanda, y sus lágrimas inundaron de nuevo sus mejillas. Mistriss Rusbrock se puso colorada cuando Amanda le reconvinó de su crueldad; bajó los ojos sintiendo en su interior que lo habia merecido, y permaneció mucho tiempo sin poder

ponerlos sobre la pobre criatura que acababa de maltratar. Al fin dijo: puede que haya manifestado demasiada dureza, pero es menester convenir en que he sido provocada. La amistad y el reconocimiento que debo á Mr. Siphthorpe me han hecho resentir vivamente las imputaciones de que le habeis cargado.

Admírome mucho, gritó Mistriss Connel, de la dulzura con que le hablais. En lo sucesivo me tendré mas cuenta con la gente que reciba en mi casa. Confieso que me ha parecido estar tan alarmada con la idea de ir á hospedarse entre personas que no conocia, que para contentarla le habria ofrecido mi cama, si Emilia no me hubiese prevenido; pero veo que el temor que tenia no era sino un pretesto para introducirse en la casa donde se hospedaba Mr. Siphthorpe, y atraerle de nuevo á sí. No, he determinado que no pase otra noche en casa. Sí, Miss, podeis buscar posada donde gusteis, pero principiad por salir de aquí al momento. No sois tan estraña en Lóndres como pretendis ser.

Acabando de decir estas palabras se levantó Mistriss Connel y se acercó á Amanda con ánimo al parecer de realizar la ejecucion de su amenaza; Amanda ya tenia intencion de dejar la casa al dia siguiente por la mañana; pero ponerle en la calle á semejante hora y tener que ir errante por las calles, era idea que la llenaba de terror. Levantóse, pues, y retirándose algunos pasos atrás, miró á Mistriss Connel con ojos despavoridos y tristes. Repito que salgais al momento de mi casa, volvió á decir esta mujer. La desgraciada Amanda sintió que su cabeza se debilitaba, que sus ojos se oscurecian, y que sus piernas le faltaban, y habria caido si Mistriss Rusbrock que conoció su situacion no la hubiese sostenido á tiempo. Hízola sentar y le echó agua á la cara.

Reponeos, le dijo Mistriss Rusbrock con una voz mas dulce, que anunciaba la vuelta de la compasion; no se os obligará á dejar la casa por esta noche; os lo prometo en nombre de Mistriss Connel, que es buena y que no querrá acrecentar vuestras angustias.

¡Ah! dijo Mistris Connel, sabe Dios que la bondad es mi flaco, así Miss, podeis pasar aquí la noche como os lo ha dicho Mistriss Rusbrock. Amanda abrió sus ojos lánguidos, y levantando la cabeza que tenia apoyada sobre Mistriss Rusbrock, dijo con baja y trémula voz: Señora, mañana saldré de vuestra casa. ¡Oh! ojalá, añadió anegada en lágrimas, que me hallase en estado de salir antes.

Vamos, dijo Mistriss Connel, basta de lloros, podeis, Miss, tomar una luz de la mesa y retiraros á vuestro cuarto.

Amanda no se lo hizo repetir, y subió á su cuarto medio arrastrándose. En él no encontró fuego que pudiese reanimarla, ni á Emilia cuya sensible benevolencia le habria tributado consuelos cuidadosos. Débil, abandonada, hija verdadera de la miseria, sentóse al pié de la cama, y se entregó toda á su dolor.

Sí, se decia ella, es verdad que tuve amigos que me amaban como á sí mismos, y á quienes mi existencia y felicidad eran necesarias. En el estado de abandono en que me hallo, esta memoria de lo pasado no hace mas que agravar mi miseria, y tal vez es un bien para mí ignorar el porvenir que me espera. ¡Oh padre mio! si hubiéseis podido leer en el libro de los destinos las tristes páginas en que se hallaba escrito el de vuestra Amanda, habria hecho vuestra existencia miserable, y habria acelerado el término de vuestros dias.

¡Oh Oscar! de otra mano, y no de la mia, recibireis el acto que debe volveros la independenciam. Mis infortunios me llevan al sepulcro, al cual hubiera deseado bajar mucho tiempo ha, á no tener la esperanza de volveros á ver.

Mientras estaba sumergida en estas reflexiones tristes, abrieron la puerta del cuarto, y en lugar de Emilia que esperaba ver volver, vió entrar á la criada de Mistriss Connel. ¡Oh mi querida señora! la dijo esta muchacha, cuánto me aflige vuestra situacion; la de la pobre Emilia no es mejor; pero tarde ó temprano serán castigadas estas dos viejas que os han tratado con tanta crueldad. Madama Rusbrock lo pagará caro, cuando despues de haber dado su hija á Mr. Siphthorpe conocerá qué hombre es. Amanda se es-

tremeció al pensar en la suerte que amenazaba á Emilia. Os decia, pues, continuó la criada, que la pobre Miss es bien desgraciada. Ellas la han encerrado en el cuarto de mi ama, del cual no se atreve á salir; pero há hallado medio de verme y entregarme este billete.

“Espero que mi querida Miss Donald no dudará de mi sinceridad, cuando le diga que todas mis penas se han agravado al saber que las tuyas son efecto del interes que se ha dignado mostrarme. He sabido el indigno tratamiento que ha sufrido en la casa, y su intencion de salir de ella mañana por la mañana. Como conozco su aversion á ir á hospedarse en casa de gentes desconocidas, he hablado á la criada sobre este asunto, y tengo el gusto de saber que por su medio, podrá encontrar mi querida Miss Donald una casa segura, en donde será dueña de permanecer algunos dias, ó los que basten hasta esperar para buscar una casa que le convenga. La muchacha que le entregará este billete, y sobre cuya fidelidad puede contar, le dirá lo demas. Siento en este momento el placer que soy capaz de sentir, de poder ser de alguna utilidad á mi querida Miss Donald. Espero que me mirará siempre como una afecta y sincera amiga.

“E. R.”

¿Y dónde está ese paraje donde puedo ir á hospedarme? preguntó vivamente Amanda. Señora, le dijo la criada, tengo una hermana que es conserje de una casa grande sobre el camino de Riche mont; toda la familia ha ido á Brighton y mi hermana ha quedado sola. Ella os recibirá con mucho gusto, y podreis estar allí hasta encontrar una casa que os guste. Mi hermana es prudente y discreta, y hará cuanto esté de su parte para obligaros: estareis allí tan tranquila y segura, como podreis estarlo en vuestra propia casa. La pobre Miss Emilia no estará tranquila hasta que sepa que estais en casa de mi hermana, y podais encontrar una casa de gentes conocidas, y estareis verdaderamente

bien. Si tomáis este partido, os acompañaré yo misma mañana por la mañana, y me tendré por muy feliz de haberos podido servir de este modo.

Amanda sentia mucha repugnancia en hospedarse en una casa sin saberlo sus dueños; pero la necesidad triunfó de sus escrúpulos, y preguntó á la criada la hora en que iria á buscarla. Señora, vendré luego que podamos esperar encontrar carruage, é iremos á buscarlo juntas. Pero teneis muy mal semblante, permitidme que os ayude á desnudaros, necesitais bastante el descanso: y diga lo que quiera mi ama, os traeré un poco de vino. Amanda no quiso tomar nada; pero aceptó la ayuda de la criada para meterse en cama, fatigada de todo el dia como estaba.

Amanda le encargó que fuese exacta, y al mismo tiempo que manifestase todo su reconocimiento á Miss Rusbrock por la compasion que le habia manifestado. Su sueño, lo mismo que el de la noche precedente, fué interrumpido y agitado con sueños siniestros.

Levantóse pálida, y temblando sin haber recibido de la noche alivio alguno. Amanda descendió temblando, temiendo que no se le presentase Belgrave antes que hubiese dejado la casa, y no la siguiese al lugar de su nueva residencia. No habiendo encontrado á nadie, y hallado prontamente un carruage, montó y partió.

Durante el camino, Amanda suplicó á la criada, que le parecia conocer muy bien á Belgrave, que dijese á Miss Rusbrock, que no dudase de las intenciones criminales de Belgrave, si queria salvarse de una pérdida segura. La muchacha le aseguró que no dejaria de hacerlo, y añadió que habia sospechado siempre que este Mr. Siphthorpe no era lo que queria parecer. Amanda llegó pronto al fin de su viaje. La casa era grande y hermosa, llegábase á ella por una corta calle de castaños. La hermana de la criada era una muger de alguna edad, teniendo al parecer los modales sencillos. Recibió á Amanda con muchas señales de respeto, y la condujo á una hermosa sala donde encontró un desayuno servido con mucha propiedad. He tenido cuidado, dijo la criada, de prevenir desde ayer á mi

hermana del honor que tendria de recibiros esta mañana, y estoy segura de que hará cuanto pueda para obligaros.

Os doy las gracias á las dos, dijo Amanda con su gracia y dulzura acostumbradas; pero hablándoles corrian las lágrimas sobre sus mejillas, pensando en la situacion en que se encontraba, abandonada á la humanidad de personas estrañas, y que estaban en la dependencia que trae consigo la pobreza. Yo espero, continuó, no seros molesta por mucho tiempo, teniendo intencion de tomar un pequeño alojamiento en alguna casa de paisanos de la vecindad, hasta que pueda determinar algunos negocios y volverme á mi casa; pero quiero reconocer vuestros cuidados, y pagar el gusto que haga. Al mismo tiempo obligó á estas dos mugeres á recibir una gratificacion que rehusaron mucho tiempo. Mistriss Deborah le dijo tambien, que era inútil que dejase la casa tan prontamente, pues que sus amos no debian volver hasta pasadas seis semanas; pero Amanda no vaciló en su resolucion, pues no podia vencer la repugnancia que le causaba habitar una casa sin saberlo sus dueños. La criada partió, y del desayuno dispuesto, Amanda solo tomó un poco de té. Tenia un violento dolor de cabeza, y toda su máquina estaba vacilante y desordenada. Mistriss Deborah, para divertirla, le propuso enseñarle la casa y el jardin que eran muy agradables: pero Amanda se escusó diciendo que el descanso le haria mas provecho.

Mistriss Deborah la acompañó á un hermoso aposento, donde la dejó diciéndole que iba ocuparse en hacerle preparar alguna cosa buena que pudiese tentarla á comer.

Luego que Amanda se quedó sola, se esforzó á calmar sus inquietudes y su agitacion, pensando que se hallaba en un lugar seguro y al abrigo de las maquinaciones de Belgrave, y sin embargo, el sueño que concilió rendida de fatiga, no la tranquilizó. El menor ruido la sobresaltaba y le causaba terrores inesplicables. Mistriss Deborah subió dos ó tres veces para saber cómo se hallaba, y al fin le trajo la comida. Púsole una mesita al lado de la cama y la instó á comer. Habia en su modo un aire de cordiali-



dad y de amistad, que le recordaba á los buenos Edwins; y suspiraba pensando que este asilo que le habria sido tan dulce, le seria en adelante cerrado por razon de la vecindad de Tudor-Hall, de donde la desterraban la decencia y su ternura. Estas memorias la afectaron de tal modo, que no pudo comer, dió gracias á Mistriss Deborah por sus atenciones, y le suplicó que la dejase sola; pero la soledad le fué pronto insoportable, y su inquietud tan grande, que imaginó que un paseo por el jardin podria calmarla. Así como bajaba la escalera, oyó en la sala de abajo, cuya puerta estaba cerrada, una voz de hombre; bajó ligeramente, y acercándose mas, conoció la voz de un criado de Belgrave á quien habia visto en Demonshire: escuchó, pues, con aquella especie de horror que penetra á un criminal que espera la sentencia de un juez que va á condenarle.

Sí, os lo aseguro, decia el hombre, hemos sido despedidos de la casa de Mistriss Connel; pero la caza que buscamos vale mucho mas que la que hemos perdido, de modo que esta noche podeis contar con que el coronel estará aquí con un coche tirado por cuatro caballos, para llevarnos á vuestra hermosa prisionera.

Me alegro mucho, dijo Mistriss Deborah, pues creo que ella no vivirá mucho tiempo. ¡Bueno! dijo él, de qué quereis que muera, á menos que... Aquí habló bajo, y lo que dijo provocó grandes carcajadas. Amanda les oyó disponerse para salir de la sala, y volvió á subir apresuradamente la escalera, y se paró á la puerta de su aposento, hasta que oyó despedirse al hombre. Amanda volvió á entrar en su aposento, cerró la puerta, y sabiendo que una conciencia culpable es desconfiada y se alarma fácilmente, se arrojó sobre la cama, por temor de que Mistriss Deborah la encontrase levantada y concibiese sospechas mas fácilmente. Su situacion desesperada le dió entonces alguna fuerza y valor, y esperó poder salir del peligro con alguna presencia de espíritu, y resolvió si podia salir de la casa irse derecho á Lóndres. Aunque la idea de volver allí sin saber dónde ir, atemorizaba su imaginacion, sin

embargo, creia encontrar un asilo mas seguro que en el pueblo en que estaba, en el cual podian descubrirla mas fácilmente. Mistriss Deborah vino en efecto, como Amanda esperaba. Al verla se estremeció; pero pensando que su seguridad dependia absolutamente de ocultar sus temores, se determinó á entrar en conversacion con la péfida criatura. Al fin se levantó diciendo que bastante perezosa habia estado, y despues de haber paseado un poco por el aposento, púsose á la ventana y alabó la grandeza del jardin. Hay mucha fruta, ¿no es así? dijo á Mistriss Deborah. Si no temiese abusar<sup>se</sup> de vuestra complacencia, os pediria dos ó tres albérchigos. Muy bien, señora, le dijo Mistriss Deborah, ya os los habria ofrecido si no hubiese creido que preferirías dar una vuelta por el jardin y cojerlos vos misma.

En este momento no tengo ganas, dijo Amanda. Mistriss Deborah salió, y Amanda se mantuvo en la ventana hasta que la vió al extremo del jardin. Entonces tomó su gorro, se lo ató á la cabeza con un pañuelo para ocultarse mejor, bajó la escalera precipitadamente y cerró la puerta del jardin de la parte de la casa, á fin de que Mistriss Deborah no la persiguiese demasiado prontamente. Corrió toda la avenida y no tomó el paso ordinario sino cuando estuvo en la carretera real, tanto por no ser notada, como porque su debilidad no le permitia ir mas aprisa: al ruido de cada carruaje se estremecia, y volvia la cara para no ser vista de los que iban dentro. En fin, llegó á Lóndres sin encuentro alguno. Haciase tarde, y conocia la necesidad de proporcionarse en seguida un alojamiento. Al ver algunas pobres mujeres que se retiraban á su casa con el resto de los frutos no vendidos, derramó lágrimas. Algun tiempo ha, decia ella, estas mujeres eran el objeto de mi compasion, y en el dia soy mas de compadecer que no ellas; veia que á la hora que era no podia hacerse recibir sino en alguna miserable y pobre casa, y buscaba una donde presentarse. Al fin vió una tienda donde se vendia manteca y queso, donde una mujer anciana sentada sobre el mostrador hacia calceta. Amanda se presentó; la

mujer se levantó con semblante sorprendido y respetuoso. Apoyada Amanda en la puerta estuvo un momento incapaz de explicarse. Al fin con una voz interrumpida y el color del embarazo, saliéndole en sus mejillas la palidez, le dijo: Señora, ¿teneis algun cuarto para alquilar? A esta pregunta la vieja volvió á sentarse y mirando á Amanda le dijo: Pocas personas de bien se ven reducidas á buscar casa á estas horas.

Teneis razon, señora, respondió Amanda; pero circunstancias particulares me han puesto en esta necesidad, y si podeis recibirme, puedo aseguraros que no tendreis motivo de arrepentiros. ¡Oh! dijo la mujer, no sé qué ventaja puedo sacar de ello. Es natural que cada uno hable por sí. Sin embargo, si os doy un cuarto que es el único que tengo, quiero que se me pague anticipado. Se os pagará, dijo Amanda.

Pues bien, respondió la mujer, voy á enseñaros el cuarto. Llamó entonces una muchachilla para tener cuenta de la tienda, y tomando una luz condujo á Amanda por una escalera estrecha á un cuarto cuya suciedad y miseria le causó horror. Sin embargo, se esforzó por superar á la repugnancia que sentia, considerando la necesidad que tenia de un asilo para escapar del peligro que le amenazaba aún, pensando ademas que podria dejarle al dia siguiente.

Bien, señora, dijo la mujer; el precio de este cuarto es una guinea cada semana ni mas ni menos; si no os acomoda, idos. No disputaré por el precio, dijo Amanda. Supongo que en vuestra casa solo hay jente de bien. Me alabo de ello, respondió la mujer, no hay en toda la parroquia casa alguna que tenga mejor fama. Me alegro, dijo Amanda, y creo que no os habrá ofendido mi pregunta. Entónces se puso la mano en la faltriquera para pagar, pero no encontró el bolsillo; pasó á la otra, y las vació todas sin el mejor écsito. ¡Oh! ahora, exclamó juntando las manos y presa de un indecible dolor, ahora soy perdida. He perdido mi bolsillo, y no puedo pagaros la guinea que me pedís.

¡Ah! ¡ah! dijo la mujer, ya me lo creía yo; mis sospechas no me han engañado: vaya que la señora se alegraba que mi casa tuviese buena reputacion. ¡Ya! ¡ya! yo me guardaré de hacérsela perder admitiendo en ella una ramera de portal como vos.

Os suplico encarecidamente, díjola Amanda tomándola de la mano, que me dejeis pasar aqui la noche; nada perdereis en ello; tengo cosas de algun precio y una maleta que he dejado en la ciudad en un paraje del que voy á daros las señas y podreis enviar por ella. Así teneis maleta como bolsillo, respondió la mujer en tono burlesco. ¡Bonita historia me contais! pero yo sé, hija mia, demasiado para dejarme engañar así. Salid al momento de mi casa.

Amanda renovó sus instancias; pero la mujer la interrumpió declarándole que si no salia al instante se arrepentiria. Amanda calló y bajó la escalera. Su debilidad la hizo detenerse un momento en la tienda á pesar suyo, pero viéndola la mujer, la tomó bruscamente por el brazo, y empujándola con violencia, cerró la puerta tras ella. Amanda se halló entonces incapaz de considerar lo que debia hacer, y de toda reflexion, Todas las facultades de su espíritu estaban oprimidas por las agonías de su alma. Caminó algun tiempo á lo largo de las casas, sin saber lo que hacia ni dónde iba, hasta que la debilidad la hizo caer contra una puerta, sobre el poyo de la cual apoyó su cabeza. Una especie de letargo se habia apoderado de ella, y habria permanecido algun tiempo en este estado, si no la hubiesen sacado de él dos hombres parados delante de ella. El temor de ser alcanzada por Belgrave, llenaba su alma toda entera, ella no dudó que fuese el mismo y su criado: con esto se levantó, arrojó un grito llamando al cielo á su socorro y procuraba escaparse. ¡Gran Dios! dijo el que la detenia, ¡esta voz me es conocida!

Sir Cárlos Bingley, exclamó Amanda; y la sorpresa, la alegría y la confusion del estado en que se encontraba la asaltaron á la vez. Era demasiado para su decaida máquina; y dejó caer la cabeza sobre el seno de Sir Cárlos.

El sentimiento de alegría que experimentaba de una protección tan inesperada, era combatido por la vergüenza de haber sido encontrada en una situación que debía dar ideas muy poco favorables, que no podía disipar; tan fuertes eran contra ella las apariencias.

¡Qué! exclamó Sir Carlos con el tono de la admiración y del abatimiento, *¿es esta Miss Fitzalan?* ¡Oh espectáculo horrible! Un profundo y convulsivo gemido fué la sola respuesta de Amanda, y quedó sin sentido en los brazos de Bingley, que la estrechaba contra su corazón palpitante, sufriendo él mismo un intenso dolor á vista del estado de Amanda.

Su amigo permaneció algun tiempo espectador mudo de esta escena. Al principio quiso chancearse, viendo á una hermosa muchacha arrojarse á los brazos de Bingley, al parecer voluntariamente; pero la exclamación dolorosa de su compañero le detuvo. Al mismo tiempo distinguió á la luz del farol que habia en la puerta los rasgos de la hermosa cara de Amanda y sobre la de Sir Carlos la expresión del dolor y del espanto.

Miss Fitzalan, dijo Sir Carlos, parece que os hallais mala, permitidme que os acompañe á vuestra casa. ¡A mi casa! repitió Amanda con un acento ahogado de desesperación, y levantando sus ojos lánguidos: ¡ah! no tengo casa.

Desde entonces se le confirmaron todas las conjeturas que se habian presentado á su imaginación á vista de la situación de Amanda. Gimió, se estremeció y apenas en estado de sostenerse á sí mismo, al mismo tiempo que la preciosa carga que tenia en sus brazos, se vió obligado á apoyarse contra la pared: suplicó á su amigo fuese á buscar un coche para llevar á Amanda á alguna casa en que pudiesen recibirla. Conmovido su amigo del estado en que la veia, se apresuró á darle gusto.

El silencio de Amanda parecia á Sir Carlos que era efecto de la debilidad del cuerpo, y al mismo tiempo de su confusión y vergüenza. Su amigo volvió pronto con un coche, y Sir Carlos conoció entonces que se habia engañado en esta explicación, pues Amanda estaba del todo des-

mayada: lleváronla al coche, y sostúvola de nuevo en sus brazos. Detenido el coche la entregó á los cuidados de su amigo, y entró en la casa á la que habia querido llevarla. Llegó con la criada que le ayudó á subirla á la habitacion. Su admiracion fué estrema cuando al entrar en el cuarto oyó una voz exclamando: ¡Oh Dios! es *Miss Donald*. Mistriss Rusbrock era la que exclamaba así, y era en la misma casa de Mistris Connel, y para confiarla á los cuidados de Rusbrock, que Bingley acababa de hacer salir de la cárcel, habia llevado allí á Amanda. Bingley habia dicho solamente que acababa de encontrar una jóven en una triste situacion y que la encomendaba á su cuidado, no sospechando de ningun modo que fuese la persona llamada *Miss Donald* á quien Rusbrock habia contado que debia tan grandes obligaciones.

Yo soy, exclamaba Mistriss Rusbrock echando sobre Amanda una mirada de arepentimiento y de dolor, yo soy quien la ha reducido á este estado, y jamas me lo perdonaré. ¡Oh amiga mia, mi benefactora, mi libertadora! decia Emilia derramando un torrente de lágrimas, ¡así os encuentra vuestra Emilia!

Habian tendido á Amanda sobre un canapé; veíase en su cara la palidez de la muerte, y en sus facciones alteradas las señales de la desesperacion; alteracion, que manifestaba mejor que ningun lenguaje los sufrimientos de su alma. Algunos supiros indicaron que volvia en sí; pero sus ojos permanecieron cerrados, y no podian aún sostener su cabeza: Mistriss Rusbrock y su hija estaban penetradas de un indecible dolor. El de *Cárlos Bingley*, que la amaba con tanta ternura, era aun mas vivo si es posible: mientras inclinado sobre ella, y que sus lágrimas caian sobre la cara pálida que contemplaba: ¿Es esta? se preguntaba, ¿es esta Amanda? ¿Es esta muger, cuyos movimientos tenian tal gracia que no tenia igual en belleza, que mi corazon adoraba como la mas perfecta de las mugeres, y con quien deseaba unir mi destino seguro de encontrar en esta union la suprema felicidad? ¡Oh qué mudanza! ¡oh Amanda! si el miserable que os ha corrompido os viese en este estado,

el horror de sí mismo y los remordimientos se apoderarian de él á vista de las consecuencias de su atentado.

¿Y qué no tiene, preguntó Rusbrock que se habia acercado y arrojaba sobre Amanda una mirada de compasion, esta jóven y desgraciada criatura, padres ni amigos que pudiesen salvarla? No, respondió Sir Cárlos, ha perdido padre y madre.

Felices los padres, dijo Rusbrock, sepultados en la noche del sepulcro para no ser testigos de los infortunios de sus hijos, y sobre todo de las faltas de una hija como esta.

Os suplico, señor, me digais, preguntó Mistriss Connel á Sir Cárlos mientras aquella frotaba las sienes de Amanda con aguardiente, cuando vuelva en sí, ¿qué haremos? Es asunto mio, dijo Sir Cárlos, le procuraré un asilo: sí, Amanda, continuó él arrojando sobre ella una mirada triste y tierna á la vez, el que no cesará de llorar sobre tu destino, hará cuanto pueda para endulzarlo. ¿Pero no será menester llamar un médico?

Creo que no, dijo Mistriss Connel, pues la falta de alimento y de dormir la han puesto en el estado en que está. ¡Falta de alimento y de dormir! repitió Sir Cárlos, aumentándosele el dolor. ¿Es posible que Amanda se vea reducida á errar por las calles sin pan y sin saber dónde acostarse? ¡Oh cosa horrible! Amigos míos, dijo mirando en derredor con ojos de tierna compasion; sed buenos, cuidad á esta pobre criatura! Pero no tengo necesidad de suplicároslo: sí, sé que encontrareis gusto en curar las lagas de un corazon despedazado, y en secar las lágrimas del desgraciado. ¡Ah! poco tiempo ha, parecia reunir todo cuanto el corazon de un hombre podia desear, y todo cuanto una muger podia ambicionar ser. Ahora ha caido, y con su caida se ha perdido para sí misma, y para el mundo todo.

No, dijo Emilia con una generosidad animosa, y levantándose del lado del canapé donde estaba de rodillas; estoy segura de que Miss Fitzalan jamas ha sido culpable. Y yo, dijo Mistriss Rusbrock, estoy muy dispuesta á ser del parecer de Emilia; creo que el malvado que habia

tendido los lazos á mi hija, ha calumniado tambien á Miss Donald, para hacerla perder la proteccion de los que podian trastornar sus infames proyectos.

¡Pluguiese al cielo, exclamó Sir Cárlos, que vuestra conjetura se vea algun dia verificada! Acercóse despues á Amanda, que permanecia en la misma actitud; tenia los ojos abiertos, tomó su helada mano y con voz dulce le dijo: Sosegaos, nada teneis que temer: pero ella parecia no oir nada y tener solo un soplo de vida. Ella se muere, exclamó Sir Cárlos, ella se muere. ¡Oh amable Amanda! los lazos que tienen tu alma afligida en tu cuerpo mortal van á romperse prontamente.

Yo espero todavía, dijo el capitan Rusbrock; creo que estaria mejor en la cama. Su muger é hija, incapaces de proferir una palabra, se emplearon en acostarla. Llevándola al cuarto inmediato, Sir Cárlos esperó en la sala hasta la puerta de Mistriss Rusbrock, la cual le dijo que Miss Donald permanecia en el mismo estado. Pidió que fuesen á buscar un médico, y partió con un extremo abatimiento.

## CAPITULO II.

Ahora debemos dar á conocer á nuestros lectores los sucesos anteriores á los contados en el capítulo precedente. La carta de Amanda á los Rusbrocks les habia llenado de sorpresa y de consternacion. Mistriss Rusbrock corrió á casa de Mistriss Connel, la cual no titubeó un momento en decir que era una estratagema inventada por la malevolencia para arruinar á Siphthorpe en su concepto, ó por la envidia para hacer perder á su hija el establecimiento ventajoso que se le presentaba. Mistriss Rusbrock se hallaba dispuesta á adoptar la misma opinion, pues los socorros que habia dado á su familia la habian conmovido, y cediendo al reconocimiento, se dejó guiar por Mistriss Connel, quien la aconsejó que comunicase la carta á Mr. Siphthorpe, pues era la mejor medida que podian tomar.



Si era inocente, la confianza que le habrian mostrado le comoveria, y si era culpado su confusion le venderia. Pero Belgrave estaba bien sobre sí. Su criada habia visto á Amanda cuando habia desmontado á su llegada en casa de Mistriss Connel. Habia sabido por la criada que venia á alojarse en la casa, y estaba con el nombre de Miss Donald. Contó todas estas circunstancias á su amo, el cual se alegró infinito sabiendo que tomaba un nombre supuesto; de donde dedujo, no solo que se hallaba en una situacion infeliz, sino que estaba lejos de sus protectores y amigos; y con esto resolvió no perder esta ocasion tan favorable de tenerla en su poder. Al momento se determinó á abandonar sus miras sobre Emilia, cuya amable sencillez y pobreza le habian persuadido que conseguiria fácilmente hacerla presa suya, y resolvió volver todos sus pensamientos sobre Amanda, que habia sido siempre el objeto mas seductor de su corazon. Su orgullo tanto como su pasion, se empeñaban en hacerla caer en sus lazos, pues le habia mortificado mucho el resultado de sus primeros artificios. No sabia cómo habia escapado de su casa. Rabioso por su fuga, la habia perseguido hasta Irlanda, y habia estado oculto en las cercanías de Santa Catalina, hasta que la aparicion de Lord Mortimer le persuadió que su perseguiimiento seria en adelante inútil. Mientras estaba ocupado en formar su plan, fué llamado de parte de Mistriss Connel, y se le dió á leer la carta. Pronto conoció su autor. Armado de todo el descaro del vicio, dijo á estas mugeres, que la pretendida Miss Donald era una de sus amigas que habia abandonado, y que por celos queria impedir su union con su querida Emilia. Les hizo saber que su nombre era supuesto, y las aconsejó que primero la echasen en cara esta falsedad, y juzgasen por su confusion si era culpable, y por este engaño sacarían la consecuencia del que habia empleado contra él. El tono asegurado persuadió á sus crédulas oyentes, prevenidas ya en su favor, y salió de esta conferencia perfectamente justificado.

No le inquietaba mucho que Amanda le hubiese visto ó no, bien convencido de que cuanto diria no seria creido. Al acercarse la noche del dia anterior, no viendo que Amanda volvia, temió haber perdido otra vez sus tramas. Su vuelta le tranquilizó. La conversacion de las dos mugeres con Amanda la supo por su criado. El proyecto de dejar la casa, que Amanda manifestó, le hizo imaginar el plan cuya ejecucion hemos dicho ya, el cual fué ayudado por la pretendida carta de Emilia forjada por Belgrave. Es imposible pintar la rabia que tuvo cuando yendo por Amanda con un coche con cuatro caballos, no la encontró. Furioso, blasfemando y dando de patadas en el suelo acusó á Mistriss Deborah y á su criado de haber favorecido la evasion de Amanda. En vano le esplicó Mistriss Deborah el artificio con que habia sido engañada, y cómo se habia visto obligada á subir por la ventana para entrar en casa: él insistió en sus reconvenciones, las cuales irritaron al fin á su criado (que no las merecia) de tal manera, que respondió á su amo con insolencia. Belgrave, ya fuera de sí, se dejó llevar de tal modo de su cólera, que le pegó en la cabeza con tal violencia, que del golpe cayó. Apenas habia cedido á su ira, que se arrepintió viendo que la cosa podia traer consigo funestas consecuencias, pues el criado no daba señales de vida: El interes de su seguridad fué mas poderoso que los sentimientos de humanidad, y así se largó antes que Mistriss Deborah tuviese tiempo de llamar á los demas criados de la casa y hacerle arrestar. Corrió hácia Lóndres, y se fué á desmontar en una posada de Pall-Mall, determinado á marchar al momento á Douvres y pasar al continente. Así como subia la escalera, encontró á uno de los hombres que en un momento tal temia mas encontrar, Cárlos Bingley. Aquel quiso evitarle, pero no tuvo tiempo. Esperaba que Sir Cárlos no habria sabido todavía sus últimas infamias; pero se desengañó pronto, oyendo que Sir Cárlos le decia con frialdad y desprecio que tenia que hablarle. Pero antes de dar cuenta de su conversacion, es necesario saber lo que habia pasado en casa de los Rusbrock.

El capitán Rusbrock, teniendo mas conocimiento de los hombres que su muger, era menos crédulo. La carta anónima le dió sospechas de Siphthorpe, y resolvió romper toda comunicacion entre su hija y él hasta haber aclarado sus dudas. Envió, pues, á su hijo á casa del procurador de Sir Carlos, y supo que estaba en la ciudad y alojado en una posada en Pal-Mall. Al momento le escribió suplicándole fuese á verle, persuadido, le dijo, de que su humanidad perdonaria la libertad que se tomaba, cuando sabría el motivo que le hacia llamarlo. Por fortuna, Sir Carlos se hallaba en casa, y se fué á la cárcel acompañado del joven Rusbrock. La carta le habia sorprendido; pero la sorpresa dió lugar á otros sentimientos en el momento que entró en el miserable aposento que ocupaba Rusbrock. La lástima se apoderó de él. Jamas habia visto un espectáculo que le conmoviese mas, ni podia formarse idea de él. Vió á un militar, pues su vestido le daba á conocer por tal, sentado delante de un fuego casi apagado, cercado de hijos, cuyo aspecto triste anunciaba la miseria, y á la compañera de sus desgracias arrojando á sus hijos miradas de ternura y de dolor.

Rusbrock estuvo algunos momentos sin poder hablar; en fin, dió gracias á su benefactor por su complacencia en venir á visitarle; le informó en pocas palabras del motivo por el cual habia deseado verle, y acabó por entregarle la carta de Amanda.

Sir Carlos la leyó con admiracion y horror. ¡Gran Dios! exclamó, ¡qué monstruo es este hombre! No conozco la persona que os ha dirigido á mí, pero puedo certificar de la verdad de cuanto dice de Belgrave.

A esta declaracion, viniendo á Mistriss Rusbrock la idea á la imaginacion con toda la fuerza, que habia estado á punto de perder á su hija dandolo á Belgrave, desesperando ya de poder sacar á su marido de la cárcel, y despedazada de los remordimientos por el modo con que habia tratado á la persona que le habia dado un aviso tan saludable, cayó en el suelo, no pudiendo resistir tantas emociones. Sir Carlos la levantó, pues, la trémula mano

de Rusbrock se rehusaba á este oficio. ¡Desgraciada muger! exclamaba Rusbrock; el trastorno de todas sus esperanzas es un golpe demasiado acerbo para ella. Echáronle agua en la cara, único socorro que pudo encontrarse en el aposento. Al recobrar su conocimiento, el primer objeto que se presentó á sus ojos fué Emilia, pálida y deshecha en lágrimas, á la cual su padre habia mandado llamar.—¡Oh hija mia! exclamaba ella estrechándola contra su seno; ¡perdonarás á tu madre, que ha estado tan cerca de sacrificar á una pérdida cierta? ¡Oh hijos míos! decia á los otros, por amor vuestro iba á sacrificar á mi querida y amable hija. Me avergüenzo, me estremezco cuando pienso en la conducta que he tenido con aquella desgraciada jóven, que como un ángel tutelar ha salvado á mi Emilia del abismo, en que estaba prócsima á caer. Pero estas tristes paredes, continuó ella anegada en lágrimas, de donde mi marido no tiene esperanzas de salir, ocultarán en adelante mi vergüenza y mi dolor.

No os abandoneis á la desesperacion, mi querida señora, le dijo Sir Cárlos con el acento de la bondad; y vos, continuó, dirijiéndose á Mr. Rusbrock, perdonad si os pregunto algunos detalles sobre vuestra desgraciada situacion, y los sucesos que os han reducido á ella. Tenian tanta dulzura y afabilidad su tono y sus modales, que Rusbrock, á quien la voz de la benevolencia le era desconocida desde mucho tiempo, le hizo en pocas palabras la relacion histórica de sus desgracias. Bingley le escuchó con profunda atencion, y al separarse de él le tomó la mano, y le saludó con una sonrisa semejante á la que se puede suponer sobre la cara del ángel consolador enviado del cielo para derramar el bálsamo de la compasion sobre las llagas de un corazon despedazado.

Al dia siguiente volvió. Su cara estaba animada, y su fisonomía espresaba el sentimiento de la felicidad. ¡Oh vosotros todos, hijos de la locura, del lujo y de la disipacion! jamas experimentaréis un placer comparable al que sintió Sir Cárlos entrando en el aposento de Rusbrock para notificarle que ya estaba libre; cuando con una voz alterada

por la sensibilidad trajo esta feliz noticia, y oyó á los pequeños hijos repetir estas palabras con asombro, y vió al padre y á la madre mirarse uno á otro, mudos de sorpresa y de contento.

Al fin Rusbrock quiso manifestar su reconocimiento. Sir Cárlos le detuvo.—Tengo, dijo, bienes considerables que me llegan mas allá de mis necesidades. ¿En qué uso puedo emplear mejor mi supérfluo, que en dar la libertad á un hombre que ha servido útilmente á su país, que tiene familia, á la cual puede enseñar á imitarle? ¡Ojalá que la libertad que recobrais, pueda llevar consigo alguna felicidad para vos! sois libre, y espero que nuestra amistad, que ha principiado en esta triste mansion, durará tanto como nosotros.

Toda la familia fué llevada á casa de Mistriss Connel, donde Sir Cárlos habia ido la noche antes para participar su libertad y hacer los preparativos necesarios para acogerla. Entonces se informó de Siphorpe, ó mas bien de Belgrave, á quien se proponia echar en cara sus infames proyectos contra Miss Rusbrock; pero Belgrave habia dejado la casa luego que hubo formado su plan contra Amanda. La alegría de los Rusbrocks se turbó mucho cuando supieron que Amanda no estaba en casa de Mistriss Connel. De todo cuanto Belgrave habia dicho contra ella, en nada habia sido creído sino en la apariencia del misterio de que ella se encubria. El importante servicio que les habia hecho merecia todo su reconocimiento, y querian manifestárselo, aunque las apariencias estuviesen contra Amanda, en el momento que Mistriss Rusbrock habia declarado que creia que Belgrave habia calumniado á Amanda para ejecutar contra ella sus horrorosos designos. Sir Cárlos, á quien esta idea habia hecho sensacion, resolvió buscar á Belgrave, y saber de él si habia alguna verdad en cuanto habia dicho de Amanda. Una feliz casualidad le habia hecho encontrarse en la posada donde vivian uno y otro. El no pudo disimular ni aun por un momento el desprecio que habia concebido por Belgrave, y apenas llegó á la sala, le echó en cara sus indignos proyectos sobre Miss

Rusbrock; proyectos los mas infames, pues que sabia bien que llevaba al corazon de un padre un golpe, del cual no podia defenderse ni vengarse á causa de su desgraciada situacion.—No solamente sois el perseguidor, le dijo Sir Cárlos, sino el difamador de una inocente y virtuosa muchacha, y estoy bien convencido, segun lo que sé que ha pasado y lo que acabo de ver, de que vuestras imputaciones contra Miss Fitzalan son otras tantas infames calumnias.

¡Ah! vos podeis dudarle, respondió Belgrave, si así lo quereis; pero os aconsejo no hagais saber á todo viviente que sois su campeón.—¡Oh Belgrave! exclamó Sir Cárlos, ¿podeis pensar sin remordimiento que habeis arrancado no solamente el honor, sino hasta la vida á esta amable criatura?—¿La vida? repitió Belgrave horrorizado, ¿qué quereis decir?—Quiere decir que Amanda Fitzalan, á quien habeis precipitado en un abismo de desgracias, no pudiendo soportarlas, está ahora sobre la cama moribunda. Belgrave mudó de color, se quedó temblando, y suplicó á Sir Cárlos que se esplicase mas claro.

Sir Cárlos observó que estaba fuertemente conmovido; y esperando que esta conmocion podria conducirle á hacer alguna confesion, le dió todos los detalles que Belgrave le pedia, y le pintó la situacion de Amanda del modo mas patético. Amanda era la sola mujer que habia llegado al corazon de Belgrave. Apoderada su alma de un sentimiento de horror, y debilitada por el temor, perseguido del crimen de la muerte que acababa de cometer, no pudo resistir al aumento de dolor que le causó el cuadro del estado de Amanda, del que se conocia el autor.—¿Ella se muere, decís? repetia, ¿Amanda Fitzalan se muere? ¡Dichosa! ella va á ser feliz. La dicha le espera en el cielo: los ánjeles no son mas puros que ella.—Luego vos sois un monstruo execrable, gritó Sir Cárlos poniendo al mismo tiempo la mano en la guarnicion de la espada.

Tirad, dijo Belgrave con semblante desfavorido, la muerte me librárá del horror que me tengo á mí mismo: la muerte de vuestra mano es preferible al fin ignominio-

so que se me espera, pues habeis de saber que ayer noche hice una muerte.

Sir Cárlos le miró asombrado.—Sí, dijo él, soy reo de una muerte. Pasadme, no levantaré la mano contra vos. Miraria como una impiedad atentar á una vida como la vuestra, consagrada toda entera á la práctica de acciones virtuosas, y privar á los infelices, del apoyo que hallan en vos.

Estremecido Sir Cárlos á este estraño discurso, y conmovido al mismo tiempo, pidió la esplicacion de todo; y puesto Belgrave, por decirlo así, á la cuestion por su propia conciencia, sintiendo algun alivio en descansarla, confiándose á un hombre tal, le contó sus artificios y complots contra Emilia y contra Amanda, y le descubrió un tejido de horrores.—No, dijo Sir Cárlos despues de haberle escuchado, seria una crueldad y una cobardía tirar á aquel sobre quien el brazo de la justicia se halla levantado: ¡Ojalá que el arrepentimiento aparte de vos el castigo!

La alegría de Sir Cárlos al ver á Amanda justificada, no puede describirse. Un padre tierno que ha hallado un hijo querido que creia perdido, no puede sentir un placer mas esquisito. Al dia siguiente por la mañana, luego que fué posible entrar en la casa de Mistriss Connel, se fué allá, y tuvo la satisfaccion de saber que Amanda dormia aún con un sueño muy tranquilo, del cual se esperaban los mejores efectos. Contó á Rusbrock y á las mujeres todo cuanto habia pasado la noche anterior entre él y Belgrave, y les comunicó su alegría, de la cual participaron, y de lo que estuvieron contentísimos no tanto por él, como por Amanda. Mistriss Rusbrock y Emilia habian pasado al lado de su cama toda la noche anterior, que habia sido muy mala; pero hácia la mañana Amanda habia cojido un sueño profundo. Era mas de medio dia cuando despertó: al principio solo sintió una languidez agradable, sin tener una idea distinta de su situacion. Poco á poco le vino la memoria, y la inquietud de saber dónde estaba. Solo se acordaba del momento en que habia encontrado á Sir Cárlos, y nada mas. Abrió poco á poco la cortina, y con un

indecible placer vió á Emilia sentada á los piés de la cama, la cual se levantó al instante, y besándole con transporte, le preguntó cómo se hallaba. ¡Oh qué dulce y deliciosa fué esta voz para Amanda! La música mas agradable no le habria dado tanto gusto. Su corazon estaba lleno, y sus ojos se saciaban de la benevolencia que difundian las atenciones de Emilia. Al fin, con una voz todavía débil, dijo: No puedo dudar que estoy á salvo, pues que Emilia está conmigo.

Mistriss Rusbrock, que habia ido con su marido, entró al mismo tiempo. Su satisfaccion, al ver restablecida á Amanda, era tan grande como la de su hija; pero la memoria de su conducta pasada la hacia estar un poco apartada. Al fin, acercándose, le dijo: Me avergüenzo, y sentiré toda mi vida haber podido dudar de vos; pero el haberse reconocido vuestra inocencia, á nadie puede dar tanto gusto como á mí.

¡Mi inocencia conocida! dijo Amanda levantando la cabeza. ¡Oh justos cielos! ¿y cómo? ¿por qué medios? Decídmelo, os lo suplico. Mistriss Rusbrock se apresuró á complacerla, y le contó todo lo que le habia oido decir á Sir Cárlos. Esta relacion reanimó del todo á Amanda; pero sus lágrimas al escucharla corrian, y experimentaba una grande emocion. Mistriss Rusbrock se alarmó, y la exhortó á que se calmase.

No os dén pena estas lágrimas, le dijo Amanda; no me hacen mal alguno. Hace mucho tiempo, muchísimo, que no he llorado de alegría; y levantando los ojos al cielo, pidió á Dios las mas selectas bendiciones y la mas cumplida recompensa para la generosidad de Sir Cárlos y su beneficencia para los Rusbrocks. Tranquila sobre su propia suerte, volviòse á ocupar con mas inquietud sobre la de Oscar, y no obstante las representaciones de Mistriss Rusbrock, que temia no hiciera mas de lo que sus propias fuerzas le permitian, se levantó despues de comer para ir á la sala, determinada á hacer saber á Rusbrock y á Sir Cárlos, cuya conducta generosa con ella merecia toda su



confianza, los verdaderos motivos de su viage á Lóndres, igualmente que todos los hechos que era necesario supiesen, y suplicarles hiciesen todas las pesquisas posibles para averiguar el paradero de su hermano.

Emilia le ayudó á vestir, y le dió el brazo para ir á la sala. Sir Cárlos habia permanecido en la casa todo el dia, y cuando ella entró, salió á recibirla, y recogió una mirada tierna y compasiva. Su debilidad y su palidez daban testimonio de los estragos que en ella hicieron los dolores del alma y la enfermedad. Las miradas de Sir Cárlos espresaban sus sentimientos mas que sus discursos, aunque se espresase con el acento de la ternura, y que su mano temblase al estrechar contra su pecho la de Amanda.

Sir Cárlos, le dijo ella, mi reconocimiento á vos es sobre toda espresion, y solo cesará con mi vida. Sir Cárlos le suplicó que no hablase de reconocimiento. He trabajado para mí mismo, decia, en todo cuanto he hecho por vos, pues yo no puedo ser feliz no siéndolo vos.

Rusbrock se acercó á darle gracias; pero desvió, lo mismo que Sir Cárlos, el asunto de la conversacion. La idea de que en lo sucesivo estaria en seguridad, y las atenciones de que era el objeto, le daban una tranquilidad, de la que no habia gustado desde mucho tiempo. Gozaba mejor de su seguridad presente al acordarse de los pasados peligros: viendo la felicidad de Rusbrock, le costaba mucha dificultad en detenerse á dar los justos elogios á aquel que era el autor de ella; pero juzgaba del corazon de Sir Cárlos por el suyo, y se privaba de alabarle, persuadida de que preferiria la silenciosa estimacion del corazon á todos los aplausos que los oidos pudiesen oir.

Despues del té, habiéndose quedado solos en la sala Sir Cárlos, Mr. y Madama Rusbrock y Emilia, Amanda les hizo la confidencia que habia resuelto. Todos la oyeron con grande atencion y mucha admiracion y compasion: cuando hubo acabado, Sir Cárlos y Rusbrock le declararon la resolucion que tenian de servirla. El último, que habia manifestado una grande emocion durante su narracion,

aseguró que no tardaría en dar bien pronto noticias de su hermano.

¡Oh cielos! exclamó Amanda, ¿habeis sabido en efecto alguna cosa de él? Calmaos, mi querida señora, le dijo él tomándola las manos con el aire mas obsequioso y afectuoso. Sí, he sabido alguna cosa, pero . . . ¡Pero qué! dijo Amanda aumentándose su conmocion. ¡Ah! le dijo él, tambien ha tenido sus penas en la carrera de la vida, pero pensad que estas penas han pasado, y el contarlas no os cause nuevos sufrimientos. ¡Oh! decidme, os lo ruego, replicó Amanda, ¿dónde está? ¿le veré? Sí, contestó Rusbrock, le vereis; y para no teneros mas tiempo suspensa, está de algunos meses á esta parte en una horrible prision, de la que acaba de sacarme la generosidad de Sir Carlos.

¡Oh hermano mio! dijo llorando. Solo ayer por la noche supe que era vuestro hermano, porque ignoraba vuestro verdadero nombre. Se lo he dicho á Sir Carlos, el cual ha ido esta mañana á verle, y creo que os lo traerá aquí: pero os debeis esperar encontrarlo muy mudado. Con su libertad y su fortuna recobrará prontamente su salud. Escuchemos, oigo alguno en la escalera.

Amanda probó á levantarse y volvió á caer en la silla. Abrese la puerta y entra Sir Carlos seguido de Oscar. Aunque preparada á verle mudado, le hizo sensacion la alteracion que vió en él. Pálido, flaco, sus hermosos cabellos en desórden, venia envuelto mas bien que vestido con un capote viejo de soldado. Al acercarse, Amanda se levantó.

¡Amanda, mi querida hermana! exclamó. Esta se adelantó hácia él con paso seguro, y dejándose caer en sus brazos dió libre curso á las lágrimas de alegría. Oscar la estrechaba contra su corazon; la miraba estático; pero su alegría se disminuyó cuando observaba la alteracion de su cara, tan sensible á él por ella, como á ella por él: pues las facciones de Amanda, pálida y abatida por las desgracias, y sus vestidos de luto, anunciaban sus sufrimientos y la irreparable pérdida que ambos habian tenido desde su última entrevista.

¡Oh padre mio! decia Oscar gimiendo, la última vez que ví á mi hermana estábais con nosotros: diciendo estas palabras, estrechaba á Amanda mas fuertemente contra su corazon, como que le era mas querida por la pérdida cuya memoria recordaba.

No podemos menos de llorarle, dijo Amanda. Sin embargo, si hubiese vivido, ¡qué tormentos no hubiera sufrido, testigo de las desgracias de sus hijos sin poderlas aliviar!

Vamos, dijo el capitan Rusbrock, cuyos ojos húmedos como los de todos los presentes, manifestaban cuánto les afectaba esta escena; no emponzoñemos nuestra dicha actual con memorias dolorosas de las desgracias pasadas.

Luego que Oscar y Amanda comenzaron á estar mas calmados, los dejaron solos, y Oscar satisfizo los vivos deseos de su hermana, contándole cuanto le habia sucedido despues que se hubieron separado en Dublin. Principió por la aficion que tomó á Adela, y los acaecimientos que se la hicieron perder; pero nuestros lectores saben ya esta parte de su historia, y así, solo pondremos aquí su querella con Belgrave del modo que la contó á su hermana.

### CAPITULO III.

Partí de Enniskilling, dijo Oscar, con el mayor desconuelo, porque me iba con la idea de que no volveria á ver mas á Adela. Sin embargo, con este sentimiento, me alegré que ella no siguiese á su marido, pues habria sido aun mas horrible para mí verla como muger de Belgrave. Si el desastre sucedido á mi amor hubiese sido efecto de su indiferencia, mi orgullo me habria ayudado á sostener este golpe; pero saber que Adela habia tenido por mí los sentimientos que yo tenia por ella, esta idea alimentaba y

agravaba mi dolor. El pensamiento de la felicidad que hubiera podido alcanzar, me hacia insensible á toda la que podia todavía encontrar. Llenaba los deberes de mi obligacion maquinalmente y singusto: evitaba la sociedad tanto como podia, por hallarme incapaz de sostener las chanzas de mis camaradas sobre mi melancolía.

En el verano en que venísteis á Irlanda, enviaron á mi regimiento á Bray: una situacion pintoresca me proporcionaba muchos paseos agradables y solitarios: teniamos allí un recluta cuyos modales y carácter eran para nosotros un objeto de admiracion y de conversacion. Parecia ser de una esfera superior á la comun: jamas he visto mas bella figura. Los oficiales hicieron inútiles esfuerzos para saber quién era ó lo que habia sido. Lo que le hacia aun mas interesante era una jóven y hermosa muger que, como él, parecia ser de un estado superior; pero que, lo mismo que su marido, se acomodaba á su situacion, si no con alegría, á lo menos con resignacion.

María trabajaba para casi todos los oficiales: Enrique era esacto en sus deberes, y ambos amados y aun respetados. En mis paseos solitarios, sorprendia muchas veces á esta desgraciada pareja, que como yo, buscaba la soledad, para abandonarse á su dolor y llorar juntos, á lo que parecia, la memoria de un tiempo mas feliz: Muchas veces los veia, fijos los ojos con ternura mezclada de dolor sobre el niño que María criaba, como afligiéndose del destino que le esperaba.

Era María demasiado hermosa para no atraerse las miradas de Belgrave. Segun la situacion en que aquella se hallaba, creia este que seria una conquista fácil; pero se engañó, pues desechó sus proposiciones con indignacion y aun con horror. Quería ella que su marido no lo supiese; pero bien pronto se lo dijeron sus compañeros y camaradas, que habian visto muchas veces que el coronel perseguia á María. Entonces fué cuando sintió amargamente lo desgraciado de su situacion. Estaba bien seguro de su muger: habia dádole pruebas nada equívocas de su tierna aficion, pero temia los insultos del coronel; mas la vigilan-

cia de uno y otro la puso á cubierto. Irritado de ver frustrados sus proyectos, concertó al fin uno de los planes mas abominables que la depravacion del corazon humano pudiese inventar.

Habian mandado un destacamento de soldados que debian pasar á las costas para impedir el contrabando: Enrique fué nombrado para este destacamento; pero cuando fué preciso marchar, Enrique no se halló: el criado de Belgrave contaba aprovecharse de su ausencia para ir á visitar á María. El marido, temblando por su mujer, resolvió esponerse á todo antes que abandonarla á semejante peligro. Ocultóse, pues, hasta que el destacamento hubo partido. Las consecuencias de esta contravencion á la disciplina militar fuéron su arresto y una sentencia que le condenaron á sufrir baquetas dos dias despues. Los oficiales que le sentenciaron estaban ellos mismos con el mayor desconuelo; pero la severidad de la disciplina no les permitia sentenciar de otro modo.

No intentaré describiros la situacion de estos jóvenes y desgraciados esposos; cada uno sufría mas por el otro que por sí mismo; pero la fiereza de Enrique aumentaba aun mas sus agonías.

Al entrar en mi casa María, pálida, inundada de lágrimas, y el aire despavorido, arrojóse á mis piés, y levantando sus manos hácia mí, conjuróme que intercediese por su marido. Yo levanté á esta pobre criatura, y la aseguré que iba á hacer cuanto fuese de mi parte para salvarle, aunque tuviese poca esperanza del éxito. Me apresuré, pues, á ir á casa del coronel, para pedirle una gracia, que habria desdeñado solicitar para sí mismo; pero por servir á estos desgraciados esposos me habria postrado á sus piés.

El coronel estaba en la parada, y como si hubiese penetrado mi intencion, procuraba evitarme. No me desalenté y le seguí con obstinacion pidiéndole una audiencia de algunos minutos: Decid vuestro asunto en dos palabras, me dijo con mas altanería de lo que acostumbraba. Lo haré, le dije conteniendo con dificultad mi indignacion, y espero

que será con éxito. ¿De qué se trata? me preguntó. Vengo á implorar vuestra humanidad, y no para mí. Entonces le hablé en favor del soldado y de María; la rabia y la malicia se presentaron á su cara satisfecha.

Jamas, me dijo, jamas haré gracia á ese bribon, y me admiro de que vos os atrevais á pedírmela. Vuestra admiracion, le contesté, no puede ser tan grande como la que me da vuestra barbarie, aunque segun lo que sé de vos, no debia admirarme de nada. Su rabia llegó á su colmo. Preguntóme si sabia con quién hablaba. Demasiado lo sé, le dije, que hablo á uno de los mas viles y detestables hombres del mundo.

A esas palabras me levantó el baston que llevaba en la mano. Yo no fuí dueño de mí mismo; arrojéme á el, agarrele su baston se lo rompí, y le tiré los trozos á la cabeza.

Ahora, le dije, estoy pronto á daros satisfacion de cuanto os he dicho, y cuya verdad estoy dispuesto á sostener con peligro de mi vida. No, dijo él con una fria y reflexiva ruindad; la satisfaccion que necesito es de otra naturaleza. Algunos oficiales, que se acercaron á nosotros, quisieron intervenir; pero les impuso silencio con altanería, y me hizo arrestar al momento.

Desde entonces ví mi suerte decidida, y me determiné á sufrirla con valor, y á no dar á Belgrave ventaja alguna sobre mi carácter: quedé, pues, arrestado en mi casa y Enrique sufrió al dia siguiente el castigo militar á que habia sido condenado. No despedazaré, mi querida hermana, vuestra alma sensible, describiéndoos, segun me lo conto uno de mis camaradas, la separacion de marido y muger, la desesperacion de la madre, los gritos del hijo. El orgullo, la indignacion, la ternura, la lástima asaltaron á la vez el alma de Enrique, y se manifestaron sobre toda su persona. Esforzóse á superarse á sí mismo; pero llegado al lugar del suplicio, no pudo dominar sus sentimientos. Su noble corazon no pudo sostener la idea del borron de su deshonor. Una palidez mortal se apoderó de él, cayó en los brazos de un soldado, y espiró con el nombre de María en sus lábios.

Al cuarto dia despues de este triste suceso, fuí juzgado, como me lo esperaba, en consejo de guerra, y destituido á la cabeza del rejimiento por desprecio á un oficial superior. Retiréme á una posada, pobre y solitario, en las inmediaciones de Bray, con el alma en una situacion que no puedo describiros, sin fortuna y sin amigos. Me miré desde entonces como un hombre que nada tenia que hacer en este mundo.

Un teniente jóven con quien habia tenido una íntima amistad, vino á verme en mi retiro. El dolor que me manifestó del estado en que me veia, me sacó del desaliento de que me habia dejado llevar. La voz de la amistad penetró hasta mi corazon y alivió provisionalmente mis disgustos. Preguntóme si habia hecho algun plan relativo á mí; díjele que no, porque no habia ninguno que hacer, cuando no se tenian amigos ni socorros para ponerlo en ejecucion. Tomóme por la mano, y me dijo que tendria uno y otro: que iba á escribir á Lóndres á un amigo suyo, que tenia grandes posesiones en América, y que me enviaria allá, si este partido me convenia. Díjele que era precisamente lo que yo pedia, y le manifesté mi reconocimiento.

El mismo dia en la tarde recibí un mensaje de parte de la desgraciada María: esta me rogaba fuese á verla, y el soldado que vino de su parte me dijo, que estaba moribunda en cama, y que la cuidaba la mujer de un soldado. El sol al ponerse daba en un aposento y sobre su cama, y la cercaba como una especie de aureola. La enfermedad habia marchitado su belleza, causa de sus desgracias; pero con todo, era aún muy interesante. Sus sollozos y sus lágrimas le impidieron por mucho tiempo articular palabra alguna; al fin con una voz débil me dijo: Os he enviado á buscar, señor, porque conozco vuestra humanidad, la que me escusará con vos, y sé que no me rehusareis una buena accion que me dará algun consuelo en estos mis últimos momentos.

Entonces me dijo el motivo que tenia para enviarme á buscar. Suplicóme que entregase á su padre, hombre muy

rico que vivia en Dublin, el hijo que habia tenido del desgraciado Enrique, y que la hiciese enterrar al lado de su marido. Enrique era hijo de un rico comerciante: su familia y la de María estaban muy unidas, y su mutua afición habia principiado desde la infancia. El padre de Enrique habia experimentado un reves de fortuna. Los padres de María le habian declarado que no debia ya pensar en unirse con su jóven amigo. Sin embargo, casáronse secretamente, y ambos se desgraciaron con sus respectivos padres. Los de Enrique, echándole en cara el haber cometido la vileza de entrar en una familia que los desdeñaba, y los de María acusándola de haber despreciado la autoridad paternal. Por esta razon se habian visto obligados por la necesidad á un jénero de vida para el cual no habian nacido. Pero me lisonjeo, añadió, de que el resentimiento de mi padre no me seguirá hasta el sepulcro, y que protegerá á este huerfanito.

Prometíle ejecutar religiosamente cuanto me pedia, y espiró algunas horas despues que me despedí de ella. Asistí á su entierro y llevé el niño á Dublin. Sorprendido el padre y desconsolado, sintiendo demasiado tarde haber mostrado tanto rigor, recibió al niño en sus brazos, y derramó sobre él lágrimas de arrepentimiento.

Me proveí de cartas de recomendacion, y partí para Inglaterra, despues de haber escrito una despedida á mi padre, y otra á Mistriss Marlowe, en la cual les decia que iba á dejar el reino.

Luego que me hube procurado un pequeño cuarto en la ciudad, fuí á casa del hombre á quien iba recomendado; pero juzgad cuál seria mi consternacion cuando supe que habia salido ya para las Indias occidentales. Entré en un café con designio de hacer saber á mi amigo el jóven oficial este incidente. Mientras esperaba papel y tintero, tomé un diario que me puse á leer, pero ¡oh mi querida Amanda! y ¡qué rayo calló sobre mí al leer en él la muerte de mi padre! Mi sentimiento por él, y mis inquietudes por vos, asaltaron á un mismo tiempo mi corazon y mi cabeza; no pude sostener este choque, y caí sin conocimiento. Me



llevaron á mi casa, pusieronme en la cama, en la cual me tuvo quince dias la calentura. Durante mi enfermedad, me ví obligado á gastar el poco dinero que me quedaba, y me hallé alcanzado de deudas con la jente de la casa. Cuando me hallé un poco restablecido, y que me hubieron presentado sus cuentas, les declaré francamente que me hallaba imposibilitado de pagarlas. En consecuencia, fuí arrestado, no dejándome llevar de cuanto tenia, mas que un vestido y dos camisas. Imaginad mi desesperacion cuando me ví amenazado de un eterno cautiverio, y reflexioné sobre vuestra situacion. Mil veces he estado á punto de escribiros; pero me he detenido por temor de aumentar vuestras penas haciéndoos saber las mias, y de seros una carga en lugar de llevaros socorros. La compañía del capitán Rusbrock habia mitigado mi cautiverio. Veia que tenia con su salida una pérdida irreparable; pero con todo, no me alegré menos de verle recobrar la libertad. Yo me figuro que la suya ha contribuido á la mia. Esta mañana ha venido acompañado de Sir Carlos, y ambos me han preparado poco á poco para darme las buenas noticias que me traian. Puedo decir con toda verdad que el anuncio que me ha hecho de una grande fortuna no me ha dado tanto gusto como la seguridad de que iba á volveros á ver. ¡Y mi pobre Adela! nada he sabido de ella desde que fuí preso: me estremezco al pensar lo que habrá sufrido en poder de Belgrave, pues el bueno del viejo jeneral murió poco despues de mi salida de Enniskilling. Tengo motivos para juzgarlo así, segun lo que me ha escrito Mistriss Marlowe. Mi querido Oscar, me dice, no tengais demasiado sentimiento por vuestro buen amigo el viejo jeneral; mas bien alegraos de saber, que ha muerto antes que sus últimos dias fuesen atormentados con el espectáculo de su querida hija.

¡Oh mi querida hermana! continuó Oscar arrojando un profundo suspiro, mientras que sns lágrimas se mezclaban con las de Amanda; es preciso, pues, que en este mundo jamas tengamos un gozo entero y una dicha perfecta, y que siempre tengamos alguna cosa que desear ó sentir.

Al acabar Oscar su narracion, dejó ver á Amanda en todo su semblante la expresion de una melancolía tan profunda, que se persuadió ella que su pasion hácia Adela era incurable; y que ni la ausencia ni el tiempo habian llevado minoracion alguna, y que la libertad y la fortuna que acababa de recobrar no podian tener para con él la mitad de su precio, mientras permanecia en su corazon el sentimiento de la pérdida de Adela.

Cuando volvieron á entrar sus amigos en la sala, y le felicitaron de nuevo sobre el cambio feliz de su situacion, su abatimiento apenas le dejó responder. Cuando M. y Madama Rusbrock le hablaron de la felicidad de que iba á gozar, los escuchó con pena, desmintiendo su corazon lo que le decian. Sin embargo, sus ideas religiosas le llevaron á sentimientos mas razonables de reconocimiento hácia la Providencia, que derramaba sobre él tan inesperados beneficios. Parecióle que sus murmuraciones y sus quejas, despues de tan feliz cambio de situacion, serian una ingratitude. La esperiencia debia haberle enseñado que no hay dicha perfecta en este mundo, y seria una extraña presuncion quererse libertar de la suerte comun de la humanidad. Adquirir de repente la independenciam que da la fortuna; tener medios de reconocer lo que debia á Sir Cárlos; hallarse en estado de dar consuelo y comodidades á una hermana adorada que habia sufrido tanto; en fin, socorrer y aliviar á los desgraciados, eran los goces que se le esperaban en lo sucesivo; y estos nuevos bienes exigian que de su parte tributase un vivo reconocimiento hácia aquel que los dispensa. Estas consideraciones le conmovieron y calmaron su alma, y así á una dulce y tierna melancolia sucedió una profunda tristeza. Pensaba siempre en Adela, pero no con las agonías que por tanto tiempo habia sufrido: era una especie de sentimiento tierno de una alma sensible despues de la muerte de un amigo, y para él, Adela era perdida como si hubiese descendido al sepulcro. Sí, mi querida amiga, le decia como si habitase ya en las mansiones celestes, nos reuniremos en esa habitacion de felicidad que

sólo puede daros la recompensa de vuestra bondad, é indemnizaros de todo cuanto habeis sufrido.

Entonces se halló en estado de entretenerse con sus amigos sobre las medidas que habia de tomar para hacer valer sus derechos. La opinion del capitán Rusbrock y de Sir Cárlos fué, que bastaba dar conocimiento del testamento al marques de Rosline, porque la validacion de esta escritura no podria disputarla, apoyada como se hallaba por el testimonio de Lady Dunreath, que vivia aún; que si se disputaba, estaria siempre á tiempo para recurrir por vias jurídicas.

Sir Cárlos conocia personalmente al marques; tenia igualmente muchos amigos y conocidos en las inmediaciones de Rosline. Ofreció á Oscar hallarse en Escocia al mismo tiempo que él. Oscar le dió infinitas gracias por ello, persuadido de que el apoyo de un hombre tan conocido, y tan generalmente estimado, le seria de mucha utilidad en sus asuntos.

Sir Cárlos le dijo que tenia que hacer en su regimiento que se hallaba en Irlanda, pero que no estaria allí sino pocos dias, y que como se hallaba de guarnicion en Donaghdee solo tendria un corto trecho que hacer de allí á Port Patrick, desde donde en pocas horas pasaria á Rosline-Castle.

Despues de haber señalado el dia de su partida para Irlanda, propuso á Oscar el venir con él, y este lo aceptó gustoso.

El corazon de Amanda palpitó de alegría á la idea de hacer un viage á Irlanda. Era probable que pasasen por el país de Gales, y deseaba ardientemente acompañar á su hermano hasta allá, á fin de que la dejasen en casa de su nodriza Edwin, desde donde podria aún ir á ver Tudor-Hall, y visitar los sitios que habia recorrido con Mortimer, darles el último adios, resuelta como se hallaba á alejarse de él para siempre, luego que hubiese sabido la vuelta de Mortimer á Inglaterra. En esta despedida creia encontrar algun consuelo. Hallaba por inútil acompañar á su hermano á Escocia, y estaba resuelta á evitar este via

Je, á menos que le dijese que era absolutamente necesario. Era demasiada prueba para ella encontrarse en un lugar donde tendria casi á los ojos las fiestas del casamiento de Lord Mortimer, ó estaria espuesta á oír todos sus detalles. Sobre todo, no quiso dejar penetrar á su hermano el secreto de su amor, persuadida de que seria muy desgraciado viéndola entregada á los sufrimientos que lleva consigo un amor sin esperanza, y puede ser, sin poderse prestar á todos los proyectos que hacia por la felicidad de su hermana.

En fin, á estos motivos se juntaba la repugnancia que tenia de acercarse á un lugar en que podria ser testigo de la pena que Lord Mortimer sentiria al ver á la familia con quien iba á unirse amenazada de un golpe cruel. Se estremecia su corazon pensando que antes que Oscar llegase á Escocia, el interes del marques de Rosline y el de Lord Mortimer estarian unidos, y los pasos de Oscar se dirigirian igualmente contra uno y otro. Oscar no contarió la repugnancia que tenia su hermana de hacer el viage de Escocia, y convinieron dispensarla de él supuesto que su presencia era inútil.

Sir Cárlos Bingley fué del mismo parecer, aunque fuese, la dijo en voz baja, contra sus propios intereses.

Desde entonces habria dado á conocer sus deseos de ir al país de Gales, si no hubiese temido dejar penetrar su verdadero motivo. Mientras balanceaba sobre este proyecto, Sir Cárlos dijo al capitán Rusbrock que habia obtenido de un amigo suyo que tenia un empleo, otro para él con un sueldo regular; que era preciso que fuese cuanto antes á su destino, que estaba á treinta millas de Lóndres. Manifestó su deseo de que él y Madama Rusbrock hiciesen sus preparativos para partir al dia siguiente.

Su alegría y reconocimiento á este rasgo de bondad de Sir Cárlos, era superior á toda espresion; pues les ponia en adelante en estado de existir por sí mismos, y el plan de la independenciam aun ganado con dificultad, en cuyo caso no se hallaban, es siempre mas sabroso.

Al oír que los Rusbrocks iban á dejar á Lóndres, Oscar miró á su hermana con inquietud, y su mirada parecia decir: ¿A los cuidados de quién la dejaré, alejándome yo tambien de ella? Mistriss Rusbrock entendió esta mirada, y suplicó á Miss Fitzalan que viniese con ella á su nuevo establecimiento, para que nada faltase á su dicha. Era este el momento de explicarse Amanda: tomó ánimo, y declaró el deseo que tenia de visitar á su fiel nodriza, y que no queria perder la ocasion favorable que se le presentaba de hacer este viaje, acompañando á su hermano hasta allá. Emilia habló en favor del plan de su madre; pero Amanda, manifestando toda su ternura y reconocimiento para endulzar la denegacion, permaneció en su idea. Oscar estuvo muy contento de la resolucion de su hermana, sobre todo con la esperanza de que el aire nativo y los cuidados de su nodriza acabarian de restablecer su salud. Sir Cárlos se alegró infinito de poder gozar de la sociedad de Amanda durante una tan grande parte de su viaje.

Arreglado todo de este modo, pusieron á la mesa, en la cual Sir Cárlos por la dulzura de sus modales y la vivacidad de su talento divirtió á todos. Retiróse temprano; al dia siguiente, habiendo bajado Amanda para el desayuno, halló ya á su hermano, al capitán Rusbrock y á Sir Cárlos Bingley. Despues del desayuno, Bingley llamó á Oscar aparte, y en los términos de la mayor delicadeza le ofreció ser su banquero. Oscar lo aceptó con el mayor reconocimiento, y despues de haber tomado la suma necesaria, entregó á su hermana algunos billetes de banco para comprar alguna cosa antes de partir, y para esto salió con la madre é hija Rusbrock, que se ocuparon tambien de los preparativos de su viaje. A la vuelta, habiendo Sir Cárlos encontrado á Amanda, tomó esta ocasion de volverla á ofrecer su mano.

La sincera amistad que le tenia, la determinó á hablarle en estos términos: Si yo aceptase, Sir Cárlos, vuestros generosos ofrecimientos, cesaria de merecer vuestra estimacion, de la que hago alarde, y perderia el derecho y el

gusto de reconocerla, porque con mi estimacion no podría entregarme á vos. Debo á vuestra amistad, añadió con un modesto agrado, declararos que antes de conoceros, mi corazón estaba ya dado.

Sir Cárlos se puso pálido, tomó la mano de Amanda, y estrechándola en silencio contra su pecho, exclamó: ¡Miss Fitzalan! despues de haberme dado estas señales de vuestra generosa confianza, ya no sufrireis ninguna importunidad mia.

## CAPITULO IV.

Al dia siguiente, Oscar, Amanda y Sir Cárlos se pusieron en marcha. Los Rusbrocks, que miraban á Amanda como el origen de su actual felicidad, se despidieron tierna y afectuosamente de ella, lo que les afectó profundamente. Su viaje al país de Gales fué agradable y pronto, pues el tiempo fué muy bueno. En la tarde del tercer dia, al ponerse el sol llegaron al pueblo de los Edwin, Despues de haber tomado algun refresco, Amanda salió de allí acompañada de su hermano, y no quiso que la siguiese su equipage hasta mas tarde. No quiso que Sir Cárlos la acompañase: se habia arrepentido de haber viajado con él, pues la pasion de Bingley parecia haberse aumentado. ¡Qué caro pagaré, le dijo él dándole la mano en la escalera, las cortas horas de gusto que he pasado y gustado á vuestro lado, con la memoria y los disgustos que me dejarán!

Amanda se despidió de él y se alejó. Oscar no pasó de la entrada de la avenida que conducia á la casa. No hubiera tenido tiempo de responder á las preguntas que los Edwin hubieran creido poderles hacer, y no queria que su nueva situacion fuese sabida de nadie, sino de aquellos que estaban ya instruidos de ella. Amanda se proponia decir á sus huéspedes al llegar, que se habia aprovechado de la compañía de dos amigos que iban á Irlanda para venirles á ver y pasar algun tiempo con ellos. Oscar le

prometió escribir desde Irlanda, y despues desde Escocia, luego que hubiera visto al marques. La exhortó á que cuidase de su salud, y se despidió de ella tiernamente. Al ver su abatimiento, se alegró Amanda de no haberle dado á conocer sus propios disgustos. Lisonjeóse de endulzar los de su hermano con sus atenciones delicadas, pues juzgando del corazon de Oscar por el suyo, no creia poder arrancar de él la herida profunda que tenia, pero esperaba hacerla menos sensible.

Despues de separada de su hermano, Amanda retardó su marcha, pues se hallaba en una tierra que le recordaba mil tiernas memorias. Desde allí habia echado por la última vez sus miradas á Tudor-Hall; allá habia su padre fijado los ojos sobre el campanario de la iglesia, á cuya inmediacion se hallaba enterrada su tierna esposa; acullá tenia costumbre Lord Mortimer de venir á su encuentro. A tan tristes memorias, su corazon sucumbia, y sus suspiros salian multiplicados de su oprimido pecho. Apenas podia detener sus lágrimas. A su alrededor todo era agradable y sereno, pero ella de nada disfrutaba. El baido de los ganados errantes sobre las vecinas costas no hacia sino aumentar su melancolía, y el aspecto que el otoño ya adelantado daba á la campiña, le recordaba los felices tiempos en que la habia visto con toda su belleza. El sol próximo á su ocaso alumbraba todavía las ventanas de Tudor-Hall. Detúvose involuntariamente á contemplar este objeto, y habria permanecido por largo tiempo en esta situacion, si no hubiese temido ser observada, y con este temor apresuró su paso hácia la casa.

La puerta estaba abierta. Entró y halló á su nodriza sola y ocupada en hacer calceta. Su admiracion fué estrema cuando Amanda se le presentó; estremecióse, levantóse, gritó y la miró un momento con el aire de no creer á sus propios ojos. En fin, corriendo hácia ella, la estrechó entre sus brazos y la apretó contra su pecho. Buen Dios! dijo ella, ¡quién podia esperar una cosa tal! Que seais bien venida como las flores de Mayo. Hemos estado con mucho cuidado por vos, y cien veces me ha dicho

mi marido, que si supiese dónde estábais, habria ido á veros. Amanda volvió á su nodriza todas sus caricias, y se sentaron.

Temo mucho, le dijo la nodriza mirándola tiernamente, que hayais sufrido estremadamente desde que no os he visto. ¡El pobre capitan! cuando se despidió de nosotros, no creí que lo viese por la última vez. Amanda no pudo detener sus lágrimas, y sus profundos suspiros manifestaron bastante la amargura de sus sentimientos.

¡Ah! dijo la nodriza enjugándose sus ojos con el estremo del delantal, grandes y pequeños, tarde ó temprano debemos todos pasar por ello; y así, mi querida hija, no os dejeis abatir demasiado. Yo habia oido decir antes de este suceso que íbais á casaros ricamente: pero es demasiada verdad que los hombres como las veletas mudan segun el viento. Sin embargo, al ver á Mortimer despues de vuestra partida, nadie habria podido creer que jamas hubiese podido cesar de amaros, pues tenia tal dolor que nos causaba lástima. Ciertamente que si hubiese sabido dónde estábais, se lo habria dicho. Esperaba con todo que os descubriria, cuando supe que en lugar de buscaros iba á casarse con una gran señora que tiene un nombre muy largo y muy difícil de pronunciar, una rica heredera escocesa; pero en el dia el dinero lo hace todo. Todo el mal que le deseo es que le haga rabiarse toda su vida. Esta conversacion era demasiado penosa para Amanda, y por consiguiente trató de desviarla preguntando noticias de la familia. La buena muger contestó en dos palabras, que todos estaban buenos, y continuó diciendo: tenemos aquí al ministro Howell, á quien todo el mundo hubiera creido tan firme como las peñas de Penmeenmown; pero nada de eso: ha mudado tambien, pues no viene ni la mitad tan á menudo como venia á saber noticias vuestras.

Amanda no pudo menos de sonreirse de la cólera de la buena muger contra el ministro, y le preguntó de nuevo noticias de su familia. La nodriza dijo que todos estaban buenos, que habian ido á un pequeño baile al molino del Valle; que Elena se habia casado con su fiel Chip, que te-



nia buena casa y una niña á la cual criaba su madre; que habiera querido por amor de su señorita ponerle el nombre de Amanda; pero que ella habia temido pasar por una impertinente dando á su hija tan hermoso nombre; que sentia siempre no hallarse ya con su buena señorita, de lo cual no podia consolarle el mismo Chip. Amanda tributó algunas lágrimas á la tierna aficion que la pobre Elena la conservaba, y felicitó á su nodriza de la felicidad que gozaba. La nodriza á su vez consiguió que Amanda le diese algunos detalles de cuanto le habia sucedido desde su separacion, y lloró por los disgustos de su querida hija. Preguntó por Oscar, y Amanda se contentó con decirle que estaba bueno. Los hijos volvieron temprano del baile, y su sorpresa fué igual á su alegría á la vista de Amanda. Uno de los muchachos fué á buscar á Elena, el cual volvió pocos minutos despues con ella, su marido y su pequeña hija. Elena estaba colmada de alegría, estrechaba en sus brazos á Amanda como si no hubiese querido separarse de ella, y lloraba á moco tendido. Ahora, exclamaba, ahora es cuando soy feliz; pero ¿por qué, mi amada señorita, no os habeis venido á vivir con nosotros? Sabeis que habriamos hecho cuanto hubiéramos podido para divertirnos. Temiendo despues Elena haberse tomado demasiada libertad, se retiró modestamente á alguna distancia, tomó á su hija y la presentó á Amanda, que la acarició, y habló á Chip con una bondad de la que Elena estuvo infinitamente satisfecha.

Si los disgustos de Amanda hubiesen sido menos dolorosos, las atenciones de estas buenas gentes los habrian disminuido; pero en este momento nada podia levantarla de su abatimiento. Su equipage llegó. En él habia traído algunos pequeños regalos para toda la familia, y los distribuyó. Quiso entretenerse con ellos sobre sus asuntos; pero no se halló en estado de sostener este esfuerzo, y pidió irse á su cuarto. La nodriza no quiso dejarla ir sin haber probado su queso reciente y su cerveza.

Cuando estuvo cerrada y sola, halló en su cuarto objetos que le recordaron á Lord Mortimer y aumentaron su

tristeza. Tenia á la vista la cajita de libros que le habia enviado; abrióla, y en el primer tomo que le vino á la mano observó pasajes escogidos rayados por mano de Mortimer, como espresando mas particularmente sus disposiciones y sentimientos. ¡Cómo le recordaron estos libros los felices momentos que habia pasado en este sitio! La noche se avanzaba, y aun no podia resolverse á cerrar la cajita; y cuando se hubo acostado, su sueño fué corto y agitado. Al dia siguiente, mientras se desayunaba rodeada de la nodriza y de sus dos hijas (pues Elena habia venido temprano á saber de ella) entró Howell. Lo que la nodriza la habia dicho de la mudanza sucedida en los sentimientos del ministro, hacia su visita mas agradable á Amanda. El placer de Howell al volverla á ver fué grande; pero en lugar de los trasportes de un enamorado, era la alegría dulce de un amigo. Despues que se hubo despedido, Amanda acompañó á Elena á su casa, y se alegró mucho de la limpieza y situacion de ella. Estaba en medio de un pendiente desde donde tenia muy buena vista hácia Tudor-Hall. Todo recordaba á Amanda á Lord Mortimer, hasta el aire que respiraba, y que tantas veces habia llevado á sus oidos los dulces acentos de una voz que le llegaba siempre hasta el corazon.

Desde el segundo dia de su llegada no pudo menos de permitirse el triste placer de recorrer el parque y los solitarios paseos de Tudor-Hall; allí, pues, dirigió sus pasos. Los sitios mas espesos y mas sombríos, su soledad y su silencio convenian mejor á sus sentimientos y á sus tristes pensamientos. Allí, sin distraccion y sin testigos, podia abandonarse á su melancolía, que se aumentaba con la memoria de las dulces horas que habia pasado bajo estas mismas sombras; arrojaba en derredor de sí lánguidas miradas, redoblándose su dolor al aspecto de los objetos y lugares que le traian á la memoria su felicidad pasada. Articulaba con voz trémula el nombre de Mortimer; pero se avergonzaba al mismo tiempo, pensando que nombraba al esposo de Lady Eufrasia. Levantábase y suspiraba profundamente diciéndose á sí misma: me esforzaré á ser ra-

zonable; procuraré no alimentar memorias que la decencia no me permite conservar: con todo, se detenia aún en el bosque, en el cual la oscuridad que se aumentaba parecia añadir mas atractivos, mientras el viento producia un zuzorro sordo y triste en las cimas de los árboles, y llevaba á sus oidos la música grosera de una arpa del pueblo, que se hallaba en una casita inmediata.

Acercóse á él Amanda. Pensaba en la inquietud que su ausencia podia dar á los Edwins, y marchó de prisa. . . . En la avenida encontró á Edwin, á quien habia enviado su muger en busca suya. La buena muger le manifestó sus temores de que no dañasen á su salud sus largos paseos estando la noche adelantada, y sentia infinito el ver á una jóven abandonarse de este modo á tan tristes fantasías.

No solo no limitó Amanda sus pasos á Tudor-Hall, sino que recorrió todos los sitios en que habia ido con Mortimer. Pasó igualmente á ver el sepulcro de su madre, á cuya vista se le aumentó el dolor mucho mas que la primera vez que lo habia visto. Acordóse de todas las desgracias que habia sufrido desde aquella época, los disgustos de su padre y su triste fin. Privada en adelante, se decia, de los objetos que podian darme apego á la vida, engañada en todas mis esperanzas, ¡cuán feliz hubiera sido si la misma tierra hubiese recibido en su seno á la madre y á la hija! Sin embargo, ¡oh mi Dios! añadió despues de algunas reflexiones: ¡Quién soy yo para atreverme á murmurar y levantarme contra vuestros decretos? Perdonad este movimiento involuntario de un corazon despedazado por tantos dolores, pero penetrado del mas vivo reconocimiento por vuestra proteccion, que me ha sacado de tantos peligros. Debo resignarme, si es menester, á la suerte de la humanidad, á la de aquella que descansa aquí, que en la flor de la juventud y de la belleza ha caido víctima de sus disgustos bajo la guadaña de la muerte. ¡Cuán desgraciados han sido vuestros destinos, amados autores de mis dias! Ni aun han permitido que vuestras cenizas se uniesen; pero sin duda se hallarán reunidas vuestras almas en un mundo

mas feliz. Vuestra hija hará todos sus esfuerzos para imitar vuestro ejemplo. Resignada como vosotros á las voluntades del cielo, soportará la vida, no con la esperanza de ser feliz, sino con la humilde confianza de que podrá esparcir á su alrededor alguna felicidad.

Tales eran los sentimientos que espresó Amanda sobre la tumba de su madre, de donde volvió pálida y abatida, semejante á una flor de lirio á quien una lluvia abundante ha hecho encorvar.

Al fin de la semana recibió carta de Oscar, en la cual le decia que dentro de pocos dias pasaria á Escocia. Habia-se llevado con ella todo lo necesario para dibujar, pues deseaba apasionadamente pintar diferentes vistas de Tudor-Hall, que tendria mucho gusto en conservar cuando se hallase para siempre separada de este sitio tan grato á su memoria.

No podia satisfacer sus deseos sin el auxilio de su nodriza, pues queria tomar estas vistas desde el salon de música; lo que no podia ejecutar sin el permiso de Mistriss Abergwilly.

Comunicó, pues, su designo á la nodriza, la cual sacudió la cabeza sospechando que Amanda tenia otro motivo para hacer esta demanda que el que le insinuaba; pero como era tan diligente en dar gusto á su hija, no podia rehusarle nada. Al momento fué á verse con Mistris Abergwilly para pedirle el permiso que Amanda deseaba, la cual contestó que Miss Fitzalan podia venir á Tudor-Hall tanto como quisiese, sin miedo de ser incomodada.

Amanda no difirió usar del permiso; pero despues de haber entrado, le fué preciso mucho tiempo antes de poderse ocupar del dibujo. En vano desplegabá la naturaleza todas sus bellezas; al pensar que aquel que se las habia hecho observar, y en cuya compañía las disfrutaba era perdido para siempre para ella, sus ojos se llenaban de lágrimas, y no veia cosa alguna. Poco á poco se calmaron estos sentimientos, é iba asiduamente todas las mañanas al salon para dibujar, cuya ocupacion le aliviaba sus disgustos.

Tres semanas se pasaron así, al fin de las cuales recibió una carta de Oscar: rota la nema, y -viendo que la carta venia de Escocia, se halló en una grande agitacion, á la cual sucedió la mas viva alegría y sorpresa. En ella le decia Oscar que sus asuntos estaban terminados, sin haberse presentado dificultad alguna: que la validacion del testamento habia sido reconocida, y que podia mirarse como poseor de los bienes dejados á Malvina por su abuelo el conde Dunreath, y que toda la vecindad le habia ya cumplimentado por ello. Decíala, que no tenia tiempo de detallarle las circunstancias que habian facilitado el suceso, y se lisonjeaba de que las felices noticias que le comunicaba en su carta, le harian perdonar su laconismo. Añadia que se preparaba á partir para Lóndres con Cárlos Bingley, que le habia dado pruebas de la mas tierna amistad: que iba á tomar algunas medidas relativas á sus nuevas pasiones, y particularmente para hacer revivir en él el título de conde Dunreath, no para satisfacer un vano orgullo, sino por respeto y reconocimiento á su abuelo, que habia espresado en su testamento el deseo de ver sostener el título por su heredero: que cuando hubiera terminado todos sus negocios, volveria á su lado para encontrar en su sociedad algun alivio á las penas de su corazon, pero que todos los favores de la fortuna le podian mitigar. Decíale tambien, que esperaba encontrarla alegre como la primavera, y dispuesta á acompañarle para establecerse en la casa respetable de sus antepasados.

Aunque alegre por estas agradables noticias que recibia, Amanda no tenia valor aún de comunicarlas á la familia de Edwin. El placer que sentia era turbado por la idea de lo que Lord Mortimer pensaria sabiendo un acaecimiento que naturalmente debia deshorrar á la familia con la cual iba á unirse. Apresurábase á acabar sus paisajes previniendo que le quedaba poco tiempo que permanecer en el país de Gales. A cada visita que hacia á Tudor-Hall, pensaba tristemente que seria la última.

Una mañana despues del desayuno, mientras se preparaba para ir á la biblioteca, la nodriza, que habia salido

antes de haberse levantado Amanda de la cama, entró con un aire apresurado, que mostraba que tenia alguna cosa importante y extraordinaria que anunciarle, y respirando apenas: Dios nos ayude, dijo luego que pudo recobrar la palabra; ¡suceden cosas tan estrañas en el mundo! La vieja Abergwilly me ha enviado á buscar esta mañana. Me he admirado mucho; pero ¿qué es esta admiracion en comparacion de la que he tenido al saber el motivo porque me habia enviado á buscar? La curiosidad y la impaciencia atormentaron á Amanda. ¡Y bien! ¿qué os ha dicho? le preguntó.

¡Ah! bien sabia yo, dijo la nodriza, la turbacion que os causarian semejantes noticias; pero por mas que penseis, de aquí á mañana no adivinaríais lo que es. No, no, dijo Amanda, no lo adivinaria; decidme prontamente en dos palabras lo que es. Sabreis, pues, contestó la Edwin; pero, mi querida hija, temo que no os hayais desayunado muy bien, estais pálida, y yo tambien me he desayunado muy mal, pues las noticias de Misstriss Abergwilly me han trastornado de tal modo, que, aunque me ha hecho un buen té verde, y una escelente torta, casi no he probado nada. En fin, ¿qué os ha dicho? dijo Amanda, cuya impaciencia iba en aumento.

Bien, mi querida hija, me ha dicho que ayer por la noche habia llegado un espreso de Lóndres, que le habia traído la noticia de la muerte de Lord Cherbury, y que Lord Mortimer habia venido á Tudor-Hall; que el procurador tenia órden de pagar y despedir á todos los criados, y hacer preparar la casa para recibir al nuevo propietario. ¡Ay buen Dios! he visto llorar á estas gentes, ¡pobres criaturas! que se han envejecido en la casa y contaban acabar en ella sus dias. No es porque teman que les falte cosa alguna, pues el jóven Lord ha tenido cuidado de asegurarles con qué vivir; pero están desconsoladas por tener que dejar á tan buen amo. La pobre Mistriss Abergwilly no se consolará jamas, no tiene hijo ni hija; pero me ha dicho que amaba hasta las sillas y mesas de la casa que ha fregado tanto tiempo por su mano; ella hubiera venido á hos-

pedarse á mi casa si pudiera darle un aposento desde el cual no pudiese verse Tudor-Hall, porque no podria sopor-  
tar, la vista de la casa cuando tendria nuevo dueño: he aquí,  
mi querida hija, en suma todo lo que sé.

Admirada estuvo Amanda, é igualmente afectada de lo  
que acababa de oir. Descaba saber si la nodriza habia sa-  
bido alguna cosa del prócsimo casamiento de Lord Mor-  
timer; pero no pudo resolverse á hacer esta pregunta; á  
mas de que pensó que si la cosa hubiese sido hecha, ha-  
bria llegado la noticia al mismo tiempo que la de la muer-  
te de Lord Cherbury. Ella perdía toda la esperanza de  
justificarse con su hijo. Pero ¿por qué lo he de desear, aña-  
dió, si nos hallamos separados para siempre? Tal vez es  
mejor que haya cesado de estimarme, pues sus sentimien-  
tos serán menores. No comprendia ella, por qué Lord  
Mortimer vendia á Tudor-Hall; á menos que fuese para  
ceder á los deseos de Eufrasia, que no ignoraba que allí  
habia principiado la aficion de Lord Mortimer por su rival.  
Ah! decia ella; Eufrasia no hubiera conocido sus bellezas,  
y en quanto á Lord Mortimer, Tudor-Hall no habria hecho  
mas que alimentar unos disgustos que su nueva situacion  
no le permitia entretener. Apresuróse á ir á Tudor-Hall,  
donde estuvo mucho tiempo antes de poder tomar el lá-  
piz, tan agitada se hallaba.

El paisaje que acababa, presentaba el pequeño valle  
que se veia desde las ventanas del salon de música, y en  
la estremidad de la colina las romancescas ruinas de un  
antiguo castillo. El dibujo estaba perfectamente hecho, y  
solo faltaba la figura de Lord Mortimer, con el cual habia  
recorrido muchas veces estos agradables sitios. Su corazon  
guiaba su mano, y por consiguiente habia trazado pronta-  
mente las facciones y personal de Mortimer, el hombre que  
amaba. Miraba su obra con un tierno interes y grande pla-  
cer, cuando viniéndola al pensamiento que Lord Mortimer  
ya era de otra muger, se echó en cara como un crimen lo  
que acababa de hacer: apresuróse, pues, á borrar con ma-  
no trémula la figura que acababa de trazar, y la ardiente  
lágrima que dejó caer sobre el dibujo la ayudó á la ejecu-

cion de esta triste resolucion. Despues de haber hecho este sacrificio á su delicadeza: ¡qué inútil es, decia, conservar sobre el papel rasgos que están profundamente grabados en mi corazon! Mientras acababa de hablar, oyó un largo y profundo suspiro. Alarmada de la idea de haber sido oida, y haber dado á conocer los sentimientos de su corazon, se levantó con precipitacion de su asiento, y llevó en derredor sus ojos con inquietud; pero ¡cómo describir las emociones de su alma cuando se le presentó á su vista el original de esta figura que habia trazado la ternura, y la decencia habia borrado! Atónita, incapaz de hablar y de moverse, y casi sin poder respirar, permaneció inmóvil, como no dando crédito á lo que veia. En efecto, podia bien dudar si era Lord Mortimer el que tenia delante de sí, pues que su semblante estaba tan alterado, que apenas conservaba cosa alguna que indicase fuese el mismo, escepto el aire de bondad que se mostraba, aún por todos sus rasgos como carácter dominante de su fisonomía. Su color marchito, el desórden de sus cabellos, sus vestidos lúgubres, todo contribuia á espresar la tristeza, todo parecia decir que estaba para siempre separado de la dicha. Los violentos sentimientos de Amanda la habian abatido al principio; pero habiendo recobrado sus facultades, tomó apresurada el dibujo, y con paso mal asegurado se dirigia á la puerta. Ya estaba cerca de ella, cuando Mortimer detuvo su marcha diciéndola con voz dulce y tímida: ¡Os vais, Miss Fitzalan, sin despediros? ¡Os vais para no volverme á ver? El acento penetrante y patético con que pronunció estas palabras, conmovió el corazon de Amanda: detúvose, pues, y se volvió involuntariamente como para recibir y dar este triste adios que le echaban en cara que evitaba. Lord Mortimer se acercó, quiso hablarla, pero sus palabras espiraron en sus labios. Lágrimas amargas brotaron de sus ojos; cubrióse la cara con un pañuelo, y se fué á la ventana.

Afectada Amanda mas allá de toda espresion, y no pudiéndose sostener, se dejó caer sobre una silla. Participando su corazon de las conmociones de Mortimer, solo con



un grande esfuerzo pudo en este momento crítico observar las leyes de una fria y rígida decencia: solo conteniéndose difícilmente, pudo no volar á los brazos de Mortimer, mezclar sus lágrimas con las de su amigo, y no quejarse del cruel destino que los habia separado para siempre. Despues de algunos minutos, calmado un poco Mortimer, se le acercó. He deseado mucho tiempo ha, le dijo, tener la ocasion de volveros á ver; pero no he tenido valor para pedir os una audiencia. Al venir aquí esta mañana para dar el último triste adios á esta habitacion, que tantos encantos tenia para mí, estaba muy lejos de imaginar que os encontraria en ella. Doy gracias al destino, que en esta ocasion se me ha mostrado favorable. Espresaros mi dolor, mis remordimientos, no solo por el error en que me ha hecho caer una combinacion de sucesos que han podido engañarme, sino tambien por la conducta que este error me ha hecho adoptar y seguir, seria aliviar un poco mi corazon; recibir de vos el perdon, seria un triste, pero dulce consuelo. Con todo, continuó despues de un momento de silencio, ¿cómo podria ser un consuelo? ¡Ah! la dulzura que me manifestaríais, no haria mas que aumentar mi desgracia con la idea de nuestra eterna separacion. Amanda nada contestaba: las palabras de Mortimer parecian darle á entender que sabia la desgracia en que la habia precipitado Lord Cherbury, y esperaba con inquietud una esplicacion. La pureza y nobleza de vuestro carácter, me han sido al fin conocidos perfectamente.—¡Gran Dios! ¿en qué circunstancias y por qué vias?—Por la confesion de un padre á quien habeis hecho tan generosamente un sacrificio de lo que podria entonces mirarse como vuestra felicidad.—¡Qué! dijo Amanda con una viveza que no pudo contener, ¿Lord Cherbury me ha justificado?

Sí, dijo Lord Mortimer; él nos ha convencido de que sois la mas escelente de las mugeres, y al mismo tiempo la mas cruel é injustamente tratada: vos sois cuanto mi tierno corazon ha creido que érais. Pero ¿que desesperacion para mi corazon, que esa confesion haya venido demasiado tarde para mi dicha! Tiempo hubo en que des-

pues de haber desterrado de mi imaginacion un error semejante, habia esperado que, consagrándoos mi vida entera, repararia una injusticia involuntaria; pero ¡ah! en el dia nada puedo reparar, nada esperar.

Amanda lloraba, levantaba los ojos al cielo, y los volvía á fijar en la tierra.—¿Llorais, exclamó Mortimer apoderándose de su mano, que miraba estático y con ojos en que brillaba un fuego extraordinario, llorais, mi querida Amanda? ¿qué significan estas lágrimas? ¿qué, no habeis mudado con respecto á mí?

Amanda temió que su enternecimiento hubiese convencido á Mortimer de que le amaba todavía. Reprobóse su imprudencia, que era la sola que podia haber impelido á Lord Mortimer á hablar como acababa de hacerlo.—Milord, le dijo ella, no entiendo el sentido de vuestra pregunta; pero debo deciros que en efecto habria mudado mucho si pudiera permanecer un momento mas con una persona que parece olvidar á la vez su situacion y la mia.

¡Ah señora! exclamó Mortimer con el acento del descontento; perdonad si os he detenido, si he turbado vuestra soledad, y si os he importunado con mis dolores. Amanda estaba entonces cerca de la puerta: sufría por la idea de separarse de este modo de Lord Mortimer; pero la prudencia le hacia sentir la necesidad de alejarse: caminaba no obstante lentamente hácia la puerta, y Lord Mortimer, en quien la ternura era superior á su arrogancia, y que estaba desesperado por verla partir descontenta de él, la alcanzó prontamente, y tomándola la mano, la dijo: ¡Oh mi querida Amanda! no añadais á la tristeza de estos crueles momentos, vuestra cólera contra mí, y puesto que nos debemos separar, sea como unos amigos que se conservan la benevolencia uno por otro. Aun no me habeis concedido el perdon (si es posible obtenerlo) de las persecuciones que os he atraído: aun no me habeis perdonado la dureza, la crueldad, á las que un error fatal me ha conducido.

¡Oh Milord! respondió Amanda, cediendo de nuevo á la bondad de su alma, y dejando escapar algunas lágrimas, ¿qué perdon os he de conceder, cuando no me habeis ofen-

dido? Cuando he estado abandonada y sin apoyo, ¿no ha venido á mi socorro vuestra amistad? no habeis derramado el bálsamo del consuelo en las llagas de mi corazon? Cuando he perdido vuestra estimacion por el artificio de mis perseguidores, ¿no me han seguido en mis correrías vuestra atencion y vuestros cuidados? no os habeis esforzado á allanarme el camino de la vida? Beneficios son estos que no pueden olvidarse, y que exigen de mí el tributo de un tierno reconocimiento, que no he cesado de pagaros y que. . . Presentósele á los labios la expresion de un sentimiento muy vivo; pero detúvose y suspiró: despues de un momento de silencio, prosiguió: Sí, Milord, todos mis votos los mas ardientes, los de todos los dias que dirigiré al cielo, serán por vuestra felicidad, y ojalá sea esta igual á vuestras virtudes; es la mayor dicha que puedo desearos.

Lord Mortimer arrojó un gemido que daba indicios de los tormentos de su alma.—¡Oh Amanda! exclamó, ¡oh mi queridísima Amanda! ¿cómo podré gustar felicidad alguna despues de haberos perdido? Nò, jamas. ¡Ah! vos haceis votos y súplicas por mí; pero estos votos y súplicas son inútiles. ¿Estos sitios, continuó, no os recuerdan tiempos mas felices? ¡Oh! ¡qué dulces horas hemos pasado bajo estas sombras que no volveré á ver nacer en la Primavera!

Estas últimas palabras, haciendo referencia á la pérdida que hacia Lord Mortimer de esta habitacion, á la cual estaba aficionado, afectaron tan dolorosamente á Amanda, que no podia ya sostenerse, é iba á sentarse sobre una silla, cuando Mortimer la recibió en sus brazos. Ella no tuvo fuerza para desasirse de ellos; pero ¿quién puede pintar la impresion que esperimentó, cuando teniendo apoyada la cabeza sobre el seno de Mortimer, sintió palpitar su corazon, que parecia quererse salir de su nicho para irse á unir con el suyo: despues de haber recobrado sus fuerzas, conoció que la decencia no le permitia permanecer por mas tiempo en esta situacion: desasióse de sus brazos diciéndole: Es preciso separarnos, Milord, y separarnos para siempre.

Decidme, pues, exclamó poniéndose otra vez delante de ella: decidme si puedo esperar conservar algun lugar en vuestra memoria, y si la dicha que os espera será causa de que me olvideis del todo. Prometedme de que pensareis algunas veces en mí, y los votos que hareis por mi felicidad, tan ineficaces como serán, me consolarán en el destierro solitario á que voy á condenarme.

¡Oh Milord! contestó Amanda, ¿qué decís? Luego quereis renunciar á llenar los deberes que vuestra situacion, vuestro nacimiento y la sociedad os imponen. ¿Quereis que los que os conocen pierdan la idea que tienen de vuestras virtudes y de vuestro valor? En fin, ¿quereis abandonar una muger con quien acabais de uniros con votos solemnes, y á quien debeis afición y vuestra proteccion? ¡Oh Milord! ¿qué dirán vuestros amigos? ¿Qué dirá la misma Lady Eufrasia de una conducta tan cruel y tan imposible de justificar?

¡Lady Eufrasia! repitió Montimer retrocediendo algunos pasos con el acento del horror y admiracion. ¡Gran Dios! ¿es posible que ignoreis lo que ha sucedido últimamente? Sí, vuestras palabras, vuestras miradas, me hacen ver que estos acaecimientos no han llegado á vuestro conocimiento. Amanda le preguntó á su vez de qué acaecimiento queria hablar —Decidme primero, replicó Lord Mortimer, si la mudanza en que os veo por mí, viene de que habeis supuesto que era marido de Lady Eufrasia.—*¿De que he supuesto?* repitió Amanda admirando la pregunta de Lord Mortimer; pues qué, no lo sois?—No, respondió Mortimer, no he tenido la desgracia de contraer una obligacion que mi corazon no habria ratificado. Lady Eufrasia ha hecho otra eleccion. Era vuestra enemiga; pero sé que vuestro corazon generoso llorará su triste destino.

Mortimer cesó de hablar, porque Amanda no podia oirle ya: ella se dejó caer de sorpresa y alegría en los brazos de su querido Mortimer. Solo á los que, como ella, del borde del abismo de la desesperacion han sido guiados inopinadamente al camiuo de la esperanza y de la felicidad, á ellos solos pertenece una idea de lo que sintió en el mo-

mento en que volviendo en sí, resonó en sus oídos la dulce voz de Mortimer, y que ella creyó poder, sin faltar á la decencia, dejar que su amigo la estrechase contra su seno, mirase con ojos mojados de lágrimas tiernas, y le preguntase de nuevo si habia creído en su casamiento, y si por esa persuasion lo habia tratado tan severamente. Pero, repitiendo la pregunta, se creia feliz al pensar que la respuesta seria tal como la deseaba.

¡Ah Mortimer! ¿qué quereis que signifiquen mis lágrimas y mi conmocion? exclamó Amanda. ¡No os dicen que mi corazon jamas os ha olvidado, y que su ternura hácia vos será siempre la misma? Sí, dijo ella levantando al cielo sus ojos mojados de lágrimas de gusto; ahora me hallo indemnizada de todos mis sufrimientos. Lord Mortimer se la llevó otra vez á la biblioteca, para contarle los sucesos que habian causado tan grande acaecimiento en su situacion; pero fué preciso mucho tiempo antes que pudiese calmarse para principiar su narracion. Sucesivamente se dejaba caer sobre las rodillas de Amanda, la estrechaba contra su pecho, se preguntaba á sí mismo si su felicidad era un sueño; cien veces la preguntaba si en efecto era ella siempre la misma para él. Imploraba su perdon como si hubiese dudado todavía de su amor. La misma Amanda necesitaba calmarse para poder tranquilizarle. Al fin lo consiguió, y Mortimer contó lo que sigue.

## CAPITULO V.

Abismado Lord Mortimer en su dolor, y desesperado por la supuesta perfidia de Amanda, no encontrándola en Santa Catalina, habia vuelto á Inglaterra: habia de antemano instruido á Lord Cherbury y á su tia Lady Marta de la causa de venir sin Amanda, suplicándoles que no le hablasen jamas de este desgraciado suceso. No podia levantarse de su abatimiento. Todos los planes de felicidad se le habian trastornado, y la destruccion de todas sus espe-

ranzas no dejaba acercar la paz á su corazon. En los primeros momentos, Lord Cherbury no se resolvió á decirle cosa alguna sobre Lady Eufrasia, esperando que estuviese algo calmado, aunque esta calma fuese acompañada de una profunda melancolía. Al fin le insinuó sus miras, manifestóle el sentimiento que le causaba ver á un hijo que debía hacer la gloria de su casa y el consuelo de sus dias, consumiéndose en el dolor por la ingratitude de una muger indigna de su afecto, perdido para su familia y para el mundo, engañando todas las esperanzas que habia dado en su juventud para el discurso de su vida.

Lord Mortimer se penetró de las representaciones de su padre. El conde observó su conmocion, y sacó un feliz presagio. Su vanidad y su sensibilidad, decia, estaban igualmente ajadas por ver á su hijo esclavo de una pasion tan mal reconocida. No permitais, añadió, que el mundo malo triunfe de vuestra debilidad: libertaos de un yugo deshonoroso antes que el dedo del ridículo os señale como el ludibrio de los artificios de una muger.

La natural grandeza de ánimo de Lord Mortimer, le habia representado muchas veces como una debilidad el afecto que conservaba á Amanda; y cuando el conde irritaba su orgullo, estaba en disposicion de hacer todos los sacrificios que pudiesen probar que habia triunfado de su desgraciado amor. Pero cuando su padre le proponia como un sacrificio de esta especie su union con Lady Eufrasia, desechaba con horror este plan, y no se sentia capaz de hacer un esfuerzo tal. Declaró, pues, á su padre toda su repugnancia por este casamiento, diciéndole que los esfuerzos de su razon le podrian curar algun dia; pero esta cura no podria ser sino obra del tiempo.

No se desanimó por eso Lord Cherbury, sino que empleó toda su elocuencia; rogó, suplicó á su hijo que no engañase sus esperanzas: hizo mérito para con él de la complacencia que habia tenido en dar su consentimiento para su casamiento con Miss Fitzalan.

Estrechado tan fuertemente Lord Mortimer, declaró al fin que si se le propusiese por esposa cualquiera otra que

no fuese Lady Eufrasia, no se opondria tal vez, y se prestaria á las miras de su padre: pero que no pudiendo estimar nunca á esta muger, jamas se uniria con ella; que habia sido tan cruel y falsa con Miss Fitzalan, que sentia hácia ella una aversion insuperable.

El conde habia previsto esta respuesta de su hijo, y tuvo la barbaridad de decirle, que bastaba reflexionar sobre la conducta de Amanda, para conocer que no podia darse crédito alguno á la declaracion que habia hecho de que Belgrave habia entrado en su casa sin que ella lo hubiese sabido.

Lord Mortimer vaciló un momento, y convino en que la conducta de Amanda le habria dado alguna sospecha sin el testimonio de los criados que habian entrado en el complot para perderla. Pero el conde tuvo tambien con qué contestar y debilitar esta circunstancia. Dijo á su hijo que los criados habian sido examinados en su presencia, y que habian confesado, que viendo el deseo grande que tenia Lord Mortimer de restablecer la reputacion de Miss Fitzalan, y las recompensas que les prometia si querian decir alguna cosa para justificarla, habian cedido al fin á sus instancias y declarado todo cuanto habia querido.

Lord Mortimer suspiró profundamente. —Luego yo he sido el juguete por todos lados, dijo; pero una sola persona ha podido herir mi alma al engañarme. Mortimer estuvo siempre inaccesible á todo cuanto pudo decirsele en favor de Lady Eufrasia.

El conde llamó á Lady Marta en su ayuda, y esta estrechó tambien muy vivamente á su sobrino. Representóle que continuando en entregarse así á su dolor, iba á perder su salud, abreviar sus dias, y ser una carga pesada para sí mismo, que mientras permaneciera aislado no podria hacer esfuerzo alguno vigoroso para superar su melancolía, y que una vez ligado por los vínculos del matrimonio, la razon y los sentimientos de sus deberes le llevarian á combatirla para poder llenar sus nuevas obligaciones. Díjole tambien que hasta entonces habia sido la gloria y las delicias de su familia, y el consuelo y alma de su vida, y

que todos estos bienes estaban en adelante perdidos para ellos si no cedía á sus vivos deseos. En fin, á todas las razones del conde y las suyas, juntó las lágrimas y las expresiones de la mayor ternura.

La alma sensible de Mortimer no habia podido resistir á tan ejecutivas sollicitaciones, y habia dado su promesa considerando que aun casándose con Lady Eufrasia, no podia ser mas desgraciado de lo que era. Pero apenas habia dado la palabra, cuando su dolor se acrecentó sobremanera. Formar una nueva reunion, reuunciar á alimentar su melancolía, someter su corazon y su persona á una cruel esclavitud, eran ideas que llenaban su alma de agonías mortales. Mil veces estuvo á pique de retractarse de sus promesas si no le hubiese detenido su honor.

En tan penosa situacion, reuniendo todas sus fuerzas, procuró recobrar su calma entregándose á toda la disipacion de la sociedad, y ocultarse de sí mismo, para borrar, si era posible, los recuerdos que envenenaban su alma. Siguiendo este plan, se halló en casa de Macqueen. Pero ¿quién podrá pintar lo que sufrió al encontrar en ella á Amanda? Los esfuerzos que hasta entonces habia hecho habian llevado algun alivio á sus penas; pero estas redoblaron su violencia con este inesperado encuentro, y perdió toda esperanza de su tranquilidad. Sintió con la agonia mas dolorosa que Amanda era para él tan querida como siempre, y su union próxima con Lady Eufrasia se le hizo estremamente odiosa. Esforzóse en vano á despertar sus resentimientos acordándose de la conducta de Amanda; pero creia ver en su palidez y abatimiento el disgusto y el arrepentimiento. ¡Cuán dulce le habria sido mitigar su disgusto y fortificar su arrepentimiento, si hubiese osado emprenderlo en la situacion en que se hallaba.

Lady Marta tuvo mucha dificultad en conseguir que estuviese presente cuando pediria Amanda el retrato de él. Mas arriba se ha descrito esta escena, é igualmente su separacion; pero no puede darse idea justa de los tormentos de que fué víctima desde entonces. No veia á Lady Eufrasia sino con horror, y su débil voz se rehusaba á em-



plear con ella las fórmulas ordinarias de política. Huía de la sociedad del castillo, y sin inquietarse de lo que dirían de él, despreciando el frío y el mal tiempo, esponiendo hasta su salud, iba errante muchas horas seguidas por las partes menos frecuentadas de los alrededores de Rosline-Castle, entregado á su desgracia y á su desesperacion.

El dia, aquel dia terrible que debía poner el sello á su infortunio, llegó en fin. Todos estaban ya reunidos en la grande sala del castillo, desde donde debían pasar á la capilla, y solo esperaban á la novia. Admirado el marques de que se hiciese aguardar atnto tiempo, envió á uno para decirle que se despachase. El mensagero volvió algunos minutos despues trayendo una carta que el marques abrió con precipitacion, y era de Eufrasia.

En ella decia que habia dado un paso que la indulgencia de sus padres le perdonaria, paso al cual se habia determinado convencida como se hallaba de que no seria feliz uniéndose con Mortimer. La indiferencia constante que este le habia mostrado, le persuadia que en sus miras ó en las de Lord Cherbury habian sido guiados por el interes: el marques y la marquesa se convencerian fácilmente de ello, y escusarian á su hija por no haber querido ser sacrificada. Haciendo eleccion de Mr. Free-Love, habia preferido un hombre que solo tenia motivos honestos, y hubiera declarado mas pronto y abiertamente sus miras, si en la situacion en que estaban las cosas no hubiesen temido encontrar oposicion. Consintiendo ella en un casamiento clandestino, habia querido evitar un acto de desobediencia formal y positiva á sus padres. En cuanto á Lord Mortimer y á Lord Cherbury, no creia tener necesidad de justificarse con ellos, pues que no podian disimular, á lo menos Lord Cherbury, que su conducta con ella no habia sido ni honrosa ni desinteresada.

Los trasportes violentos del marques no pueden pintarse, y los de la marquesa no fueron menores. Conocieron al momento los motivos, y la admiracion se mostró en todos los semblantes. Pero ¿quién podrá decir la alegría

secreta de Mortimer? La de un criminal condenado á muerte que recibe la gracia al pié del cadalso, no es mas viva. En cuanto á Lord Cherbury, era el trastorno de todas sus esperanzas. Lo que Lady Eufrasia decia en su carta, indicaba claramente que tenia algun conocimiento del mal estado en que se hallaban los asuntos del conde. Free-Love iba á pedirle al momento sus bienes; veia estrellar su deshonra luego que la impotencia de satisfacer esta demanda seria conocida. El mas agudo dolor que penetraba hasta los pliegues de su corazon, era un suplicio el mas cruel con que pudiera ser castigado. Pálido, mudo, con semblante trastornado, fué asaltado de los mas horribles pensamientos, y no los rechazó: cualquiera destino le parecia preferible á la vergüenza que le esperaba.

La lectura de esta carta indignó á Lord Mortimer por lo que decia de su padre, lo que imputó únicamente á malicia de Lady Eufrasia. Pareciale inútil rechazar una acusacion tal, la cual desmentia el carácter conocido de Lord Cherbury. Pero ¡qué golpe fué para su alma sensible, cuando pocos momentos despues le trajeron una carta de Free-Love, que probaba bastante la verdad de las reconvencciones hechas á Lord Cherbury! Free-Love á su modo le manifestaba su esperanza de que el acaecimiento que habia motivado el que le escribiese, no alteraria su amistad. . . . Que la hermosa señora que le habia honrado con su eleccion habia cedido á una inclinacion del todo invencible. . . . En amor como en guerra, cada uno se aprovecha de las ventajas. . . . Le suplicaba diese espresiones á Lord Cherbury, y le pidiera tuviese á bien tener dispuestas para cuando volviese las cuentas de su tutela. No dudaba que la cosa le fuese fácil, y era necesario que las hiciese prontamente, porque queria que su esposa hiciese su entrada en el mundo con brillantéz. Que en cuanto á los rumores que corrian de que Lord Cherbury habia perdido en el juego todos los bienes de su pupilo, no habia dado crédito alguno, etc.

Esta última parte de la carta de Free-Love mortificó hasta el último punto á Lord Mortimer. Veia en ella las

razones por las cuales su padre habia deseado tan vivamente la alianza del marques de Rosline, de cuyo deseo se habia admirado muchas veces. Echó una mirada á su padre, y se sorprendió viendo en su fisonomía una profunda desesperacion. Avergonzóse por él, condenóle, y le tuvo lástima. Resolvió, pues, declararle á la primera ocasion, que se hallaba instruido del fatal secreto que le oprimia, y determinado á hacer todos los sacrificios que pudiesen volverle la tranquilidad, ó á lo menos disminuirle sus inquietudes.

Lord Cherbury iba á toda prisa á dejar la casa de Rosline antes que se divulgase la aventura. Declaró que queria partir al momento, y ayudado de su hijo resistió á las instancias del marques, que queria detenerle. Todo estaba ya dispuesto para la partida, cuando Lord Cherbury, por resultado de la terrible agitacion que acababa de experimentar, cayó en un desmayo que tenia los caracteres mas alarmantes. Pusiéronle en la cama, fueron á buscar á un médico, quien le encontró tan débil, que declaró que podia temerse un nuevo y mas violento acceso, si no se le tenia en una perfecta quietud.

Lord Mortimer, á quien su ternura volvía impaciente por aligerar el peso que gravitaba sobre el corazón de su padre, alejó á todo el mundo luego que su padre se halló en estado de oírle, y con las atenciones mas delicadas le dijo que estaba instruido de la situacion de sus negocios, y que estaba resuelto á remediarlos por todos los medios que estuvieran á su alcance.

A estas palabras, Lord Cherbury se estremeció, sufrió una agonía mortal, y declaró que no sobreviviría á este horroroso descubrimiento y á la pérdida de su honor. Lord Mortimer se propuso calmarle, pero estuvo mucho tiempo sin poderse hacer escuchar tranquilamente.

No es una cosa extraordinaria dejarse llevar en el curso de la vida de alguna accion que la razon y la virtud condenan. Todos somos frágiles, y conocida la fragilidad, debe reprimirse nuestra severidad en condenar. No es menester que la memoria de una falta, de la que nos ar-

repentimos, nos sumerja en la desesperacion, sobre todo, cuando nos quedan medios de repararla.

Con semejantes discursos se esforzaba Lord Mortimer á calmar la agitacion de su padre, mientras que este continuaba airándose contra sí mismo, y condenándose. La venta de Tudor-Hall, dijo Mortimer á su padre, y un préstamo hipotecado sobre vuestras tierras, pueden pagar vuestra deuda á Free-Love. Sin duda que vuestra ternura por mí os ha hecho no consentir en este sacrificio, pero no es preciso que una consideracion de esta naturaleza os impida satisfacer lo que exigen de vos el honor y la justicia. Nada me interesa tanto como vuestra felicidad, y prefiero vuestra tranquilidad á la mas brillante fortuna, que no creo, dijo arrojando un profundo suspiro, que por sí sola pueda acarrear la dicha. Hace algun tiempo que miro con indiferencia el lujo y las pompas de la vida. Engañado en mis mas queridas esperanzas, la riqueza hace algun tiempo que no tiene el mismo valor á mis ojos. Tal vez perdiéndola seré mas feliz; esta pérdida me obligará á entregarme á una ocupacion, y esta echará de mi corazon la tristeza que me consume hace algun tiempo y enerva todas mis facultades. Tengo abierta delante de mí la carrera militar, á la cual he tenido siempre mucha inclinacion; puesto en el peligro, tal vez tendré proporcion de hacer algun servicio á mi país. Así, padre mio, lo que hemos creído el mayor de los males, será tal vez para mí un manantial de felicidad. Haremos, pues, lo mas pronto posible todos los arreglos necesarios para satisfacer la deuda de Free-Love, y espero que podremos desconcertar sus malignas intenciones.

Mi tia y hermana ignoran todavía vuestra situacion, y por mí nada sabrán. Nos quedarán á mi hermana y á mí bastantes bienes para nuestras necesidades, aunque no podamos tener para superfluo ni esquisito. En cuanto á mí, las privaciones á que estaré reducido, nada me costarán. En fin, creo que la ejecucion de mi plan me hará feliz, pues que solo el proyecto me da mas satisfaccion de la que he gustado hace mucho tiempo.

Conmovido viva y profundamente Lord Cherbury de la ternura de su hijo, y de su sacrificio tan generosamente ofrecido, estuvo largo tiempo incapaz de espresar lo que sentia. Al fin corriendo de sus ojos lágrimas de amor, reconocimiento y arrepentimiento, hasta regar la mano de su hijo que estrechaba entre las suyas, exclamó: ¡Oh virtud! no puedo decir como Bruto, que solo eres una sombra, un nombre vano. Sí, verse personificada en mi hijo, en este hijo que tan cruelmente he engañado y con tanta dureza despojado. ¡Gran Dios! este carácter heróico y celestial que hoy le conduce á resignar su propia fortuna por amor de mí, le habria llevado á hacerme tambien el sacrificio mas difícil de su Amanda: si le hubiese confiado mi triste situacion, ¡cuántas bajezas me habria ahorrado y cuántos tormentos á mi hijo! Pero para ocultar mi vergüenza he derramado la desgracia sobre su cabeza y el dolor en su corazon, haciéndole creer que el objeto de toda su ternura, que la merecia bien, era indigno de ella.

¡Oh Mortimer! gritaba con tono desesperado, cómo me atreveré á levantar los ojos hácia vos, despues de haberos confesado la injusticia que he cometido contra una de las mas virtuosas y amables criaturas que el cielo haya formado jamas! Decid, padre mio, exclamó Mortimer temblando y respirando con dificultad, decidme si en efecto ella es tal como me la habia figurado. Por Dios, no me dilateis este conocimiento.

Entonces Lord Cherbury con la lentitud que le causaba su debilidad, pero con toda la buena voluntad que le daban su arrepentimiento y el deseo de reparar una injusticia, contó á su hijo todo cuanto habia pasado en Santa Catalina entre él y Amanda. ¡Pobre Fitzalan! exclamó acabada su relacion, desgraciado amigo; si despues de haber dejado este mundo has podido saber lo que pasa en él, ¡cuánto me habrá echado en cara tu buena y sensible alma la barbárie que he usado con tu huérfana hija, á quien he arrancado el solo bien que has podido dejarle, á saber, una reputacion pura y sin tacha!

Lord Mortimer arrojaba profundos gemidos. Veníanle á la memoria todos los reproches que habia hecho á Amanda, y eran para él otras tantas puñaladas. Su padre habia sido el opresor de esta amable criatura. Esta idea al mismo tiempo que agravaba su pena, impedia que exhalase en reconvenciones, pues era el autor un padre arrepentido tendido en la cama moribundo. Era preciso, pues, perdonarle.

Miraba á su alrededor como si en este momento hubiese creído verla y poder arrojarse á sus piés, abrirle su corazon despedazado, implorar su perdon, y oír pronunciarle por su dulce voz. ¡Oh amable afligida, se decia con los ojos húmedos, cuando mis reproches os perseguian, os insultaban tan injustamente, vuestro corazon era víctima de las mas crueles agonías, y yo agravaba aun vuestros males! ¡Con qué dulzura y paciencia sin ejemplo habeis sufrido mis durezas! Ni aun se ha dejado ver la indignacion del insulto hecho á vuestra inocencia y á vuestra virtud en vuestras miradas; vuestros ojos llenos de lágrimas solo han manifestado la dulzura y resignacion.

Y ahora ¿qué esperanza me queda de expiar mi error? ¿Qué posibilidad de reparar mi injusticia? ¿Qué lenitivo para mitigar mis acerbos remordimientos? ¿Despues que la suerte me ha separado de vos en un tiempo que la fortuna me era próspera, en el dia alcanzado por la adversidad, soldado de fortuna, cómo buscaré la union de mi destino con el vuestro, para haceros partícipe de las necesidades y peligros de mi situacion? ¡No puedo pensar ni resolverme á ello! ¡Oh Amanda! ¡ojalá que la calma y seguridad sean un patrimonio vuestro asegurado! Vuestro Mortimer, siempre fiel, siempre vuestro adorador apasionado no turbará mas vuestra tranquilidad. Grande desgracia es perderos, pero mayor seria asociaros á mis infortunios y á mis peligros. Voy á arrojarme en una nueva carrera, no teniendo por sosten sino vuestra querida imágen, cuya memoria no se apartará de mí sino con la vida; y para mí será un consuelo pensar que puedo quererla, adorarla sin poderseme atribuir á debilidad!

Tales eran sus sentimientos, que sin embargo no podía espresar por hallarse ocupado en aliviar á su padre; pero sus atenciones no eran bastantes para mitigar los tormentos del alma de Lord Cherbury. Los remordimientos del conde, la pérdida que hacia de la estimacion de su hijo, el sentimiento por el descalabro que habia causado á su fortuna, todas estas consideraciones despedazaban su alma; le daban una violenta agitacion, y le renovaban los síntomas que al principio habian alarmado por su vida.

Las cosas permanecieron en este estado algunos dias, durante los cuales no se habia recibido noticia alguna de Eufrasia, cuando una mañana hallándose Mortimer con el marques y la marquesa entró un criado, quien dijo á su amo, que una persona acababa de llegar al castillo y preguntaba si podia verle. El marques y la marquesa creyeron que era alguno que venia de parte de Lady Eufrasia para interponer en su favor. Hiciéronle entrar con el designio de mandar á decir á su hija, que si podian perdonarle jamas su falta de desobediencia y falta de respeto hácia ellos; solo seria con el tiempo.

Lord Mortimer queria retirarse, pero detuviéronle y se quedó por curiosidad de saber qué especie de apología podia presentar Lady Eufrasia. Entró un hombre muy decente y fué recibido con una política muy fria. Parecia embarazado y dolorosamente afectado: quiso hablar, pero las palabras se le quedaron en los labios. La marquesa, en fin, cediendo á su impacencia, le suplicó le dijese qué motivo le daba el gusto de recibir su visita.

Es por una circunstancia bien cruel, dijo con una voz trémula. He venido con el objeto de prepararos poco á poco á una noticia triste, pero el encargo es superior á mis fuerzas. Creo, dijo la marquesa, que el suceso de que tenéis que hablarnos es sabido del marques y de mí. ¡Ah! señora, replicó el extranjero, mirando tristemente á la marquesa, yo creo que no lo sabeis; pues si así fuese, los sentimientos maternales no os permitirian estar en la calma en que os veo. Detúvose á estas palabras, púsose pálido, tembló, y sus emociones se hicieron contagiosas. De-

cidnos, os suplico, sin tardar lo que teneis que anunciar-nos, dijo el marques.

El extranjero tampoco pudo esplicarse. Por lo demas, no era necesario que hablase para conocer que tenia alguna cosa siniestra que contar. Podria decirse de él como del viejo Northumberland; la palidez de sus mejillas es mas propia para decir la naturaleza del mensaje que llevaba, que no la lengua.

Alguna desgracia ha sucedido á mi hija, dijo la marquesa turbada, y olvidando en este momento su descontento. ¡Ah señora, dijo el extranjero mostrando su sensibilidad por algunas lágrimas, vuestros temores son muy fundados! Seria una barbarie atormentaros por mas tiempo teniéndooos suspensa. En efecto, ha sucedido una desgracia. Lady Erfrasia no puede en este momento sentir vuestras bondades.

Mi hija es muerta, dijo la marquesa dando un agudo grito, y perdió el conocimiento: el marques se hubiera caido de la silla si Lord Mortimer temblando y horrorizado no lo hubiese socorrido á tiempo. Tiraron de la campana, corrieron los criados, y llevaron á la marquesa á su aposento. Vuelto en sí el marques quiso que le contasen las circunstancias de este triste suceso, y apenas el extranjero habia principiado la relacion, cuando con la inconsecuencia que da el dolor, dijo que no podia oir mas estos terribles detalles. Seria imposible describir la afliccion de estos desgraciados padres viendo desvanecer en un momento sus deseos, sus proyectos y sus esperanzas. Triste ejemplo de la inestabilidad de la humana felicidad, y de la insuficiencia de las riquezas para asegurarse de su posesion, y muy propio para abajar los humos del orgullo y de la vanidad, y encaminar á la reflexion nuestros extraviados pensamientos por una loca disipacion. Al ver abismados de este modo el orgullo, las riquezas y la grandeza, y sucumbiendo á las calamidades, nos dirigimos naturalmente á reconocer la fragilidad de los bienes de esta vida, y á ocuparnos en conseguir una dicha que no pueda escapár-senos. El corazon humano necesita para su guia ejemplos



grandes que conmuevan, y los que pueda proporcionar una situacion oscura no hacen tanta impresion como los que presentan las elevadas condiciones de la vida. Vemos con indiferencia cómo se huella con los piés la humilde flor, pero la orgullosa encina que la tempestad ha echado por el suelo se contempla con pasmo. La desgracia del marques y de la marquesa se habia acrecentado tambien por las aldabadas que les daba su conciencia, que parecian decirles, que este acaecimiento era un castigo del Ser Supremo y justo, cuyas sagradas leyes habian violado despojando á la viuda y al huérfano, y ¡qué aumento de miseria no es á la miseria misma pensar que se ha merecido! Todo el afecto del marques y de la marquesa se habia concentrado en su hija; ella sola les habia hecho conocer los sentimientos de ternura que pertenecen á la humanidad; ella era á un mismo tiempo el objeto de su amor y el ídolo de su orgullo. Veian en ella la heredera de sus títulos. Su mas cercano pariente se habia vuelto su irreconciliable enemigo, y Eufrasia les era preciosa por la razon de que les daba el medio de satisfacer su venganza, separando á este heredero. Su último proceder les habia disgustado, pero iban á apaciguarse pronto; estaban ya determinados á perdonárselo y á ennoblecer á Free-Love.

En cuanto á Lady Eufrasia, no tenia ella ternura alguna hácia sus padres, y parecia que no amada á nadie. Sus restantes pasiones eran mas vivas. En el paso que acababa de dar, entraba en el cálculo el deseo de vengarse. Free-Love, como pupilo de Lord Cherbury, y por respetos de este, habia sido convidado á la toda, y él habia aceptado. Debia hallarse en Rosline Castle; antes de su partida se habia encontrado en tertulia con la misma persona con la cual Lord Cherbury habia perdido en el juego, y que instruida del proyecto de casamiento de Lord Mortimer con Eufrasia habia prometido el secreto á Lord Cherbury; pero las promesas de los bribones no son de fiar. Este habia sido vivamente mortificado de algunas palabras que se habian escapado á Lord Cherbury en el momento de sus grandes inquietudes, por las cuales parecia sospechar la

mala fé del jugador su antagonista. Estos reproches, precisamente porque eran justos, habian irritado á este hombre y le habian inspirado un gran deseo de vengarse. Al encontrar á Free-Love halló una ocasion de hacerlo, y la aprovechó. Contóle todo lo sucedido, el cual al principio se admiró mucho, pero luego estuvo muy contento del descubrimiento.

Fué para él una idea muy deliciosa poder humillar á Lord Cherbury y á su hijo. Aborrecia á ambos; pero sobre todo al último, por la superioridad que tenia sobre él en todo. Ageno de toda noble emulacion no procuraba estudiar é imitar todo cuanto veia de estimable; solo se ocupaba en despreciarlo, y cuando no podia conseguirlo, redoblábase su envidia y malignidad. Mortificar de medio á medio á Mortimer hiriendo el orgullo de su padre, cubrirle de confusion deshonorando á Lord Cherbury era para él un placer exquisito que habria comprado á costa de una parte de sus bienes; tan lisonjero es para el envidioso el triunfo imaginario que consigue sobre una alma noble, cuya superioridad detesta porque no puede llegar á ella. Por otra parte, Free-Love no tenia que hacer sacrificio alguno para contentar su pasion: los bienes de Lord Cherbury eran suficientes para responder á Free-Love de los suyos. Prometiase tambien la satisfaccion de ver á sus rivales ricos y disfrutando de consideracion caer en la oscuridad, si, impidiendo el casamiento, podia quitar á Lord Mortimer el medio de hacer frente á los inconvenientes que debian resultar naturalmente de la mala conducta de su padre. Despues de esto, si no podia conseguirlo, solo le quedaba poco tiempo que esperar para pedir á Lord Cherbury la cuenta de su tutela. En esta situacion se apresuró Free-Love á ir á casa del marques, cuya visita habia diferido hasta entonces, para prepararse á parecer en la boda con mayor brillo; aprovechó el primer momento que se le presentó para dar parte á Lady Eufrosia de todo cuanto habia sabido relativo á la conducta de Lord-Cherbury, y el mal estado en que tenia sus cosas.

Lady Eufrosia estuvo furiosa. Vió claramente el moti

vo porque Lord Cherbury se proponia casarla con su hijo, y quedó convencida de que no la buscaba sino para reparar las ruinas de una fortuna descalabrada. En este supuesto resolvió desconcertar este plan; y era tal su carácter, que aun cuando hubiese tenido que sacrificar su felicidad á esta venganza no hubiera titubeado; pero no estaba en este caso. Reuunciando á Lord Mortimer no contrariaba ninguna inclinacion de su alma. Admiraba sus cualidades; pero, no le tenia amor alguno. Era incapaz de sentir esta pasion; y aun su admiracion habia hacia mucho tiempo hecho lugar al resentimiento cuando habia conocido toda la indiferencia de Mortimer hácia ella: y ya hubiera rehusado su mano, si no hubiese temido que, libre, se hubiese casado con Amanda. En el momento mismo en què vió que su fortuna era necesaria á Mortimer, se desvaneció este temor, y dió lugar al placer que encontraria de vengarse de él por las penas que su indiferencia le habia causado.

Al principio quiso comunicar á su padre lo que habia sabido; pero la reflexion le hizo abandonar esta idea. El marques habia mostrado siempre la mayor indiferencia por Lord Cherbury, y temió de que no insistiese en el casamiento á pesar de las nuevas circunstancias. Pronto hubo imaginado un medio de apartar de sí este peligro, y eligió á Free-Love por instrumento de su venganza. No titubeó en decirle que jamas habia amado á Lord Mortimer, y que solo habia un hombre con quien ella podia ser feliz. Palabras que se le escapaban, miradas bien representadas, persuadieron á Free-Love de que era el objeto preferido. No pudo este ocultar la alegría que le causaba este descubrimiento. A las obligantes espresiones de Lady Eufrasia contestó con las mas exageradas lisonjas, las mas ardientes protestas, y las promesas mas aseguradas de un amor que duraria tanto como su vida. Eufrasia consiguió lo que queria; se resolvieron á una evasion. Los criados y equipage de Free-Love estaban en el castillo, y por consiguiente fué fácil combinar la expedicion. A los ojos de Eufrasia no tenia otro mérito Free-Love que ser instrumento de su venganza, pues por otra parte

le miraba con desprecio; pero sus bienes le darian importancia en el mundo, y encontraria en él un marido complaciente, tal como lo necesitaba una muger á la moda. En una palabra, persuadida de que seria dueña absoluta de sus acciones no dudaba que encontraria un objeto tan digno de su admiracion como Lord Mortimer, y mas agradecido que este.

Embriagada de estas esperanzas dejó la casa paterna, esta casa que no debia volver á ver, y en el momento en que ella se entregaba á su alegría y á todas sus esperanzas, el inevitable tiro, el tiro mortal que debia alcanzarla estaba ya en la cuerda del arco.

Terminada la ceremonia del casamiento quisieron acercarse al castillo para evitar desde allí una carta apologética. La noche era oscura, el tiempo horroroso, el camino malo y peligroso. Los postillones representaron que era mejor esperar el dia; pero Lady Eufrasia se opuso á ello. Solo quedaban que hacer algunas millas para llegar al término del viage, y los postillones obedecieron. Poco camino habrian hecho, cuando de repente se asustaron los caballos de una luz que atravesaba el camino á una cierta distancia, y se pusieron á retroceder del modo mas alarmante. A un lado del camino habia un precipicio, y los caballos á pesar de los esfuerzos del postillon no detenia ya el coche. En este momento Free-Love solo pensó en sí; abrió la portezuela y se echó fuera. Eufrasia no pudo seguirle, pues á la vista del peligro se habia desmayado. Los postillones tambien se desmontaron, y á pesar de los esfuerzos de los criados se precipitó el coche. Los criados habian oido abrir la portezuela y creyeron que su amo y Lady Eufrasia habian bajado, pues la noche era tan oscura que no podian distinguirse los objetos; pero un horroroso grito que oyeron del fondo del precipicio les desengañó pronto. Corrieron á la casa de donde habia salido esta luz fatal que habia causado la catástrofe, y pidieron en ella socorro. Bajaron al fondo del precipicio por senderos estrechos y tortuosos. Los caballos estaban muertos, el coche hecho pedazos, y bajo sus astillas encontra-

ron el cuerpo de la desgraciada Eufrasia despedazada y sin vida.

El dueño de la casa se estremeció de horror á este espectáculo, é hizo llevar el cuerpo á su casa, en donde viendo estos restos desfigurados, no pudo menos de pensar que la pobre criatura habia sido feliz en morir del golpe, condenada como habria estado á los mas crueles tormentos y dolores si hubiese sobrevivido.

Buscaron á Free-Love, y lo encontraron en el camino desmayado. Vuelto en sí, la primera palabra fué preguntar si era muerto ó vivo, y con la seguridad que tuvo prontamente de que se hallaba sano y salvo, se felicitó á sí mismo de su dicha con tanto calor, que convenció á cuantos le rodeaban de que solo se ocupaba de sí mismo. No fueron menester muchos preparativos para hacerle saber el destino de Lady Eufrasia. A esta relacion sacudió la cabeza diciendo que habia previsto ya la desgracia cuando habia visto retroceder los caballos en este abominable camino; repitió muchas veces que era una desgracia, y pareció inquieto de lo que diria el marques, y que no le echasen en cara que habia sido la causa de ella.

Mr. Murry, el caballero en cuya casa habia sido recibido, se habia ofrecido á ir á noticiar á la familia de Lady Eufrasia este triste suceso, y Free-Love habia aceptado este ofrecimiento, declarando que él no estaba en estado de llenar tan desagradable comision.

Despues de haber oido á Mr. Murry, pasóse algun tiempo antes que el marques pudiese decirle que deseaba que el cuerpo de Lady Eufrasia fuese llevado al castillo, donde se le harian los honores fúnebres debidos á su rango y nacimiento. La casa adornada para la solemnidad de una boda, fué tapizada de negro y llena de todos los atavíos que distinguen á los símbolos de la muerte.

El marques y la marquesa ocultaron su dolor en lo interior de sus aposentos mas retirados, mientras que los criados llenos de admiracion y de horror, recibian el cuerpo de su desgraciada ama.

Todos los momentos en que Lord Mortimer podia dejar á su padre, los consagraba al marques. Lady Eufrasia habia sido para él un objeto indiferente y aun repugnante; pero su género de muerte habia hecho suceder á estos sentimientos el de la lástima, y mezclaba sus lágrimas sin-  
ceras con las del marques.

Lady Marta y Lady Araminta tuvieron las mismas atenciones y cuidados por la marquesa. Todo el tiempo que no pasaban al lado de Lord Cherbury, lo dedicaban á ella: no combatian con ineficaces argumentos un dolor que la naturaleza reclamaba como un tributo; pero le mitigaban participando de él.

Lord Cherbury no recuperaba la razon sino por intervalos cortísimos, los cuales aprovechaba su hijo para calmarle, y él por su parte empleaba en dar gracias á Mortimer de los cuidados que le tributaba, y á felicitarse por ver acercársele su fin.

Mortimer estaba cruelmente afectado de este desaliento de su padre, el que tenia motivos de ereerlo fundado. Las campanas, que dejaban oír ya sus sonidos lúgubres para la ceremonia fúnebre de Eufrasia, parecian anunciarle este triste suceso.

Las cosas estaban en esta situacion en el castillo, cuando llegó á él Oscar, acompañado de Sir Cárlos Bingley, y sin darse á conocer, hicieron pasar recado al marques de si podian hablarle para un asunto de importancia. Recibiéronles con la persuasion de que venian de la parte de Free-Love, á quien el marques y la marquesa por amor á la memoria de su hija, resolvieron hacerle buena acogida.

El marques conocia á Sir Cárlos, y este conocia tambien al marques. Sorprendióse de verle; pero su sorpresa fué mayor cuando Sir Cárlos tomando á Oscar por la mano, se lo presentó como hijo de Lady Malvina Fitzalan y heredero legítimo del conde de Dunreath. El marques estuvo tan confundido y turbado, que su confusion y turbacion habrian bastado de por sí para acusarle y convencerle, si una prueba semejante hubiese sido necesaria. Al fin con voz trémula pidió las pruebas de lo que decia Sir Cárlos.

Este pues Oscar estaba demasiado agitado para tomar la palabra, espuso en pocas palabras todas las circunstancias que habian conducido á descubrir el testamento hasta llegar á las manos de Oscar, á lo cual añadió que la nobleza y generosidad de los sentimientos de su amigo, le hacian desear salvar el honor de las personas con las que le unian los vínculos de la sangre, y que solo rehusando el marques reconocer los justos derechos que el testamento le daba, podia detener su resolucion de emplear todos los miramientos posibles á su ejecucion.

La agitacion del marques llegó á ser extrema. La muerte de su hija acababa de hacerle perder su felicidad, y ademas se veia á punto de perder el honor: una hora antes creia que su miseria no podia recibir aumento, y entonces se convenció de que la pérdida de su reputacion la aumentaba aun, y ella sola podia hacerla completa. La pública estimacion, el pensamiento de que no miren como merecidas las desgracias que nos oprimen, es un bálsamo derramado sobre las llagas del alma, víctima de los acerbos disgustos. El marques tenia de su patrimonio una fortuna mas que suficiente para todos sus gastos: estos iban á reducirse de todo cuanto añadia á ellos el fausto y disipacion de Lady Eufrasia, y de cuanto habria añadido todavía. En esta situacion era de sentir que le era tan inútil como era injusto retener lo que no era suyo; pero temia que sometiéndose tímidamente y al instante mismo á lo que le pedian tan precipitada é inopinadamente, daba á entender que reconocia su improbidad anterior. Sus remordimientos le decian que reparase la injusticia; pero un falso honor se oponia á esta reparacion.

Incierto sobre el partido que tomaria, guardó por algun tiempo silencio; pero al fin, pensando que su misma incertidumbre le venderia de lo que tenia mas ganas de ocultar (á saber, que hubiese tenido conocimiento alguno del testamento), dijo con alguna firmeza, que hasta que hubiese examinado este asunto que acababan de presentarle por la primera vez, no podia tomar ningun partido decisivo, y que este exámen pedia algun tiempo, sobre todo, en las

tristes circunstancias en que se hallaba. Si este señor, añadió dirigiéndose á Sir Cárlos, hubiese tenido la generosidad que le atribuí, no hubiera venido á entablar un asunto de esta especie en las circunstancias desgraciadas en que me hallo. Los privilegios del dolor son sagrados para un hombre delicado y sensible, y estos han sido desconocidos y violados en mi persona cuando vienen á presentar tamaña reclamacion antes de haber tributado los últimos deberes á una hija que lloro.

Sir Cárlos y Oscar se conmovieron vivamente de este reproche: ambos ignoraban el suceso tan reciente de la muerte de Eufrasia. Luego que Oscar volvió en sí de la sorpresa que le habia causado lo que habia dicho el marques, sintióse su noble corazon herido por la reconvencion de haber faltado á la delicadeza, y con tono enérgico y animado le declaró que, si hubiese sabido la desgracia del marques, nada de este mundo le hubiera detenido á presentársele en tal momento; que compadecia y respetaba su dolor, y le suplicaba que creyese que esta declaracion era sincera; y mientras hablaba, algunas lágrimas que se le escaparon atestiguaron la sinceridad de sus protestas.

El marques se conmovió á vista de estas lágrimas. Echóse en cara su dureza, y esta prueba sencilla de la sensibilidad de Oscar, habló mas en su favor en el espíritu del marques, que el mas elocuente discurso.—Si este jóven, se decia, hubiese tenido los sentimientos menos elevados, cuando yo le eché en cara el haber faltado á la sensibilidad, me podia haber replicado con ventaja, recordándome la injusticia y la inhumanidad de que soy culpable con él, y de las cuales tiene las pruebas en la mano; pero no, me ve víctima del dolor, y no ha querido romper la caña que el cielo ha marchitado y debilitado.

Pensando en esto se enterneció, y alargando la mano á Oscar, le dijo: Veo que os he hecho un injusto reproche; pero yo repararé mi error. Suplícóos os contenteis por este momento con la seguridad que os doy de que se hará todo cuanto sea justo, y que de cualquiera modo que se giren los sucesos, deseo me conteis en el número de vuestros



amigos. Oscar le manifestó de nuevo el sentimiento que tenia de haberse presentado en semejante circunstancia, y le suplicó que dejase el asunto para otro dia. El marques por su parte siempre mas contento del modo y procedimientos de Oscar, le aseguró que no le haria esperar mucho tiempo su resolucion.

Habiéndose quedado el marques reflexionando, se calmó poco á poco, y se halló en estado de pensar con mayor madurez en lo que debia hacer. El resultado de estas reflexiones fué que no podia dejar de hacer una restitution que su conciencia le prescribia, y las falsas ideas de honor le desviaban de ello. Todo cuanto podia esperar era ejecutar esta resolucion salvando su honor, y para esto era preciso encontrar un medio. Al fin imaginó un plan, que se lisonjeó que la generosidad de Oscar adoptaria. Consistia en declarar que el conde de Dunreath en su testamento habia hecho á Mr. Fitzalan heredero de sus bienes en caso que muriese Lady Eufrasia, y que en consecuencia iba á tomar posesion de ellos; que Lady Dunreath, cuya residenencia en la abadía no podia ocultarse, estaria de vuelta de un convento de Francia, donde habia pasado muchos años. El marques se proponia tambien decir á Oscar que la cautividad de Lady Dunreath no habia tenido otro motivo que la mala conducta de esta muger, y el deseo de impedir el ignominioso casamiento que queria hacer, y que él habia mirado como una quimera el testamento con el cual les habia amenazado á fin de causarles miedo.

Hecho este plan, su corazon quedó muy aliviado. Fuese á ver á la marquesa, y despues de haberla preparado poco á poco, le dió parte de todo el caso. Añadió, que convencidos como debian estarlo de la fragilidad de las cosas humanas, era ya tiempo de que hiciesen la paz con el cielo. La desgracia habia dispuesto el corazon de la marquesa á escuchar verdades, aprobó el plan, y pensó como su marido, que para sacar ventajas de él era menester ejecutarlo pronto. En esta consecuencia el marques escribió á Oscar para darle parte de su resolucion, y al mismo

tiempo de sus deseos por el modo de ejecutarla. Oscar no engañó la confianza que el marques había puesto en su generosidad: lejos su alma elevada de querer triunfar de un enemigo abatido, adoptó con alegría un medio de salvar el honor del marques. Pasó, pues, al momento al castillo como él se lo suplicaba, y aseguró que todo se haría según los deseos del marques.

Puede que en este momento el desprecio público no hubiese humillado tanto al marques como una generosidad tal de parte de un hombre á quien había hecho una tan larga y cruel injuria. Este contraste entre Oscar y él le despedazaba el alma, y le degradaba á sus propios ojos. Dijo á Oscar que luego que se hubiesen hecho los últimos deberes á su hija, lo arreglaría todo con él, y podría presentarse á la marquesa. Suplicóle que tomase cuarto en su castillo, y asistiese á los funerales de Eufrasia como uno de sus mas cercanos parientes. Rehusó Oscar la primera de estas proposiciones, y con voz turbada ofreció hallarse en la triste ceremonia. Retiróse despues, y el marques, que se había sostenido contra su propio dolor, por la ocupacion que le había dado el querer salvar su honor, sintió de nuevo todo el peso de su desgracia. Deseaba que Oscar no hiciese ya misterio de su calidad de heredero del conde Dunreath, y él mismo dijo que anunciaria esta nueva en la casa. Por este conducto lo supo Lord Mortimer. Este se alegró infinito de saber que Amanda y su hermano iban al fin á gozar de la independenciam, y verian dias mas felices.

Pocas horas despues Lord Cherbury sucumbió á sus disgustos y á su enfermedad. Sus últimas palabras fueron bendiciones á sus hijos, las cuales recibió Mortimer enternecido, bien diferente en esto de esos jóvenes endurecidos y desnaturalizados por la disipacion, que parece que esperan con impaciencia los últimos momentos de un padre, cuya muerte les dejará mas abundantes medios para satisfacer sus pasiones. El dolor de Mortimer se mitigaba por el testimonio de que nada había descuidado de cuanto podia dar á su padre alguna tranquilidad, y por la

convicción de que Lord Cherbury jamás hubiera sido feliz divulgada su conducta. Resignóse, pues, á esta pérdida con el sentimiento piadoso que Dios aceptaría el arrepentimiento del culpable, y le admitiría en el seno y morada de la felicidad.

Pocos dias despues dejó el castillo y sus desconsolados dueños, y acompañó á Lady Marta y su hermana Aramintha á Tornbury, donde estaba el sepulcro de su familia. Permaneció allí hasta la llegada del cuerpo de su padre, y despues de los funerales salió para Lóndres para ejecutar el plan que habia hecho para el pago de las deudas de su padre. No podía ocultar este paso á su tia; pero resolvió no hacerle saber los préstamos que pedia sobre sus restantes bienes, por temor de que no concibiese sospechas desventajosas á la memoria de su padre.

En medio de estos cuidados, la idea de Amanda jamás le abandonaba; ni los negocios ni sus disgustos podian desterrarla de su memoria. Sus esperanzas lisongeras y tiernas principiaban á revivir, cuando un inesperado golpe la trastornó, y sumergió en una situacion mas desgraciada aun, si hubiese sido posible, de cuantas habia sufrido hasta entonces. Dijéronle en confianza que la hermana del conde de Dunreath (pues Oscar habia conseguido el título de su abuelo) se casaba con Sir Carlos Bingley. La amistad que sabia que habia entre el conde y Sir Carlos hacia la cosa muy probable. Mas si le hubiese quedado alguna duda, un suceso que supo al mismo tiempo acabó de persuadirle de la realidad de una desgracia que temia. Sir Carlos mismo se dirigió á él para comprar Tudor-Hall, y Mortimer no dudó que esto era para contentar los deseos de Amanda. Incapaz de contener sus sentimientos, dirigió á Sir Carlos á su procurador. Acusó á Amanda de cruel, de ingrata y de insensible á todo cuanto habia sufrido por ella. ¿Merecia él ser desterrado tan prontamente, y ser sustituido en su corazon por un hombre que jamás habia podido darle tantas y tan fuertes pruebas de constancia y de amor? Ella, pues, es perdida para mí, perdida para siempre. Y ¿de qué me sirve que su amor

sea vengado, si mi desgracia es aun mayor? ¡Oh padre mio, qué bien me habeis hecho perder! Mas no quiero turbar vuestras cenizas; perdonad la involuntaria espresion de un corazon despedazado. Amanda, continuó, será dueña de Tudor-Hall, y no dará un suspiro á la memoria de aquel que fué su propietario. Ella se paseará bajo estas sombras, donde tantas veces ha recibido mis votos, los de un amor inalterable; votos ¡ay de mí! que mi corazon ha guardado con demasiada esactitud, y ella escuchará otros semejantes del nuevo poseedor. ¡Ah! este es el último golpe y el mas cruel que la suerte podia reservarme.

Lord Mortimer, ó mas bien Lord Cherbury, que es el nombre que le daremos en lo sucesivo, se habia en efecto persuadido que el afecto que Amanda le tenia era como el suyo, constante é inalterable. Habia alimentado la idea de que buscándola de nuevo podria hacer su dicha y la de Amanda uniéndose con ella. Es verdad que ahora ella poseia una fortuna mucho mayor que aquella sobre la cual podia él contar; pero despues las pruebas que le habia dado de un amor desinteresado, ni ella ni la opinion del mundo le sospecharia de tener motivo alguno de interes renovando sus proposiciones. Por lo que habia sabido, sus esperanzas se hallaban trastornadas y sus proyectos desconcertados. Determinábase, luego que hubiese concluido sus mas urgentes negocios, á pasar al continente, pues despues de la muerte de su padre ya no tenia necesidad de abrazar la profesion de las armas. Su abatido espíritu y sus debilitadas fuerzas le impedian entrar en esta carrera.

Terminada la compra de Tudor-Hall por Sir Cárlos, era necesario que Lord Cherbury viese al procurador que allí tenia. Prefirió ir él mismo que hacerle venir á Lóndres, impelido por otra parte por el deseo de volver á ver por la última vez un sitio querido á su corazon por tan dulces recuerdos. A su llegada se alojó en casa de su procurador, encargándole que ocultase cuidadosamente su llegada. Despues de un paseo, en el cual habia recorrido todos los lugares que en otro tiempo habia visto con Amanda, en-

tró en el salon de música, en el cual la habia encontrado, ignorando absolutamente que estuviese en el país.

Dificilmente puede pintarse la sorpresa y la emocion que esperimentó á esta inesperada vista. Bastará decir que el deseo que mostró Amanda de alejarse de él, lo habia atribuido á su nueva pasion por Sir Cárlos. Cuando estuvo desengañado sobre este punto, y viéndose todavía amado, su alegría llegó al colmo, y declaró, lo mismo que Amanda, que estaba demasiado pagado de cuanto habia sufrido.

## CAPITULO VI.

Pero, mi querida Amanda, dijo Lord Cherbury mientras esta se enjugaba las lágrimas que le habia hecho derramar la narracion de la triste suerte de Eufarsia, ¿pensais que vuestro hermano aprobará nuestra union, y consentirá en mi dicha? El que puede llevar sus miras tan altas para una hermana que en el dia reune la riqueza á la belleza, ¿querrá darla á un hombre que no tiene que ofrecerle sino un vano título? ¡Ah! dijo Amanda, una duda semejante seria injuriosa á la noble y generosa alma de Oscar. Sí, con el mayor orgullo, con placer y alegría dará su hermana al hombre que ella estima, que ella ama, y á quien hollando vanas preocupaciones é intereses viles, la habia buscado en la oscuridad, abandonada, sin amigos ni protectores para poner á sus piés toda su fortuna.

Mas si estas ideas difiriesen de las suyas; si intentase obligarme á hacer otra elección, mi corazon resistiria á sus esfuerzos, y le confesaria mi resolucion que nada puede hacerme mudar; pero Oscar es incapaz de semejante conducta; todos los sentimientos generosos están en su alma; en fin, su corazon se parece al vuestro; no puedo decir mas.

Lord Cherbury la estrechó contra su corazón. ¡Oh la mas querida y la mas amable de las mugeres! exclamó: ¡puedo decir que sois mia! Despues de tantos obstáculos y de tantos disgustos llegaré á poseer en fin un bien tan precioso! ¡Oh mi querida Amanda! no os admireis, si dudó todavía de la realidad de mi dicha. En una mudanza tan repentina de situacion creo soñar deliciosamente, pero ¡gran Dios! ¡que este sueño no se disipe jamas!

Amanda se acordó entonces, de que si permanecia mas tiempo ausente de la casa de los Edwin, estarian inquietos y vendrian á buscarla. Hizo esta observacion á Lord Cherbury y se levantó para partir, pero él quiso acompañarla, en lo que ella consintió.

A su vuelta encontraron á la nodriza y á Betzy. La sorpresa de la madre á la vista de Lord Cherbury fué estrema. Mezclábase en ella algun poco de indignacion al pensar en la infidelidad del Lord á su querida hija Amanda, pero cuando la desengañaron, su alegría llegó hasta los trasportes.

Dios sea loado, dijo ella. Ahora volveré á ver á mi querida hija levantar la cabeza y mostrarse tan hermosa como siempre. ¡Oh! jamas he podido creer que Milord fuese uno de estos hombres falsos y engañosos. de que mi vieja abuela me hablaba siempre. Buena nodriza, le dijo Lord Cherbury sonriéndose, ¿quereis darme á vuestra querida hija, y dármela de todo corazón? Sí, Milord, os la daria ahora mismo si pudiese.

Mi querida, dijo Amanda, Milord ahora se contentará con que le deis de comer. Al mismo tiempo pidió que pusieran la mesa bajo el emparrado que hemos descrito al principio de esta obra, y se fué allá con Lord Cherbury.

Este proyecto de comer puso á la nodriza y á su hija en un grande embarazo. ¡Qué desgraciada soy! dijo la madre, de no tener nada caliente ni nada bueno que dar á Milord! ¡Cómo comerá carnero frio y ensalada? Esto es culpa de Miss Amanda que no quiere dejarme hacer á mi fantasía. Costó mucha dificultad el persuadirle que Milord se contentaria con cualquiera cosa. Añadióse todo

cuanto podía dar de sí para guisos la leche, y Betzy fué á coger avellanas tiernas.

Jamas Lord Cherbury habia comido con mas gusto; jamas él y Amanda habian gustado una felicidad tan pura, como era la de un goce asegurado que se posee con tranquilidad. El placer y la ternura brillaban en sus miradas mutuas espresivas, y sentian mejor que nunca, que en las condiciones y situaciones comunes de la vida se encuentra mas fácilmente la felicidad.

Lord Cherbury se sentia mas resignado por la disminucion de su fortuna, que sin embargo le dejaba suficiente para las comodidades de la vida. El lujo, al que debia renunciar en lo sucesivo, no tenia aprecio en su concepto. En este mismo momento experimentaba cuán inútil era para la felicidad; y sobre todo veia que Amanda no lo sentia mas que él. ¡Qué es el mundo, sus pompas y sus placeres para dos seres que halla el uno en el otro todo lo que la imaginacion puede pintar de bellezas, y todo cuanto el corazon puede desear de delicias?

Toda la naturaleza parecia sonreirse á su alrededor. Respiraba el olor agradable de las primeras flores. A traves de la sombra que le cubria, entreveia el brillante celeste de los cielos, y sentia la benigna influencia del astro del dia cuyos poderosos rayos aclaraban todo el paisaje, y daban á las bellezas de la naturaleza todo su brillo. Manifestaba estas sensaciones á Amanda, á la cual oia decir que eran igualmente las suyas; y aun esta con el dulce entusiasmo de un espíritu delicado y animado alababa á su modo la escena encantadora que tenia á la vista. ¡Oh qué memorias tan tiernas se le despertaban! ¡qué plan delicioso de felicidad trazaba!

Lord Cherbury quiso que Amanda le contase todo cuanto habia sufrido desde su última separacion; y si su amor y estimacion hácia ella hubiesen podido recibir incremento, se habrian aumentado por su relacion.

No se fueron del jardín hasta la noche. ¡Con qué emocion vió Amanda ponerse el sol, cuyos rayos al nacer por la mañana habian encontrado sus ojos oscurecidos de lá-



grimas! Vuelta á casa notó que la nodriza se habia ataviado con los mejores vestidos, y habia enviado á buscar al tocador del harpa, que se sentó fuera de la casa. El instrumento atrajo luego muchos vecinos á cuyo son les vino tentaciones de ponerse á bailar. La nodriza quiso impedirlo diciéndoles, que sus huéspedes tenian necesidad de descanso; pero Lord Cherbury quiso que se les contentase, y les hizo dar refrescos, como igualmente una gratificacion al tocador del harpa.

No quiso separarse de Amanda hasta haber conseguido su permiso de volver por la mañana luego que estuviera visible. La primera voz que oyó al despertarse fué la de Lord Mortimer conversando con la nodriza. Puede uno figurarse que no emplearia mucho tiempo en el tocador. La grande sencillez de sus vestidos y de su peinado exigia muy poco. Bajó luego, y fueron á pasearse hasta que el desayuno estuviese dispuesto, hollando juntos al rocío de la mañana y cogiendo en su primera frescura la flor que se abria.

Esperando Amanda de dia en dia á su hermano, quiso poner en noticia de sus huéspedes la mudanza sobrevenida en la fortuna de Oscar. Tomó una ocasion en la cual ayudada de Lord Cherbury pudo noticiar este acaecimiento á la nodriza, pues si hubiese estado sola la habria abrumado con preguntas. La alegría y la admiracion transportaron á la buena muger, y su impaciencia por comunicar á la restante familia lo que acababa de saber dispensó á Amanda de repetir lo que le habrian preguntado centenares de veces.

Lord Cherbury comió con Amanda como el dia anterior. La esperanza de la próxima llegada de Oscar no fué engañada. Mientras estaban sentados en el jardin despues de la comida corrió á ellos la nodriza sin aliento diciéndoles que veia venir por el camino un hermoso coche tirado por cuatro caballos, que seguramente seria Lord Dunreath. Lord Cherbury se conmovió. Amanda no quiso que se viese con Oscar antes que ella le hubiese dicho todo cuanto era necesario que supiese relativo á Lord Cherbury.



Este bajó al jardín por un sendero oculto, mientras Amanda corrió á casa para recibir á su hermano. Su primer recibimiento fué tierno y sentimental. Los Edwin se acercaron á Oscar espresando su contento, y manifestando en su estilo sencillo y natural sus enhorabuenas por su feliz fortuna, y sus deseos de que la disfrutase por mucho tiempo. Dióles gracias Oscar con la mas tierna sensibilidad; aseguróles que los cuidados que habian prodigado á su hermana, á su desgraciado padre y á él mismo en su infancia les daban derecho á su eterno reconocimiento. Luego que él y Amanda pudieron desembarazarse de estas buenas gentes sin mortificar su sensibilidad, se retiraron al aposento de Amanda, en donde Oscar principió por contarle todo cuanto habia pasado entre él y el marques de Rosline.

Inmediatamente despues de los funerales de Lady Eufasia, el marques segun su promesa lo habia arreglado todo con Oscar, y le habia puesto en posesion de la ababía de Dunreath. Segun los deseos que el marques habia manifestado, el mismo Oscar habia ido á noticiar á Lady Dunreath su libertad, suplicándola no desmintiese los rumores que querian esparcir de que ella volvía del continente despues de haber pasado allí muchos años. Confiésoos, añadió Oscar, que su crueldad con mi madre, y el desórden de su conducta me habian dado fuertes prevenciones contra ella. En cuanto á la justicia tardía que nos hacia, la atribuí á su resentimiento contra el marques. Pero al entrar en su aposento, estas prevenciones hicieron lugar á otros sentimientos mas dulces. Dióme verdaderamente lástima viendo su sincero arrepentimiento. Aunque preparado á ver su figura muy alterada por el dolor y encarcelamiento, de ningun modo esperaba ver una tal destruccion. Era un verdadero espectro, un esqueleto. Como yo entre despues de haberla hecho prevenir por Mistriss Bruce, y entré solo, ella me saludó con la cabeza, única señal que daba de que vivía. Por nada de este mundo habria roto tan terrible silencio. En fin, con una voz que me llegó hasta el alma imploró mi perdon por el mal que me habia echo. Aseguré-

la diferentes veces que se lo concedia de todo mi corazon; pero mis seguridades no sirvieron mas que para aumentar su agitacion. Sus lágrimas y sollozos me hicieron conocer las agonías que padecia. He vivido, me dijo, para justificar las miras de la Providencia entre los hombres, y para probar que por mas calamidades que sufra el hombre virtuoso, jamas le abandona. Ella recompensa las virtudes de Fitzalan y su esposa en sus descendientes. He vivido para ver cumplidos mis deseos, y para ver cómo mi arrepentimiento conduce este momento feliz: en adelante dejaré la vida mortal sin sentimiento. Manifestóme sus ardientes deseos de ver á su hija. Las lágrimas de compasion de una madre, me dijo, podrán ser un bálsamo sobre las llagas de mi corazon. ¡Ah! en mi desesperacion le he profetizado muchas veces el castigo que la esperaba, y otras tantas rogaba al cielo que no lo descargase sobre su cabeza.

Dí parte al marques de los deseos de su madre política: la marquesa lo rehusó al principio por temor de tener á la vista la de una madre ultrajada, pero al fin consintió, y me rogaron que fuese por Lady Dunreath y la acompañase á casa de la marquesa. No puedo describiros la escena que presencié. La ternura maternal por un lado, el arrepentimiento y horror de la marquesa señalados en el semblante de esta, siempre que miraba á su desgraciada madre no pueden borrarse de mi imaginacion. Propuse á Lady Dunreath si queria continuar en la abadía, pero decidieron al fin que se quedaria al lado de la marquesa. Sus últimos momentos tal vez los endulzará la presencia de su hija; pero hasta ahora creo que su desgracia se ha aumentado con la del marques y de la marquesa. Estos se hallan en esta terrible situacion á la cual ningun alivio puede darse, en que el dolor del alma no tiene remedio, y en que, segun la hermosa espresion de uno de nuestros modernos escritores, las puertas de la muerte cerradas están entre la desgracia y la esperanza.

Entonces Amanda, despues de haber vacilado un poco, dió cuenta á Oscar de su verdadera situacion con relacion á Lord Cherbury, y suplicóle creyese que jamas se le ha-

bria ocultado si no hubiese temido darle disgusto. Cuando hubo acabado, Oscar la abrazó tiernamente, y le manifestó cuánto se alegraba de que hubiese encontrado un objeto digno de ella y tan capaz de hacerla feliz. Mas ¿dónde está este querido amigo? le dijo alegremente. Debo buscarlo como un silfio preferido en vuestro ramillete, ó mas bien ¿no estará en algun parage del jardin?

Vamos, vuestras miradas me dicen que no os disgustará esta pesquisa; entremos al jardin. Lord Mortimer los vió acercarse. Amanda le hizo señas; adelantóse él, y Amanda le presentó á Lord Dunreath. La acogida que recibió fué una de las mas lisongeras pruebas que pudo tener de su cariño, pues en este primer recibimiento, Lord Dunreath le dirigió las espresiones mas animadas de benevolencia y amistad. Los escesos de alegría y de dolor son dificiles de pintarse, y así no intentaré describir esta escena. Lord Dunreath habia enviado su equipage y criados á la posada de la poblacion donde pensaba alojarse; pero Lord Cherbury lo apartó de este intento, diciéndole que podia alojarse mas cómodamente en casa de su procurador. Allí, despues de haberse retirado al anochecer, Lord Cherbury espresó sus deseos de unirse sin mas tardar con Amanda, y habiendo convenido en los preliminares dispusieron que se casarian estando Amanda todavía en casa de Edwin, desde donde los recién casados pasarian á casa de Lady Marta. Para esto era precisa una licencia eclesiástica, y acordaron ir ambos á buscarla al dia siguiente. En el desayuno dieron cuenta á Amanda de su plan, y aunque esta manifestó un modesto encarnado en su cara, no hizo el melindre de presentar objecion alguna.

Los viajeros se despacharon con la mayor prontitud, y á la vuelta, que fué de allí á dos dias, á su peticion de que el casamiento se verificase al dia siguiente, Amanda sin afectar una modestia que en realidad tenia, consintió en ella.

Enviaron á buscar á Howell, y le dijeron la hora en que tenian necesidad de su ministerio. Sus miradas llenas de

una dulce alegría manifestaron á Amanda el gusto que tenia de verla feliz.

A la mañana siguiente Lord Dunreath y su nuevo amigo, se fueron á casa de Edwin, y algunos momentos despues se uni6 con ellos Amanda, modelo perfecto de la inocencia y belleza. Present6se esta del mismo modo que se pintaria la dulce sencillez adornada con los elegantes atav6os de una aldeana, sin otros adornos que los que no pasan de la modestia y dulzura.

Los sentimientos de Lord Cherbury no pueden describirse. Le6ase en sus ojos la alegr6a de un triunfador por la posesion de una muger tal; pero en los de Lord Dunreath solo se veia pintada una dulce melancol6a al ver la felicidad de Lord Cherbury, pensando en la que habria podido gozar si no hubiese sido v6ctima de la mas negra perf6dia.

Cuando Lord Cherbury se apoder6 de la mano tr6mula de Amanda, al salir de la casa de Edwin para conducirla al altar, suspir6 ella al dejar esta habitacion en la cual habia principiado su actual dicha. Eos esposos caminaron h6c6a la Iglesia seguidos de la nodriza y toda su familia. Una mano amiga habia esparcido flores recientes sobre la sepultura de Malvina, y cuando Amanda pas6 por su inmediacion se detuvo un momento invocando la benedicion de sus padres para su union.

Howell estaba ya en la iglesia, y la ceremonia se verific6 al momento. ¡Con qu6 satisfaccion tan dulce di6 Lord Dunreath su amable hermana á Lord Cherbury, y con qu6 trasportes de la mas profunda alegr6a la recib6 Lord Cherbury como el presente mas precioso que el cielo podia hacerle!

Cuando despues de la ceremonia religiosa, Lord Cherbury estrech6 contra su pecho á Amanda, ya muger suya, esta derram6 un torrente de l6grimas de alegr6a al ver llena una union con tanta ansia deseada, y de cuya realizacion habia desesperado tanto tiempo. Lord Cherbury enjug6 sus l6grimas, y cuando hubo recibido los abrazos y

felicitaciones de su hermano, este la presentó al corto número de asistentes.

Dios sea loado, dijo la nodriza; mis deseos se han llenado ya. No he cesado de rogar todos los días por mañana y tarde para poder ver á la hija del querido capitán Fitzalan bien casada. La pobre Elena llorando de alegría, decía: Ahora soy feliz, que lo es mi querida señorita. Conmovida vivamente Amanda de las sencillas pruebas de afecto que recibía, y no podía agradecer á estas buenas gentes sus demostraciones, sino por una sonrisa.

Observando Lord Cherbury su agitación y su imposibilidad de hablar, tomó la mano á Edwin y á la nodriza diciéndoles: Lady Cherbury no olvidará jamás los cuidados y buenos oficios que ha recibido de Miss Fitzalan. Habían ya hecho el regalo de boda á Edwin y á su familia. Lord Cherbury hizo uno muy hermoso á Howell como una señal de su sincera amistad, y distribuyeron igualmente dinero á los pobres del pueblo.

Lord Cherbury dió la mano á Amanda para subir al coche que debía llevarles á Tornbury con Lord Dunreath. Después de haber hecho un cuarto de milla se encontraron cerca de Tudor-Hall. Mientras iban á dar la vuelta al bosque, Oscar dijo: Permitidme, Milord, que me detenga un momento, pues quisiera dar una ojeada á esta casa; bajemos. Lord Cherbury experimentó algún embarazo, y sentía una fuerte repugnancia en volver á ver una casa que ya no era suya. Sin embargo, no quiso contrariar al conde.

Amanda conocía el motivo de su marido, y hubiera deseado que su hermano no hubiera hecho esta demanda; pero no oponiéndose nadie, bajaron al entrar en la grande avenida. Era una larga y hermosa calle cortada en el bosque y alineada en la casa; por una y otra parte había céspedes espesos esmaltados de flores; los frondosos árboles formaban con sus altas cabezas una sombra espesa. La madre selva se enredaba en sus troncos, y una gran variedad de olorosos arbustos llenaban el aire de olorosos perfumes.

La mañana no estaba muy adelantada; las gotas del rocío brillaban aún sobre el césped, y el verdor estaba en toda su frescura: las claridades del bosque dejaban ver un hermoso riachuelo de agua cristalina, á las orillas del cual terminaba en dulce pendiente una verde pradería poblada de ganado, ostentando toda su riqueza al sol. Los pajaritos animaban toda esta escena; la calma, en fin, y los encantos del sitio arrancaron un suspiro al dueño que acababa de verle salir de sus manos. ¡Ah, se decía á sí mismo, cuán feliz habria sido cuidando todavía estos viejos árboles á la sombra de los cuales he pasado tan dulces horas!

Entraron en el vestíbulo, cuyas puertas estaban abiertas. Era una grande pieza construida al estilo gótico, á la cual daba luz una hilera de ventanas en cuyas aberturas se hallaban mirtos y rosales, que esparcian dulce perfume, y daban á la casa un aire de fiesta y alegría.

El vestíbulo comunicaba á una grande sala, hácia la cual se adelantó Oscar seguido del resto de la compañía. Pero ¡cuál fué la sorpresa y gusto de Lord y Lady Cherbury cuando abiertas las puertas se les presentaron Lady María y Lady Araminta Dormer! Lord Cherbury pareció un momento vuelto en estátua. Las caricias de su tia y hermana, que dividian entre él y su esposa, le reanimaron; pero al volvérselas, puso los ojos en Oscar pidiéndole una explicacion de lo que veia. ¡Una explicacion, Milord, dijo Oscar! No os la daré hasta que nos hayais dicho que somos bien llegados en vuestra casa. ¡En mi casa! dijo Lord Cherbury mirando á Oscar con la mayor admiracion. Entonces Lord Dunreath se acercó á él. Jamas habia parecido tan amable; la benevolencia estaba pintada en toda su fisonomía, y su semblante era el de un ángel enviado del cielo para hacer bien á los hombres.

Perdonadme, querido amigo, dijo á Cherbury, si os he dado un momento de pesadumbre que podia ahorraros; pero he querido proporcionaros un placer mas vivo. Supe en Escocia vuestra pasion hácia mi hermana: Lady Greystock me lo dijo, como igualmente que no os podiais olvidar uno á otro. Viendo en los papeles públicos que Tudor-

Hall se vendia, suplique á Sir Cárlos Bingley que la comprase por mí en su nombre, por el presentimiento que tenia del suceso que hoy nos reúne, y para hacer un regalo de boda á mi hermana que pudiese gustarle. Permittedme, pues, añadió, tomando á ambos la mano y uniéndolas á la suya, permittedme en presencia de las personas que amais, que os entregue esta respetable morada, que va á ser testigo de vuestra felicidad doméstica, y el asilo donde los desgraciados continuarán encontrando consuelos y socorros.

Lord Cherbury estaba demasiado conmovido para poder contestar, y no pudo espresar esta impotencia sino con palabras cortadas. No me habéis, dijo Oscar, de reconocimiento, si no quereis affigirme. Olvidad para siempre el que hayais cesado de ser propietario de Tudor-Hall, ó si os acordais, sea solo para pensar que recobrándolo habeis tomado sobre vos una carga bien pesada, que debe moderaros el sentimiento demasiado vivo de la obligacion que creéis tenerme. Lord Cherbury se sonrió mirando la amable carga que decian que en adelante pesaria sobre él.

Y yo, exclamó Amanda arrojándose á los brazos de Oscar, ¿qué diré á mi hermano para darle gracias de su amable beneficio? Nada, contestó Oscar. Calmaos solamente, y ocupaos de recibirnos bien en vuestra casa.

En seguida presentó su hermana á Lady Marta y Lady Araminta, las cuales la abrazaron, y la felicitaron de nuevo como dueña de la casa. Condújola despues á la cabecera de la mesa, donde habia un desayuno abundante y elegantemente servido. Oscar y Lord Cherbury la ayudaron á hacer los honores. Lady Marta veia con arrebatos esta jóven pareja, á la que decia que nada habia visto de comparable, y que fuese tan igual. El amable encarnado de la salud y de la modestia coloreaba las mejillas de Amanda, y sus ojos al través de sus largos párpados brillaban con el mas dulce placer. El semblante de Lord Cherbury no era menos agradable y animado, y sus ojos habian vuelto á tomar todo su brillo.

Preguntaron á Oscar, ¿cómo lo habia hecho para prepararles una sorpresa tan agradable á Mortimer y á su her-

mana? Dijo que habia escrito á las damas de Tornbury comunicándoles su plan, y les habia suplicado se trasladasen á Tudor-Hall, donde habian llegado el dia anterior por la noche. Lord Dunreath dijo tambien á Lord Cherbury, que seguro de hacer una cosa agradable para él, habia encargado á su procurador que restableciese á todos los criados en sus antiguas funciones, y convidase á todos los arrendatarios á una comida de boda.

Lord Cherbury le aseguró que efectivamente era todo cuanto habria hecho él mismo. Despues del desayuno propusieron un paseo por el jardin y los bosques. Los arrendatarios y criados estaban reunidos ya en el vestibulo y en la avenida del castillo. Lord Cherbury se fué en medio de ellos, y la alegría que le mostraron de tenerle todavía por amo, le afectó sensiblemente. Dióles gracias por su afecto, y recibió las enhorabuenas con la bondad y afabilidad que le caracterizaban. El paseo fué delicioso, hacía el medio dia, buscaron la sombra y se retiraron bajo los toldos que formaban las madre selvas y lilas, en donde encontraron refrescos traídos allí como por encanto. Hasta la hora de comer no volvieron á casa, y tuvieron el gusto de ver á las familias de sus arrendatarios puestos en largas mesas, preparadas en el bosque con una alegría sencilla y sin reserva por la profusion que allí reinaba.

Lord Cherbury hizo observar de paso á Amanda el aire de importancia que su nodriza se daba, sentada en la cabecera de una de las mesas. La vanidad de la buena muger se habia aumentado desde que habia recibido en su casa á los nobles huéspedes. Cuando el conserge la convidó para que se hallase á la fiesta, su alegría no conoció límites. Tuvo cuidado de reunir, para irse al castillo, á todas las mugeres de los mas ricos arrendatarios; contólas todo lo que habia pasado en las ceremonias del casamiento, cómo el conde se habia enamorado de su muger cuando esta vivia en su casa, y las pruebas por donde habia pasado su constancia. Dios les ayude! decia á las que le escuchaban con ansia: si os contara todos los peligros que han corrido, y las tribulaciones que han sufrido, os haria



estremecer. Ahora, añadió, ha llegado la vez de que mi querida hija camine con la cabeza alta entre las mas grandes damas del país, y puedo decir sin lisonjearme, que mi querida Lady hará alguna cosa por mí, y no me dejará donde estoy, pues gracias á Dios puedo hacer algo mejor. Cuando llegó cerca de la condesa, se apresuró á recojer de ella la primera mirada afectuosa; pero esto no fué todo. Siempre habia estado celosa de la importancia de Mistriss Abergwilly, que gobernaba tan grande casa, y queria con el favor que le dispensaba Lady Cherbury, mezclarse en algo, para aumentar su importancia entre sus vecinos. Nada queria ella tanto como el trabajo, y la escena presente era hecha para su genio, pues dentro y fuera reinaba una alegría tumultuosa y una agradable satisfaccion. Al principio ya mostró su intencion de meterse en alguna cosa ayudando á distribuir los refrescos á la comitiva, y cuando pasaron al comedor, dando su parecer y sus consejos para el arreglo de la mesa. Mistriss Abergwilly, como todas las personas consentidas por el hábito del poder absoluto, no podia someterse á las órdenes de la nueva soberana; sin embargo, ahogó su resentimiento, y dijo políticamente á Mistriss Edwin que no tenia necesidad de la ayuda de nadie; que gracias á Dios, no habia llegado á su edad sin saber disponer el servicio de una mesa. Ciertamente, replicó Mistriss Edwin, Mistriss Abergwilly lo entiende perfectamente bien; pero hay personas que pueden entenderlo tanto como ella.

Hacia mucho calor; Mistriss Edwin se arremangó el vestido, que era de una hermosa ropa de seda que habia sido de Lady Malvina, y púsose á mudar los platos de sitio, diciendo que ella conocia mejor que nadie el gusto de su querida Lady, y que revisaria las piezas de la casa y diria á Mistriss Abergwilly el modo de disponerlas y colocar los muebles mejor.

La camarera, en quien hervia la sangre de una *galesa*, no pudo sufrir mas, y principió á maltratar á Mistriss Edwin con algunas palabras medio articuladas, á las cuales contestó la nodriza con usura. Edwin entró en medio de

la querella. ¡Por amor de Dios! dijo, ¿no podeis tomar otro tiempo y otro dia para reñir, injuriaros y pegaros como dos brujas de Gales? ¿Qué dirán Lord y Lady Cherbury? ¡Dios mio! ¡vergüenza me dá una tal conducta!

La reconvenccion produjo un buen efecto, y las dos mugeres estuvieron confusas; su cólera se apaciguó y volvieron á ser amigas. Mistriss Edwin dejó la direccion de la mesa de los amos á Mistriss Abergwilly, contentándose con presidir en la de los arrendatarios y criados.

La comitiva, al entrar, encontró á Howell en el comedor, y su sociedad les aumentó el placer. Despues de la comida, los paisanos principiaron á bailar en la avenida al son de la arpa, y proporcionaron á sus benéficos huéspedes el espectáculo agradable de su inocente alegría.

Despues del té, los hombres se mezclaron entre el baile. Lord Cherbury volvió prontamente á su Amanda. ¡Con qué éstasis escuchaba su dulce voz, cuando ella le decia con el acento del corazon que ahora era enteramente suya! La memoria de los obstáculos que habia superado y de las penas que habia sufrido, hacia su dicha presente mas viva.

En el discurso de la semana, todas las familias de la vecindad vinieron á Tudor-Hall á hacer sus visitas de boda. Recibiéronse y enviáronse invitaciones, y la casa volvió á ser la mansion del placer y de la hospitalidad. Mas la felicidad de que gozaba Amanda no la hacia olvidar los deberes del reconocimiento. No era de aquellos seres personales que, despues de haber arreglado, como dicen, su vida, se retiran á sí mismos en la esfera circunscrita de sus propios goces. Su corazon era tan accesible como jamas al calor de la amistad y á los movimientos de la compasion. Escribió á todos sus amigos de quienes habia recibido favores, en los términos del mas vivo reconocimiento, y algunas de sus cartas iban acompañadas de regalos. Convidó á Emilia Rusbrock á pasar á su casa; lo que fué aceptado al momento. Entonces hizo un descubrimiento que le causó tanto gusto como sorpresa, sabiendo que Howell era el jóven ministro á quien ella queria

tan tiernamente y que le habian hecho abandonar por Belgrave. Howell habia ido á Lóndres á ver un hombre de crédito que le protegía; habíase hallado en casa de la señora á quien hemos visto mas arriba que Emilia se habia dirigido para conseguir algun socorro para su madre enferma. La bondad, la sencillez y la desgracia de esta jóven, habian interesado á Howell, y habia ido á verla y á llevarle algun alivio, pues la señora habia recibido muy mal á Emilia. Consolar, socorrer del modo que podia á los desgraciados, era para aquel jóven un placer tanto como un deber, y le fué mas dulce dar algun pequeño socorro y consuelo á los Rusbrock, que á estos el recibirle. Mas la compasion no fué por mucho tiempo el solo motivo del interes que tomó en su situacion. Los modales amables y la conversacion agradable de Emilia acabaron de domar su desgraciada pasion hácia Amanda, y sustituyeron insensiblemente en su corazon la imágen de Miss Rusbrock á la de Miss Fitzalan. El hacia á Emilia la descripcion romancesca de la pequeña casa de campo á que la convidaba á participar. Hacíale esperar un tiempo en que podria ser el asilo de sus padres, y donde, como un segundo padre, podria ayudarles en la educacion de sus hijos. Sus proyectos y sus esperanzas se desvanecieron al recibir la carta de Mistriss Connel, de que hemos hecho mencion mas arriba. No quiso sacrificar el interés de la familia de Rusbrock á su propia felicidad, y con una generosidad que no le impidió el conocer todo el lleno de la pérdida, renunció á su Emilia, para dejarla pasar á manos de un rival mas rico y mas feliz. Cuando volvió á encontrar á Emilia libre y siempre tierna para él, su alegría fué extrema, pintóla de nuevo el asilo campestre que le habia ofrecido, y bendijo con ella la mano benefactora que habia dado á su padre la libertad. Lord y Lady Cherbury se alegraron infinito al pensar que podian contribuir á la felicidad de estas dos amables personas. Lady Cherbury escribió al momento al capitán Rusbrock y á su mujer sobre el asunto. Contestaron ellos que dando su hija á Howell llenarian el mas querido de sus deseos. Con-

vidáronles á pasar á Tudor-Hall, y en el mismo altar en que un mes antes se habian formado los nudos de Lord Cherbury y de Amanda, recibieron la bendicion nupcial Howell y Emilia. Esta recibió con este motivo de Lord Cherbury un regalo de boda considerable y suficiente para asegurarle los modestos goces que su sencillez le dejaba desear. Sus padres, despues de haber pasado algunos dias con los recién casados, se volvieron á su residencia satisfechos de la felicidad de su hija y llenos de reconocimiento hácia sus bienhechores.

El afecto de Oscar y Amanda no olvidó á los de Edwin. Lord Dunreath les señaló una renta anual, y aumentaron los cortos bienes de Elena.

El plan de felicidad doméstica formado por Amanda, se encontraba ya lleno en todas sus partes; pero esta felicidad no era completa en tanto que no participase de ella su hermano. Oscar perdía de dia en dia la frescura de la juventud. Sus ojos lánguidos, su palidez, sus distracciones en medio de la sociedad, manifestaban lo que su corazon sufría. Las lágrimas que tanto tiempo habia derramado Amanda por sus propias desgracias, las derramaba ahora por las de su hermano. Este habia escrito á Miss Marlowe para instruirle de todo lo que le habia sucedido despues de su separacion. Ella le habia contestado al momento dándole la enhorabuena en los términos mas espresivos por el cambio de situacion: habíale dicho igualmente que Adela se hallaba actualmente en Inglaterra en una de las tierras de Belgrave. Su carta era triste, y acababa con estas palabras: “Mi querido Oscar, la amistad se halla desterrada del rincon de mi hogar. Yo vivo triste y solitaria en mi pequeña casa, hasta que siento que mi corazon sucumbe á la memoria de las escenas que han pasado en ella; y cuando salgo de ella, los objetos que veo aumentan la amargura de estas memorias. Las ventanas cerradas, los senderos cubiertos de yerba, los criados de Wood Lawn tristes, todo me recuerda el tiempo en que esta casa era el templo de la hospitalidad y la mansion del placer. Voy á menudo errante al rededor de

la tumba del general, que riego con mis lágrimas, y apresuro con mis deseos el momento en que estaré á su lado; pero mis últimas horas no serán tan dulces como las suyas. No tendré una tierna hija que se incline á mi lecho de muerte para recoger mi último suspiro, y endulzar mis últimos dolores. En vano esperaré que las piadosas lágrimas de la naturaleza ó de la amistad caigan sobre mis ojos medio cerrados. Moriré sin amigos que me cerquen, echándome en cara que por mi culpa los he perdido; todavía me llorará alguno. Vos y mi Adela, tanto tiempo objeto de mis tiernos cuidados, vosotros sentireis á aquella cuyo afecto y dulce simpatía durarán tanto como la vida.”

## CAPITULO VII.

Después de la muerte de su padre, Adela habia sido llevada á Inglaterra por Belgrave, que se habia hecho un placer de mortificar su sensibilidad, separándola de Miss Marlowe, con quien sabia que estaba íntimamente unida. Los conocimientos de Belgrave la forzaron á frecuentar la sociedad, que de por sí jamas habria buscado, pues habia perdido toda su alegría, y solo era feliz en la soledad, en donde podia entretenerse con sus pasadas memorias. Cuando los terrores de Belgrave, por el asesinato que habia cometido, le hicieron salir del reino, envió su muger á Wood-House, donde puede acordarse el lector que él mismo habia llevado á Amanda, de donde habia sido echada por aquella imperiosa criatura; pero quedaba otra muger afecta á Belgrave y no menos insolente á cuyos cuidados fué confiada la desgraciada Adela, con órden de no dejarla recibir visita alguna ni comunicar con nadie. Acostumbrada desde su tierna juventud á ser tratada con dulzura y ternura, esta severidad la sumergió en una desesperacion, y la vida le pesaba ya. Su melancolía ó mas bien su paciencia y dulzura, mitigaron en fin el rigor de su carcelera, y le permitió esta estender sus pasos

fuera del jardín, á cuyo recinto estaba hasta entonces confinada. Mas ella no usó de este permiso, sino para visitar el cementerio del pueblo, sombreado por viejos tejos que habia notado desde sus ventanas. Ella gustaba de ir á sentarse bajo su lúgubre sombra á la caída del dia: allí, oculta á toda observacion, lloraba al padre que habia perdido, y á la amiga de la cual se hallaba tan cruelmente separada.

Una tarde, permaneció en el cementerio mas tarde de lo que acostumbraba. La dulce luz de la luna hacia ser menos oscura la noche, y los tristes sonos de una flauta que venia del pueblo eran el solo ruido que oia. Sumergida en la tristeza, apoyada la cabeza en sus manos, olvidaba el tiempo, cuando de repente ve levantarse de una tumba inmediata una figura. Sobresaltóse, gritó, pero no tuvo fuerzas para moverse. Sin embargo, distinguió luego un anciano, pero aproximándose le dijo: No tengais miedo. Su voz tranquilizó á Adela.—Creia, la dijo él, que este sitio solo era frecuentado por mí y por la desgracia.—Si está consagrado á la desgracia, contestó Adela, tengo derecho á entrar. Estas palabras que se le escaparon, parecieron afectar mas profundamente al extranjero.—¿Cómo! ¿tan jóven y ya la desgracia os conduce á este sitio? Mas los disgustos de la juventud son mas soportables que los de una edad avanzada, en que se sobrevive á los objetos que nos aficionan á la vida.—¡Ah! exclamó Adela, tambien yo estoy separada de lo que amaba. El extranjero estuvo pensativo algunos minutos apoyado eontra un árbol. Al fin dijo: es tarde, permitidme que os acompañe á vuestra casa, y decidme si puedo esperar volveros á ver mañana en este mismo sitio. Vuestra juventud, vuestro porte, vuestro abatimiento, todo me interesa. La imaginacion aumenta á veces los disgustos de la juventud. Me direis los que mas os inquietan; pero es una debilidad abandonarse á ellos, y esta debilidad puede ser combatida con éxito en un ser razonable, haciéndole conocer los males de la vida. Puedo seros tambien útil contándoos los míos, si quereis hallaros mañana por la tarde en este triste y so-

litario sitio, que habia visitado á la misma hora sin encontrar en él ningun ser viviente.

La figura respetable, el tono patético y dulce del extranjero, afectaron fuertemente á Adela. Mirábale con ojos en algo semejantes á los con que miraba la benéfica fisonomía de su padre. Os volveré á ver mañana, le dijo á ella; pero creed que mis disgustos no son imaginarios. No quiso que la acompañase, y halló en este encuentro alguna cosa penetrante y romancesca, que ocupándola fuertemente le atrajo alguna mitigacion á su acostumbrada tristeza.

Al dia siguiente fué esacta á la cita. El extranjero estaba ya antes de ella. Sentáronse en la inmediacion de la tumba de donde le habia visto levantar el dia anterior, la cual se distinguia de las otras por algunos arbustos floridos que le cercaban, y principió su historia. No estaba todavía muy adelante en ella, cuando Adela principió á escucharle con la mayor emocion. Tembló, y su agitacion se aumentaba por grados á medida que él hablaba. En fin, tomando la mano del anciano, exclamó: Ella vive, la muger que llorais vive todavía, vive solitaria, y vos sois el objeto de sus tiernos sentimientos: no, jamas os ha sido infiel. ¡Oh mi querida é inestimable Mistriss Marlowe, qué dicha para la hija de vuestros cuidados, pensar que os volverá el esposo que tan tiernamente habeis llorado, y que encontrareis su corazon abierto para recibiros! Los sollozos casi convulsivos del extranjero hirieron los oidos de Adela. Estuvo él mucho tiempo sin poder hablar: al fin, levantando los ojos al cielo, exclamó: ¡Oh Providencia! gracias te sean dadas: aun estrecharé contra mi corazon al objeto de mi ternura. ¡Oh mi querida Fanny! ¡qué injustamente te he tratado! Aprended con mi ejemplo, continuó dirigiéndose á Adela, á no dejaros llevar de la precipitacion. Si me hubiese tomado tiempo para examinar cuidadosamente la conducta de mi muger, y hubiese resistido á la violencia de mi pasion que me impedia juzgar sanamente de ella, ¡cuántos años de desgracias nos habriamos ahorrado uno y otro! Pero decidme, ¿dónde encon-

traré mi antigua y desgraciada compañera? Adela satisfizo á su pregunta, y al mismo tiempo le dió á conocer su propia situacion.—¡La muger de Belgrave! exclamó despues de haberla oido. ¡Ah! ya no me admiro de veros desgraciada.

Ya es tiempo de decir que este estrangero era el viejo Howel, el desgraciado padre de Juliana y el marido de Mistriss Marlowe. Este dijo á Adela que el objeto de sus sentimientos encerrado en la tumba, cerca de la cual le veia sentado, habia sido precipitado en ella antes de tiempo por el crimen de Belgrave. Adela le dijo que no le permitian escribir; pero que hallaria medio para violar la prohibicion, y que ella le traeria una carta que podría llevar á Mistriss Marlowe para prepararla á verla. Adela no pudo poner en ejecucion esta promesa, por un suceso tan importante como inesperado.

Al dia siguiente le despertó un gran ruido en la casa, como de gentes que iban y venian con la mayor turbacion.

Vistióse de prisa para ir á ver lo que era, cuando una criada entrando en su aposento con precipitacion, le dijo bruscamente que el coronel Belgrave habia muerto. Horrorizada y atónita Adela, se quedó petrificada. La muchacha repetia lo que acababa de decir, y añadió que habia muerto en país estrangero, y que traian su cuerpo á Wood-House acompañado de un frances que parecia ser sacerdote. Las diferentes conmociones que esperiméntó Adela en este momento eran demasiado fuertes: así se encontró mala, y pasóse mucho tiempo antes que volviese en sí, y que pudiese dar algunas órdenes á los criados, que desde este momento principiaron á mirarla con otros ojos que lo habian hecho hasta entonces. Encargó que se tuviese toda especie de atencion y respeto al sacerdote frances, y que se hicieran á los restos de su marido todos los honores fúnebres. Ella no podia sentir la muerte de Belgrave; pero estaba penetrada de un sentimiento de horror y lástima por la muerte prematura que le habia alcanzado lejos de su país, de sus parientes y de sus amigos.



Los últimos momentos de Belgrave habian sido en efecto mas horribles de lo que ella podia imaginar. Habíase ausentado de Lóndres aterrorizado por el asesinato que creyó haber cometido, y adolorido por el destino de Amanda, que Bingley le habia pintado tan enérgicamente. Esforzóse á ahogar sus remordimientos con el vino; pero sus escesos juntos con la turbacion de su alma, le dieron una calentura que se acrecentó de tal modo en su paso de Douvres á Calais, que cuando desembarcó en Francia, si le hubiesen escuchado con atencion, hubieran conocido en su delirio los crímenes de que se sentia culpado. Antes de morir recobró un poco la razon, pero fué solo para experimentar las mas crueles agonías y el mas grande horror de sí mismo. Por las miradas de los que le servian, conocia que se le acercaba su fin, y la memoria de sus malas acciones le hacia temer este terrible momento. “Estais vengado, decia, desgraciado Howell, de todo lo que os he hecho sufrir.” Cree ver al lado de su cama la figura pálida de Juliana salida de su último asilo para aparecérselle y reprocharle su barbárie. Sus traiciones se le presentan á la vista; un profundo terror se apodera de él á vista de los espectros que su conciencia culpable reúne á su alrededor. La esperanza de una muerte cercana habria aliviado sus tormentos, si hubiese podido mirarla como el fin de toda existencia; pero este otro mundo, que habia sido constantemente el objeto de su mofa, se abrió delante de él bajo un aspecto espantoso y horrible. Veíase ya en presencia del Juez Supremo acusado por los desgraciados que habia hecho. Hubiera deseado un ministro de la Iglesia anglicana; pero le presentaron uno romano, y como ministro de Dios, creyó Belgrave encontrar algun consuelo con él. El sacerdote antes de consolarlo quiso convertirlo; pero apenas habia principiado su controversia, cuando el desgraciado Belgrave fué asaltado de una convulsion que se lo llevó. El criado inglés que se habia llevado de Inglaterra instruyó á las gentes de la posada del rango y fortuna del difunto, y el sacerdote se ofreció á acompañar el cuerpo á Inglaterra. Adela, que no quiso ver al ministro,

le hizo pagar generosamente su trabajo, y dos dias despues de su llegada á Wood-House el cuerpo fué enterrado en su iglesia de la parroquia. Desde un rincon del cementerio el anciano Howell siguió con la vista el entierro. Acabada la ceremonia y retirado todo el mundo, se acercó á la tumba de su hija.—Ya no existe, exclamó, ya no existe tu raptor ¡oh Juliana! él responde ya en el tribunal de Dios de su crimen para contigo. ¡Ojalá alcance el perdon que yo le concedo en este momento, pues mi enemistad no le seguirá mas allá del sepulcro.

Llenados estos deberes, Adela envió á buscar á Howell, y apaciguada su primera conmocion, le dijo que iba á volverse en seguida de Irlanda. El se habia abstenido de partir ya con la esperanza de acompañar á Adela. Pusieron-se en camino al dia siguiente, y en menos de una semana llegaron al fin del suspirado viage. Convinieron de antemano el modo de preparar á Mistriss Marlowe. Adela llegó sola á su casilla. Encontróla solitaria y triste, como se lo decia en su carta á Oscar; pero esta tristeza se disipó prontamente. Mistriss Marlowe estrechó contra su pecho á Adela con toda la ternura de una madre, y en los primeros trasportes de su sorpresa y alegría no echó de ver que Adela iba de luto. Luego que supo la causa, se apoderó de ella una grande conmocion. Adela no estaba menos agitada, y estuvo por mucho tiempo sin poder contar lo que le habia sucedido. Al fin, acordándose de la situacion en que habia dejado á Howell, hizo esfuerzos para calmarse y entablar su relacion. Mistriss Marlowe la escuchó derramando muchas lágrimas, á las cuales sucedió la sorpresa cuando Adela llegó al incógnito que habia encontrado en el cementerio. Cuando ella pintó la conmocion que habia experimentado á la relacion del extranjero, Mistriss Marlowe se estremeció, y se puso pálida.

Vos experimentaréis, le dijo Adela, los mismos sentimientos que yo. Entonces, continuó, mi emocion se acrecentó, tomé su mano exclamando: Ella vive aún, esta esposa querida y sentida, todavía vive. ¡Gran Dios! gritó Mistriss Marlowe, ¡qué quereis decir? ¡Oh! ahora dejadme

repetir la misma espresion, dijo Adela: Vive este esposo querido y sentido, todavía vive. ¡Este incógnito es vuestro Marlowe! ¡Ah, exclamó Mistriss Marlowe respirando con dificultad, que le vea mientras me queda suficiente fuerza para gozar todavía de esta dicha! Adela salió del aposento. Howell, ó mas bien Marlowe, estaba poco distante de la puerta. Acercóse, entró sosteniéndose apenas sobre sus piernas, y en un momento estuvo á los piés y en los brazos de su muger, que inmóvil sobre su silla solo pudo recibirle en ella. En una mezcla de pena y de placer, de lágrimas y de trasportes, bendijeron el poder benéfico que les reunia para consolarse en su vejez. ¡Mas mis hijos! exclamó de repente Mistriss Marlowe, ¿cuándo veré á mis hijos? ¿Por qué no han venido con vos? ¿Desdeñarán la bendicion maternal? Marlowe, que en lo sucesivo llamaremos Howell, pues no habia tomado el nombre de Marlowe sino cuando tuvo esperanzas de heredar á su tío, gimió y se puso pálido. Mistriss Howell, interpretando su conmocion, le dijo: Os comprendo; soy todavía esposa, pero madre. Howell recobrando ánimo le dijo: Sí, todavía sois madre de un amable hijo que nos queda. Mas el cielo, añadió despues de un momento de silencio, se nos ha llevado á nuestra hija. No me preguntéis cómo, os suplico. Bien pronto os llevaré á su tumba, os contaré sus desgracias, y la lloraremos juntos. Entonces las lágrimas preciosas de una madre regarán por la primera vez sus cenizas. Mistriss Howell lloró: pero cedió á los deseos de su marido. Preguntó algunos detalles sobre su hijo, y lo que de él supo le trajo algun consuelo.

Adela consintió en pasar la noche en casa de Mistriss Howell; pero el dia siguiente se fué á Wood Lawn. Pensar que iba á volver á ver este sitio y los senderos que habia recorrido con el que amaba, era para ella un sentimiento agradable, aunque melancólico. Desde la mañana se encaminó con su amiga, y los sitios que le representaban tantos recuerdos la afectaban vivamente. El placer y la hospitalidad se habian ausentado desde la muerte del pobre general. Standard, su caballo favorito, pacia en la

pradería, y á su lado el perro fiel que la acompañaba en todos sus paseos. El pobre animal conoció al instante á Adela, corrió y conoció y lamió su mano manifestándole la mayor alegría. Ella le hizo fiestas dejando caer algunas lágrimas á la memoria de su amo. Los transportes de los criados antiguos, y sobre todo del viejo Somelier, al verla, hicieron redoblar su llanto. Pero cuando entró en la sala en que ordinariamente estaba su padre, no pudo sostener la impresion que le causó, y haciendo señas de que no la siguiesen, entró en el parque. Al último de él habia una salita en una situacion pintoresca, en la cual ella y Oscar habian pasado muchas veces horas enteras juntos. Fuése allá, y la memoria de Oscar, que este sitio le recordaba, acrecentó su tristeza y su abatimiento en lugar de disminuirlo. Mientras estaba sentada entregándose á sus tristes pensamientos, divisó por la primera vez unos versos escritos en los vidrios de las ventanas. Levantóse apresurada, conoció la letra de Oscar, y leyó lo que sigue:

¡Oh del amor mas puro  
Caro apacible objeto!  
Cruel suerte nos separa;  
Las ansias compadece de mi pecho.

Mi último adios recibe:  
Por tí mi patria dejo:  
Te pierdo por amarte,  
Honor es quien me impone este precepto.

Si bienes de fortuna  
Me hubiera dado el cielo,  
¡Con cuánta complacencia,  
Ante tus plantas los hubiera puesto!

Mas solo presentarte  
Puedo mi pecho tierno,  
Por tí, dulce bien mio,  
En vivas llamas del amor ardiendo

Pierdo mi paz, mi dicha,  
Aun la esperanza pierdo

De poder recobrarlas,  
Pues ellas para siempre de mí huyeron.  
Solo mi amor me queda,  
Que conservar prometo,  
Aun no correspondido,  
Hasta que exhale mi postrer aliento.

Oscar, al salir para Inglaterra con el proyecto de pasar á las islas inglesas de América, habia estado secretamente en Wood Lawn para despedirse de todos los lugares que habia querido, y habia escrito estos versos inspirados por una tierna melancolía.

Luego su amor era desgraciado como el mio, dijo entre sí Adela. ¡Qué triste semejanza en nuestros destinos! Volvióse á casa. M. y Mistriss Howell habian consentido en pasar en ella algunos dias con ella. Los versos de Oscar le venian sin cesar á la memoria, y despues de comer volvió á la casa del bosque para volverlos á leer.

Hacia algun tiempo que estaba ausente, cuando Mistriss Howell fué á reunirse con ella y la sorprendió leyendo los versos escritos en la ventana. Ella se avergonzó, Hace mucho tiempo, le dijo Mistriss Howell, que no hemos paseado juntas por este hermoso jardin; demos una vuelta, y hablemos del tiempo pasado. ¡Del tiempo pasado! dijo Adela con media sonrisa, no ofrece siempre objeto de conversacion agradable.—Hay algunos de vuestros amigos, ó uno á lo menos, de quien no me habeis preguntado todavía noticias. El corazon de Adela palpitó, pues sospechaba del amigo que querian hablarle. Oscar Fitzalan, dijo Mistriss Howell, merece que os acordeis de él; y que deseéis saber en qué ha parado. Tengo buenas noticias que daros, sin reñiros por vuestra negligencia en preguntármelas. Contóla en seguida el cambio que habia tenido en su situacion; Adela le escuchó con grande atencion. Pues que la fortuna, dijo ella, le ha sido al fin favorable, no será por mucho tiempo desgraciado en su amor. En efecto, contestó Mistriss Howell mirando á Adela con una tierna complacencia, ya es tiempo que un amor tan

puro y tan constante halle su recompensa. ¡Oh Adela, continuó tomándola la mano, amable objeto de mis mas tiernos cuidados, qué feliz soy en este momento de poder anunciaros la dicha que os espera! dijo Adela con voz débil. Sí, replicó Mistriss Howell, la dicha que vais á encontrar en vuestra union con un hombre digno de posceros, con un hombre que desde el primer momento en que os vió jamas ha cesado de adoraros; en una palabra, con el mismo Oscar Fitzalan.

¡Qué decís? replicó Adela conmovida. ¡Ah memoria humillante y triste! ¡Oscar Fitzalan no me desechó cuando mi bueno y generoso padre quiso que yo fuese suya? Mi querida Adela, contestó Mistriss Howell! me veo forzada en este momento á turbar las cenizas de los muertos para apartar la desgracia que amenaza á la inocencia. ¡Oh Adela! habeis sido cruelmente engañada: y el momento en que fuísteis de Belgrave hizo á Oscar el mas desgraciado de los hombres. Mi corazon ha sido el depositario de todos mis dolores; y ¡qué lágrimas he derramado por su suerte! Calmaos, continuó viendo la agitacion de Adela, y os diré las circunstancias de este cruel suceso. Condújola entonces á la casa del bosque, y le esplicó del modo mas detallado la traicion de Belgrave. Adela reventó en sollozos á esta relacion, é inundó las manos de su amiga con sus lágrimas, dándola gracias de haberle aligerado con esta esplicacion de un peso que oprimia su corazon. ¡Pobre Oscar, decia, cuánto sus penas habrian agravado las mias! El se ha mostrado generoso ocultándooslas, dijo Mistriss Howell, y su generosidad debe tener su recompensa. Entonces dijo á Adela: espero en breve una visita suya, y hablando así tenia en sus miradas y en su modo alguna cosa que escitó de repente las sospechas de Adela, la cual colorándose, estremeciéndose, y temblando exclamó: ¡Ah mi querida amiga! ¡no está ya aquí? Mistriss Howell se sonrió. Sí, le dijo, ha llegado; y con qué impaciencia no espera el momento de volver á ver á su Adela!

Puede creerse que esta impaciencia no tardó á satisfacerse. Entrando Adela en casa, encontró á Oscar en el sa-

lon en que habia dejado á M. Howell. A esta vista, incapaz de sostenerse, se dejó caer en los brazos de Oscar y estrechar contra este corazon fiel, que tanto habia sufrido al perderla. Algun tiempo pasó antes que ella pudiese oír la dulce voz de Oscar. ¡Oh, quién podrá pintar los transportes de este jóven, pagado así de todos sus sufrimientos! Pero en mitad de su dicha, la idea del pobre general que tan generosamente se la habia preparado vino á afectar dolorosamente su corazon. ¡Oh, Adela mia! dijo estrechándola en sus brazos. Oscar puede, pues, tomar á vuestros ojos su alma toda entera, para mostraros toda su ternura, permitirse miraros como á él, y lisonjearse de la esperanza deliciosa de haceros feliz. ¡Sí, el mas generoso de los amigos, exclamó levantando los ojos hácia el retrato del general, os probaré mi reconocimiento con mi ternura y mi adhesion ilimitada á vuestra querida hija! Mientras hablaba así, sus ojos se mojaban de lágrimas. ¡Oh, y cuánto penetraron el sensible corazon de Adela estas lágrimas derramadas en memoria de su padre! Adela unió las suyas, y sintió que este ser querido que las hacia correr faltaba solo á su felicidad. Despues que hubo recobrado alguna tranquilidad, preguntó: ¿cómo Oscar se habia hallado tan prontamente y en tan buena ocasion en Wood-Lawn? Oscar le contó, cómo una carta muy triste de Mistriss Howell le habia determinado á venirla á ver, con la esperanza de divertirla en su soledad, y tambien para afligirse con ella y gozar de los consuelos que su amistad podia darle. En la casa de Howell lo habian dirigido á Wood-Lawn, donde habia sabido no solo que Mistriss Howell habia encontrado á su marido, sino tambien el acaecimiento que haciendo á Adela libre, parecia abrirle á él la senda de la felicidad.

Esta mencion que Oscar hacia de sus esperanzas no ofendió á Adela, preparada como estaba por la conversacion de Mistriss Howell; pero jamas se habia separado de las leyes de la decencia, y determinó no dar la mano á Oscar hasta que hubiese espirado el tiempo del luto, dándole á entender al mismo tiempo, que durante este intervalo

recibiria sus obsequios; pero para esto era preciso que ella se proporcionase una sociedad que la pusiese en estado de verla con decencia. No podia lisonjearse de detener por mas tiempo á M. y Mistriss Howell, y sobre todo la última, por la impaciencia que tenia de ver á su hijo. Oscar pidió á Adela el permiso de escribir en su nombre á Lord y Lady Cherbury para empeñarles en venir á pasar algun tiempo en Wood-Lawn, prometiéndoles acompañarles en seguida á Carberry-Castle, y de allí á Dunreath-Abbey: el convite fué aceptado,

Pocos dias despues, Oscar vió reunidos á su vista y vi- viendo bajo un mismo techo los dos seres que tenia en el mundo mas queridos, y derramando lágrimas de placer al contemplar á Adela en los brazos de Amanda, que le daba gracias por haber dado la felicidad á su querido Oscar. Lord Cherbury conocia ya á Adela, y despues de Amanda la miraba como la mas amable de las mugeres. Lady Mar- ta, Lady Araminta, que vinieron tambien á Wood-Lawn, fueron de la misma opinion. Pocos dias despues de su lle- gada, Mistriss Howell se preparó para marchar. Adela, que la miraba como una segunda madre, no pudo ver estos pre- parativos sin derramar muchas lágrimas.—Mi querida Ade- la, le dijo esta respetable amiga, vuestras lágrimas me li- sonjean, pero me afligen. Estoy penetrada de vuestro afec- to; pero siento que mi partida os afecte tan dolorosamente. Los obsequios de los amigos que os rodean habrán borrado prontamente de vuestra alma todas las penosas memorias; pero la naturaleza me llama lejos de vos. Quiero estar cerca del hijo que el cielo me ha dejado, y ver la tierra, añadió con los ojos húmedos, que ha recibido los restos de la que he perdido.

Tres semanas despues de su partida, toda la reunion se encaminó á Carberry-Castle. Amanda no pudo entrar en él sin experimentar conmociones muy penosas. Acordóse del momento cruel en que, oprimida de disgusto y de la enfermedad, habia llegado á él despues de la salida de su padre, y lo habia seguido á la pobre habitacion de Brynes para tributarle los últimos cuidados que habia recibido de



ella. Lloraba al pensar que su padre no era testigo de su felicidad. Lord Cherbury adivinó la causa de su conmoción, y se esforzó en calmarla con demostraciones de ternura. Este era el solo bálsamo que podía curar una herida tal, y Lord Cherbury consiguió convertir este disgusto tan vivo en una dulce melancolía. Ella no disfrutó ir al convento. Las buenas hermanas corrieron amontonándose á su alrededor: exclamando, alegrándose, y hablando á un tiempo, le deseaban toda suerte de prosperidades. Sor María sobre todo estaba transportada. El placer de la superiora era mas calmado, pero mas patético. El castillo llegó á ser la morada de la alegría y de la felicidad; pero en medio de estas distracciones, los dueños de él no olvidaban los deberes que imponen la riqueza y la propiedad; tomaron conocimiento de la situación de sus pobres arrendatarios, aliviaron sus necesidades, escucharon sus quejas, y remediaron sus agravios: en fin, los colmaron de alegría cuando les dijeron que pasarían en el castillo muchos meses de cada año. Despues de haber permanecido allí seis semanas, se embarcaron para Port-Patrick, desde donde se trasladaron á Dunreath-Abbey, que acababa de ser reparada y amueblada á la moderna con elegancia. Dispusieron permanecer allí hasta el casamiento de Lord Dunreath. Mientras llegaba el tiempo, lo llenaron con diversiones agradables y variadas, con correrías á sus vecinos y escursiones en el país. Mas los habitantes de la abadía, unidos por los mas tiernos afectos, no tenían horas mas deliciosas que las que pasaban juntos, libres de toda otra sociedad. Lord Dunreath poco tiempo despues de su llegada al castillo habia ido, á propuesta de su hermana, á casa del marques de Rosline, á decirle que Lady Cherbury se proponia hacerle una visita á la marquesa si esta lo tenia á bien; pero el marques desvió la proposición, y al mismo tiempo murió la madre de la marquesa. Mistriss Bruce se retiró á otra parte de Escocia, corrida de habitar un país en que su conducta era conocida. Esta conducta habia afligido mucho á Mistriss Duncan su sobrina, á quien Amanda fué á visitar despues de su llegada

y encontró establecida en una hermosa casa cerca del pueblo en que se habian retirado al salir de la abadía: volviéronse á ver con el mayor placer, y la madre y las hijas fueron á pasar algun tiempo á Dunreath-Abbey.

Llegó en fin el feliz dia que debia colmar la dicha de Oscar. En la capilla de Dunreath, donde Fitzalan y Malvina se habian jurado una fé mútua, recibió Oscar de mano de Lord Cherbury el objeto amable de su ternura, tanto tiempo deseado. La ceremonia solo tuvo por testigos un pequeño número de amigos; pero fueron convidadas á comer todas las familias de la vecindad, mientras que los arrendatarios fueron obsequiados en el gran vestíbulo del castillo, en donde los bailes se sucedieron á la comida, y duraron toda la noche.

Aquí termina nuestra historia. Solo nos falta dar á conocer á nuestros lectores la suerte de algunos personajes que han hecho papel en ella. Hablaremos primero de Lady Greystock, uno de los mas notables. Despues de la muerte de Lady Eufrasia, no halló ya el mismo gusto en la sociedad del marques, y se retiró a Bath. Allí en poco tiempo hizo conocimiento con una especie de mugeres puritanas, que obraron una grande mudanza, por no decir una gran reforma, en sus sentimientos: para dar una señalada prueba de su conversion, se casó con un jóven predicador de la secta. El nuevo dueño le enseñó prontamente una virtud de la que tenia necesidad, que era el arrepentimiento, pues bien luego y bien amargamente se arrepintió de haberse puesto en su poder. Vejada, arruinada y oprimida por él, cayó en una enfermedad de languidez, que en breve llegó á ser incurable. Cuando se vió moribunda, envió á buscar á Rusbrock, á quien confesó plenamente su traicion y su injusticia para con él. Hízole entrar en posesion de todos los bienes de su tio, y halló en la tarde de la vida una indemnizacion de todo cuanto habia sufrido. Al morir tuvo la satisfaccion de haber arrancado á su marido una buena parte de sus bienes, por los cuales se habia casado con ella.

Mistriss Howell, despues de haber estado á ver á su hijo, se retiró á la casita de su marido, en donde pasan sus dias con dulzura. El hijo Howell y su Emilia disfrutan de toda la felicidad posible en este mundo.

Sir Cárlos Bingley, despues de haber evitado cuidadosamente durante dos años todas las ocasiones de ver á Lady Cherbury, se encontró por casualidad con ella y su marido, y conoció á la vista de Amanda que su conmocion no era tan grande como temia. Lord Cherbury le convidó de un modo tan amable y con tantas instancias á que le viniese á ver, que cedió á sus súplicas. Testigo de la felicidad doméstica de los dos esposos, se ha disgustado de la vida errante que hasta entonces habia llevado. Veia todos los dias á Lady Araminta Dormer, y estinguida su pasion por Amanda, ha encontrado en esta jóven todos los encantos y todas las virtudes de que estaba dotada. Dió á conocer su admiracion y sus sentimientos, y su declaracion fué recibida favorablemente. Obtuvo la mano de Araminta, y al mismo tiempo una dicha igual á la de Lord Cherbury.

El marques y la marquesa de Rosline pasan su vida retirados, echando menos lo pasado y sin esperanza para lo venidero. Free-Love pasea su fatuidad en todos los pasages públicos, alabándose de haber robado una heredera escocesa, y persuadido que despues de esto no podia resistirle muger alguna.

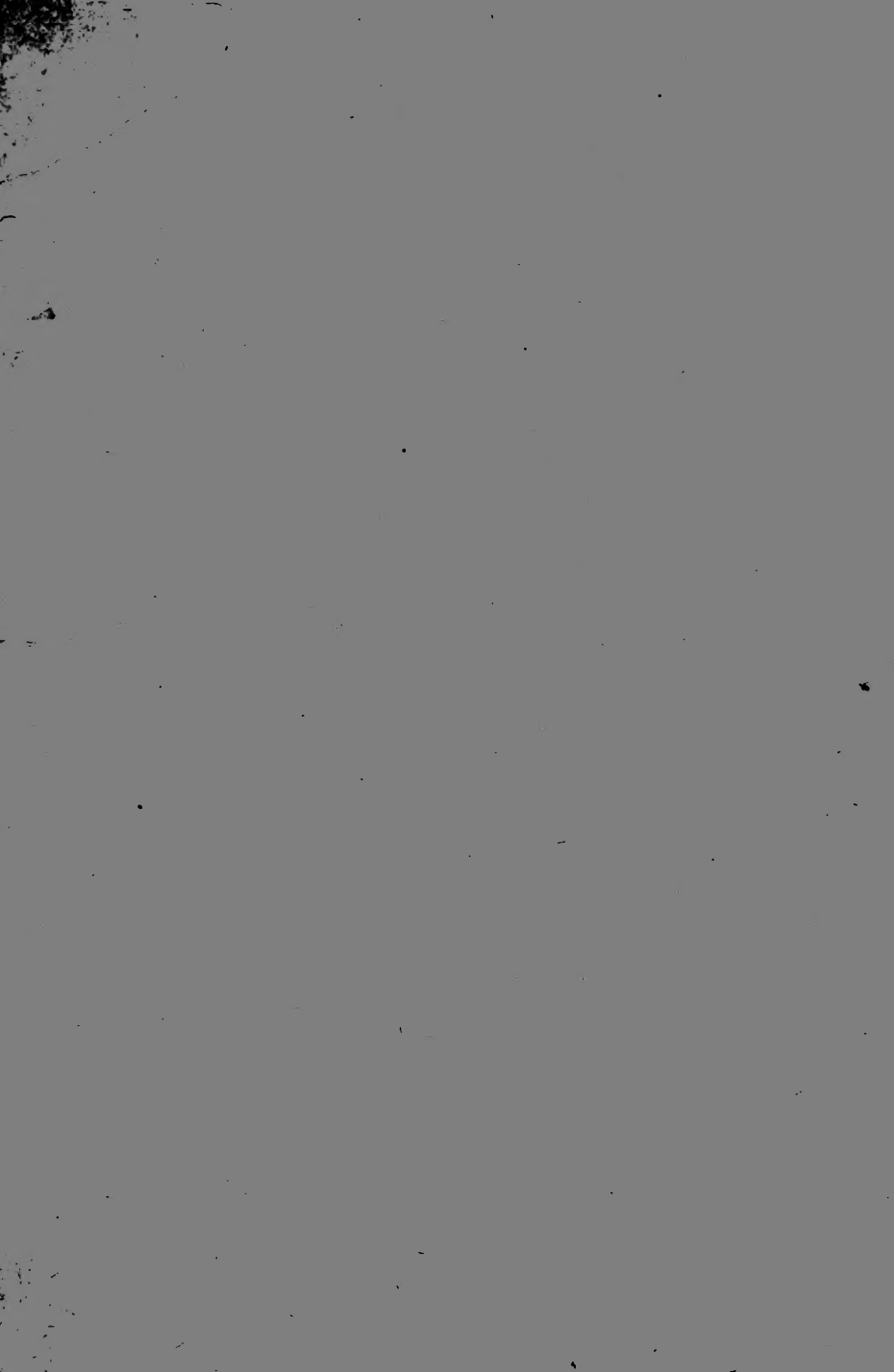
Volviendo otra vez á los amables descendientes de la familia de Dunreath, hijos de la abadía, conservan la bondad de corazon y sencillez de sus modales que les han distinguido siempre. Despues de haber cursado en la escuela de la desgracia, compadecen á los desgraciados, y su beneficencia es á la vez el tributo del reconocimiento al cielo, y el de la humanidad hácia los que sufren. Es el homenaje diario que tributan al Ser Supremo, que ha velado sobre su juventud abandonada, que les ha salvado de tantos peligros, que les ha bendecido con tantas prosperidades, difundién-dolas en rededor suyo. Los deseos de Lady Dunreath se han cumplido. La memoria de sus desgra-

eias solo es para ellos un motivo de compasion por los males de los otros. Sus virtudes han aumentado la reputacion de sus antepasados, y asegurado la paz de su alma y la felicidad de su vida. Cada uno de sus hijos es reputado como un don del cielo, no solamente por ellos, sino tambien por los de su conocimiento. El reconocimiento ha consagrado ya sus nombres, y su ejemplo ha inspirado una noble emulacion de imitar sus virtudes.

FIN.







UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA



3 0112 101622568